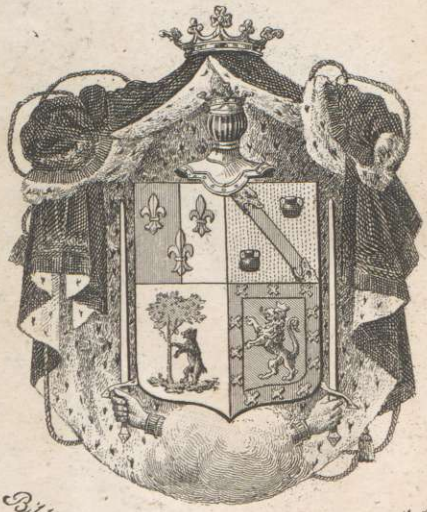

Biblioteca de D. Feliciano Ramirez de Arellano,
Marqués de la Fuensanta del Valle.

ANT
XIX
900

FLORES
DEL GUADALQUIVIR

FLORES

DEL GUADALQUIVIR

R.31.963
1
P
386

FLORES

DEL

GUADALQUIVIR

POESÍAS Y LEYENDAS ORIGINALES

DE

D. ANTONIO ALCALDE Y VALLADARES

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

DEL

EXCMO. SR. D. MIGUEL LOPEZ MARTINEZ

SENADOR DEL REINO

Y UN JUICIO CRÍTICO

DEL EXCMO. SR. D. JUAN FASTENRATH

MINISTERIO DE FOMENTO
0,034
DEPÓSITO DE LIBROS

TERCERA EDICION

MADRID
IMPRENTA DE ENRIQUE DE LA RIVA
CALLE DE LAS HUERTAS, NÚM. 58
1878

BIBLIOTECA · Granada · UNIVERSITARIA

GUADALQUIVIR

DEL

FLORES

0034

PRÓLOGO.

I.

—¿Conoceis á Antonio Alcalde?

—¿No? Pues es sensible para vosotros, porque es un tipo interesante.

—¿Quereis conocerlo?

—¿Sí? Pues haré su retrato físico y moral, para que tengais el gusto de fijaros en él si lo encontrais en la calle, y le profeseis sincero afecto si llegais á estrechar su mano.

A primera vista, Antonio Alcalde parece un hombre como otro cualquiera; su andar reposado, sus cabellos crespos, su cara angulosa, á nadie chocan: ni atraen ni repelen; pero contémplese una vez la expresion de su boca, que una vez se examine su mirada, y en el instante mismo se verán las formas un tanto agrestes de la persona iluminada por rayos de idealismo y melancolía.

Antonio Alcalde es el tipo del poeta. Anda por todas partes y no está en el mundo; le asedian las contrariedades y él solo no las advierte; el culto de las letras lo hace mártir á fuerza de fanatismo, y en su propia inspiracion encuentra consuelo inefable para todas sus penas.

La mirada y la sonrisa de Alcalde son una perpétua elegía. ¡Son algo más! son la revelacion de un alma en perpétua lucha, lacerada por mil dolores, impregnada del bálsamo de una heróica resignacion, oprimida por los angustiosos pormenores que constituyen la prosa de la vida, y arrebatada incesantemente por un estro irresistible á los mundos de la ilusion y del puro sentimiento.

Hé aquí la razon de la expontaneidad poética de Alcalde. Como los pájaros cantan, él versifica. Para él no hay dificultades métricas; compone sin estudio, sin preparacion, sin esfuerzo. Puede decirse que son caractéres de su facultad de pensar el ritmo y la cadencia.

Las poesías de Alcalde están divididas en cuatro clases: poesías religiosas, poesías históricas, poesías de sentimiento, poesías descriptivas. El poeta demuestra la misma aptitud para todos los géneros: solo falta el satírico, y por cierto no es en el que ménos brilla.

II.

Para que se vea que nuestro juicio es exacto, pondremos á continuacion algunos trozos tomados al azar de las tres distintas clases:

LA RESURRECCION DEL SEÑOR (1).

¡Qué fué la humanidad cuando engreida,
en medio de sus duelos y amarguras,
contemplaba con júbilo la suerte
que la fe de las santas escrituras
revelaba del Dios de las alturas
con todos los portentos de su muerte!

(1) Obtuvo el primer premio en los Juegos Florales de Córdoba en 1868, consistente en un ramo de jazmines de oro esmaltado y pedrería.

¡Qué fué del pueblo vengativo y necio,
idólatra de impúditos altares,
que á la virtud miraba con desprecio
desoyendo en las lúbricas orgías
que daban vida á su asqueroso vicio
el eco aterrador de Jeremías,
de la hermosa Judiht el sacrificio!
¡Qué pueblo es ese, que en su innoble anhelo
de deprimir cuanto la fe levanta
y alto y sublime la verdad encierra,
ni el crímen de Pentápolis le aterra,
ni el arrojo de Débora le espanta,
que, sordo á su conciencia
y muerto á la vergüenza y al sonrojo,
entre los rayos de su ardiente ira
derrumbarse á Babel tranquilo mira
y hundirse á Faraon en el mar Rojo!
¡Qué fué del pueblo débil é impotente
que, sin librar la voluntad esclava
que su delito acusa,
ni ve el castigo de David en Rabba
ni de la reina Esther el triunfo en Susa!
¡Qué fué la humanidad miéntras que ciega,
sin luz ni sentimiento,
siquiera de su mal arrepentida,
en plácido contento
buscaba con halago
la indigna rama que cayó podrida
del árbol de San Pedro y de Santiago!
¿Qué fué del pueblo?..... Pero basta, basta;
su delito fué grande, mancillado
su nombre y su poder, triste, perdida,
ve su esperanza ante el rigor del hado,
y aquella descreida
raza sin fe, que en su fatal delirio
á una pena sin fin quedó sujeta,
lloró bajo la espada del asirio
los mismos años que anunció el profeta.

III.

Quizá en esta composicion encuentren los lectores más bien arte que uncion religiosa; quizá, si se examina la dedicada al Duque de Rivas, por ejemplo, hay razon para pensar que Alcalde Valladares se deleita más en la armonía de la versificacion que en conmover el alma con sentidos acentos de entusiasmo ó ternura; pero que se estudie la titulada *A mi madre*, y se verá cómo sabe verter á raudales el sentimiento de su corazon dolorido.

Hé aquí algunas estrofas:

Madre del corazon, si el pobre canto
que al alma triste inspira
el rayo impuro del dolor violento
y expresa el son de destemplada lira
jamás á tí ha llegado,
no culpes nunca tú mi sentimiento;
culpa tan solo la crueldad del hado.
En lúgubre agonía
pobre mi frente á marchitarse empieza;
y en medio á los abrojos
que brotan á mi paso,
tan solo ¡oh madre mia!
vuelvo á tu pecho mis cansados ojos
cual fuente celestial de mi alegría.
¿Por qué se han roto los amantes lazos
que unieron una vez nuestra existencia?
¿Por qué no duermo entre tus tiernos brazos
el sueño virginal de la inocencia?
¿Por qué la esencia de tu amor profundo
mi fe no restituye,
y volvemos á ver sobre este mundo
la hermosa paz, que de nosotros huye?
Al ver nublarse de tu helada frente
el sol brillante de la edad pasada
bajo los restos de tu edad presente;
al ver que en tu mirada
la luz se reverbera,
que el alma arroja en su fatal partida

al perder la ilusion de nuestra vida,
madre del alma, déjame que llore.
Los que en el mundo nacen sin ventura,
gozan en su querella
el plácido consuelo
de ver volarse su cariño al cielo,
en pos dejando dolorosa huella.
Tú, que bebiste mi primer gemido;
tú, que viste una á una
nacer las ilusiones que he perdido
desde el llanto primero de la cuna;
tú, que viste nacer de mi esperanza
la flor encantadora
entre los ecos que la brisa lanza
y las mágicas tintas de la aurora;
tú, que amorosa y de dolor transida,
allá en mis tiernos años
me diste, al maldecir los desengaños,
el beso maternal, que es nuestra vida;
tú, que al cándido niño
regalaste de amor hermosa palma,
y entre el blanco azahar de tu cariño
tambien le diste la mitad del alma,
¿Por qué te vas, y en páramo sombrío,
en árido desierto
dejas la fe del pensamiento mio
y el corazon tambien marchito y yerto?
Si vives para mí, si llega acaso
el eco de mi lira á tu morada
primero que tu sol en el ocaso
acabe para siempre su jornada,
torna la vista pesarosa y fria,
y de ese tu retiro
tu pura bendicion, madre, me envía
en alas de un suspiro,
última flor de la esperanza mia.

Cada uno de esos versos es un quejido que pone en relacion el alma del poeta con todas las almas sensibles.

IV.

En el género descriptivo contiene el tomo composiciones que pueden servir de modelo.

Véase parte de una de ellas:

LA ROMERÍA.

AL ARROYO DE LAS PIEDRAS, EL DIA DE LA CANDELARIA (1).

Apenas el alba vierte
esas auríferas blondas
que dan á la noche muerte,
y en ricas perlas convierte
del Bétis las claras ondas,
Entónces, lector, sucede,
y no en visiones me apoyo,
que todo á la broma cede,
y apenas andarse puede
desde Córdoba al arroyo.
Aquí un caballo arremete
y salta con el ginete
que le oprime con la espuela;
allí va una carretela
que no la alcanza un cohete.
Allí un birlocho se ve,
aquí un tílburi atraviesa,
allí corre un cabriolé,
hácia acá viene un bombé,
hácia allá va una calesa.
Muchachas de lindo empaque
cruzan que no las aborda
ni la chaqueta ni el fraque,
arrastrando un miriñaque
como la campana gorda.
Pasan pollos calaveras,
de esos que cuentan conquistas

(1) Composicion que obtuvo el primer premio en el asunto de costumbres en los Juegos Florales de Córdoba de 1862, consistente en un pensamiento de oro esmaltado y pedrería.

aunque no cuenten carreras,
azote de las modistas,
terror de las costureras.
Cruza tambien la remesa
de gallos mudos, prudentes,
que se lanzan á una empresa
y chistan cuando la presa
la tienen ya entre los dientes.
Pasan señores muy bellos
que enseñan entre dos luces
las barbas y los cabellos,
y llevan al pecho cruces
por poco más grandes que ellos.
¿Quién puede contar la gente
que en confusa algarabía
llena el camino ese dia,
contenta, loca, riente?
Sin que se sienta un desman
jamás sus pasos detienen
caballos que van y vienen,
coches que vienen y van.
Entre bromas y alegrías
animadas y resueltas,
allí caminan revueltas
las clases y jerarquías.
Amores, chistes, protestas,
flores, requiebros, refranes
para damas y galanes
son el alma de estas fiestas.
No yendo la lengua en ócio
uno pisa, otro codea,
y todos llevan la idea
de hacer allí un buen negocio.
La gente tambien devota
del dios que habita entre parras
lleva panderos, guitarras,
y por supuesto la bota.
Y miéntras que van andando
y los cantares no cesan,
cuando la bota no besan,
van la vihuela rascando.
Así, sin otras molestias
que marchar un poco andando,

ya corriendo, ya saltando,
personas, coches y bestias
van al arroyo llegando.

¿Han conocido nuestros lectores una musa más animada y juguetona?

V.

Hemos dado á conocer el poeta: permítanos ahora el público que nos dirijamos al hombre.

Amigo Alcalde, conocemos muchos poetas desgraciados; pero sabemos de pocos que hayan tenido la necesaria fortaleza de alma para soportar y vencer los rigores de la suerte. ¡Valor! ¡valor! é igual á ellos en inspiracion, sea V. superior á todos en serenidad y energía.

Hemos visitado el desnudo aposento de quien, en un paroxismo de rabia contra el infortunio, exclamó:

«¡Ay del que nació poeta
so el cetro del egoismo!
¡Valiera más que el abismo
se lo tragara al nacer!
¡Valiera más que en su seno
su madre lo magullara,
que su gérmen se secara
ántes de ensanchar su sér!»

Hemos visitado la estancia en que espiró de dolor quien, al cerrar los ojos, dijo:

«Au banquet de la vie infortunè convive
j'aparus un jour et je meure,
je meure, et sur la tombe où lentement j'arrive
¡nul ne viendra verser de pleurs!
¡Adieu, champs que j'aimais, et toi douce verdure
et vous riants exils de bois,
ciel, pabillon de l'homme, admirable nature,
adieu pour la dernière fois!»

Hemos recorrido los cláustros que Tasso regó con sus lágrimas, y saludado el árbol á cuya sombra exhaló sus hondos

suspiros y murmuró sus tristes endechas; ¿por qué no tuvieron un corazon tan grande como fué su imaginacion poderosa?

¿Por qué olvidaron que despues de ser una gloria de la humanidad tenían el deber de convertir sus concepciones en su propia alegría?

¡Valor! y V. será por merecimiento lo que tantos otros llegan á ser por un capricho de la suerte.

VI.

Siete años hace que fueron escritas las precedentes líneas por el mismo que traza las presentes. Y por cierto que esos años representan algo más que un lapso de tiempo: significan un importantísimo período histórico. Desde entónces acá todo ha cambiado. Cambió la situacion tan fuertemente combatida por el periódico en cuya mesa de redaccion se escribió aquel juicio crítico; surgió la restauracion monárquica de los escombros amontonados por la alucinacion é inexperiencia de los que vanidosamente se apellidaban revolucionarios; pasó la tumultuosa algazara democrática, que encendía las pasiones y tenía como en efervescencia los espíritus; la agitacion, la zozobra y el malestar que se sienten cuando en un dia tempestuoso se va por un camino ignorado y bordeado de precipicios, cedieron el lugar que en el ánimo ocupaban para que se enseñoreasen de él la calma, propia de la fortaleza; la noble y reposada emulacion del buen servicio público; el vivo, pero reposado anhelo de alcanzar para la pátria hechos de gloria y dias de ventura.

¡Todo ha cambiado! Las instituciones, las costumbres, los hombres..... pero no: hay una cosa que no ha sufrido variacion: Antonio Alcalde, y lo que representa Antonio Alcalde como poeta. Antonio Alcalde es hoy lo que era en 1872, lo que será miéntras dure su peregrinacion en la tierra. De la redaccion pasó á la oficina; pero en la oficina, como en la redaccion, entretiene sus ocios cantando sus impresiones y sus recuerdos,

y saludando en verso los acontecimientos principales que constituyen la historia contemporánea.

Hemos dicho que tampoco ha variado lo que Alcalde Valladares representa, y esta aseveracion necesita algunas aclaraciones. Alcalde Valladares, como poeta, es la personificacion ó tipo de esa pléyade de escritores que puede decirse están unidos á la sociedad, más por los lazos de sus deberes y sacrificios que por las satisfacciones que de ella reciben. Viven consagrados al estudio, y su saber es siempre superior á su importancia; son de aplicacion ejemplar, y no les da la aplicacion los recursos que logran con frecuencia los caractéres rudos y las inteligencias vulgares; son de honradez probada, y la reputacion no les conquista el influjo que el mundo suele prodigar á la osadía.

A causa de esto se hallan como en desacuerdo con los demás hombres, y sufriendo á todas horas la horrible tortura de mil contrariedades. Mas no teniendo hiel para sentir rencor y expresarlo en sátiras é invectivas, ni siendo unos malvados para revolverse en su desesperacion contra las conveniencias sociales, se replegan en sí mismos, buscan en la soledad un albergue, allí hacen una religion de su martirio, y arrobados en éxtasis de inspiracion, ora olvidan sus penas, ora templan vigorosamente su alma para resistir al infortunio, ora encuentran en su imaginacion creadora tesoros de consuelo, mucho más ricos que los que proporcionan vanas lisonjas ó concupiscencias fugaces.

Al llegar á esa situacion, más bien deben ser envidiados que compadecidos. Vuela su espíritu del mundo de las realidades á la esfera sublime de las ilusiones, y en la cual concede Dios, á falta de ruidosos aplausos y de elevaciones repentinas, la facultad de embellecer la naturaleza, de hallar en el vacío material de la existencia prodigiosos mundos de séres, y de encontrar hasta en el fondo del dolor gotas sabrosísimas de néctar depositadas en él por las musas. Superiores entónces á las miserias de la vida, como á las llamadas grandezas de la suerte, miran con calma estóica los grandes vaivenes á que la humanidad está

sujeta, y parecen los predestinados á suavizar, cual dioses del Olimpo, el furor de los mortales ó lo terrible de las catástrofes, con la dulce melodía de sus harpas, ó con sus lágrimas furtivas ofrecidas en holocausto.

No importa que unos los llamen ilusos y otros los desdeñen por visionarios; su dicha no depende ya del juicio de los hombres. Retirados al modesto hogar, hallan la compañía que más les agrada entre los héroes de la historia; y si por ventura recorren los campos, pueblan los aires de ruidos misteriosos y las selvas solitarias de fantásticas visiones. ¡La sociedad! ¿Qué es la sociedad para los que se acostumbran á vivir con su propio génio? Cuando penetran en sus tumultuosos laberintos, se juzgan alejados de su pátria intelectual, y miran con ojos distraidos, cuando no altaneros, las escenas que presencian, como si estuvieran representadas por sombras y por espectros.

Así lo aseguran los mismos poetas de que hablamos; Rouseau decía: «Cuando la agitacion febril me impedía gozar las delicias del sueño, frecuentemente me olvidaba de mi estado presente, recordando los diversos acontecimientos de mi vida. Yo recordaba mi retiro; yo recordaba mis paseos solitarios; yo recordaba los dias rápidos, pero deliciosos, que pasaba conmigo solo, con los pájaros del valle, con los ciervos del bosque, con la naturaleza entera y con el gran Dios que la ha criado.

Mi corazon se abría á mil felicidades inocentes, y ora me enternecía, ora suspiraba ó lloraba como un niño. ¡Cuántas veces, sentado en una piedra, me deleitaba viendo caer mis lágrimas en las aguas del lago!»

Hirschfeld, que tanto gustaba aislarse en medio de la sociedad, decía: «Las lágrimas se secan al soplo saludable de los céfiros; el corazon se dilata en la soledad y esperimenta una apacible melancolía. Poco á poco las imágenes lúgubres, que en medio del tumulto herían nuestros ojos, se borran y desaparecen; la meditacion nos consuela, y una serenidad encantadora sucede á las contrariedades que agitaban nuestra alma.»

Petrarca escribía desde su retiro de Vaucluse: «Esas gentes miran como un bien supremo los placeres del mundo, y no

conciben que se pueda vivir sin ellos; pero yo tengo aquí amigos cuya compañía me es sumamente agradable; amigos de todas las regiones y de todos los siglos; amigos que se han hecho célebres en la guerra, en las ciencias y en la política. Ellos no me avasallan, sino ántes bien se ponen á mi servicio. Jamás me importunan, y siempre responden á lo que pregunto. Unos me cuentan los sucesos importantes que pasaron, otros me revelan los secretos de la próvida naturaleza. Los hay que fortalecen mi alma para soportar los sufrimientos, y no pocos me enseñan á dominar mis pasiones, que conducen por los senderos de la ciencia y del arte y satisfacen todas las necesidades de mi espíritu.

Yo recorro las montañas áridas, los valles profundos, las grutas tenebrosas, y alguna vez me paseo solo con mis pensamientos á lo largo de la ribera. No hay viviente que me distraiga: los hombres cada dia me ocupan ménos, y yo me alejo cada hora más de su compañía. Recuerdo el pasado y reflexiono sobre el porvenir. Aquí en Vaucluse, tan pronto me figuro que estoy en Atenas, como que vivo en Florencia ó recorro entristecido las calles de Roma.»

En las obras de Plutarco leemos estas palabras: «Yo vivo por completo en la historia. En tanto que investigo sus anales mi alma se llena de las imágenes de los hombres más grandes y virtuosos. Si las gentes, cuyo trato no puedo evitar, me ofrecen algun punto de vista desagradable, hago un esfuerzo por alejarlo, y libre de toda pasion vergonzosa, me identifico con esos modelos de virtud que son tan bellos, y que nos atraen con tanto prestigio.»

Hé aquí lo que constituye el carácter distintivo de los autores á que nos referimos, y cómo encuentran la felicidad que el mundo les regatea en sus propios pensamientos. Cada uno de ellos puede exclamar como la inocente aldeana de Lunebourg: «¡Me parece que cuanto más me separo de mí soy más desgraciada!» Y hé aquí el motivo de que Alcalde Valladares no varíe con la posicion ni las circunstancias, y que la posicion y las circunstancias no tengan para él, como no lo tienen, al pare-

cer, para los poetas á que se asemeja, otro valor que el que pueden ofrecer como asunto de una oda ó de una elegía.

Así nos explicamos el hombre por el poeta: vamos ahora á decir algunas palabras para descubrir el poeta por el hombre.

VII.

El hombre favorecido por la suerte, identificado con la sociedad en que vive y satisfecho con los honores que conquista, es naturalmente lo que se llama *objetivo*. Aprecia las cosas por lo que son, las solicita por lo que valen en apariencia ó realidad, y no tiene el menor interés en desfigurarlas ó contrahacerlas. Por el contrario, el hombre mal avenido con su posicion, que se halla en desacuerdo con las gentes que le rodean, y cree una humillacion someterse á las que juzga preocupaciones ó vulgaridades, es, por punto general, lo que se entiende por *subjetivo*. El desvío del mundo exterior, en quien no halla la deseada correspondencia, lo abstrae y lo ensimisma. Si esos hombres son poetas, el primero será dramático y el segundo lírico. Ahora bien; los génios esencialmente dramáticos son generalmente espansivos y alegres, así como los esencialmente líricos tienden de un modo irresistible á la melancolía.

La condicion principal del poeta dramático es no desfigurar la naturaleza, ni pintar con falsos colores los caractéres, ni violentar las escenas que describe. Para eso es necesario que desaparezca el autor: el autor abdica su ser para animar sus creaciones. La condicion ordinaria del poeta lírico es no prescindir jamás de sí; es tomar el cielo y la tierra como un pretexto para desbordar sus inspiraciones. Se le ve en sus personajes, se le ve en sus descripciones, se le ve en sus fábulas y alegorías. Si esta observacion es exacta, claro es que el poeta dramático ha de reir para saber comunicar la risa, y claro es tambien que el poeta lírico, que canta perpétuamente sus propios afectos, ha de revelar en todas ocasiones el estado angustioso de su alma.

Las obras de Sakespeare, de Goethe, de Calderon, poetas que

pertenecen al primer grupo, no tienen semejanza entre sí: cada una de ellas tiene una fisonomía propia y característica. En nada se parecen *Hamlet* y *Otelo*, ni *Wherter* y *Fausto*, ni *La vida es sueño* y *El Médico de su honra*. No se puede decir lo mismo de las obras de Petrarca, Chateaubriand y Lord Byron. Todas están escritas en un tono como las lamentaciones de Jeremías. Las estrofas de aquél se asemejan como todos los suspiros de amor que exhalan los pechos apasionados; Chateubriand cantó con la misma cuerda de dolor de su lira desolada á Atala, á René y á Veleda; y Lord Byron no hizo más que reflejar su potente estro sarcástico en sus singulares concepciones.

A este grupo pertenece Alcalde Valladares. Su tristeza de hombre se traduce en un eterno canto de desconsuelo. Así cuando entona con espíritu cristiano himnos á la religion, como cuando describe jugueton las fiestas populares, como cuando pulsa su plectro para celebrar con épica entonacion los héroes de la pátria, siempre encuentra motivo para hablar de su tribulacion, de sus ilusiones perdidas, de su destrozado pecho. ¡Con qué deleite llora la muerte de los séres queridos! ¡Con qué fruicion apura hasta las heces el cáliz de la amargura, y reflexiona sobre la vida que se le escapa, y sobre el sepulcro que le espera! Lleva la soledad en su corazon, y no parece que vive, sino que arrastra la existencia por un desierto sembrado de abrojos.

En la composicion á *María*, refiriéndonos á sus últimas bellas composiciones, se expresa así:

> Me basta con la gloria de tu encanto
> y la virtud que nuestra casa inspira;
> por eso, deja que al secar el llanto,
> rompa y arroje la cansada lira.

En la tiernísima *Elegía* á su hijo exclama de este modo:

> ¡Todo pasó! Con mi fugaz contento
> huyó la fe de mis cansados años;
> y en medio de la angustia y sufrimiento,
> al alma ya desierta

le queda solo en su profunda cuita
una esperanza para siempre muerta
y una ilusion por el dolor marchita.

La poesía *Al recibir tu Rosario,* empieza con esta quintilla:

En este triste calvario
que sigo sin alegía
por el mundo solitario,
he recibido el rosario
que tu cariño me envía.

La titulada á *Un capullo,* contiene estos pensamientos:

¡Es tarde! Tus tintas rojas
las miro yo sin color;
para mí, bendita flor,
no hay ya perfume en tus hojas.

La luz que en mis ojos arde
se pierde en noche sombría;
dile al ángel que te envía
que has venido, flor, muy tarde.

Tu lindo cáliz no tiene
recuerdos para mí ya,
porque ilusion que se va
es desengaño que viene.

Dile á esa mujer que guarde
la fe que en ella despierta,
porque para un alma muerta
viene su esperanza tarde.

VIII.

Estos y otros mil ejemplos que podríamos citar, prueban claramente que el poeta Alcalde Valladares, como todos los líricos, siempre canta el estado de su alma, y que arrojaría la pluma si no pudiera, con motivo de sus composiciones, descargar su espíritu del peso de sus penas para su expansiou y consuelo.

Pocas palabras más y concluimos.

En 9 de Febrero de 1872 dimos un consejo al hombre: vamos ahora á dirigir una exhortacion al poeta. ¡Ponga tasa á sus querellas! La melancolía es fuente de inspiracion cuando es moderada y se explota como recurso poético; pero si traspasa los límites de la prudencia se convierte en enfermedad mortal para la imaginacion y para la dicha. El que se acostumbra á juzgarse desgraciado, acaba por creer que lo es, y no cabe mayor desdicha. Que las endechas quejumbrosas del poeta Alcalde Valladares no se conviertan en creencia del hombre. Zimerman, el apologista de la soledad, fué feliz en tanto que se limitó á escribir sus excelencias; pero se convirtió en objeto de compasion cuando se consideró solo en el mundo, á fuerza de hacer abstraccion de la sociedad y de los hombres.

Nada decimos del mérito de las composiciones añadidas al primer volúmen, por haberse ofrecido á escribir el juicio de las mismas un escritor muy competente. Sin embargo, no queremos privarnos del gusto de manifestar que la elegía á su hijo está escrita con un sentimiento que hace derramar lágrimas; que la oda á D. Mariano Alvarez de Castro (1) tiene estrofas de entonacion sublime y una animacion descriptiva que arrebata, y que las demás poesías, escritas con estilo sóbrio y adecuado, están esmaltadas de pensamientos é imágenes que las hacen joyas literarias de subido precio.

Alcalde Valladares, como todos los poetas de vocacion y entusiastas, confía al papel sus lágrimas y desengaños; y esas confianzas lanzadas á la publicidad son para los pensadores la revelacion del corazon humano, y para los espíritus ménos profundos un motivo de entretenimiento.

Los suspiros de los que escriben son un solaz para los que leen, y una enseñanza para los que estudian.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

---

(1) Obtuvo el primer premio en Gerona en 1875.

DOS PALABRAS SOBRE ESTAS POESÍAS.

Patrocinado este libro por el celebérrimo literato español, gloria de su pátria, el Sr. D. José Amador de los Rios, que con sentidas y galanas frases le rindió un tributo de estimacion en el prólogo que apareció al frente de la primera edicion de las poesías de Alcalde Valladares, ¿qué podría decir mi desaliñada pluma que no resultase pálido y sin vida? ¿A qué repetir una vez que el poeta que nos ocupa es un verdadero poeta, un verdadero hijo de Apolo, uno de aquellos para quienes la escarpada subida al Pindo se convierte en llanura practicable á los dulces acordes de una lira siempre llena de uncion y sentimiento?

¿Puede darse nada más sentido, nada más tierno que esas décimas en que *María al pié de la cruz*, exhala hondos gemidos de su agitado pecho? No necesita el Sr. Alcalde Valladares de la épica entonacion del endecasílabo para engarzar bellísimos pensamientos. Él nos dice sencillamente:

«Que el hijo siempre en los brazos
De su madre resucita.»

Y dirigiéndose á la madre dolorosa, exclama:

«Que habeis redimido el mundo
Él con sangre. Tú con llanto.»

Amaré siempre á Alcalde Valladares cuando tributa á la Divinidad sus talentos, cuando canta las alabanzas religiosas,

cuando engalana con sus perlas la corona poética de la Vírgen, la que nuestro Godofredo de Strasburgo llama «blanca nieve de pureza, lago insondable de gracia, diamante de constante virtud»; la que nuestro Reimaro de Zweter, explicando de un modo ingenioso las letras de que se compone el dulce nombre de *María*, llama *Mediadora, Auxiliadora, Restituidora* de las almas perdidas, *Iluminadora* de los corazones y *Ayudadora*.

Amo tambien á Alcalde Valladares cuando brilla el fuego de su impresion patriótica, de su ferviente corazon español, en relámpago de elocuencia al enaltecer al pueblo que conocía en Gerona el aliento del pecho, la sangre de las venas. En la oda dedicada al sitio de aquella famosa ciudad que

«cual Pompeya
brotó de entre cenizas á la historia,»

hay frases poéticas como las siguientes:

«Los muertos mueren libres, nunca esclavos.»
«Salgamos
Pueblos á conquistar, no cementerios.»

Las primeras de las frases citadas las exclamó un español en cuyo espíritu se reflejaba el de España entera, así como en un suspiro del aire se encuentra toda la esencia de la atmósfera; las exclamó el heróico defensor de Gerona, D. Mariano Alvarez de Castro.

Y, ¿qué diremos de ese grito de un corazon hecho pedazos, de un alma transida de pesar, la elegía que nuestro amigo envió á la solitaria tumba de su hijo queridísimo, que léjos de los brazos paternales murió en la flor de la vida en aquella isla regada con sangre de tantos héroes? Las maldiciones que el vate, viendo morir la flor de su dicha, lanza contra el

«traidor emponzoñado clima
que paga á la virtud con el martirio,»

contra el suelo fatal donde Colon abrió con sangre de valien-

tes una tumba sin fondo para España, las interrumpen hondos ayes y gemidos:

«¡Oh! ¡Dejadme llorar!
¡Niño infeliz!
¡Y no volverte á ver!»

Nos hacen derramar lágrimas las estrofas:

«Vírgen de la Paloma, dí, ¡qué has hecho
de aquella noble juventud gallarda!
¡Tu imágen no guardó sobre su pecho
para que fueras tú su ángel de guarda.....!
Perdona, Vírgen, mi tenaz locura
y mi acerbo dolor..... ¡Ay! si me aflijo
y te ofendo quizás, perdona, Madre,
que soy su padre yo y él es mi hijo.»

Alcalde Valladares es el *poeta del sentimiento*, y como tal lo acreditan las composiciones tituladas *A mi madre* y *Ante la tumba de mi madre*.

El dolor del padre por la muerte de su hijo, que, ansiando pelear casi al lado de las cenizas de Colon por el esplendor de la bandera española, por la dignidad é integridad de la tierra que ha dado al mundo la América y unir laureles en la gran Antilla á los que había ganado en la Península, no sucumbió ante el enemigo, sino á una epidemia tropical, lo mitigará el pensamiento de que la causa nacional, que en el finado tenía uno de sus prohombres más valientes, haya triunfado ya; lo mitigará el entusiasmo que en su corazon español habrá despertado la pacificacion de la Isla de Cuba, que ya es un hecho consumado, y la idea de que la pátria que celebra que los abrazos de hoy sean la paz bendita, así como las lágrimas de ayer eran la guerra, tendrá un recuerdo de gratitud, un epitafio glorioso y una lágrima para las tumbas de los hijos que han contribuido á elevarla á altura tan considerable.

Cuanto puedo expresar en honor de las poesías del amigo que á mí tambien me acompañaba en mi dolor profundo al verme privado de mi madre adorada, está condensado en algunas líneas del prólogo del Sr. Amador: «Dado su anhelo de cultivar

la grande oda religiosa y heróica, al propio tiempo que los demás géneros líricos, donde al lado de las inspiraciones libres y expontáneas del sentimiento, brillan y campean las que reciben vida y color de las tradiciones populares, esfuérzase por extremo en dar á las primeras cierta grandeza de estilo y de expresion..... Hay entre esas poesías notables composiciones, que atesoran rasgos, arranques, pinceladas y áun cuadros enteros de extremado vigor, de peregrina fuerza de colorido y de inusitada frescura.»

Conforme en un todo con las palabras del Sr. Amador, compatriota del autor de estas poesías, solo me resta á mí, hijo del Rhin, aleman y admirador de las joyas cordobesas engastadas en las coronas de la literatura española, felicitar al Sr. Valladares, cuya vena poética demuestra una vez que las glorias del suelo andaluz son imperecederas.

Al trazar las desaliñadas líneas de este prólogo, llega á mi noticia la triste nueva que anuncia el fallecimiento del ilustre é insigne Amador de los Rios. Amante como el que más de las glorias españolas y el primero en admirar la vasta erudicion y el claro talento de aquel hombre privilegiado, con quien me unían los dulces lazos de la amistad, una furtiva lágrima humedece mis párpados, un hondo suspiro se escapa de mi pecho.....

Amador era acaso más estimado y conocido en el resto de Europa que en su misma pátria. El crítico por excelencia, el arqueólogo consumado, el historiador concienzudo y verídico, y el inspirado vate goza envidiable y merecida reputacion en el mundo de las ideas; y los destellos de su talento, esparcidos en tantas obras, ocupan un lugar preferente en las bibliotecas de todos los sábios.

¡Loor eterno á esa España que en todas las edades y en los diferentes ramos de la inteligencia humana ofrece al mundo tan dignos y esclarecidos representantes!

JUAN FASTENRATH.

Colonia 6 de Marzo de 1878.

PRIMERA PARTE.

POESÍAS RELIGIOSAS.

LA MUERTE DE JESUS.

ODA.

A mi queridísimo amigo el eminente hombre de Estado

D. Martin Belda.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

(*San Lucas, cap. 23, v. 46*)

¡Callada soledad!.... ¡vaga querella!
¡Ecos lejanos de afligido canto!
¡sombras perdidas!.... ¡apagada estrella!....
¡sueños de ingratitud!.... ¡ayes de llanto!....

Plácidas ondas de cristal sombrio
que el aura leve con su aliento riza
cuando gime en las márgenes del rio,
donde con perlas á la flor matiza.

Rápido viento que arrastrando el trueno
con sus alas los ámbitos azota
y alterando del mar el turbio seno
rompe el bajel que en sus espumas flota,

Horas tranquilas que cruzais serenas
sin descansar jamás en la partida

contando del desierto las arenas,
midiendo los espacios de la vida,

Triste fulgor de nebuloso dia
que declinas en lánguido desmayo
mientras que lento al trasponer te envia
el moribundo sol su último rayo,

Aguila altiva que á los cielos subes
burlando el soplo de huracan potente,
que sacudes tus alas en las nubes
y le escupes al sol sobre la frente,

Palmera de Sion que del Calvario
te elevas melancólica hasta el cielo,
enlutado cipres que solitario
suspiras en las cumbres del Carmelo,

Cansado sáuce que al pesar doblando
tus ramas en humilde ceremonia
las llevas por el Eúfrates arrastrando
hasta alfombrar los pies de Babilonia,

Soberbio pino que en Damasco elevas
tu oscura copa con estéril fruto;
cárdeno lirio que lloroso llevas
en cáliz de crespon, hojas de luto,

Pobre mortal que con la fé cautiva
caminas entre sombras indeciso,
sin ver que llevas en tu frente altiva
el estigma fatal del paraiso.....

¿Por qué callais en la terrible hora

en que al dolor la humanidad doliente
el alma inclina que incesante llora
y dobla humilde la abatida frente?

¿En qué la tierra criminal é impura
en lágrimas convierte su alegria
como aquella Raquel que en su amargura
lloró en los campos de Ramat un dia?

¿Por qué á esos gritos de feroz contento
que maldiciendo pasan las edades
rotas ¡ay! callan su apagado acento
las nobles arpas de Salem y Cades?

¿Por qué en el fuego del primer instante
que el júbilo su espíritu embargaba
la nieta de Judá se prosternaba
ante la gloria de Jesus triunfante?

¿Es que quizás mirais en lontananza
el porvenir manchado hasta en su esencia
y encontrais oprimida la esperanza
al grito aterrador de la conciencia?

Perdida humanidad, tiende los ojos
y contempla al rigor de tu destino
alfombrado con ásperos abrojos
el trayecto fatal de tu camino.

Deten el paso y con horror maldice
la estrella que alumbrara tu pasado;

esa es la Cruz que tu pecado dice,
y Dios que te perdona ese pecado.

. . . . . .

Allí descansa... De la cruz pendiente
los ayes postrimeros de su vida
salir del pecho, dolorido siente
viendo de lejos la ciudad deicida.

Oye los gritos de inmoral orgía,
la bacanal de impúdicos hogares,
y al horrible estertor de su agonia
oye el rumor de cínicos cantares.

Sigue, Sion, tus cánticos impuros
sin que tu pecho á la virtud se abra,
que acaso ya sobre tus dobles muros
la muerte ha escrito su postrer palabra.

. . . . . .

Inmóvil allí está... la sangre brota
ya de su cuerpo desmayado y frio,
y al ondular su cabellera, azota
su hermoso rostro, cárdeno y sombrio.

Apagada en sus lábios la sonrisa,
abre su boca sin hallar aliento,
su frente acariciada por la brisa,
sus ayes repetidos por el viento.

Grita á sus pies la enfurecida plebe,
que en el coraje de su fiera saña,
tiñe con sangre su color de nieve
y en vil saliva sus mejillas baña.

¡Madre del alma!... clama en su agonia,
tal vez su corazon; en tal quebranto,
quién no recuerda á la mujer que un dia
meció su cuna y enjugó su llanto!

¡Quién no anhela al sentir hecha pedazos
el alma toda de la muerte al peso,
espirar de su madre entre los brazos
y en su frente llevar su último beso.

¿Dónde estás, madre? En silenciosa queja
parece preguntar: ¿Dónde te has ido
cuando siento mi vida que se aleja,
cuando siento perder cuanto he querido?

Cuando sin luz la eternidad sombria
mi aliento seca y mis pupilas clava,
cuando muero aquí solo, madre mia,
y el mundo todo para mí se acaba.

Inútil queja! ayes ¡ay! perdidos
á que el viento responde silencioso,
en tanto que se pierden sus gemidos
en los ántros del Gólgotha escabroso.

Late el pecho y en páramos desiertos
se apaga su latido entre dolores
encontrando al morir, por siempre muertos
cariño y amistad, dicha y amores.

. . . . . .
. . . . . .

Trémulo y triste, incierta y desmayada
la luz postrera de sus ojos arde,
que el último fulgor de su alborada
vé perderse en las sombras de la tarde,

Cruzan su mente encapotadas nieblas
que crecen y se agolpan en montones,
en tanto que extendiendo las tinieblas
van su manto de fúnebres crespones.

Borda á la vez con lúgubres celajes
su pintoresca falda el horizonte,
mientras el sol espira en los ramajes
que coronan la cúspide del monte,

Y en esta dura y apenada hora
de negras noches enlutada cuna,
que sobre el polvo de la muerta aurora
alumbra melancólica la luna,

Tal vez el alma en la interior tormenta
que ya la impele á abandonar el pecho
contempla ante su faz calenturienta
la aciaga vista de su horrible lecho.

Y entonces ¡ay! cuando los ojos crean
en la mente delirios é ilusiones,
sombras que se retuercen y voltean
fantasmas y quiméricas visiones,

Medroso el corazon se va oprimiendo

y en vértigo á la vez latiendo loco
crugir todas sus venas va sintiendo
y romperse sus fibras poco á poco,

Por eso Dios en el postrer instante
cuando pálidos ya sus lábios rojos,
apagada su voz, su vista errante,
alzaba al cielo sus cansados ojos,

Siente el horror que inspiran las quimeras
en esas horas de mortal congoja
en que el alma se pierde en las esferas
cuando su cárcel de materia arroja,

Y ya convulso, al retemblar del frio
que la muerte en sus venas va infiltrando
«¿por qué así me abandonas, padre mio?»
grita, la frente lívida inclinando.

Ahogó un suspiro prolongado y ronco,
cerró los ojos de su fin esclavos,
y desplomado se cayó en el tronco
crugiendo al peso los enormes clavos.

¡Estaba muerto! su cabeza helada.....
solo la cruz á veces se mecía
impelida tal vez por la agitada
postrera convulsion de la agonía.

¡Jerusalem! Jerusalem! que has hecho
gritaban desde el Eter los querubes
que se llevaban en florido lecho
el alma de Jesus, rasgando nubes:

Calló Sion, que horrorizada mira
de su delito la cercana pena,
porque el Profeta-Rey cantó en su lira:
«serás, Jerusalem, monton de arena.»

. . . . . .
. . . . . .

¡Ha muerto Dios! los bárbaros cantares
repiten de la abyecta muchedumbre
que enciende en sus satánicos altares
por su triunfo brutal, perpétua lumbre.

¡Ha muerto el Redentor! ronco, rodando,
rugiendo el trueno por los aires sube,
¡Ha muerto Dios! el huracan, silbando,
repite sin cesar de nube en nube.

¡Ha muerto Dios! exclama la tormenta
que el mundo con relámpagos enciende,
y al eco horrible de su voz violenta
el rayo truena y los espacios hiende.

Recruge el viento replegando brumas
y retorciendo troncos de diamante,
y vomitando el mar montes de espumas
brama y se pone en pié como un gigante.

Los muertos de sus tumbas se levantan,
los piedras chocan, los volcanes mugen,
los muros y las torres se quebrantan,
y hasta los ejes de la tierra crugen.

En el templo se rasga el velo santo
y se apagan las lámparas eternas,

mientras se escucha de salvaje canto
el eco en las recónditas cavernas.

La luna, las estrellas sin concierto
se agitan en las cóncavas regiones,
y esparcidas cual polvo en el desierto
ya desquiciadas ruedan en montones.

Nublado el cielo, en su dolor profundo
rompe á la vez los terrenales lazos,
envuelto en nieblas se estremece el mundo,
y el sol como un cristal se hace pedazos.

. . . . . .

Perdida humanidad, póstrate y ora,
que el lábaro del bien flota en el viento
y anuncia el rayo de la nueva aurora
que viene á reanimar tu sentimiento.

Alza tranquila los dolientes ojos
y ven, cristiana, á bendecir el nombre
del que su frente al coronar de abrojos
de santa gloria coronaba al hombre.

De Jericó la perfumada rosa,
las cristalinas perlas del rocío,
el soplo de la brisa vagarosa,
el encantado murmurar del rio,

Sobre la mancha de la antigua pena
derramen en tu frente su consuelo
proclamando que el Dios de Magdalena,
es el Dios del Tabor y del Carmelo.

Es el Dios que del polvo se levanta
alzando viva su cabeza inerte,
que sujeta á Luzbel bajo su planta
y rompe las cadenas de la muerte.

Que en púrpura convierte su sudario
haciendo un trono de la cruz bendita,
un reino de las crestas del Calvario,
una verdad de la ciudad maldita.

Que haciendo una bandera de su nombre
le declara al error perpétua guerra
para romper la esclavitud del hombre
y alzar la libertad sobre la tierra.

Por eso siempre su humildosa planta
debes besarla con amor profundo;
por eso, humanidad, póstrate y canta
himnos sin fin al Redentor del mundo.

Madrid y Abril 15 de 1870

A MARIA EN LA PASION DE SU HIJO.

Muerto su corazon, mudo su pecho
siente que el alma sobrevive apenas,
madre infeliz contempla á su despecho
del Hijo de su amor las tristes penas;
el cuerpo herido, el rostro ya deshecho,
brotando sangre sus divinas venas,
lo ve morir en su dolor profundo
salvando al hombre y redimiendo al mundo.

Madrid, 1864.

Á JESUCRISTO.

Soneto.

Entre ladrones de la Cruz pendiente
suspira Dios, sobre el madero frio,
sed tengo dice; y el sayon impío
hiel y vinagre bríndale inclemente.

Brota su sangre en férvido torrente
que altivo arrastra caudaloso rio,
está todo cumplido, padre mio,
dice inclinando la abatida frente.

Siente arrancarse en su dolor intenso
el alma, cuyo espíritu fecundo
su cárcel rompe con su amor inmenso.

Muere en sus lábios del Eterno el nombre,
el sol se oculta, se estremece el mundo,
espira Dios y resucita el hombre.

Á MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

Soneto.

Vertiendo de su amor la luz radiante
y la eterna verdad de su doctrina,
el Hombre-Cristo con valor camina
y á la santa ciudad llega triunfante.

La ciega turba con feroz semblante
torpe se burla de su fé divina,
le proclama impostor y le asesina
sin que delito tan atroz le espante.

Una Mujer de celestial belleza,
madre infeliz de corazon fecundo
en llanto baña la mortal cabeza.

Muere tambien, y en su dolor profundo
escribe con la fé de su pureza
que ella ha salvado con su amor al mundo.

Madrid, 1861.

LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

ODA. (1)

Á MI ESTIMADO AMIGO EL ERUDITO ESCRITOR

D. CARLOS RAMIREZ DE ARELLANO.

Jesum, quæritis Nazarenum, crucifixum,
surrexit: non est hic.
(*San Marcos, cap.* 16, *v.* 1.º)

¡Qué fué la humanidad cuando engreida,
en medio de sus duelos y amarguras
contemplaba con júbilo la suerte
que la fé de las santas escrituras
revelaba del Dios de las alturas
con todos los portentos de su muerte!

¡Qué fué del pueblo que en su afan impuro
de sustentar el vicio en sus entrañas
miraba indiferente en su alegría
del tibio sol el trasponer oscuro
y el triste amanecer del nuevo dia!
que en medio de sus triunfos y trofeos
miraba revolverse su esperanza
en el fétido mar de sus deseos,
sin ver en el delirio
que atormentaba su perdida mente

(1) Obtuvo el primer premio en los Juegos Florales de Córdoba en 1868, consistente en un ramo de jazmines de oro esmaltado y pedrería.

que al morir Babilonia impenitente
arrastraba á Sion hasta el martirio.

¡Qué fué del pueblo vengativo y nécio,
idólatra de impúdicos altares
que á la virtud miraba con desprecio
desoyendo en las lúbricas orgías
que daban vida á su asqueroso vicio
el eco aterrador de Jeremías,
de la hermosa Judiht el sacrificio!

¡Qué pueblo es ese que en su innoble anhelo
de deprimir cuanto la fé levanta
y alto y sublime la verdad encierra,
ni el crímen de Pentápoles le aterra,
ni el arrojo de Débora le espanta,
que sordo á su conciencia,
y muerto á la vergüenza y el sonrojo
entre los rayos de su ardiente ira
derrumbarse á Babel tranquilo mira,
y hundirse á Faraon en el mar rojo!

¡Qué fué del pueblo débil é impotente
que sin librar la voluntad esclava
que su delito acusa
ni vé el castigo de David en Rabba
ni de la reina Esther el triunfo en Susa!

¡Qué fué la humanidad mientras que ciega
sin luz ni sentimiento
siquiera de su mal arrepentida
en plácido contento
buscaba con halago

la indigna rama que cayó podrida
del árbol de San Pedro y de Santiago!

¿Qué fué del pueblo?... Pero basta, basta,
su delito fué grande, mancillado
su nombre y su poder, triste, perdida
vé su esperanza ante el rigor del hado,
y aquella descreida
raza sin fé que en su fatal delirio
á una pena sin fin quedó sujeta,
lloró bajo la espada del Asirio
los mismos años que anunció el profeta.

¡Desgraciado Israel! por qué no aclama
tu espíritu rebelde y altanero
el bien que el cielo sobre tí derrama;
por qué dudando de tu misma esencia
cuando su mano generosa tiende
renuncias la obediencia
que es la virtud que en el amor se aprende!

Por qué tu frente con rubor se inclina
ante la santa lumbre
que cual destello de la luz divina
muestra el Siná sobre su excelsa cumbre,
donde tu mente avara
sin acallar el corazon malvado
vé con desprecio de Moisés la vara,
y en Bethoron despues el sol parado!
por qué en los tristes dias
que cruzabas el árido desierto
al eco de sagradas profecías,
pagabas aquel bien con el insulto

aplaudiendo al sacrílego de Ocías
y al becerro de Dan rindiendo culto!

¡Era preciso! tu mortal encono,
la amarga hiel de tu soberbia impura
eran las gradas del cristiano trono,
el cáliz de ventura
sobre el que hollando su destino adverso
y bendiciendo el libro de su historia,
iba á fijar el Dios del Universo
el infinito reino de su gloria.

Y tú qué hicistes ante el alba pura
que vino á alimentar nuestros amores
con el mágico Edem de su hermosura,
con el pintado cáliz de sus flores!
Que vino con su boca bendecida,
y el sol en ella para siempre impreso,
á confundir el alma con la vida,
y unir las dos con su divino beso.
Que vino con su gloria en el aliento,
con el perfume en sus sagradas huellas,
con sus alas tendidas por el viento
y su frente acostada en las estrellas,
Con el cariño que jamás se acaba,
porque es hermano de su santa idea,
porque es la Vírgen del Señor esclava,
y su madre despues en Galilea.
Qué hicistes pueblo con el Rey de reyes
que al monarca del báratro destrona
enseñando al incrédulo sus leyes
á costa de su sangre y su corona.

¡Oh nunca! nunca el corazon humano
podrá olvidar, en su dolor profundo,
el crímen que tu mano
lanzára desde el sólio del tirano
sobre la faz expléndida del mundo.

Tú con la hiel que el corazon destella
cuando aspira ponzoña en el ambiente
quisiste apagar la alegre estrella
que vino de los ámbitos de Oriente
á consolar al hombre en su querella
y borrar el pecado de su frente.

Y seguistes impávido su lumbre,
y al fulgor de la luna cristalina
escalaste del Líbano la cumbre
y fuistes al vergel de Palestina.
Y osaste audaz con el rencor de hiena
cometer el horrible sacrilegio
que atroz castigo contra tí demanda
¡ay! de estampar sobre su rostro egregio
el beso impuro de traicion nefanda.

Y aun no bastó, que en tu fatal camino
despreciando su amor y mansedumbre
su espíritu divino,
en la expansion de tu brutal empeño
que impulsaba tu instinto sanguinario,
puesto en los hombros el sagrado leño,
lo llevaste á la cima del Calvario.

Y allí tambien, sobre su cuerpo frio,
que siquiera convulso palpitaba,

clavaste el hierro con rencor impío
de sangre salpicando
la madre virginal de los amores,
que á los pies del madero sollozando
devoraba el dolor de los dolores.

A la madre infeliz que en su quebranto
de penas ¡ay! transida,
con el raudal de su amoroso llanto
el alma refrescaba dolorida,
ahogando sus suspiros de amargura,
cuando ya el corazon, roto en pedazos,
el cadáver del hijo sin ventura
bañado en sangre recibió en sus brazos.

Y pudieron siquiera imaginarse
al arrojar su cuerpo en una fosa
que sufriera el sepulcro sin rasgarse
la inmensidad de Dios bajo su losa?
Del Dios aquel que en el postrer instante
en que su voz ahogaba la agonía,
cuando arrastrados por la brisa errante
el Gólgotha sus ayes recogia,
alzaba sus miradas á los cielos,
de su trance infeliz solo testigos,
perdonando á sus fieros enemigos
y á su padre pidiéndole consuelos!

Pensaron al rasgar su cuerpo helado
y al destrozar sus pálidos despojos,
que acaso de la nada
nunca volvieran á salir sus ojos
ni á confundirlos más con su mirada!

No vieron que era Dios, y que en su muerte
el sol y las estrellas se apagaron,
el mar se desbordó, roncas sonaron
en los vientos tristísimas canciones,
abrió sus ojos el cadáver yerto,
el cielo se ocultó bajo crespones
y los mundos rodaron sin concierto!

Y torpe el hombre, aunque su orgullo vano
ponga en su vista impenetrable velo,
podrá jamás con su profana mano
romper los mares y enlutar el cielo!

Aunque su pecho agite
el rápido temblor de la locura
y la rábia procaz lo precipite,
creerá nunca en su mente,
si el fin de la razon no la derrumba,
que puede altiva levantar la frente
desde el cóncavo centro de la tumba!
Nunca! Delirio! La impiedad tan sola
puede alentar su corazon perdido
y brindar el error una aureola.

¿Quién más que Dios el sér de lo nacido,
la víctima inocente del Calvario,
que en el Cedron lloró con desconsuelo,
puede arrojar el fúnebre sudario
y entre querubes remontarse al cielo?

¡Quién mas que Dios, con su poder sublime,
con su sér infinito,
que en cuanto alienta su grandeza imprime,

y que en la tierra y en el cielo vierte
sus dulces armonías,
puede romper los lazos de la muerte
y de la vida prolongar los dias!

El, sempiterno, omnipotente y grande
se ofrece al sacrificio
para alcanzar la gloria venidera
que bajo el cieno de su torpe vicio
perdida el hombre para siempre viera!...

Y allí está ya... sobre su faz hermosa
el alba virginal de la mañana
refleja temblorosa
dibujando en sus lábios la violeta,
en sus sienes, del sol los resplandores,
en su mente, los sueños del profeta,
en sus ojos, su madre y sus amores.

Como cándida flor de primavera,
que cierra el cáliz en la noche fria,
y vuelve á abrirlo con la luz primera
que anuncia el nuevo dia,
así su rostro, donde yace helada
la sangre que arrancaron las espinas,
conserva con su sombra nacarada
sus tintas purpurinas.

Blanco y desnudo el apagado pecho
conserva de sus venas
la huella azul: y su cabeza pura
sobre el sepulcro estrecho
conserva los colores y frescura
del que descansa en su tranquilo lecho.

Mas ¡ay! callad; sobre sus ojos arde
la aurora de la vida,
que disipa las sombras de la tarde
y torna al alma la ilusion perdida.

Ya de la brisa en el callado acento
y en el rápido vuelo de sus giros,
entre el perfume de su blando aliento
van volando sus plácidos suspiros.

Sus puertas abre el cielo, y entre nubes
de inciensos y de flores,
descienden los querubes
desprendidos del trono del Eterno
para apagar del pueblo los clamores
y refrenar las iras del infierno.

Soles y estrellas los espacios llenan:
sobre la humilde tumba solitaria
los cantos de las vírgenes resuenan:
la Iglesia en su plegaria
el santo nombre del Señor invoca,
y al soplo de la vida,
que besa y mece la marmórea roca,
ésta vacila, tiembla y se contrae,
y cuando el ángel con sus piés la toca,
rota en pedazos para siempre cae.

Las harpas de Salem encantadoras,
sus himnos inmortales,
sus cántigas sonoras
regalan á las brisas celestiales;
y al son de su armonía,
que llena de su encanto

desde el celeste Empíreo hasta el profundo,
sobre la piedra del sepulcro santo
alza su frente el Redentor del mundo.

¡Dios! dice el trueno con su voz gigante
sobre el bárbaro estruendo de la guerra:
¡Dios! dice el eco por la mar errante,
y repitiendo ¡Dios! corre en la tierra.

Brota el perfume de la flor temprana,
muere la noche en brazos de la aurora,
el cielo se engalana,
Jerusalem arrepentida llora,
y en vez de la agonía
que al corazon llevaba el sentimiento,
cesa el combate, vuelve la alegría,
los mares callan y suspira el viento.

¡Dios! dice el hombre que feliz bendice
la gloria que ilumina sus hogares,
y la Iglesia en sus místicos cantares
¡Hossana! ¡hossana! fervorosa dice!

Rotas las nubes, impelidas pasan
en raudo torbellino
por las auras celestes, que de aromas
perfuman su camino;
y en su incansable y misterioso vuelo
corriendo arrebatadas
del manso ambiente al murmurar sonoro
por el primer albor tornasoladas,
se remontan al sol del infinito
llevando en letras de brillantes y oro
¡Hossana y Dios! sobre su manto escrito.

Y ante la ardiente y encendida llama
que del sepulcro brota,
y cual lluvia de flores se derrama,
sin que su pena y su terror sacuda,
cayendo en tierra el centurion exclama:
¡era el Hijo de Dios, no tiene duda!

¡Era el Hijo de Dios! con voz solemne
repiten las montañas y los valles
al ver que Cristo su cabeza alzaba
del polvo en que yacia,
y en trono de esmeraldas y arreboles,
coronado de estrellas y de soles,
al cielo entre sus ángeles subia.

¡Era el Hijo de Dios! con voz suave
dice el arroyo en su murmullo lento,
¡era el Hijo de Dios! exclama el ave
surcando alegre la region del viento.

Y Dios cruzando la celeste esfera,
rizada por las brisas
la límpida flotante cabellera,
se mece en los espacios,
y libre el pecho de rencor y encono
las puertas celestiales de topacios
abre, y se sienta en el eterno trono.

La humanidad en tanto solemniza
con júbilo creciente
el lazo que sus glorias eterniza:
y en página elocuente
escribiendo la historia de su imperio
la religion sus hechos diviniza

con el manto sublime del misterio.

Como el rayo que allá en los horizontes
brotando al renacer de la alborada
ilumina los prados y los montes,
así del seno de la Iglesia brota
la fé de nuestro encanto
que es ¡ay! la luz del evangelio santo
que sobre el mundo y sobre el cielo flota.

Y roto el cetro del tirano impío,
que en lágrimas cristianas
las perlas convirtiera del rocío,
la fé sus alas tiende
bordadas de verdad y sentimiento
mientras á impulso de su sacro aliento
el alma libre los espacios hiende.

Y el corazon tranquilo y satisfecho
triunfante en la pelea
en que solo el amor prestóle ayuda,
exclama en su fervor ¡bendito sea!
¡era el hijo de Dios! no tiene duda.

Y prosternado, ante el altar eterno,
que une en el templo las virtudes santas,
rindiendo culto á su cariño interno,
con la Iglesia y la fé pone las plantas
sobre las puertas mismas del infierno.

Guadalajara, 1868.

LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO
SOBRE LOS APÓSTOLES.

ODA.

A mi querido amigo y compañero el inspirado poeta

D. MANUEL FERNANDEZ RUANO.

> Et apparuerunt illis dispertitæ linguæ tanquam ignis, seditque supra singulos eorum.
> (*Hechos de los Ap.* c. 2, *v*. 3.)

Rebelde el hombre ante el error se inclina
y abraza la creencia
que lleva la inquietud y la ruina
al último suspiro de su esencia.
De falso dios ante la faz sumiso
adora la impostura,
perdiendo el explendor del Paraiso
por una gloria criminal é impura.

Hombre infeliz, al recordar tu nada
y tu ilusion impía,
no recuerdas que al fin de tu jornada
jamás el sol alumbrará tu dia!
Antes que á sueño pecador te inclines
y á loca ceremonia,
recuerda á Baltasar y sus festines,
recuerda á la soberbia Babilonia.

¿Y hay quien rompiendo el explendente velo
de gloria y bienandanza
que Dios tegiera sobre el pobre suelo
renuncie á la verdad y á la esperanza?
Y quien corriendo tras mentido encanto
se envuelva en su egoismo,
sin ver que busca interminable llanto,
sin ver que pisa perdurable abismo?

¿No veis, pobres criaturas, iracundo
el mar embravecido
alzarse fiero amenazando al mundo
que por sus olas vése combatido?
¿No ois bramar el huracan y el trueno
y á su potente empuje
caer el rayo y entreabrir su seno
ronco el volcan que en la montaña ruje?

Pues esa lucha irracional, gigante
que al universo aterra
y hace crugir el eje de diamante
sobre que gira la fecunda tierra;
toda esa furia colosal, insana,
que estragos mil ofrece
asombrando á la vez la mente humana,
ante el sóplo de Dios desaparece.

Nada es el hombre, su poder es viento
que ni siquiera zumba,
su orgullo es una torre sin cimiento,
su espíritu creador solo una tumba.
Su fe se pierde, su esperanza vuela
ante el soplo sagrado
que lanza el Dios que sobre el mundo vela

desde su eterno trono inmaculado.

. . . . . .

. . . . . .

Tronó el Siná y entre celeste lumbre
cundió la profecia
de que iba Dios á abandonar su cumbre
para salvar nuestra existencia impía.
Sin su divino amor, sin la ventura
de célica morada,
sin el Cáliz feliz de la amargura,
¿qué fuera el hombre ya? Ceniza, nada.

Con el terror el mísero protervo
pintado en el semblante,
al Hombre-Cristo, al encarnado Verbo
entrar lo vé en Jerusalem triunfante:
pero aunque esclavo y sin ventura llora,
jamás al bien se entrega,
y al ver la luz de reluciente aurora
cierra los ojos y obcecado niega.

Mas ¡ay! si piensa la verdad profunda
hundir en el sudario,
brillar muy pronto la verá fecunda
sobre la inmensa cima del Calvario,
y rasgando el error, venciendo el dolo
irá del viento en alas
llenando el Orbe desde polo á polo
de rico incienso y de radiantes galas.

Cuna la Cruz de la verdad divina
y de grandiosa idea,
al pobre pescador de Palestina

brinda el fulgor de sacrosanta tea.
Ellos honrados, con la fe del alma,
abrazan el destino
de dar al mundo, tras la hermosa calma
la bella flor de celestial camino.

Mas absorto su débil pensamiento
con tan sublime herencia,
de Dios se eleva al divinal asiento
pidiendo el rayo de su eterna ciencia.
Para lanzar de la malvada gente
la niebla y la mentira,
con pocas fuerzas su virtud se siente
si Dios al alma su saber no inspira.

Rebrama el viento, y hermanado al trueno
en el espacio zumban;
y de la tierra en el oscuro seno
sus roncos ecos á la vez retumban.
Rompiendo el manto de su espesa bruma
los mares se levantan,
y en su soberbia vomitando espuma
de mil naciones el valor quebrantan.

Como si el eje roto en que tremente
se remueve invisible
la tierra, y sacudida de repente,
trizas se hiciera con fragor horrible,
así del Cielo los espacios bellos
rugieron cual volcanes
y del fúlgido rayo los destellos
llevaron por do quier los huracanes;

Abrió sus puertas el dorado Oriente

y el sol su lumbre pura
vertió en la tierra, con su faz riente
rasgando el velo de la noche oscura,
y entre explendores y entre blancas nubes
el trono del Eterno
apareció cercado de querubes
y puesto el pié sobre el feroz infierno.

Entonces ¡ay! como ilusiones bellas
el suelo coronando
el manto azul se salpicó de estrellas,
rayos y luces por doquier lanzando,
y cual de fuego relucientes palmas,
cual soles desprendidos,
el alma del Señor partida en almas
la frente iluminó á los escogidos.

Luz de la mente celestial, divina,
estrella de consuelo,
fuego sagrado, llama purpurina,
espíritu de Dios, alma del Cielo
fué, que el amor y la gloriosa ciencia
en forma de explendores
bajó á infiltrar en la querida esencia
de aquellos inocentes pescadores.

Fué la señal de que la mente humana
en alas del Potente
llevaba ya de nuestra fe cristiana
la Cruz triunfante desde Ocaso á Oriente.
Que el aliento de Dios, blando suspiro,
aura pura sin nombre,
resucitaba con su santo giro
la muerta fe del corazon del hombre.

Rico, sublime, explendoroso dia
derrama sobre el alma
la luz de venturosa profecía,
la eterna paz y la celeste calma.
Muere la noche, la esperanza cunde,
y el lábaro cristiano
despues que á Roma con sus sábios hunde
sienta la fé sobre el orgullo humano.

Aquellos hombres cuyos puros lábios
moviéronse ignorantes,
callan y aterran á los grandes sábios
y explican ciencias sobre el mundo errantes.
Hijos del pueblo, pobres, sin blasones,
conmueven con su grito
imperios poderosos y naciones
del Rhin helado hasta el ardiente Egito.

El mundo siente su pasada historia
y puesto ya de hinojos
hácia el fulgor de la inmutable gloria
vuelve tranquilos sus cristianos ojos,
y los que impuros sin horror lanzaron
la muerte y la venganza
sobre el Apóstol santo, fecundarón
la fé con el martirio y la esperanza.

El aura empieza á columpiar las flores,
alegre el pajarillo
exhala entre su canto sus amores
del alba pura al encantado brillo.
Cruza la mar la pintoresca nave
de lindas banderolas

cubierta, y con el céfiro suave
se mece y juega en las tranquilas olas.

Ya no hay recuerdo que la mente abrume
por triste y pesaroso,
todo respira celestial perfume,
do quiera brota el pensamiento hermoso.
Senda de flores, ecos de la brisa
imprimen el encanto
que lleva al alma virginal sonrisa
y roba al pecho el angustioso llanto.

Sion se postra y el perdon recibe
del Dios Omnipotente,
que en la conciencia y en el alma vive,
que vuela entre el murmullo del ambiente:
del Señor que se cierne en las palmeras
y habita en los desiertos,
que troncha cedros, domestica fieras,
que seca el mar y resucita muertos.

Del que á Judiht de su valor rodea
y la victoria traza,
del que á la hermosa Ester dió aquella idea
puerto de salvacion para su raza.
Del que llama á Jacob y lo ilumina:
de aquel que en la montaña
le presenta á Israel su ley divina
despues que aplaca á Faraon su saña.

Del que volando en miles hemisferios
ahuyenta los tiranos;
del que mata el furor de los Tiberios
y ata á Neron las homocidas manos.

Del Dios que exhala en miserable cuna
aquel primer gemido
que venciendo el rigor de la fortuna
devuelve al hombre su candor perdido.

Del que dejando su feliz morada
huella el mundano sólio,
y solo con la luz de su mirada
destruye la impiedad del Capitolio.
Del que sembró en Genezaret la gloria
su muerte presintiendo;
del que escribió en el Gólgotha su historia
y á sus verdugos perdonó muriendo.

Del que legando á miserables hombros
su ciencia sobrehumana,
y de vicios y errores entre escombros
eternizó la religion cristiana.
Del que al dejar las esperanzas muertas
del ominoso averno,
para clavar las condenadas puertas
á Pedro nombra su Vicario eterno.
. . . . . .
. . . . . .

Todo es ventura, la verdad sublime
cayendo pura y fuerte
se arroja sobre el alma y la redime
de las sangrientas garras de la muerte.
La Iglesia santa su cantar é incienso
hasta la altura sube,
y ante el amor de Jesuscristo, inmenso
cubre la tierra con celeste nube.

Herido el pecador, su suerte llora
y arrepentido admira
la clara luz que el universo dora,
la eterna paz que en sus espacios gira.
La vida nace, la virtud revive
y la esperanza brota,
y Dios la historia sobre el cielo escribe
de la verdad que sobre el mundo flota.

La fé arrancando con seguro vuelo
deshace en su camino
la impura esencia que emponzoña el suelo,
la inmunda copa que brindára el sino.
Despues borrando á la soberbia el nombre
derriba el paganismo,
y el alma entrega al Redentor del hombre
envuelta entre las aguas del bautismo.

Rayos de Dios como insondables mares
la humanidad rodean,
y despues que iluminan los altares,
la nueva vida para el mundo crean.
Entonces los imperios, las naciones
con humildoso llanto
exclaman al latir sus corazones:
no hay más que Dios y su Evangelio santo.

Córdoba, 7 de Mayo de 1859.

EL DIA DE PENTECOSTES.

Emittes spiritum tuum, et creabuntur et renovabis faciem terræ.

(*Salmo* 103, v. 30)

Lóbrega noche tras nefando dia
cubriendo al mundo con su impuro manto
lo inunda todo de su sombra fria;
el hombre ciego se lanzó entre tanto
á vil placer, á miserable orgía:
manchó su vida, le robó el encanto,
y envuelto en vicios y dolor eterno
dobló la frente y se entregó al infierno.

Perdió en seguida la sagrada ciencia
y amó el error tras la verdad oculto
salpicando de cieno su conciencia
á falsos dioses tributando culto;
despues, herido por fatal creencia,
al cielo reta con soberbio insulto,
y el cielo entonces por primer aviso
vencido lo arrojó del Paraiso.

Quedando el alma á su dolor sujeta
iba entre dura esclavitud muriendo,
mientras delante contemplaba inquieta
la sombra vil de su pecado horrendo;

de pronto al cielo se asomó el profeta,
y el libro santo con fervor abriendo,
mostró que Dios en su bondad fecundo
estaba ya sobre la faz del mundo.

La rica luz que la verdad destella
cruzó el espacio, y el poder de Oriente
siguiendo pura y virginal estrella,
llegó á Belen, donde inclinó la frente.
Nació Jesús, y su divina huella
asombro fué de la mundana gente,
si bien traidores á su fiel halago
lo hicieron mártir de su amor en pago.

Presta á Sion en su dolor consuelo;
perdona al causador de su ruina
y alivio pide á la bondad del cielo;
despues la frente inmaculada inclina,
tiembla el empíreo y se estremece el suelo,
y el hombre, herido ante la cruz divina,
encuentra al pié la verdadera historia
de su futura vida y de su gloria.

Así cumplió: tras su verdad profunda
la tierra libre de infernal quebranto
en santa paz y en explendor se inunda;
despues lo mira con horrible espanto,
como final de su mision fecunda
romper la losa del sepulcro santo
y cercado de célicos querubes
subir al cielo entre doradas nubes.

Sobre la impura frente envilecida
del pueblo criminal que se resbala

por una senda sin piedad ni vida,
donde el error á la crueldad iguala,
la sangre sobre el Gólgotha vertida
cayó humeante, y al vapor que exhala
fiero el pagano contempló su abismo
dorado por la cruz del cristianismo.

La voz del cielo sobre el viento vago
cruzó los pueblos á la vez traidores,
y allá en Genezaret sonó en el lago
prestando vida á las vecinas flores:
y á las caricias del celeste halago
despiertan los sencillos pescadores
y el alma henchida de la fé divina
de Cristo siguen la feliz doctrina.

¿Y cómo al pueblo que en tinieblas gime,
que llora infando su fatal delito,
sin luz ni ciencia el pescador redime
y pone el pié sobre el error maldito?
¿Cómo le enseña la verdad sublime
del Hombre-Dios que sucumbió contrito,
si aunque grandiosa la virtud le sobre
el mundo es grande y su talento pobre?

¡Ay! sobre el hombre y explendor mundano,
sobre el poder que en su soberbia aspira
á eterna vida, sobre el vil tirano
que hollar pretende cuanto ve y respira,
sobre la frente del que intenta insano
al alma herir del que dichoso mira,
sobre la gloria, la virtud, la ciencia,
están la eternidad, la omnipotencia.

Hórrido trueno repitió el espacio
como tormenta que furiosa zumba,
en el campo, en la choza, en el palacio,
mágico el eco con fragor retumba,
de nueva vida divinal prefacio
hace temblar á la marmórea tumba
y al ronco son del proceloso viento
cruzó una llama sobre el mar violento.

Era la luz de celestial aurora
que inunda el universo de explendores,
era la ciencia que la mente dora
de puros é inocentes pescadores;
era la dicha, la verdad que mora
allá en el cielo entre divinas flores,
era el Señor, que de su excelsa cumbre
bajaba al mundo á derramar su lumbre.

Roto el crespon de la infecunda mente,
abierto el corazon, la inteligencia
clara y serena como el sol naciente,
el alma henchida de virtud y ciencia,
limpida y pura la robusta frente,
digno trasunto de sagrada esencia,
aquellos hombres con su amor divino
abren al mundo celestial camino.

Brillante el sol en el zenit fulgura
estrellas dibujando y aureolas,
brindan las auras á la flor frescura
meciendo sus expléndidas corolas,
sereno el viento sobre el mar murmura
rizando á veces sus tranquilas olas,

las aves miran tan radiante encanto
y amores lloran en sonoro canto.

Todo respira juventud y vida,
cayeron los errores, los tiranos,
lloró su crímen la ciudad deicida,
los Nerones, Tiberios y Julianos,
bebieron sangre sin piedad vertida
por sus infieles y perversas manos,
mas sobre la crueldad de su delirio
se alzó el apóstol y besó el martirio.

Ya no hay tinieblas: donde quiera asoma
la luz de la verdad, ya sus altares
falsos derriba la opulenta Roma;
árabes, persas, pueblos á millares
abren los ojos; cual veloz paloma
cruza tambien los anchurosos mares;
y donde impura la mentira mana
clava la cruz de nuestra fé cristiana.

Sobre las alas de feliz querube,
enseñando á los mártires su historia
se eleva Dios en nacarada nube;
para una vida triste y transitoria
les enseña la eterna á donde sube
y les dice: «partid, vuestra es la gloria,
yo á vuestro lado con mi amor profundo
iré tambien hasta que acabe el mundo.

Córdoba, Mayo de 1859.

Á LA CRUZ DEL REDENTOR.

ODA.

A mi siempre querido primo el notable escritor y jurisconsulto

D. FRANCISCO J. VALDELOMAR Y PINEDA,

Baron de Fuente de Quinto.

Benedictum est enim lignum
per quod fit justitia.
(*Libro de la Sabid. Cap.* 15. *v.* 7.)

Arbol divino, afortunado tronco
que, al mecerte del viento al oleaje,
bañado por la luz rota en colores
te inclinaste ante Dios en homenaje,
su frente coronando con tus flores
y alfombrando sus pies con tu ramaje;

Arbol celeste, que tu esencia pura
en cándida espiral subes al cielo,
estrella de ventura
que, oscilando del Gólgotha en la cumbre,
derramas por el suelo
ardientes rayos de perpétua lumbre;
que viste de tu seno,
al retemblar la tierra estremecida,
brotar la fuente de cristal sereno
que entre sus linfas y raudal fecundo

es, á la vez que bálsamo de vida,
nuevo Jordan que purifica el mundo;

Arbol gigante, que inspiró á un tirano
el negro crímen que estampó en tu frente,
emblema del cristiano,
símbolo santo de la fé potente
que Jesucristo relegó á su Historia,
cuando al morir, entre tus duros brazos,
las sombras del error hizo pedazos,
el cadalso fatal tornando en gloria;

Tú, que viste vagar, fieras, perdidas,
como fantasmas que en la noche brotan,
esas turbas de gentes descreidas
que en la impiedad el sentimiento embotan,
mientras sentiste en silencioso giro
la muerte que á tu lado revolaba,
hasta beberse el postrimer suspiro
del hombre que en tus brazos espiraba;

Tú, que viste caer, triste, la tarde,
medrosa, confundida,
entre los pliegues de la sombra vaga,
llevándose el aliento de una vida
que nunca el mundo con la suya paga;
que miraste al sayon blasfemo y ronco
la cuchilla vibrar en su despecho,
romper del mártir el desnudo pecho,
y en su sangre bañar tu helado tronco;
que encontraste en el cáliz de su pena,
entre las nieblas de la noche fria,
las lágrimas amargas de María,
el llanto y el dolor de Magdalena;

Tú, que los ejes de la tierra oiste
crugir acaso como febles cañas,
horrísonos silbar los huracanes
en la cima glacial de las montañas,
al hervir en sus cóncavas entrañas
la lava y el betun de los volcanes;

Tú, que sentiste el vendabal y el trueno
rodar sobre la bóveda sombría,
que ahogó la luz en su profundo seno;
que de la mar bravía
las olas turbulentas
quebrarse oiste en la desierta playa,
cuando al ronco bramar de cien tormentas
lánguido el sol sobre el cristal desmaya;

Tú, que viste las puertas del Olimpo
abrirse, entre el contento y la alegría
de las vírgenes puras, que en su canto
al viento regalaban armonía,
al mundo gloria y al Eden encanto;

Que viste aparecer brillantes nubes,
recamadas de fúlgidas estrellas,
y entre sus pliegues descender querubes
pintando el íris con sus alas bellas;
que al éco celestial de sus cantares,
viste volar como flotante velo
brumas tal vez de perfumados mares,
romper el sol la noche solitaria,
bordar con perlas el azul del cielo,
y entre el dosel de su purpúreo manto
quebrantarse la losa funeraria
y abrir sus puertas el sepulcro santo;

Y entre esas nubes que, al flotar, copiando
iban las tintas del clavel y el lirio,
viste á Jesus llevando,
al impulso fatal del hado adverso,
el cielo por corona del martirio
y por trono inmortal el universo,

¿Quién eres tú, para que así, tranquila,
volases desde el monte al santuario,
penetrando á la vez este misterio
que pasó desde Herodes á Tiberio,
llegando de Belen hasta el Calvario;

Que en tu explendor fecundo,
que las tormentas de la vida calma,
abarcas con tus brazos desde el mundo
hasta los ayes últimos del alma;

Que viniste del bosque y de la selva,
donde las auras gimen,
los himnos á inspirar que te consagro,
empezando tu vida con un crímen
y acabando despues con un milagro?

¿Quién eres tú, que en tu radiante lumbre,
recuerdo eterno de la fé divina,
abandonas del Líbano la cumbre
para llorar al fin en Palestina;

Que de tu gloria en el feliz camino,
que los espacios llena
de vida y explendores,
alentaste el fervor del peregrino,
la fé de Santa Elena,
los triunfos y el valor de Constantino;

La que, á bordo de frágil carabela,

flotaba en las banderas españolas,
y al tibio rayo de la blanca estela
del seno de los mares, arrancaba
el mundo, que ignorado palpitaba
entre montones de encrespadas olas;

La que de Dios, al soberano asiento
voló, alentando nuestra fé sagrada,
extendiendo en las ráfagas del viento
la luz celeste de su régio manto,
abarcando á la vez con su mirada
desde el golfo de Méjico á Granada,
del Cantábrico mar hasta Lepanto?

¿Quién eres tú, que por doquier contemplo
la humildad de tu imágen solitaria,
desde la torre secular del templo
hasta la triste losa funeraria;

Que, enseña del desden y del encono,
hallaste en el delito la fortuna;
que al cadáver de Dios sirves de trono
y á nuestra santa Religion de cuna;

Que viste siempre, en tus miradas fijas,
aquellas madres á tus piés de hinojos,
cuando imploraba con dolientes ojos
perdon Jerusalem para sus hijas?

¿Quién eres tú, que, como hermosa palma,
sobre el viento y el mar te balanceas,
prestando al corazon ventura y calma?
¡Eres la Cruz! ¡La salvacion del alma!
¡Signo de redencion, bendito seas!

Madrid, 1864.

Á PIO IX,

EN LA NUEVA AGRESION ITALIANA.

Oye tranquilo el huracan que ruge
del Capitolio en el cancel sombrío,
el trueno que al rodar en el vacío
sobre tu frente enfurecido cruge.

Mira la llama del volcan que muge
bajo tus piés con estridor bravío,
el rostro airado del monarca impío
que de torpe ambicion marcha al empuge.

Mas déjale escalar el Vaticano
y de San Pedro la inmortal tiára
tocar innoble con su impura mano.

Que Dios ha dicho en su Evangelio eterno
que de su santa Iglesia sobre el ara
nunca sus puertas alzará el infierno.

Madrid y Setiembre de 1870.

LA ROMERIA DE SAN ALVARO

EN CÓRDOBA (1).

Á MI QUERIDO AMIGO Y ANTIGUO COMPAÑERO

D. JOSE MARIA MORENTE.

COMO UN CARIÑOSO RECUERDO.

Voy á cantar, y mi canto
será el alma que suspira
entre contento y quebranto,
será el eco de una lira
templada al placer y al llanto.

I.

¿Veis esa mansa corriente,
que del sol á los reflejos
se vá perdiendo á lo lejos
envuelta en humo su frente?

¿Veis que corre y se dilata,
se retuerce, serpentea,
y á Córdoba al fin rodea
como una cinta de plata?

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en los Juegos florales de Córdoba de 1866, consistente en un pensamiento de oro esmaltado y pedrería.

¿La veis en lecho de arenas,
espejo orlado de flores,
reflejar entre fulgores
las históricas almenas?

¿Y á veces no la veis loca,
estridente, amenazante,
que con ímpetu gigante
se estrella de roca en roca?

Pues esa corriente, en suma,
que ya encanta como aterra,
arroja un génio á la tierra
por cada copo de espuma.

Por eso alzó la cabeza
sobre su lecho de blondas
y arrojó de entre sus ondas
la imágen de la grandeza.

Su nívea capa las nubes
de arreboles matizaron
y á San Alvaro cantaron
las arpas de los Querubes.

Dios le dijo: Parte y funda
un templo en la soledad
donde solo la verdad
como la luz se difunda.

Si las pasiones humanas
logras vencer con tu celo,
él será *escala* que al *cielo*
suba las almas cristianas.

La voz de Dios por el espacio rueda
cual ronco trueno en su region perdido,
mientras triste la tarde en la arboleda
lánguida exhala su postrer gemido.

Vuelve el sol á nacer; de su áureo disco
brota de luz fascinador torrente,
que baña y dora el empinado risco
donde alza un templo su orgullosa frente.

En él, dejando su camino incierto
cuantos buscaron á su vida calma
en la ruda aspereza del desierto,
dulce han hallado la quietud del alma.

—

Al ver el cisma profundo
que al claustro sume en la duda,
á Roma le pide ayuda
el Rey D. Juan el segundo.

Roma infundiendo el ejemplo
de amor y fé ante el altar,
manda á San Alvaro alzar
en medio la sierra un Templo.

Allí está.... su frente ufana
ciñe potente diadema,
donde va escrito el poema
de la Religion cristiana.

Grande, impávido, en su asiento
oye la mar turbulenta,

siente rugir la tormenta,
escucha silbar el viento.

Tranquilo en su escelsitud
vé entre el ayer y el mañana,
dintel de la vida humana,
la cuna y el ataud.

Mira en horrible compás
por los eternos peldaños
ir perdiéndose los años
para no volver jamás.

Mas, ¿quién presta vida y luz
á ese coloso que arredra,
cuyos piés son una piedra
y cuya frente es la cruz?

¿Quién impele el ráudo vuelo
de ese gigante con alas,
que con ellas forma escalas
entre la tierra y el cielo?

¡Dios! La Magestad suprema
que abarca los horizontes,
le dió por trono los montes
y los cielos por diadema.

II.

¿Qué es esa aurora con sus hechizos
que llora flores de varias tintas,
que va extendiendo sus blondos rizos
en áureos lazos de hermosas cintas?

¿Qué es ese coro de trovadores
que alegre trina bajo el ramaje,
que á los reflejos de los albores
mira las perlas de su plumaje?

¿Qué es esa linfa clara y serena
que al sol namora con su desvío,
que se resbala sobre la arena
bajo las flores que arrastra el rio?

¿Qué es esa brisa consoladora
que entre las rosas su amor consume,
mientras que aleve y fascinadora
les roba el cáliz de su perfume?

¿Qué es esa gruta que en los jardines
bajo su sombra templa el estío,
donde en las hojas de los jazmines
lágrimas puras llora el rocío?

¿Que es esa alfombra de flores bellas
que vive y muere cuando el sol arde?
¿Qué es ese manto rico de estrellas
con que la noche cubre la tarde?

¿Qué es la hermosura, qué es los antojos,
qué es cuanto grande se vé y se toca,
ante la gracia de vuestros ojos,
ante la risa de vuestra boca? (1).

—

Voy á cantar, pero se agolpa el llanto

(1) Alusion á las lindas señoritas que componian el tribunal de amor de los Juegos florales.

y encuentro espinas al posar mis huellas;
vosotras solas inspirad mi canto,
vírgenes bellas.

—

Lámpara triste mi azarosa vida
mira apagado su candor de niño;
¿podrá volverle su ilusion perdida
vuestro cariño?

—

Yo junto al Bétis virginal memoria
guardé en el alma, que alejarse siento,
solo ya os pido para eterna gloria
un pensamiento (1).

—

Voy á cantar, y mi canto
será el alma que suspira
entre contento y quebranto,
será el eco de una lira
templada al placer y al llanto.

¿Pensais que esa bullidora
turba que corre y se agita
desde que nace la aurora
no lleva en el alma escrita
pena que siente y no llora?

(1) *Un pensamiento* era la flor de oro y diamantes con que se premió esta composicion.

¿Pensais que en esa alegria
que engendra nuevos antojos,
que el pensamiento estravía,
no llega á turbar sus ojos
triste una lágrima fria?

¿Pensais que al dolor ajena
ó acaso plácida flota
su mente por mar serena?
¡Ah! nó, que ese monte brota
por cada flor una pena.

En el templo una campana
arredra á la humanidad,
pues es tradicion lejana
que si suena, está cercana
alguna fatalidad (1).

Lugar de contemplacion
tiene por páginas vivas
de la sagrada Pasion
el monte de las Olivas
y el arroyo de Cedron.

Allí está.... la mente inflama
con sus recuerdos tambien
una historia que nos llama
y á cada momento exclama:
¡Cristianos! ¡Jerusalen!

Imponente, solitario,

(1) Alude á la campana que hay en el convento, que como la de Velilla, anuncia siempre que toca, segun cree el vulgo por antigua tradicion, alguna próxima catástrofe, ó que morirá antes de un año el que la hace sonar.

radiante de majestad,
con su aspecto funerario,
se eleva al monte Calvario,
cuna de la humanidad.

El Tabor lleno de encanto
se eleva tambien allí,
y en él la cueva del Santo (1).
Allí está el Getsemaní
que Dios regó con su llanto.

Sobre la cima serena
de negro monte, que escita
la compasion y la pena,
está la pequeña ermita
que llaman «La Magdalena.»

Al pié de éste santuario
hay una cruz enclavada
y un arroyo solitario,
donde escribió el de *Granada*
su libro penitenciario.

A cada paso un dolor
lleva al alma la memoria
de un recuerdo aterrador,
allí un libro es cada flor
y cada piedra una historia.

Y se abisma el pensamiento
entre torrentes de luz

(1) San Alvaro puso á los lugares cercanos al convento los mismos nombres que los que rodean á Jerusalem.

y mares de sentimiento,
que inspira el drama sangriento
que tuvo fin en la Cruz.

¿Y aquí donde á cada instante
la sangre de Dios acusa
nuestro pecado infamante,
quereis que inspirada cante
y alegre mi pobre musa?

Cantaré, pero mi canto
será el alma que suspira
entre contento y quebranto,
será el eco de una lira
templada al placer y al llanto

III.

Entre la verde espesura
que áspero monte corona
se levanta *Scala Cœli*
blanco como una paloma.
Su iglesia tiene ocho altares
y una capilla tan sola,
donde los restos sagrados
de San Alvaro reposan.
Allí está el *Cristo del Pobre*
que iba pidiendo limosna,
Magdalena arrepentida
y otras pinturas preciosas
de Vírgenes y de Santos
que áuras celestiales gozan.
Los cerros circunvecinos
pobres ermitas adornan,

y á la puerta del Convento
hay una esplanada hermosa
que las flores la tapizan
y dan los árboles sombra.
La Iglesia reza este dia
á San Alvaro de Córdoba,
que en su fervor religioso
el siglo quince fundóla.
Y el pueblo noble y devoto
acude, bendice, adora
al que cual flor de los cielos
vivifica con su aroma.

IV.

Con sus dorados celajes
tiñe el alba el horizonte
bañando el pico del monte
su límpido rosicler.
Córdoba entonces despierta
rebosando de contento
y convierte en campamento
el *campo* de la *Merced*.

—

Allí se forman comparsas,
se encuentran los que se citan,
unos hablan, otros gritan,
no hay calma, quietud, ni paz.
Allí las bullas, las bromas,
las algazaras empiezan,
y todos un Credo rezan
en el *Pretorio* al pasar.

—

Unos van en carretela
hasta la primer colina,
otros marchan en berlina,
otros en góndola ó brest.
Van remesas de jumentos
que viven en el ayuno,
y aunque no pueden con uno
llevan en el lomo tres.

—

El mozo jaque y templado,
de libres maneras francas,
va con su *jembra* á las ancas
del regalado bridon.
Y detrás con papalina,
su rosario y tapujada,
en una burra pesada
va la señora mayor.

—

Por sendas y vericuetos
suben todos con apuros,
yendo siempre más seguros
los que caminan á pié.
Mezclados alegremente
los sexos, clases y rangos
entre jotas y fandangos
van en completa Babel.

—

Así invaden la esplanada
que el viejo convento ocupa,
á cuya puerta se agrupa

la gente con loco afan.
Llegan al agua bendita
dó meten las manos todos,
lavándose hasta los codos,
muchos por necesidad.

—

Todos penetran á un tiempo
unos con otros se empujan,
se empaquetan y se estrujan
en revoltoso tropel.
A uno le ablandan el cráneo,
á otro el sombrero le atracan,
á una la cola le sacan
y á otra le aplastan un pié.

—

Los papás entran delante,
que casi van en volandas,
entre los pollos que á bandas
siguiendo á las hijas van.
Pero aunque van escamados
y con precauciones hartas,
pasan cartas.... más que cartas
con permiso de mamá.

—

Cumplidas, pues, las promesas
todos se salen al llano,
dó el coche que llega sano
lo hacen despensa formal.

Los pinos y las olivas
sombra agradable presentan,
donde se tienden ó sientan
á comer ó descansar.

—

Se forman aéreos columpios
donde los curiosos gozan,
mientras que muchos retozan
al toro y al esconder.
Otros se cuentan pasajes
de fantásticas leyendas,
y otros en juegos de prendas
logran cuajar *un belen*.

—

Muchas dulcísimas pláticas
tienen allí su principio:
no se desperdicia ripio
porque es calva la ocasion.
Se citan para la reja,
y así que la luz se acaba,
pelan el pavo, la pava,
y el gallo de la Pasion.

—

Unos van á los arroyos
á disfrutar la frescura,
otros suben á la altura,
reina de la inmensidad.
Ellas en valles y bosques
estampan sus breves huellas

al coger flores tan bellas
como sus caras quizás.

—

Bajo el verde limonero
que bordan los azahares,
lanza una niña cantares
que dan á un muerto salud.
Mientras bailando al punteo
de ronca guitarra vieja,
hay mujer que allí nos deja
sin aire, moscas, ni luz.

—

Allí todo el suelo es mesa,
no hay manjar que no se coma,
allí se brinda y se embroma
como en el mejor festin.
Galantes todos y alegres
como la tierra los cria,
del requiebro en compañía
va el jamon ó la perdiz.

—

No hay fiesta donde la bota
no tenga el total de votos;
hasta los mismos devotos
suelen por ella votar.
Todos bendicen á Baco
que sus instintos provoca,
y todos abren la boca

que, como letra, es vocal.

—

Mas cuando en locos placeres
aquella gente se afana,
se oye vibrante campana
melancólica plañir,
anunciando que la noche
hunde al sol bajo su planta,
por lo cual la Iglesia Santa
pone á sus plegarias fin.

—

De nuevo entonces las turbas
al templo se precipitan
y en el altar depositan
su limosna y su oracion.
Y despues como un ejército
vencido y roto en la guerra,
corren bajando la sierra
en completa dispersion.

—

¡Qué historias y qué milagros
se cuentan por el camino!
¡Cuánto embuste y desatino!
¡Cuánto embaucar y mentir!
Los ciegos bajan con vista,
los mancos y cojos buenos,
cada pollo hizo lo ménos
veinte conquistas allí.

—

Todos corren y galopan
y en chistes y galanteos
todos llevan por trofeos
de rosas rico floron.
Bajan cantando y gritando
con guitarras y panderas
los pañuelos por banderas,
las flores por morrion.

—

Los coches salen á escape,
los caballos se alborotan,
los burros de génio trotan,
vuela la gente de á pié.
Y así en revuelta algazara
vuelven en bromas y truenos,
mas con una ilusion ménos,
al *campo* de la *Merced*.

—

Un inmenso anfiteatro
de gente que los espera
forma una doble barrera
de aspecto embelesador.
Allí esperan madres, hijos,
amigos, padres, hermanos;
allí se estrechan las manos,
se abrazan con efusion.

—

En tanto la noche oscura

como el alma del protervo,
bajo sus alas de cuervo
envuelve la humanidad.
El áura apenas suspira,
callado resbala el rio,
y solo sobre el vacío
se cierne la eternidad.

V.

¿Qué queda de aquellos dias
de ansiado placer y gloria,
mas que una triste memoria
entre ilusiones sombrias?

¡Quién sabe si el porvenir
vive de esperanzas solas,
que pasan como las olas
que arrastra el Guadalquivir!

Así se aleja el placer
que en torno férvido rueda:
¿mañana ya qué nos queda
de la ventura de ayer?

—

Corre sereno el rio
bajo cristales
que le roban al cielo
su hermosa imágen;
las olas pasan
y nunca atrás se vuelven,
nunca se paran.

—

Así de nuestra vida
las muertas horas
alejándose corren
como las olas;
pasan cual ellas,
sin que nunca se paren
ni atrás se vuelvan.

—

Sobre lecho de estrellas
duerme la luna,
besada por las brisas
su frente pura,
y al son del trueno
se oscurece y se empaña
su blanco velo.

—

Así cuando más bellas
las esperanzas,
en el pecho palpitan
inmaculadas,
nubes se agolpan
que en su lúgubre manto
¡ay! las ahogan.

—

¿No mirais esas flores,
ricas guirnaldas
que la vírgen cogiera
por la mañana,

que por la tarde
marchitas van volando
rotos sus cálices?

—

Así las ilusiones
de nuestra vida,
duran como las flores
tan solo un dia;
nacen al alba
y á la tarde en el viento
van deshojadas.

—

Por eso mi pobre canto
es un alma que suspira,
entre contento y quebranto,
es el eco de una lira
templada al placer y al llanto.

Madrid, 1866.

Á LA VÍRGEN MARÍA

QUE BAJO LA ADVOCACION DE LA ANTIGUA SE VENERA EN SEVILLA.

ODA.

A LA ILUSTRE Y VIRTUOSA SEÑORA

DOÑA JOSEFA DÁVILA Y PONCE DE LEON,

Condesa de Catres.

En mi Imágen Antigua de quien tanto
fia tu devocion, tienes continua interce-
sora: prosigue, que tú vencerás.
(*La Vírgen á San Fernando.*)

Estrella del Oriente,
lirio que nunca el huracan deshoja,
luz inmortal de la inspirada mente,
fé que del alma la pasion arroja,
sol que cien mundos dibujó en su frente.

Alba paloma, que en su ráudo vuelo
alientos presta á la cansada vida,
límpida fuente de feliz consuelo
con cuyas aguas el dolor se olvida
y abre sus puertas explendente el cielo.

Gallarda nave que serena flota
donde el peligro arrecia
sin esquivar jamás playa remota,

que al ronco son de tempestad bravía
los truenos y relámpagos desprecia
y el ímpetu salvage desafía
de las inquietas olas,
que amontonadas en feroz concierto,
se agitan, se revuelven y atropellan,
que entre sus velas que en los vientos vagan
rompe los montes que á sus piés se estrellan
llevando altiva hasta seguro puerto
á los que en mares de dolor naufragan
ó van perdidos y con rumbo incierto.

Sublime Emperatriz á cuyas huellas
flores derraman nacaradas nubes
de púrpura flotantes,
en las que van cantando los querubes
tegiéndote coronas con estrellas
y tronos con sus alas de diamantes (1).

Solitaria del Gólgotha divina,
Vírgen inmaculada,
que á los piés del Criador el llanto orea
con que regó el sepulcro en Palestina
y la cuna de Dios en la Judea;
Vírgen y madre en Nazaret nacida,
mártir de amor que en su pesar profundo
sintió rasgar la herida
del que al romper la esclavitud del mundo
perdió en la cruz entre el dolor la vida.

Flor de las flores del Eden preciosa,

(1) Alude á los ángeles que dicen la pintaron y la coronaban de flores. (Carrillo, págs. 6 y 7. Peraza M. S., lib. 9, cap. IV Aranda, cap. II.)

que el búcaro de Oriente en los festines
nunca ha llevado en sus risueños dias;
que jamás Babilonia en los jardines
que atronaron los cánticos y orgías
la halló en los bosques de encendidas rosas
donde sus reyes arrojaban pueblos
que conquistaban á la par que hermosas.

Madre de Dios, tu virginal diadema
milagroso Jordan las culpas lava,
y en nuestras frentes de virtud suprema
la luz radiante para siempre graba.
Yo desde el mundo que á tus piés admira
tan raro ejemplo de sublime encanto,
te pido inspiracion para mi lira
y grandeza y bondad para mi canto.

Pasaron pueblos, se extinguieron leyes,
perdiéronse memorias
como se pierde el viento en el vacío,
sucumbieron los tronos y los reyes
conservándose solo en las historias
la fama de su antiguo poderío.

Por más que el alma que en su fé reposa
vuelva ansiosa los ojos
hácia el brillante alcázar do estuvieron,
encuentra solo la desierta losa
alfombrada de musgos y de abrojos
donde sus restos para siempre fueron
á perderse en la nada y el olvido
como se pierde la ilusion más bella
al ver el bien del corazon perdido.

Solo en la noche solitaria y fria
cuando destrenza sus nevados rizos
entre su luz sombria
la reina virginal de los hechizos
cuya pálida luz envidia el dia,
se escucha en las entrañas
del fresco valle y del estéril monte
un eco sordo que en su son bravío
retumba por las cóncavas montañas,
resuena de horizonte en horizonte
y se extingue en las márgenes del rio.

En esas horas que enturbiado el cielo
las nubes en su frente se amontonan
y pavorosas al tender sus mantos
tormentas con tormentas eslabonan,
silba en las rocas y en los troncos cruge
furioso el vendabal que se desata
y sacudiendo el mar que ronco ruge
lo arroja en espumante catarata.

Cuando en lucha encontrados huracanes
árboles tronchan y quebrantan muros
en obstinada guerra,
rotos quizás sus frenos inseguros,
y hacen brotar flamígeros volcanes
de los profundos centros de la tierra,
aun se escucha una voz llena de encanto,
casta y suave como el dulce llanto
que vierte el áura cuando alegre llora,
voz cuyos ecos el dolor consuelan
como consuela el bálsamo la herida,
que la grandeza y la virtud revelan
de la que en dulce calma

prestó en su seno á Jesucristo vida
vírgen y pura conservando el alma.

Voz perfumada de candor divino
que encanta con su alegre melodía,
que nos hace buscar claro el camino
que enseñas tú, María,
al pobre peregrino
que en páramos desiertos se extravía.

Y esa voz ¡ay! al revibrar sonora
por la bóveda azul que mece el viento
y baña en oro la naciente aurora,
fué la que un tiempo en la atrevida gente
que el africano mar lanzó á las playas
do el sol sepulta cárdena su frente
sembró el terror, la que humilló el orgullo
de los hijos de Agar, cuando triunfantes
recorrieron los campos andaluces
profanando la fé con sus turbantes,
empañando la luz con sus cambuces.

Allí blandiendo la fatal cuchilla
que sórdida afiló traidora mano,
de Hispalis bella la preciada orilla
tala y asola con furor insano.
Mas al subir las gradas de tu trono
donde la luz de nuestras glorias arde,
sintió apagarse su feroz encono
temblando al par su corazon cobarde.

Y al reflejo de ardientes resplandores
que en tus sienes formaban aureolas

mientras quemaban sus candentes ojos,
rompióse su altivez, como las olas
las rompe el viento, y se postró de hinojos (1).

Y triste y vacilante
ante el poder que el suyo derrocaba,
con el horror pintado en el semblante
trocando en humildad sus insolencias
húyose del altar que profanaba
y acaso en el silencio te invocaba
dudando de su dios y sus creencias (2).

¡Y cómo descifrar tiempos y arcanos
pudiera el corazon que ardiente gira
rompiendo la verdad entre sus manos!
¡A quien la fé no inspira,
ni le importan de Dios las altas leyes,
ni mira que al fulgor de tus misterios
caen de rodillas á tus piés los reyes
y doblan sus cabezas los imperios! (3)

¡Y aun hay rencor en su abrasada mente
al ver estéril su tenaz empeño
en querer arrancar ¡ay! de tu frente
rico el matiz de su color risueño (4).

---

(1) Alude á los resplandores que despedia la Vírgen al acercarse los moros que ante tal milagro se postraron de hinojos involuntariamente. (Carrillo. *Imágenes aparecidas*, pág. 7. Villafanes, págs. 43 á la 46.)

(2) Los moros huian ó caian de rodillas (Villafanes, id)

(3) (Fernando de la Torre. *Fiestas á San Fernando*, pág. 184, dice que habia príncipes, reyes y otros personajes postrados á sus piés. Carrillo, pág. 89, dice que lo estaban Felipe II y Felipe III.)

(4) Los moros intentaron varias veces borrar la imágen que cada vez aparecia con más vivos colores. (Peraza. *Santos de Sevilla*, lib. 3, cap. 5. Villafanes, páginas 45 á la 49. Carrillo, pág. 7.)

En quererle borrar como á las flores
las tintas que al nacer las embellece,
sin mirar que reviven tus colores
como revive el sol cuando amanece.

¡Y aun vengativo y torpe y obcecado
se atreve en su despecho
solo impelido por su afan impuro
á profanar tu religioso techo
con su impotente mano,
de piedra alzando impenetrable muro
para ocultar tu imágen al cristiano! (1)

¡Perdido empeño! Con fervor creciente
llega hasta tí sin reparar en males
el infeliz creyente,
y cuando en gloria y en amor se abrasa,
como pasa la luz por los cristales
tu imágen pura por el muro pasa.

Siempre tu aliento grande y generoso
será la rica esencia
que lleve al pecho celestial reposo
afirmando la fé de su conciencia.

Siempre tus ojos donde bebe el dia
su luz y sus colores
serán, Vírgen María,
para el que triste llora y sin ventura

(1) Viendo los moros que no podian borrarla, levantaron un muro delante de ella el cual se trasparentaba como un cristal al acercarse los cristianos. (Carrillo, pág. 8 Peraza, lib. 9, cap IV. Quintana Dueñas. *Santos de Sevilla*, pág. 363. Espinosa. *Historia de Sevilla*, lib. 4, cap. II. Gordillo, *Libro de las estaciones*, número 240. Caro. *Historia de Sevilla*, lib. 2, cap. IV. Zúñiga. *Anales*, año de 1248. Aranda, lib. 2, cap. XXIII.)

lo que son para el alma los amores,
para el marchito prado la frescura,
la pureza del sol para el armiño,
el áura matinal para las flores
y el beso de su madre para el niño.

¡Ah! cuando en esas plácidas riberas,
con el llanto en los ojos
miraste desgarradas las banderas,
rotos los cascos y de sangre rojos,
cuando viste cruzar las claras olas
que arrastra el Bétis de cristal sereno,
roncos los pechos por el noble encono,
las huestes ya diezmadas españolas
que perdieron un rey, pero no un trono,
¡No reviviste la apagada estrella
que trémula vibraba en su agonía
del árabe feroz bajo la huella,
y al gran monarca que favor pedia
no le tendiste tu celeste manto
y prestando vigor á su denuedo
«vé, le digiste, rey, que yo intercedo!»
y vencedor serás porque eres santo (1).

Y tu manto bastó: cuando altanero
creyó quizás las esperanzas muertas
y romper intentaba con su acero
del templo santo las cristianas puertas,
el claro cielo se le torna oscuro,
ruge la tempestad, se abre el abismo,

(1) «En mi imágen antigua de quien tanto fia tu devocion, tienes continua intercesora, prosigue, que tu vencerás.» Palabras de la Vírgen á San Fernando. (Villafanes, pág. 49.)

y entre el escombro del quebrado muro
hasta el fondo rodar ve su heroismo.

Entonces llora, y en sus pátrios lares
mira nublarse su infeliz fortuna,
contempla con dolor sus alminares,
rota en pedazos ve la media luna,
y triste y confundido
dando un adios á su ciudad bendita
escribe en el Mirab de su mezquita:
«el profeta se vá, Dios lo ha vencido» (1).

Y tú Mirien excelsa y soberana
que siempre has sido en nuestra noche faro,
al animar las españolas huestes
con el recuerdo de la fé cristiana,
señalando los ámbitos celestes,
como futura prez y último amparo
al que en la lid muriese; tú, María,
prestando fuerzas con tu aliento solo,
llevaste el nombre de la pátria mia
al par que el tuyo, desde polo á polo.
Tu nombre fué quien extendió sus ecos
por los fértiles campos de Castilla
en medio de su gloria,
el que sembró de flores á Sevilla,
de Córdoba rompió la negra historia,
y volando en las águilas hispanas,
corrió del Rhin á la nevada orilla
y resonó en las costas lusitanas (2).

(1) Al acercarse San Fernando á Sevilla se hundió el muro que ocultaba á la Vírgen y los moros profetizaron su ruina, que en efecto tuvo lugar. (Carrillo, página 8.)

(2) La imágen de la Vírgen fué llevada á Polonia y varios puntos de Alemania por el emperador Cárlos V. Otra copia á Lisboa, á Santa Catalina del monte Sinai.

Tú, revestida del purpúreo manto
recamado de perlas y corales
entre el rumor del armonioso canto
que exhalan ¡ay! divinas
las arpas celestiales
que de Sion cantaron las ruinas,
en los pliegues cruzaste de la bruma
del Atlántico mar las bravas olas,
que rodando entre témpanos de espuma
azotaban las naves españolas;
¡ay! y al tocar las férvidas orillas
donde bosques recónditos é ignotos
rindieron culto á las hispanas quillas
sus blancos velos, virginales rotos,
con ese amor fecundo
que siempre al desvalido
revelas en sus horas de amargura,
arrancastes al piélago profundo
que hasta las costas tropicales baña
la corona inmortal de un nuevo mundo
que echaste en brazos de la noble España.

Tú, sobre el triple y bélico estandarte
que vió el mar de Mesina
partir en alas del sangriento Marte,
tendiste el régio manto,
de tu bondad enseña peregrina,
y al eco del cañon hórrido y triste
en los inmensos golfos de Lepanto
al hijo de Stambul tumba diste.

Hernan Cortes la colocó en la iglesia de Santo Domingo en Méjico, y en el Panamá se dijo la primera misa ante ella por Martin Fernandez de Enciso, en 1513, habiendo bautizado el pueblo en que tuvo lugar con el nombre de la Antigua. (Villafanes, pág. 45. Carrillo, pág. 33. Peraza, M. S. de Sevilla y varias historias.)

Tú, como el áura que gimiendo vuela,
como el lucero que los vientos rasga
en pos dejando luminosa estela,
vas derramando, celestial Señora,
fama en el noble que en tu fé profesa,
salud y vida en el que enfermo llora,
y eterna paz en quien tu imágen besa (1).

Tú, desde el trono que cual dura roca
sostiene humilde tu virgínea planta
que nunca el Bétis con sus lábios toca
cuando orgulloso tus grandezas canta,

Tú desde el templo do resuena el eco
como al herir en la marmórea tumba
donde el áura suspira en cada hueco
y nunca el viento proceloso zumba,

Tú, desde el nido que vistió de amores
la fé que llevas en el alma impresa
á quien robó sus tintas y colores
el alba pura que al nacer te besa,

Tú, desde el átrio en cuyas gradas moran
jazmines y violetas,
flores, que al ver las de tu frente lloran
y vuelven á esconderse entre las grietas,

Tú, con la luz de tu vital mirada
en el que débil y apocado iba
á combatir sin gloria ni renombre,
sembrastes el valor, y entusiasmada
su ardiente fé con tu sagrado nombre,
tu imágen invocaba por consuelo
buscando solo en su fervor profundo

---

(1) La Virgen acudia á todos, curando enfermos, salvando personas de desgracias, como el niño que sacó del horno, y trayendo las lluvias, como en las rogativas de Carmona (Carrillo, pág. 31. Villafanes, pág. 49 y siguientes.)

la palma que á los mártires da el cielo
y el laurel que á los héroes le dá el mundo.

Y tú sola, María,
que en el Eden hermosa reverberas
sobre el radiante luminar del dia;
tú, que volabas pura en las banderas (1)
del pueblo que en la lucha te llamaba
mientras tu santa imágen
dentro del pecho con afan guardaba;
tú, sola has sido la que siempre el llanto
á enjugar has venido á la desgracia
con el purpúreo manto,
raudal eterno de celeste gracia.
Por eso siempre triunfos y conquistas
en su largo camino
halló la fe del hombre,
que al revestirse del amor divino
que brota de tus sienes,
buscó al fulgor de tu sagrado nombre
la eterna vida de futuros bienes.

Por eso siempre que en su pecho clava
sus garras el dolor, y siente herido
el corazon, que apenas palpitaba
de penas ¡ay! transido,
á tí vuela, María,
para que alivies su mortal quebranto,
y en el perfume de tu rico manto
sus lágrimas enjugues de agonía.
Y por eso tambien donde respire

(1) D. Fernando de Antequera llevó la imágen en sus pendones á la conquista de esta ciudad. (Carrillo, pág. 89.)

el alma religiosa
que en el deber y la virtud se inspire,
á tí, Madre piadosa,
acudirá para encontrar la calma
que en sus borrascas ¡ay! llore afligida;
que tú, Madre querida,
siempre has de ser la salvacion del alma.
Por eso yo sobre tus plantas lloro
cuando perderse miro en lontananza
la moribunda luz de mi esperanza,
y ronco y triste mi cantar sonoro.
¡Ay! si mañana acaso el ástro mio
ves que se nubla entre mi pobre llanto,
no me abandones á su rayo impío,
y si el amor merezco de tu manto
tiéndelo y cubre mi cadáver frio.

Sevilla, 1861.

SEGUNDA PARTE.

POESÍAS HISTÓRICAS.

SEGUNDA PARTE.

POESÍAS HISTÓRICAS.

EL DOS DE MAYO.

ODA.

A mi estimado amigo el distinguido Jurisconsulto y Diputado Constituyente

D. IGNACIO ROJO ARIAS.

Dejad que el eco de mi voz levante;
dejad que en melancólica armonía
el luto eterno de mi pátria cante
en este triste dia:
dejad que el pecho con trabajo aliente
bajo el dolor de su perdido encanto
y el alma herida con su voz doliente
sus lágrimas devore:
en estas horas de mortal quebranto,
dejad mi corazon que cante y llore.

Nunca la fé de la verdad desmaye,
jamás la mente á la impresion sujeta
borre el odiado nombre
que al pátrio amor con su memoria inquieta
mientras que luche el corazon del hombre
al compás de la lira del poeta.

Inmensa tumba en cuyos hondos huecos
crugen los vendabales
tornando en ayes sus perdidos ecos,
¿por qué del centro de tu negra roca
elévase sombría
esa columna que las nubes toca
y al viento desafía?
¿Por qué á tus piés bajo la oscura sombra
del sáuce solitario
el pueblo llora en su dolor intenso
y haciendo de la muerte un santuario
eleva su oracion entre su incienso?
¿Por qué el recuerdo del pasado inflama
su fé consoladora
que en el pecho español nunca se esconde?
¿Por qué á la pátria que favor le implora
su noble corazon siempre responde?

¡Ah! porque nunca en el fatal camino
erizado de abrojos
que ante su vista presentó el destino
su virtud vaciló. Su alma creyente,
ni en el mágico ardor de su altiveza
olvida que, en la tumba del valiente,
el héroe llora y el cristiano reza.

Allí está el pueblo... su pasada historia
en su espíritu ardiente se refleja
al resplandor de su presente gloria:
exhala triste y apenada queja,
y en medio del desmayo
con que el dolor sus fuerzas debilita
aun la sangre se vé del Dos de Mayo
que hoy en sus venas con valor palpita.

Y cómo han de amenguar nunca su fuego
el tiempo y la distancia
que roban de sus fibras el sosiego
si llega el explendor de su corona
desde el sol de Bailen al de Numancia
desde el sol de Sagunto al de Gerona.

Y no os asombre que postrado llore
bendiciendo esas urnas cinerarias
de gloria nacional mudos testigos:
no os asombre que tristes sus plegarias
ante ella con fervor tambien levante
en el recuerdo de pasadas glorias,
porque España ha llevado en sus victorias
el nombre de su Dios siempre delante.
¡Allá en un tiempo en que la Europa esclava
temblando al relinchar de sus corceles
los vencidos pendones arrastraba
bajo el carro triunfal de sus laureles,
en el nombre de Dios puestos los ojos
y el porvenir en sus palabras santas,
no escuchaba gemir siempre de hinojos
dos mundos á la vez bajo sus plantas!

¡No surcaron sus frágiles bajeles
el Atlántico mar!.. Entre sus brumas
no rodaron envueltos en tormentas
sirviéndoles de lecho las espumas!
No domaron las olas turbulentas,
y atravesando los indianos mares,
llegaron á sus vírgenes orillas,
colocando la Cruz en sus altares
y atando los monarcas á sus quillas!

Oh! sí, la historia... inapelable espejo
donde la edad pasada reaparece,
de su explendor al inmortal reflejo
afirma nuestra fé con su creencia;
el pueblo fué!... como potente rayo
gritando ¡religion é independencia!
la epopeya escribió del Dos de Mayo.

¡Ah! ¿y por qué ese dia
la pena y el placer juntos embriagan
el noble suelo de la pátria mia?...
¿y por qué esos recuerdos ¡ay! halagan
dolorosos cual son?... ¿por qué tributo
de entusiasmo se rinde ante esa piedra
que al galo audaz arredra
y á España viste de crespon y luto?

Porque recuerda que jamás se humilla
el pueblo grande que virtud ostenta
á la infame traicion; porque á sus ojos
el esqueleto informe se presenta
de la lucha cruel en que vendida
la fé, que amigos le brindaron antes,
desarmado luchó contra gigantes,
y á gigantes vendió cara su vida.

¡Mántua infeliz!.. por qué te desgarraron
la púrpura de reina
y tu noble corona ensangrentaron!
Por qué temblando ante tu limpio acero
el vencedor de Gena
bajo la piel humilde del cordero
la garra esconde de sangrienta hiena.

¡Por qué su orgullo insano
con los laureles de Austerlitz y Arcola
se olvida de la hispana valentía,
en el puente fatal del Garillano,
en el fuego cruel de Cerignola,
en los horribles muros de Pavía:
allá en el Tiber donde en otro tiempo
la púrpura cesárea iluminaba
el orbe con la luz del capitolio,
y do al rodar con el mundano solio
el gran poder romano
deshecho en trizas y en su sangre tinto,
las puertas arrancó del Vaticano
el águila imperial de Cárlos Quinto!

¡Y cómo el falso Corso
tras la ambicion que su delirio entraña
se atreve en su locura
la Europa á dividir á su deseo
queriendo á los confines de la España
las cumbres arrojar del Pirineo!
Y cómo osada en su rencor injusto
el águila insensata
que con vuelo traidor sus alas bate
veinte siglos de glorias arrebata
al pueblo noble que le abrió la puerta!
¡Ay de tí, si la España va al combate!
¡Ay de tí si el leon te oye y despierta!

Es tarde, sí; de horrible alevosía
víctimas son: en su infeliz garganta
el déspota insolente
posó cobarde su atrevida planta
quizás solo impelido

por el feroz instinto que le alienta,
el suelo de la pátria enrojecido
dejando, en su ambicion, para su afrenta!
Tarde ¡ay! el pueblo conoció el engaño,
tarde vió la verdad ante sus ojos,
y el triste desengaño
que al fin las iras despertó en su pecho;
mas aunque tarde, su rencor estalla,
y al terrible invasor en su despecho
lo reta á horrible y desigual batalla!

¡Traidor! Traidor en su rabiosa ira
su voz gritando por los aires pasa,
y el viento de traicion que se respira
resuena con horror de casa en casa.
Audaces y sin miedo
se abren paso entre infieles bayonetas
con singular denuedo,
obligando á cejar los escuadrones,
cuyas lanzas sus pechos las reciben
mientras el nombre de su pátria escriben
en la boca feroz de los cañones.

Sin armas y sin jefes y sin órden,
desbandados se lanzan al combate,
cuando á sus pasos la metralla cruje
sin otra enseña que el valiente grito
de independencia que en sus pechos late,
que va impulsando su indomable empuje.
Luchan, combaten, y si heridos caen
la tierra muerden, con los ojos fijos
en el hierro traidor, y de esa suerte
espiran en los brazos de sus hijos,
pidiéndoles venganza de su muerte.

Y las madres, llorando, en su amargura
estrechan con el alma hecha pedazos
el cadáver del hijo sin ventura
que fué á morir entre sus tiernos brazos;
y en el delirio de su amor ardiente,
arrancan al tirano los cabellos
y le escupen frenéticas la frente:
y tambien la doncella, horrorizada,
con las manos crispadas de dolores,
la cabellera suelta y destrenzada,
olvidando su débil contestura,
al asesino vil de sus amores
reta y maldice con procaz locura!

Y el fuego crece, y la legion traidora,
doblando sus horrores,
ya no respeta en su brutal fiereza
á la infeliz que gime desmayada,
ni al sacerdote que en el templo reza,
ni á la vírgen purísima que inerme
tras de las verjas de los claustros ora,
ni al pobre anciano que en el lecho llora,
ni al tierno niño que en la cuna duerme!

. . . . . .
. . . . . .

Lánguido el sol su moribunda lumbre
siente apagarse entre vapores rojos,
y el alma en su candente pesadumbre
enturbia con sus lágrimas los ojos.

Trémula luz de antorcha funeraria
difunde melancólica la luna,
y el eco triste de postrer plegaria

viene á turbar el lúgubre silencio
de la medrosa noche solitaria...
Mas ¡ay! ya suena el imponente paso
del fiero vencedor... allí amontona
las víctimas que acaso
esperan del martirio la corona...
Ah! sí, cayeron!... funeral campana
anuncia la agonía
con el tétrico son de su lamento,
el plomo abrasador rasga sus frentes,
y exhalan sus cadáveres calientes
el ay de muerte que desgarra el viento!

. . . . . .

. . . . . .

Ay! esa sangre que inocente baña
el mustio suelo de la pobre España,
hará reverdecer su antiguo empuje
cuando iracundo con valor dibuje
sobre la frente del soberbio galo,
que siquiera la mira cara á cara,
los bustos de Bazan y de Pescara,
la aterradora sombra de Gonzalo.

Mañana acaso... y si mañana es tarde,
hoy á sus almas llevará el delito
que mancilla su espíritu cobarde
el eco de Daoiz y de Velarde,
que es ya de guerra su tremendo grito.

Al rumor de sus cánticos, la tierra
se estremece en su centro más profundo,
y el santo grito de ¡venganza y guerra!
resuena por los ámbitos del mundo.

¡Venganza! el huracan, de torre en torre,
vuela silbando... ¡guerra! grita el Tajo,
y venganza diciendo el Betis corre,
y del bravo Aragon hasta la sierra
que en Granada se viste con armiño,
se extiende el grito de ¡venganza y guerra!
que la hercúlea ciudad repite al Miño!

Ay! ya del Cid la poderosa estrella
fúlgida lanza su invencible rayo,
y ya en su tumba expléndido destella
el sol guerrero que alumbró á Pelayo.

Y España vencerá, porque la idea
del triunfo sigue á su entusiasmo ciego,
y á triunfar ó morir va á la pelea,
y si no puede ser, se arroja al fuego.

La Europa, atribulada,
que temblaba ante el águila altanera,
al grito de Madrid despierta airada,
rompe sus hierros, lanza sus soldados,
y al rápido escapar de sus bridones,
purifica con sangre los pendones
en las aguas del Vístula manchados.

El viento se llevó las aureolas
que brotaron los campos de Marengo
y el Wolga helado refrescó en sus olas;
roto y perdido el mágico resorte
conque llevaba á la fortuna presa,
aplastan los carámbanos del Norte
los penachos del águila francesa.

Y el déspota iracundo
que haciendo de coronas herraduras
iba con lauros alfombrando el mundo,
perdido y solo en su camino incierto,
llorando desventuras,
halla por tumba perenal desierto.

Conserven las Pirámides su historia,
y aquella roca que absorvió su gloria,
del mar burlando la soberbia saña,
que en Bailen, Arapiles y Vitoria
escribe en tanto su deshonra España.

. . . . . .

. . . . . .

Viertan las almas perdurable llanto,
sus tumbas ornen aromosas flores
como eterna memoria de quebranto,
y de su vida en la terrible suerte
la religion les preste su consuelo,
enjugando sus lágrimas de muerte
con la sublime bendicion del cielo.

Héroes fueron de España; por el rayo
de la odiosa traicion fueron heridos,
sus nombres esculpidos
quedaron en el sol del Dos de Mayo,
y la historia, en su página más pura,
al erigirles en la pátria un templo,
los presenta ante el mundo como ejemplo
de abnegacion, virtudes y bravura.

Cabra, 1855.

AL EMINENTE PATRICIO E INMORTAL POETA

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(INSERTA EN SU CORONA POETICA.)

. . . . . Que se vea
Su alma bella en mis versos retratada
Y eterna al mundo su memoria sea.
(QUINTANA.)

¡Ese es el pueblo!... El que en su amor ardiente,
sublime y grande su cerviz humilla,
saludando la luz resplandeciente
que á España inunda y en Europa brilla.

Se humilla, sí, porque humillarse puede
sin manchar la lealtad con que camina,
pues si jamás ante el tirano cede,
ante la ciencia y la virtud se inclina.

¡La ciencia y la virtud!.... Astros dicho sos
que disipan las lúgubres tinieblas
que encierran la verdad, y explendorosos
del alma ahuyentan las espesas nieblas.

¡La ciencia y la virtud!.... Llenas de encanto
y hermosas allí están!.... Un alma pura,
como de Dios el templo sacrosanto,
les brinda solo amor, paz y ventura.

¡Y quién ¡ay! es el alma, quién el hombre
que se alza así sobre la raza humana!....
Al pueblo preguntad, y oireis el nombre
del gran cantor, del inmortal QUINTANA.

¡Inclinad la cabeza!... Es el postrero
de altivas glorias monumento hispano,
donde contempla el universo entero
los grandes dones del ingenio humano.

El noble acento de su lira bella,
límpida enseña de entusiasta bando,
do quiera rayos de virtud destella,
honor, constancia y libertad sonando.

¡Oh! Las legiones de Marengo y Jena
á España envuelven en sus fieras olas,
y el vate sigue con robusta vena
cantando las hazañas españolas.

Cantor ¡ay! de Guzman, lágrimas vierte
cuando recuerda al infeliz Padilla,
porque al caer bajo su injusta suerte
morir vió en él su libertad Castilla.

Ya nuestras naves en horrible pira
arden, y el mar por sepultarlas gime,
y al héroe de Abukir ódia y admira
su corazon expléndido y sublime.

Rico en verdad y rico en emociones
canta á la imprenta y el saber le imputa;
eternizando así las bendiciones
que grato el orbe á Guttemberg tributa.

Del árbol ¡ay! de libertad si advierte
caer las ramas so puñal tirano,
despues que canta: libertad ó muerte...
lágrimas de dolor vierte el anciano.

Mas ¡oh baldon! su eterno patriotismo
mísera carcel vergonzosa alcanza;
pero aun en ella grita su heroismo:
volemos al combate, á la venganza.

Si ve extenderse su radiante gloria
como la luz que el Infinito crea,
acaso le atormenta su memoria
del bien perdido la doliente idea.

Por eso el pueblo sin quietud ni calma
le brinda una corona entre su incienso,
le abraza y le bendice, y es del alma
breve homenaje á su favor inmenso.

¡Ah! feliz, muy feliz el que ambiciona
una flor sola de la edad presente
y en premio á su virtud áurea corona
ciñe la pátria á su robusta frente.

Tú, cantor de Ilion, génio inspirado,
dame tu lira y á mi mente vuelo
para aclamar su nombre inmaculado
y en dulces himnos levantarle al cielo.

Y si sus ecos armoniosos, bellos,
llevase el viento á tu feliz morada,
la ardiente admiracion ve solo en ellos
de un alma juvenil entusiasmada.

Aquí tambien, junto á la orilla amena
do el Betis flores y hermosura arroja,
cantaron una vez Góngora y Mena,
y el *Divino* cantó y cantó Rioja.

Murieron, sí, pero á su vez clamores
acaso oirás de juventud brillante
que si hoy les lleva á sus sepulcros flores,
mañana puede que sus glorias cante.

Pues de esa juventud será el encanto
quererte y admirarte mientras vivas,
y cuando mueras, derramando llanto,
la tumba te ornará de siempreviv:as.

En tanto ve correr tranquilamente
mustio el sol de tu vida y apenado
hácia su triste y lúgubre occidente
por la desgracia y la vejez cansado.

¡Ah! Nunca, nunca la segur infame
hiera tu pecho de pesar transido
que yo no llore como tú ni exclame:
¡Presagio del dolor, ya estás cumplido!

Mas si te acierta su inhumano tiro
y han de rendir á tu saber tributo,
¡ay! cuando exhales el postrer suspiro
debe vestir la humanidad de luto.

Y en áuras letras, al dejar grabada
tu eterna historia para noble ejemplo,
la edad futura exclamará asombrada
gloria es su nombre, su memoria un templo.

Cabra, 1855.

LA CONQUISTA DE CÓRDOBA.

Á MI AMIGO DE LA NIÑEZ

D. MANUEL MARÍA BUJALANCE.

Hollaron las edades
la púrpura del manto que ceñia,
y rotos sus blasones,
emblema del orgullo en otro dia,
ora le dan al carcomido muro
oculto por la yedra
que á siglos trepadora desafia,
á la vez que una historia á cada piedra
tristes memorias á la pátria mia.

(*L. Crestar.*)

I.

Sacro entusiasmo el corazon respira
de grandes hechos al mirar la historia:
ricos acentos de vibrante lira
cantan la prez de inmarcesible gloria.
De Europa al Occidente
tended los ojos: y si pura asoma
de noble pueblo la robusta frente
ved el rival de la potente Roma:
grande en la suerte, en el dolor tranquilo,
nunca ese pueblo indiferente gira:
y desde el Rhin al misterioso Nilo
su fé se adora, su valor se admira.
Sus timbres las hispanas

haces conquistan en su propia muerte,
pues glorias soberanas
son detener al vencedor de Canas
y al valiente Escipion parar la suerte.
¿Y habrá quien clave su infeliz pupila
en esa tierra en cuyo fértil suelo
duermen mil héroes? Donde siempre oscila
el grande luminar, floron del cielo;
tierra que huyó de devastar Atila?
Ay! de la mar serena
entre las ondas de zafir y plata
tambien nace la pena,
tambien la calma y la piedad condena
el pecho inmundo de feroz pirata.
Bajo el amparo de traidor escudo,
y con piel de cordero tigre hircano,
dejando sus placeres
cruza el estrecho el nazarita insano,
cobarde, embilecido,
con falsa nave mercader finjido.
Y tú, Rodrigo, en fiestas y en amores
pasas la vida que quizás minando
la conciencia estará de los traidores?
Despierta y dá señales de tu encono....
mas ¡ay! es tarde, el agareno marca
la muerte de tu cetro y de tu trono
últimas prendas de postrer monarca,
y esa deshonra que su fin augura
es lo que queda de tu raza impura.
Aun ella te maldice, te reprueba,
sin pátria y sin hogar nadie te abona,
sigue infeliz tu manto y tu corona
que el Guadalete entre sus ondas lleva.
¿Qué es ¡ay! de España! su pendon triunfante

en cien batallas, su robusto brazo
y acero centellante
dónde se fueron? Lúgubre un gemido
solo á mi voz responde
y sin dar un rugido
espantado el leon huye y se esconde.
Las glorias españolas
cayeron con dolor una por una
del africano mar entre las olas
que á los hijos de Agar sirven de cuna:
las altivas ciudades, los castillos,
las fuertes torres del orgullo emblema,
el palacio feudal, la esbelta plaza
de gótica armazon, la aurea diadema
que del noble solar cubre la frente
todo se rinde á la morisca gente.
La destruccion, la muerte y el espanto
su paso llevan por doquier incierto,
las almas todas á regar con llanto
van de Stambul el árido desierto.
¡Ay de tí, España! turbios tus blasones
enseñan mengua, y altivez ninguna,
si aun vive tu hidalguia,
¿cómo en tu frente sin rubor hoy pones
en lugar de la Cruz la media luna,
señal de cobardía?
¿Cómo en lugar de célicos altares
y de la Iglesia el misterioso canto,
lujosos pabellones y alminares
consientes que alcen? cómo del precito
árabe dejas que profane el templo
el asqueroso grito?
¡Ay! la que en sangre el deshonor no lava
que empaña el sol de su explendente gloria,

esa nacion ni se merece historia
ni es digna mas que de llorar esclava.
Tú, España, nó, que nada tu destino
te importa ni pasada desventura,
pues de laureles lleno tu camino
mostrarle puedes á la edad futura.
Cual águila altanera
que alzando en espiral su raudo vuelo,
trepa las nubes y vecina al cielo
lanza su vista prepotente y fiera
haciendo mofa del mezquino suelo;
así en lejana loma
en un rincon de inaccesible sierra
la gran figura de Pelayo asoma,
que al ver las turbas su pendon aferra
y lanza el grito de venganza y guerra.
El moro audaz responde,
y cual turbion de maldecida nube
sembrando luto la vertiente sube:
mas pronto presa de mortal desmayo
huye despavorido
de las huestes invictas de Pelayo,
que avanzan como el mar embravecido;
y cuando acaso encuentra en la agonía
el puerto donde anclar, su oscuro seno
abre la tierra y sin piedad se traga
la dispersa legion que torpe vaga.
Su destino es morir, porque hay naciones
que no nacieron para ser esclavas,
por eso sus pendones
en alas del valor y la fortuna,
la prez hollando á la morisca luna,
fueron de Covadonga hasta las Navas.
Perdido todo, en su soberbia aspiran

á ahogar el pueblo en sus robustos brazos,
cuando caer en su delirio miran
su fama y su poder hechos pedazos.

¿Y qué les queda? la esperanza incierta
de su perdido nombre,
una ilusion desesperada y muerta,
la sombra de aquel hombre
que su virtud abona,
el génio colosal del gran Fernando
que el cetro les reclama y la corona.
¿Y qué les queda? veis los resplandores
del sol que nace, veis de la alborada
los tibios rayos de la flor querida
el cáliz con su esencia delicada,
que traen á la vida,
gratos recuerdos de la edad pasada?
de dulces limoneros
la nivea capa con la flor naciente,
querencia matinal de los jilgueros?
la clara luna cuya luz riente
presta al pensil la caprichosa idea
que el alma hechiza y su misterio crea?
el iris reflejarse en las praderas;
del ruiseñor los encantados trinos;
el susurro de arroyos cristalinos;
el mágico ondular de las palmeras;
la fresca sombra de los altos pinos?
no veis alzarse la vetusta almena
do entre jazmines divinal asoma
la frente de la vírgen nazarena
y al aura arrebatar pronta y serena
á ella su canto y á la flor su aroma?
¿No veis alzar la carcomida frente

del que romana su altivez ostenta
inmoble como el sol eterno puente
que despreciando su vejez intenta
desafiar del Bétis la corriente?
¿No veis aquellas cándidas guirnaldas
en esa sierra donde el sol colora
jardines de diamantes y esmeraldas,
sierra que aduerme entre sus verdes faldas
del claro Bétis la imperial señora?
Es la ciudad del bien y la alegria,
la pátria de Almanzor, la cuna ilesa
de Séneca y Lucano, la hija impía
del gran Abderraman, Córdoba es esa,
magnífico rubí de Andalucía.
En sus vergeles de pintadas flores
se llora la querida
y primera ilusion de los amores,
que nunca el alma juvenil olvida;
sus baños, sus perfumes, sus ambientes,
sus cantares, sus zambras, sus torneos,
las poesías, los ámbares, las fuentes,
el rojo tulipan, la blanca rosa
son el placer de la sultana hermosa.
Allá entre el humo de su rico incienso
brilla pomposa y colosal mezquita,
que cual gigante inmenso
entre las nubes su cabeza agita.
Cúpulas se alzan, torres de granito,
del gran castillo impenetrable valla,
y en premio del delito
de enamorar la sólida muralla
pasa el Guadalquivir manso y contrito.
Al aire tremolando sus pendones,
de sus antiguos triunfos monumento,

se mueven las muslímicas legiones
en ancho campamento,
y en su delirio ardiente
recuerdan glorias de pasados dias
que hoy aparecen mústias y sombrias.

Eso les queda... y la fatal balumba
de un porvenir que á oscurecerse empieza
y al son se va del vendabal que zumba
cubriendo de dolor y de tristeza
de los califas la marmórea tumba.

II.

Envuelta en el crespon de su esperanza
y dormida al fulgor de sus blasones
se eleva la ciudad en lontananza
guardada por antiguos torreones.

Cansado el moro con placer se entrega
de blando sueño al seductor halago,
y está tranquilo sin pensar que llega
de eterna culpa el merecido pago.

La noche avanza nebulosa y fria,
ni luces brillan ni la gente vela;
y mientras necio en su valor se fia
recostado descansa el centinela.

La bandera plegada, sin tambores,
sin oros, sin bordados, y sin brillo,
caminan cien valientes gladiadores
moviéndose al compás de su caudillo.

Callados todos, sin que nadie mande,
avanzan con valor y denodados,
pues siempre llevan corazon muy grande
los que son españoles y soldados.

Piafando los caballos se impacientan
luchando á veces por romper el freno,
y los ginetes que siquiera alientan
á ciegas van y salpicando cieno.

De pronto el jefe se paró contento
como asaltado por feliz sorpresa,
y tendiendo la mano sobre el viento
«Valientes, exclamó, Córdoba es esa.

»Despues de verla desmayar no puedo,
»grande es la empresa, colosal la obra,
»mas si hay alguno que presienta miedo,
»vuélvase atrás, que corazon me sobra.»

Muñoz al bruto le clavó la espuela,
y sin mirar al escuadron cristiano
hácia una luz que la ciudad revela
partió al galope con espada en mano.

Al noble ejemplo de tan bravo arrojo
Colodro, Baños y Tafur cedieron,
y el alma enchida de valor y enojo
ellos y todos á Muñoz siguieron.

Perdióse el escuadron casi escapando
entre las sombras tétricas y oscuras,
su camino tan solo revelando
el choque de los cascos ó armaduras.

Llegan al muro y con misterio y duda
la ronda invaden que á la par rodean:
latiendo el pecho, pero el alma muda,
escuchan, se revuelven y pasean.

De pronto un bulto en la muralla brota
que la luz del relámpago señala
presta una seña que el de abajo nota
y al par le arroja salvadora escala.

Colodro al verla abandonó la brida
y alegre un grito de sorpresa ahogando,
brinda á su pátria juvenil su vida
y la escala trepó casi volando.

Atónitos miraron su ardimiento,
digno de España y de su buena suerte,
así forzados por el mismo aliento
todos subieron á buscar la muerte.

Fulgente luz atravesó la esfera,
y al rebramar del aquilon bravío
tronó furiosa la tormenta fiera
rompiendo el cauce el agitado rio.

Cayendo el agua en rápidos turbiones
cuanto coge se lleva en su corriente;
el aire desgarrando los pendones
de piedras lanza asolador torrente.

Al estrépito atroz, á tal estruendo
despierta el moro entre confusa idea,
y ante sus ojos con dolor tremendo
ve del cristiano la sangrienta tea.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada

Quiere luchar, mas del terror la sombra
siente quizás que le aprisiona el pecho;
la audacia mira, y el valor le asombra
del que hace trizas su querido lecho.

Vuelto en furor su primordial espanto,
de haberlo concebido se sonroja,
y á la memoria del perdido encanto
cual lobo hambriento á combatir se arroja.

Vértigo horrible, pensamiento insano
al mal lo impelen con rabiosa furia,
y envuelto entre las huestes del cristiano
lucha y relucha por vengar su injuria.

Mas qué le importa á la española gente
el fuego vil de los infieles rayos,
si siempre lleva corazon valiente
la raza de los Cides y Pelayos.

Ved ya cual muerden la fangosa tierra;
ved como el agua corre enrojecida;
jamás el golpe del cristiano yerra,
jamás hay golpe que perdone vida.

¡Hijo de Agar! aun evitar tu muerte
quizás tu alcazar y tus torres puedan,
vuela hácia ellos, á llorar la suerte
en esos restos que á tu fé le quedan.

¡Vergüenza y deshonor! ¿Cómo esforzado
el hijo tremebundo del desierto
por cien guerreros de su hogar lanzado
busca vencido en la borrasca puerto?

¡Ah! ¡ya despierta! el corazon entero
busca orgulloso su ilusion perdida;
ya sin terror y con instinto fiero
deja el castillo y su infeliz guarida.

Calle por calle de venganza al grito
gana al cristiano que tenaz porfia,
el cual cediendo al número infinito
se encierra cual leon en la Ajarquia.

El moro vencedor se precipita
y allí se estrella su ardoroso brio;
entonces ruje y desde legos grita
«estás en mi poder, eres ya mio.»

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Mas ¡ay! es tarde, la gentil bandera
del rey Fernando, de la brisa en alas,
como pintada flor de primavera
meciendo asoma sus radiantes galas
y dando aliento al que infeliz le espera.

Recrugiendo el metal de sus arneses
avanzan aguerridos capitanes;
Argotes, Castros, Alvarez, Meneses
cabalgan generosos alazanes
envidia de los mismos cordobeses.

Audaces llegan provocando el duelo,
y rindiendo á Belona ese tributo
hijo fatal de la ambicion del suelo,

y que al cubrirlo con sangriento velo
siembra la tierra de mi seria y luto.

Sin tino, sin razon, sin pensamiento,
con el corage y el rencor por guia,
responde el moro con feroz lamento,
y al rudo empuge de su rábia impía
se revuelve en la lid bravo y sangriento.

Su lucha ha de asombrar, en su memoria
hierve el amor de su beldad querida,
juega el recuerdo de brillante historia
y juega al par con su preciada vida
quinientos años de radiante gloria.

Tambien su esfuerzo y su valor inflama
del héroe el polvo que venganza clama
bajo la losa de su tumba altiva
y el ver le espera ennegrecida fama
lejos llorando su ciudad nativa.

Por eso lucha poderoso y fuerte:
por eso brama en su tremenda ira:
por eso lanza por doquier la muerte,
y cuando herido entre su sangre espira
reta y maldice su enemiga suerte.

Cual hiena por sus hijos rodeada,
que entre el ramage de la selva ruge,
por hombres y por canes acosada
y lucha y lucha y al morir cansada
la última presa entre sus dientes cruge;

Así rabioso el agareno insano

de nuevo se revuelve y abalanza
sobre las gruesas huestes del cristiano,
y cuando ve que su recurso es vano
la sangre bebe en su brutal venganza.

Todo perdido! por oculta escala
Argote sube al murallon con brio,
y en él la Cruz del Redentor instala;
mientras el eco de reló sombrío
el triste ocaso del Coran señala.

Ruge el leon y en la ciudad entrando
clava en el muro sus crispantes garras,
bonetes y turbantes desgarrando
y el filo de las fuertes cimitarras
entre sus duros dientes abollando.

Cual onda fiera de la mar turbada,
que al gran impulso de huracan violento
al mísero bajel combate airada
y á su horrísono choque turbulento
lo rompe y hunde y lo convierte en nada;

Así el creyente y español guerrero
hiere, derriba, y furibundo arrasa
cuanto se opone á su tajante acero,
las calles cruza, y por doquier que pasa
deja de sangre aterrador sendero.

Nadie resiste tan atroz pujanza,
nadie resiste tan forzudos brazos,
muertes vomita la segura lanza
y á cada golpe que el acero lanza
resaltan las cabezas en pedazos.

Vencido el moro, sin hogar ni abrigo,
plega el pendon que ante su faz se agita,
de su derrota y deshonor testigo,
mientras la cruz desde las torres grita:
«Córdoba ha muerto y nacerá conmigo.»

La sultana cayó, su hermoso dia,
que aun hoy quizás al castellano arredra,
solamente ha dejado en su agonía
á la vez que una historia á cada piedra,
tristes memorias á la pátria mia.

III.

Desdichado, Abenhuc, ven y despierta;
tu Córdoba se vá, su amor ardiente
reclinado en el lecho del cristiano
reniega de tu fé, por tí no siente
y huye de tí su generosa mano.
Nada te resta! sobre el cuerpo inerte
de la pasada gloria triste ondula
seco esqueleto de traidora muerte...
No vengas, nó, y aparta de tu rango
el cetro ya perdido;
tu ejército rendido
hundió su historia en miserable fango.
Rompiendo el manto á tu imperial señora
galopa sobre rápidos corceles
la raza de la tuya vencedora,
y en tus torres, castillos y cuarteles
mientras la sangre musulmana humea
rojo el pendon del castellano ondea.
Como la flor primaveral que ufana
tras la tormenta su corola agita,

así en la fresca y plácida mañana
se alza la egregia y oriental mezquita
rindiendo culto á la verdad cristiana.
La pátria del encanto y la armonía
donde el coran fijó su paraiso,
la ondina virginal del Mediodia,
la gran Damasco, la sultana hermosa
nacida entre el amor y los placeres,
la hija del Bétis, que robó á la rosa
la gracia y la beldad de sus mujeres,
rasgó su venda cuyo centro oscuro
acaso destacaba
melancólica luz, vestido impuro.
La frente que llevaba
manchada por errores de un malvado,
llamando á Dios apareció bendita,
y holló de su pasado
negra memoria, dolorosa cuita.
El pueblo esclavo que rompiendo el freno
y ardiendo en sed de libertad y gloria
coge el pendon que le guardó su historia
con poderosa mano,
y lucha y vence y su dolor profundo
lanza á la frente del audaz tirano,
ese es un pueblo que merece un mundo,
ese es un pueblo que en la fé que lleva
al cielo sube y hasta Dios se eleva.
Sobre el polvo fatal del islamismo
noble, severo, y de grandeza ejemplo,
se levanta de Dios el fuerte brazo
divino altar de su grandioso templo,
el pueblo empieza á comprender su vida
y huyendo del abismo
en que azaroso gime

recibe ¡ay! la bendicion sublime
del alta dignidad del cristianismo.
Pasó el profeta, de su impuro libro
rotas las hojas por el aire fueron,
y al pié de sus naranjos y palmeras
las flores de los mártires nacieron:
brotaron los cantares
de misterio y de amor; la iglesia pia
tambien en sus altares
vertió la copa de feliz encanto
y en la oracion que en el silencio entona
brindó santa corona
al rey que le volvió su imperio santo.
Pasó el profeta, su nacion querida
cayó en cruda reyerta
por los fulgores de la cruz herida,
por la verdad de Jesucristo muerta.
La fama fué con ellos rigorosa,
mientras sus armas arrojó en pedazos,
expléndida y hermosa
tendió á la España sus amantes brazos,
y entre sus rayos explendentes, fijos,
cual bello sol de perdurable dia
viven Fernando y sus valientes hijos,
honra y grandeza de la pátria mia.

Córdoba 4 de Mayo de 1859.

AL EMBARQUE DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

PARA LA GUERRA DE ÁFRICA.

Y ¡qué le importa á la nacion valiente,
que al grito de victoria
hízole al mundo doblegar la frente
y arrastrarse á sus piés mudo y sin gloria,
á la nacion expléndida y sublime,
que envuelta en su hidalguía,
con la entereza que el valor imprime
el sol paró sobre su faz un dia?...
¿Qué, pues, le importa la mezquina saña,
la estúpida fiereza
del que insultos arroja sobre ultrajes,
si el lábaro de España,
en alas de su gloria y altiveza,
siempre fué la segur de los salvajes?
¡Qué ha de importarle la crueldad impía
del déspota arrogante,
que se arrastra en su vieja cobardía
para morder, como el reptil inmundo,
á la nacion que fué siempre triunfante
de polo á polo y desde mundo á mundo.
Ella serena con valor insano
midió las aguas y tendió sus velas
sobre la inmensidad del Océano,

y tras el rumbo de sus recias olas
halló una vírgen solitaria y pura
entre flores y arroyos escondida,
la que en busca de paz y de ventura
se echó en sus brazos y le dió su vida.
Es la nacion donde jamás el manto
tiende la noche fria,
donde el valor alterna con el canto,
donde existe una historia de Pavía
y el sol radiante que alumbró en Lepanto.
En donde alfombran su indomable sólio
de imperios y naciones las ruinas,
el águila fatal del Capitolio,
flores de San Quintin y Gravelinas.
Donde adornan su mágica aureola,
debidas al valor y la fortuna,
lauros de Cerignola
y los pedazos de la media luna.
¡Y osan retar tu proverbial bravura!
Despierta, España, vuelve á tu pasado
y tu bandera abraza,
y el laurel de las Navas y el Salado
arroja encima de la espúrea raza.
Antes que el mundo dude de tu historia,
antes que te demande
los ricos timbres de tu excelsa gloria,
alza la altiva frente
y mire á la nacion que fué tan grande,
levantarse otra vez grande y potente.
El África te llama: de su suelo
las hordas brotan de asquerosos seres,
que tras nefando velo
y á la sombra de impuros mercaderes,
hoy te provocan á inhumano duelo.

No te detengas, cruza de los mares
las ondas procelosas
que guardan sus inmundos aduares;
en las rocas eternas
que sirven de guarida á sus delitos,
en sus mismas cavernas
contemplen tus pendones ondeando,
y el hierro apague los tremendos gritos
que den sus pechos, al morir rabiando.
En sus duros y ardientes eriales,
en medio las palmeras
que crecen en sus secos arenales,
entre el fiero rugir de las panteras
que asolan el desierto,
y asaltan al oscuro peregrino
que va marchando por camino incierto,
la punta arroja de tu invicta espada,
y los que ingrato te pidieron guerra,
como huyeron vencidos de Granada,
huyan tambien de la africana tierra.
No te detengas, busca y acomete
al que con furia impía
manchó tus glorias á traicion un dia
arrojando tu cetro al Guadalete.
El luto que trajeron se lo llevas,
y que sufran herida por herida,
cadáver con cadáver le renuevas,
y les pagas tambien vida con vida.
No te detengas, vuela sin tardanza
y con su sangre sella
el primer escalon de tu venganza:
del noble Cardenal sigue la huella,
que en tiempos fortunados
hizo el pendon de la barbarie trizas,

cuando el impuro libro del profeta
con los restos de Orán tornó en cenizas.
Los que viven sin fé ni pensamiento,
los que ojos tienen y jamás lloraron,
los que arrojan del alma el sentimiento
y de glorias y honores se burlaron;
los que duermen en cálidas arenas
y pasan sin pensar la vida humana,
los que miran impávidos las penas
y olvidan el ayer como el mañana;
los que nacen y crecen entre abrojos
y al sol de la verdad siempre se ocultan,
los que á la humanidad cierran los ojos
y al hombre lo detestan y lo insultan;
esos seres, borron de las naciones,
befa del siglo, horror de las edades,
ni merecen vivir en la memoria,
ni que en pró de sus ódios y crueldades,
encenague una página la historia.
¡Sús, españoles! Límpidos laureles
os cubren el camino, hermoso dia
os brinda su explendor, la tierra toda
al mirar sucumbir á los infieles,
retiemble al grito de la pátria mia,
do hierve el alma de la gente goda.
Truene el cañon y fiera la metralla
la muerte esparza como polvo el viento;
ruja el leon y entre su garra impía
arranque al agareno en la batalla
el último suspiro de su aliento,
el postrer estertor de su agonía.
Al Africa, españoles, ruede el cetro
del déspota insolente,
que haciendo de su rábia triste alarde,

sin que horrible recuerdo le atormente,
vuestro escudo rompió como un cobarde.
Caiga, españoles; al que no le abona
el noble corazon, prenda del bueno,
debe el mundo arrancarle la corona
y dársela otra vez envuelta en cieno.
¡Al Africa, valientes castellanos!
á los que lidian con la fé del cielo
por salvar el honor de sus hermanos,
ni les importa el enemigo suelo,
ni el corage brutal de los tiranos.
Sus chozas, sus hogares,
el fuego las consuma; á vuestras plantas
arrastrad por el fango sus altares,
sus blasfemias ahogad en sus gargantas.
Al que rompe la fé y amigos lazos
y al cariño responde con encono,
quebrantadle la paz, romperle el trono
y arrojadle á la cara los pedazos.
Al que nada en el mundo ya respeta
y siempre á la virtud cubre de espinas,
oponedle del cielo las doctrinas,
la verdad al error, Dios al profeta.
Nada os detenga, tras seguros triunfos
partid hácia sus ásperas montañas,
y sobre ellas caed como los rayos;
sed siempre lo que sois en nuestras lides,
hijos del suelo donde brotan Cides
y do nacen Guzmanes y Pelayos.
Al Africa partid; y esa semilla
de fieras-hombres que en su frente ostenta,
sin que le acose atroz remordimiento,
el impúdico sello de su afrenta,
hecha cenizas arrojadla al viento.

Al Africa volad: vuestros hermanos
os bendicen y os ven desde sus lares,
Dios con vosotros cruza ya los mares....
¡¡Al Africa, valientes castellanos!!

Córdoba y Noviembre de 1859.

A LA TOMA DE TETUAN.

(IMPROVISACION.)

¿Las veis cruzar sobre la mar bravía,
cortando á veces las mugientes olas,
y otras retando la tormenta impía?
Esas son las banderas españolas,
las grandes glorias de la pátria mia.

¿Veis las montañas repasar ufanos?
veis las llanuras asolar ruguientes?
veis un reino romper entre sus manos?
Pues esos héroes son nuestros valientes,
y esos valientes son nuestros hermanos.

El nieto de Almanzor allí ha caido,
dejando el libro de su vieja historia
en humo y en cenizas convertido,
y al par dejando, con su honor perdido,
el cetro impuro de su antigua gloria.

Mas ¡ay! dejemos que su honor sucumba,
mientras el eco de inmortal victoria
cunde, y por toda la nacion retumba;
dejadlo que se entierre en su memoria:
que en ella vivirá como en la tumba.

Ya que no supo defenderla fuerte,

impávidos mirad en su corona
el rostro airado de infalible muerte;
que nada puede remediar su suerte
un imperio que ya se desmorona.

Nosotros de la pátria en la defensa
para siempre estrechemos nuestros lazos,
dando al olvido la comun ofensa,
nunca alejemos nuestros puros brazos
del ser que vive á nuestro lado y piensa.

Si hoy de la pátria en el amor bendito
todos vivimos con placer profundo,
no desoigamos su celeste grito:
el fratricida vil, befa del mundo
debe morir sin compasion, maldito.

Hijos de España, llena de alegria
sobre nosotros límpida destella
hermosa luz de sacrosanto dia:
Dios nos muestra otra vez la antigua estrella,
y de ella en pos su bendicion envia.

¿Veis ese sol, que sobre el viento impera
y con su luz el horizonte inunda,
dando explendor á la celeste esfera?...
Pues es la sombra de Isabel primera
que cubre el trono de Isabel segunda.

Febrero, 1860.

A MI HERMANO ALFONSO.

MUERTO POR LOS CARLISTAS EN 1836.

SONETO.

Niño infeliz, á quien la mente crea
campos de flores por doquier que jira,
que el sol de libertad nublarse mira
entre la sangre de fatal pelea:

Que vé á lo lejos la encendida tea
que en su saña cruel tan solo aspira
á romper y arruinar cuanto respira
y á nuestro pueblo de virtud sombrea,

¿Qué fué de tí cuando con paso incierto
te lanzaste á romper la vil cadena
que arrojaba á aquel sol sobre un abismo?

Quedó en la tierra tu cadáver yerto,
tu pobre madre se murió de pena,
y España te olvidó... ¡siempre lo mismo!

Baena, 1850.

Á CUBA Y SUS BRAVOS VOLUNTARIOS,

EN LA INSURRECCION FILIBUSTERA.

SONETO.

Negra traicion, como jamás la historia
ha guardado en sus páginas de duelo,
riega con sangre tu fecundo suelo
y deja á España funeral memoria.

A la pátria disputa la victoria,
aumentando su triste desconsuelo,
mientras intenta con ingrato anhelo
del gran Colon hasta borrar la gloria.

Mas ¡ay! en vano de la hermosa Antilla
quiere arrojar la enseña prepotente,
que siempre el crímen á sus piés humilla.

En vano la traicion alza la frente
en tanto que un leon quede en Castilla
y en Cuba ¡vive Dios! haya un valiente.

Madrid, 1869.

Á JUAN DE PADILLA.

SONETO.

De turba extraña y opresor tirano
hirió á tu pátria la servil cuchilla,
cuando apenas del mar á opuesta orilla
lanzó al Islam con poderosa mano.

Noble tu pecho ¡independencia! ufano
exclamó por los campos de Castilla,
recorriendo tu voz, bravo Padilla,
del Cantábrico mar al Oceano.

Mas del déspota al fin la alevosía
sobre tu frente con traicion se ensaña
gozándose en tu mísera agonía,

Mientras que tú respondes á su saña:
«muero feliz, porque la sangre mia
hará crecer la libertad de España.»

Córdoba, 1868.

Á BAENA.

Sus armas ennoblecidas,
triunfantes en mil batallas,
mantienen allí esculpidas
cinco cabezas, rendidas
delante de sus murallas.
(Amador de los Rios.)

SONETO.

¿Qué resta de tu viejo poderío,
terror de las falanges agarenas,
de tus torres bordadas con almenas,
donde silbaba el huracan bravío?

¿Qué del alcázar tétrico y sombrío,
negra prision de hermosas nazarenas?
de los timbres, escudos y cadenas
de aquellos nobles de indomable brío?

¡Nada!... tu Coso y tu Albaicin desiertos;
tus almedinas solas, sin encanto;
rotos tus muros, tus jardines muertos...

Solo al fulgor de la argentada luna
mi corazon contempla entre su llanto
hundido el techo que abrigó mi cuna.

Baena, 1853.

A LA REINA DOÑA ISABEL II

EN SU VISITA Á CORDOBA EN 1862.

(INSERTA EN SU CORONA POETICA.)

Cual árbol, que altivo besa
las alas del raudo viento,
cual gigante monumento
que el trono del sol apresa;
cual águila que atraviesa
cielos y tierra entre azares:
como los rayos solares
que van desde Ocaso á Oriente,
España eleva su frente
entre montañas y mares.

Fértil su tierra y galana,
claros y hermosos sus rios,
verdes sus bosques sombríos,
en ciencia y letras temprana,
su frente elevando ufana,
va entre su poder fecundo
diciendo con el profundo
acento de su conciencia,
que su valor y su ciencia
no tienen campo en el mundo.

Cien reyes en sus anales

le han dado á España renombre:
por eso ostenta su nombre
de sus virtudes señales.
De sus hechos inmortales
páginas grandes encierra
desde que en gloriosa guerra
vencieron, tras mil azares,
Cristóbal Colon los mares,
el Gran Capitan la tierra.

Corriendo de zona en zona
entre respeto profundo,
han cruzado por el mundo
las flores de su corona;
su inmenso poder abona
su acendrada nombradía,
porque hay en su historia un dia
que del orbe con espanto
hundió un imperio en Lepanto
y una nacion en Pavía.

En medio del noble afan
de su corazon ferviente,
cayeron sobre su frente
las hojas del Alcoran.
Desenfrenado el Islan
intenta rasgar su historia,
cuando turba su victoria,
haciendo acallar su zambra,
el Rey que enterró en la Alhambra
sus siete siglos de gloria.

Porque á sus designios cuadra
llevar un plan fijo y cierto

entre la mar y el desierto
un hombre quema su escuadra;
ninguna pena taladra
su pecho al mirarse aislado,
si no emprende denonado
una conquista completa,
cantando siempre el poeta
mientras que lidia el soldado.

Entonces tierras extrañas
que se asombran todavía,
vieron que el sol no cubria
el manto de las Españas;
vieron sus grandes hazañas
y sus victorias sin fin,
y entre el inmenso botin
de un trono que se derrumba,
salir á un rey de su tumba
al grito de San Quintin.

Si la traicion se avalanza
con imperioso cinismo
y á los bordes de un abismo
su antiguo espíritu lanza,
tras noble y justa venganza
devuelve al templo su gloria,
dibujando en nuestra historia
con magníficos pinceles
un camino de laureles
desde Bailen á Vitoria.

Sublime en su pensamiento
el arte muestra sus galas,
despues de tender sus alas

cual tiende su soplo el viento;
hijos de ese sentimiento
tan grande como sencillo
prestan á su pátria brillo,
al mundo asombrando antes,
con su Quijote, Cervantes,
Con sus Vírgenes, Murillo.

Reina, levanta orgullosa
tu pura frente doquiera;
tú eres la rica heredera
de esa nacion poderosa.
Doquier que la vista ansiosa
tiendas por nuestras comarcas,
verás respetables marcas
de que un pueblo reverente
inclina su noble frente
ante los grandes monarcas.

Hay un rey en nuestra historia
que al rodar hácia la nada,
lanzó de su tumba helada
el explendor de tu gloria.
Revuelta con la memoria
de su postrera agonía
recruje la lucha impía
que equilibró la fortuna,
cuando zumbando en tu cuna
quiso devorarla un dia.

Un pueblo de alma elevada,
que admira tu nombre ufano,
entre el ángel y el tirano
puso su amor y su espada.

Perdió tan triste jornada
el rival de tu corona;
y en tanto que él abandona
la presa de su crueldad,
la próvida libertad
su triunfo eterno pregona.

Esclavos de injusto encono
ambos la tierra pisaron:
fatal infancia pasaron
la libertad y tu Trono:
ambos tienen en su abono
la cuna donde crecieron;
mas sepan los que quisieron
sembrar ódio entre los dos
que solo separa Dios
á los que juntos nacieron.

Reina, tu fé divinice
la gloria que hoy se levanta:
el pueblo alegre te canta,
la libertad te bendice.
Tu cariño cicatrice
nuestras heridas del alma;
prosigan brotando en calma
al calor de tus amores,
de tus bondades, las flores,
de tus virtudes, la palma.

¿Qué importa que el vendabal
silbe proceloso y fiero,
si á tu cetro un pueblo entero
le sirve de pedestal?...
Si con su brazo leal,

que nunca te desampara,
lidió, Reina, cara á cara,
y tras horrible pelea,
al cadáver de una idea
dió sepultura en Vergara.

Él, cruzando estas riberas
que flores dan por alfombra,
buscó venganza á la sombra
de las moriscas palmeras:
entre salvajes y fieras
gloria á su pátria promete,
y agitando el gallardete
que le regaláras tú,
hundió en el Guad-El-Jelú
los lauros del Guadalete.

Tu nombre al otro hemisferio
llevó escrito en sus pendones;
y al tronar de sus cañones
vacila el Celeste Imperio.
Despreciando vil dicterio
que aun en los ámbitos zumba,
abren sus bravos la tumba
á la arrogante nacion,
que huyó á esconder su traicion
bajo el oprobio de Otumba.

Reina, que incesante velas
por nuestra dicha y consuelo,
y como estrella del cielo,
dejas radiantes estelas:
que siempre afanosa vuelas
aclarando el porvenir;

si pueden hacerte oir
estos cantares los vientos,
míralos cual sentimientos,
que engendra el Guadalquivir.

Como la espléndida aurora,
que con tintas purpurinas
vá borrando las neblinas
que triste la tierrra llora;
así tu pecho, Señora,
del infeliz dulce abrigo,
lleve la piedad consigo
á todo el que la demande
desde el palacio del Grande
hasta el hogar del mendigo.

Brote del régio dosel,
do tiene perpétua estancia,
esa divina fragancia
que no comprende el pincel;
despréndase del laurel,
que tu hermosa sien circunda,
el Sol que de gracia inunda
cuanto toca en su carrera:
sol es de Isabel primera,
que alumbra á Isabel segunda.

Córdoba, 1862.

Á DON ALFONSO DE BORBON,

PRINCIPE DE ASTÚRIAS,

EN SU VISITA Á CÓRDOBA.

Entra con pasos seguros
en esta ciudad, do el viento
reparte aromas tan puros,
donde vive un sentimiento
que apenas cabe en sus muros.

Nunca la desconfianza
con tu corazon se roce,
sospechando una mudanza,
cuando brilla en lontananza
la estrella de Alfonso doce.

Luces de lindos colores
de tu grandeza en abono,
cercan tus tiernos albores,
formando sendas de flores
desde tu cuna hasta el trono.

Grande serás, porque bellas
historias van á tu lado,
enseñándote las huellas
de Alfonso el de las *Querellas*,

el de Búrgos y el Salado.

Porque recuerdan sin miedo
á aquellas legiones bravas,
que llegaron con denuedo,
con un Alfonso á Toledo,
con otro Alfonso á las Navas.

Burlando el tiempo y sus iras,
que cuanto nace derrumba,
ese cadáver que miras
es Alfonso, el de Algeciras,
que te bendice en su tumba.

Llega con paso sereno
do guarda un sepulcro helado,
dentro del cóncavo seno
los restos del Emplazado,
del gran Alfonso el onceno.

Descansa do el porvenir
abre á tu amor su cariño:
donde en continuo bullir
arrulla el Guadalquivir
tu blando sueño de niño.

Goza en la hermosa ribera,
que de jazmines alfombra
tu victoriosa carrera;
donde sembró una palmera
el rey que cantó á su sombra.

En este tranquilo suelo,

sin inquietudes ni encono,
tendrás venturas sin duelo;
por áurea corona el Cielo,
y nuestras almas por trono.

Córdoba, 1862.

EN EL ALBUM DEL DUQUE DE RIVAS (1)

EL EXCMO. SR. DON ANGEL SAAVEDRA.

(REGALO DE LOS POETAS CORDOBESES.)

Lleve el rumor del agitado viento
al pueblo Tartesiano que te admira,
la entusiasta expresion del sentimiento,
el ronco son de mi inocente lira.

En ese muro, do remonta al cielo
la mar rugiente sus revueltas ondas,
al recuerdo feliz de nuestro suelo
puede que algunas lágrimas escondas.

Vuelve á tu pátria, vuelve donde Apolo
se oculta al irradiar de los querubes,
deja esa costa, donde reinan sólo
ronco huracan y borrascosas nubes.

¿Por qué te has ido donde el mar furioso
carcome esa ciudad alborotado,
dejando el sueño de tu vida hermoso
el Bétis cristalino y sosegado?

Vuelve otra vez y en tu seguro asilo
descansa hasta el final de tu jornada,
con faz riente, sin dolor, tranquilo,

(1) Todas las estrofas concluyen con un verso del Duque.

sube por esta orilla afortunada.

Aquí los vientos, aunque raudos giren,
prestan alientos para el alma puros,
y aun por última vez puede te inspiren
los de Córdoba insigne antiguos muros.

No sientas que magníficos despojos
conserve en el rincon de sus historias,
ni parezca jamás ante tus ojos
triste esqueleto de jigantes glorias.

Recuerda cuando Marte prepotente
grabó tu nombre en su pendon horrendo,
y lidiaste en Antígola valiente,
agena y propia sangre allí vertiendo.

¿Has olvidado la enemiga tea
que alumbró de tu vida los azares,
cuando cruzaste con tu hermosa idea
el ancho mundo y los profundos mares?

¿No te acuerdas del Tiber, do te niega
ley vengativa en la borrasca puerto,
quedando solo á tu esperanza ciega
la voz desconsolada del desierto?

¿Cuando en castigo de mentida falta
al fanático ardor de rudo bando
sombra buscaste tras la luz de Malta,
libertad y venganza proclamando?

¿Cuando el verde floron de tus laureles
de España separó larga distancia,
y cruzaste á la luz de tus pinceles
montes y selvas de la rica Francia?

¿No es verdad que sufriste en las oscuras
neblinas de Albion, al dibujarlas,
recordando estas sierras de venturas,
y lágrimas vertiste al recordarlas?

Al escribir el libro en aquel clima
que fama eterna á tu renombre ha dado,
¿no buscaste el retrato de Kerima
á la orilla del Bétis encantado?

De Mudarra al pintar con fé sencilla
la sublime virtud de sus entrañas
¿no buscaste tambien en nuestra orilla
el gérmen de las ínclitas hazañas?

Cuando tus ojos tristes se volvian
pidiendo algun consuelo al Occidente,
¿en torno revolando, no veian
las alas de un Arcángel refulgente?

Entónces, si la vista en tus dolores
has de tornar hácia tu limpia cuna,
vuélvete y canta entre sus lindas flores
al rayo hermoso de naciente luna.

Canta del sol en cielo de zafiro,
las dulces y rientes alboradas;
y al caer de la tarde el blando giro,
las auras de la noche embalsamadas.

No temas que jamás envilecidas
almas te miren sin bajar la frente;
pues nunca sentirás tú las heridas
que causa de la envidia el torvo diente.

Al rico aroma de tu noble historia
de gratitud te sigue el sentimiento,
y hasta los cielos álzase tu gloria
unida al son de tu divino acento.

Nada te importe que veloz resbale
el ástro de tu vida hácia Occidente,
ni que tu pecho su perfume exhale
con faz marchita y con rugosa frente.

Grande tu génio entusiasmado gire
en torno siempre de fecunda idea,
para que España estática te admire
y el universo atónito te vea.

Córdoba, 1862.

DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

ROMANCE.

I.

Bajo un cielo trasparente,
do el sol clarísimo irradia,
que bordan miles de estrellas
junto á una luna de plata:
Sobre una alfombra de flores
que besa incesante el aura,
robándoles el perfume
con que el vergel embalsaman:
Entre un bosque de naranjos
que lindas rosas esmaltan,
donde las aves sus trinos
al sol naciente regalan:
A la orilla encantadora
del Bétis, que alegre pasa,
al pescador consolando
que va azotando sus aguas:
Al pié de la sierra hermosa,
que aduerme en sus verdes faldas
á la que fué de Occidente
rica y soberbia sultana:
Bajo la sombra jigante

de la portentosa Aljama,
que del Alcoran conserva
hechas pedazos las páginas:
Bajo aquellas altas cúpulas
que en nubes de oro se engastan,
retando siempre impasibles
de largos siglos la saña:
¿Quién no se siente inspirado?
¿qué pecho no se arrebata?
¿cómo no vuela hasta el cielo
el entusiasmo del alma?
Génios, que vivís tranquilos
bajo la tumba olvidada,
cuya sombra entre mis sueños
cruza cual noble fantasma:
Génios, que hallásteis la cuna
por azucenas bordada,
que ceñís ricas coronas,
que hollásteis flores galanas:
Génios, que volais del tiempo
sobre las eternas alas,
vuestro talento llevando
entre el rumor de la fama:
Vosotros que habeis vivido
en las centurias romanas,
y mirásteis en el Gólgotha
nacer la verdad cristiana;
Que las grandezas cantásteis
del sol de Medina Azahara,
que hollásteis de un rey poeta
la córte alegre y bizarra;
Séneca, Lucano, Porcio,
Almanzor, Lope de Alba,
Morales, Céspedes, Mena,

alzad las frentes heladas,
que se moverán al fuego
del amor de vuestra pátria.

II.

Córdoba, ciudad insigne,
de ciencias cuna magnánima,
madre de sábios varones,
reina de ricas comarcas;
Tu abrigastes en tu seno
á aquella luz soberana,
que se extendió por Europa,
despues de asombrar á España.
¡Qué importa que el dardo frio
te clave la envidia insana,
Góngora ilustre, si el mundo
rinde á tu talento párias!
¿Qué genio no ha tropezado
en su carrera preclara
con espinas que le puncen,
con flores envenenadas?
Mirad al cantor de Troya,
que la caridad demanda;
al Tasso, por su princesa
muriendo *loco* en la jaula.
Contemplad al gran Cervantes,
que entre la miseria canta;
á Colon que entre cadenas
pisa la española playa.
A Camoens, que sin recursos
en un hospital acaba;
mientras del ciego de Esmirna
el laurel sagrado alcanza.
Al ilustre Galileo,

que en su calabozo guarda
el sistema planetario,
que sus verdugos no alcanzan.
Y decidme si el talento
siempre halló flores tempranas
para engalanar su frente,
para perfumar su alma.

III.

Apenas Góngora el vuelo
de su razon, niño, lanza (1),
brindóle ciencia y estudio
el cláustro de Salamanca.
Allí, en los brazos de Euterpe
pasó su edad más temprana,
ó estudiando con Arquímedes
la íuerza de su palanca.
Allí, jóven y atrevido,
pulsó su lira entusiasta,
recordando de su suelo
la riqueza y la abundancia.
Capullo apenas abierto
en turbulenta alborada,
combatido por el noto
que por doquiera rebrama,
Fué su vida en sus albores:
de su existencia agitada,
nacieron largos pesares,
nuncios de tristes desgracias.
¿Quién, si en la márgen del Bétis
de recuerdos y esperanzas

(1) Luis de Góngora y Argote nació en Córdoba el jueves 11 de Julio de 1561. De 15 años fué á estudiar derecho á Salamanca, donde tambien se dedicó á la música, á las matemáticas y la esgrima.

vé levantarse un gigante,
no corre tras el fantasma?
¿Quién, si en su clara corriente
halló su ilusion más santa,
no siente el pecho entreabrirse,
no siente ensancharse el alma?
Allí las flores primeras,
allí las primeras auras
respiraron sus amores
en su primera mañana.
Allí su audacia y su fuego,
prendas en su pecho hermanas,
arrastraron su existencia
por sendas extraviadas.
Allí al lograr de su pecho
la ilusion que le embriaga,
impreso dejó en su frente
el hado adverso su marca.
¿Mas quién en sus cortos años
no ha cometido una falta?
¿quién no llora, cuando viejo,
recuerdos de edad pasada? (1)

IV.

Pasaron sus tiernos años;
con la juventud dorada
arrugas mostró su frente;
sus sienes brotaron canas.
Calló la lira sublime
rodando casi olvidada,
y no escuchó más el Bétis

(1) Nadie ignora el desafío de Góngora con D. Rodrigo de Vargas por cuestion de amores, y del cual salió aquel mal herido. Entre las leyendas cordobesas que ahora se están publicando, hay una basada sobre este duelo.

alegres punzantes *sátiras*.
El Angel de las Tinieblas (1)
dejó su vida pasada,
y en sus tristes *Soledades*
vertió en sus dolores lágrimas.
Sus *romances* se perdieron
entre fervientes plegarias:
su voz sonó temblorosa
bajo las bóvedas sacras.
Allí sus votos subieron
de la oracion en las alas
al trono de Dios, cual norte
de su amor y su esperanza.
Allí sus cantos divinos
el sacerdote levanta,
y al cielo vuelan sus rezos
entre los ayes del alma (2).

V.

Libre y tranquilo se mira
en la orilla hospitalaria;
donde recuerdos de gloria
doquiera cruzan y pasan.
¿Qué importa que humilde viva
el génio, si siempre alcanza
el favor que presta el hombre
al que ve tender sus alas
Y medir cuanto su mente
por todas partes abarca?

(1) Así llama á Góngora D. Juan María Mauri, recordando acaso la bella expresion de Cascales, que en sus *Tablas poéticas* le calificó ya de este modo al comenzar el siglo XVII.

(2) A los 29 años era Góngora racionero de la catedral de Córdoba, si bien no cantó misa hasta los 45 años.

Reyes y grandes se vieron,
con la cabeza inclinada,
Rendir afectos y honores
á su inteligencia clara.
Y en su siglo, y entre génios,
á tanto se remontaba,
Que de Píndaro y Homero
la gloria imita entusiasta (1).
Más tarde, cuando la muerte
tendió su negra guadaña
Y acarició por momentos
su frente marchita y pálida,
probó el cariño entrañable
que la admiracion depara.
Junto á su lecho vertieron
amigos copiosas lágrimas,
desde el ilustre prelado
á la decrépita anciana.
Mas el cuidado y esmero,
que inspiran sus prendas raras,
le tornaron á la vida,
colmándole de esperanzas (2).

VI.

Algunos años corrieron
tras esta triste jornada;
y el poeta venturoso
cobra mayor honra y fama
Al lado del rey Felipe,
cuyo favor disfrutaba.

(1) Una de las primeras ediciones de las poesías de Góngora, apareció bajo el título de *El Píndaro y Homero español*: la hizo el celebrado fray Hortensio de Paravicino, primer orador sagrado de la córte de Felipe IV y oráculo de su tiempo.

(2) Alude á la grave enfermedad que padeció en Salamanca.

Con él á Aragon visita;
y en la tierra ensangrentada
Por el ilustre Lanuza
que hoy un Palafox consagra,
súbita dolencia horrible
su espíritu noble asalta,
Á cuyo peso, la frente
se doblega acongojada.
En sus contínuos delirios
echa de ménos su pátria;
Y á las nieblas que la ocultan
torna incesantes miradas.
Por su mente delirante
cruza el Bétis con sus aguas
Límpidas, murmuradoras:
las risueñas alboradas
que Abril en sus glorias trae
entre sus flores lozanas:
Vé las altas alamedas
que mil arroyos esmaltan,
repitiendo el dulce trino
del ruiseñor que allí canta.
Las historias y recuerdos
de las edades pasadas,
todo bulle y se amontona
en su mente acalorada,
Que febril, calenturienta,
sin tino, sin rumbo vaga.
La reina Isabel acude,
y al fin su interés le salva
Por un momento la vida:
entónces él se prepara,
y en alas de su deseo
pisa el vergel de su pátria,

Do sus últimos suspiros
casi se van al mirarla.
Y fué así: que apenas huella
la ribera afortunada,
Que sombra prestó á su cuna,
siente que todo le falta;
hermoso todo lo encuentra;
pero no recuerda nada;
Porque indiferentes giran
su pensamiento y su alma.
Así una tarde, tranquilo,
cuando el sol triste desmaya
Y las sombras de la noche
se mecen como fantasmas;
sintió su pecho entreabrirse,
y débilmente agitada
Volar hácia los espacios
entre las brisas su alma (1).
Hoy un recuerdo nos queda
en una tumba olvidada,
De aquel génio incomparable,
que Córdoba admira ufana
y fué en religion y letras
honra y prez de nuestra España.

Madrid, 1863.

(1) Murió la tarde del lunes 23 de Mayo de 1627, á los 65 años, 10 meses y 13 dias. Hace años que su descendiente el Sr. Marqués de Cabriñana le empezó á construir un monumento en la catedral de Córdoba, el cual está paralizado por no sé qué obstáculos del Cabildo.

EL CRISTO DEL CAUTIVO.

(TRADICION CORDOBESA.)

I.

Cerca del vetusto puente
que sobre el Bétis descansa,
en cuyo centro hoy un ángel
á Córdoba insigne, guarda;
Hay un campo sin verdura,
que ciñe el morisco Alcázar,
cuyos opuestos extremos
dos grandes historias guardan.
Uno enseña la mezquita,
soberbia y potente Aljama,
que mil columnas sostienen
y alumbran quince mil lámparas.
Es el otro el Campo santo,
tierra fecunda, regada
por la sangre de mil mártires
que gozan celestes auras.

Hácia el medio de este campo (1)
hay una opulenta casa,
que envuelve casi en las nubes
su oscura frente almenada.

(1) En este campo se han construido despues el colegio de San Pelagio, el Palacio episcopal y otros edificios.

Dos torres de árabe estilo
en sus esquinas se alzan,
cual perennes centinelas
de aquella mansion preclara.
Sus puertas de cedro y bronce,
contínuamente cerradas;
sus agimeces clavados,
sus almenas solitarias,
Aspecto le dan tan grave,
tal sombra en sus muros marcan,
que de pavoroso encanto
le hacen tétrica morada.
La noche que de esta historia
nos ha legado las páginas,
alterar plugo á los cielos
aquella terrible calma.
Un caballo por el puente
como una flecha, se lanza,
y del palacio encantado
ante su puerta se para.
Un moro, jóven, esbelto,
tez morena, de gran talla,
con un alquicel de nieve
y un turbante de oro y grana,
Las riendas dejó del potro
que suelto quedó de estátua,
y sacando una gumia
que acaso á intento llevaba,
Arrancó la cerradura
sin que un golpe se escuchara,
ni el silencio interrumpiera
que por doquiera reinaba.
La puerta volvió á cerrarse,
despues que, como un fantasma,

se perdió el moro callado
en las sombras de la casa.
El caballo, en vista de esto,
volvió á emprender su jornada,
repasando el puente á escape
como un demonio con alas.

II.

Apenas esto pasó,
entre las sombras oculto,
al pié de la torre un bulto
tranquilamente paró.

Con calma y sin inquietud
sin ver que peligro corre,
alzó la vista á la torre
mientras templaba un laud.

Su mirada, vaga, incierta,
sin ver á nadie bajó,
porque la torre siguió
callada, triste, desierta.

El bulto no desespera,
templa el laud sin demora,
y con voz grata y sonora,
cantó de aquesta manera:

«Niña de negros ojos,
casta paloma,
azucena que el mundo
llenas de aroma,
Flor de las flores,
escucha los cantares

de mis amores.

En los verdes jardines
de mi morada,
como reina, tú sola
serás mirada.
Allí, si vienes,
verás que no hay serrallos,
hurís, ni harenes.

Para tí será el mundo
con su aureola;
el cielo y las estrellas
para tí sola;
Y mis quereres,
serán para tí, Zaida,
si tú los quieres.

—

Flor de las flores, noble gacela,
tórtola triste de pobres alas,
cándida vírgen, que calla y vela,
rosa que nunca luce sus galas:

Fúlgida estrella de luz divina,
rayo fecundo de bienandanza,
íris de gloria, que ya ilumina
límpido el cielo de mi esperanza:

Perla llorada por el rocío,
astro brillante que el campo hechiza;
nave que nunca cruza del rio
las claras ondas, que el aura riza:

Oye las quejas y el sentimiento,
que ardiente el alma brota en sus penas;
que cual el silbo que lanza el viento,
van y se pierden en tus almenas.

Si el eco triste de mis cantares
hiere el recuerdo que hay en tu alma,
calma el martirio de mis pesares,
de mis dolores la lucha calma.

—

Abre de tu ventana
la celosía,
sultana del profeta,
sultana mia:
Abre: que el viento
te dirá mis querellas,
mi sentimiento.»

Antes que el canto cesara,
un golpe sonó en la torre,
y una puerta silenciosa
giró alrededor de sus goznes.
En un ajimez, un bulto,
como una sombra vió el jóven,
que agita un pañuelo blanco,
en tanto que bajo tose.
—Zaida.
—¡Fernan!...
Dos palabras
sonaron tan solo entonces,
en tanto que respiraron

aquellos dos corazones.
Zaida, es de Aliatar hermana,
que entre los moros mejores,
es temido y respetado
por su poder en la córte.
Era morena, ojos negros,
dormidos, como dos soles:
graciosa como una ondina,
alta, pálida, aire noble:
Su cintura una sortija,
su pecho un altar sin nombre,
sus dientes hilos de perlas,
que entre corales se esconden.
Breves sus manos, derraman
doquier encantos y flores,
y sus piés, mucho más breves,
parecen dos ilusiones.
Fernan, era un buen cristiano,
alto, valeroso, jóven,
de pelo castaño oscuro,
de ojos vivos y buen porte.

—

—Zaida, y tu hermano?
—Partió.
—Pero es larga la jornada?
—Dicen, Fernan, que á Granada.
—Cuándo vuelve?
—No se yó.
Allí hay fiestas y torneos;
allí tiene sus amores,
y á ofrecer cintas y flores
va al alma de sus deseos.
—No perdamos un instante:

¿me quieres, hermosa? Dí.
—¡Que eso me digas á mí!...
¡que tiro ya este turbante!
Que he pasado muchos dias
de tus amores esclava,
mientras la torre regaba
con estas lágrimas mias:
Que por tu pasion sujeta,
hoy desprecio el Alcoran,
y hasta reniego, Fernan,
del eden de mi profeta!
Que dejo la fé bendita
de mis edades primeras,
y esas dichosas palmeras,
y esa pomposa mezquita:
Que busco la hermosa luz
que solo á tu gloria guia,
que bendigo á tu María,
que beso alegre tu cruz!
—Calla, calla, hermosa: veo
la luz de Dios sobre tí:
tú eres el bien para mí;
yo te adoro, yo te creo.

—

De pronto rumor lejano
creciente, confuso, oyóse,
que hizo callar un momento
á los dos: Fernan entonces
Registró rápidamente
el campo y sus alrededores,
sin que diera resultado,
pues todo mudo quedóse.
—Qué era, Fernan?

—Nada; el viento.
—Sabe que estoy con cuidado!...
—Pues todo está preparado
marchémonos al momento.
—Mi esclava Algara no ha vuelto
y siento...
—Disculpa vana.
—¿Quién sabe...?
—¡Suerte inhumana!...
Conque yo vengo resuelto
y atrás te vuelves, mujer,
cuando ménos lo pensaba!
—Ah! quédese atrás mi esclava...
mis joyas...
—Así ha de ser.
—Ven...; en la márgen del rio
un barco tengo amarrado...
—Y el puente?
—Está custodiado,
y ofrece riesgo...
—¡Dios mio!
Tú, que á los buenos bendices
y contemplas mi deseo,
yo te adoro, yo te creo,
haz que seamos felices.

—

Y á poco, pues, que sonaron
estas postrimeras frases,
del ajiméz una escala
cayó de pronto á la calle.
Fernan la cogió con ánsia,
y al punto vió descolgarse

á Zaida rápidamente,
sin que nada le arredrase.
—Toma esa cruz, ella dijo,
aun suspendida en los aires:
si yo en este lance muero,
al menos ella se salve.
Un crucifijo de plata
con ricas piedras y esmaltes,
Zaida á su Fernan arroja,
y luego en sus brazos cae.
Dos besos al par estallan
que de entrambos pechos salen
como el mero juramento
que de eterno amor se hacen.
Mas antes que los dos partan
ni que sus pechos separen,
la hermosa niña era presa
de cuatro moros infames.
Aliatar con otros siete
revolviendo los alfanges,
acometen á Fernando
que tuvo al fin que entregarse,
Con dos heridas al pecho,
matando dos moros antes,
y á la desmayada Zaida
regándola con su sangre.

—

Mientras que á Fernan prendieron
los moros por él diezmados,
dos cuerpos ensangrentados
desde la torre cayeron.

El jóven volvió al ruido;

y al ver escena tan fiera,
rugió, como una pantera,
y se cayó sin sentido.

III.

Frente á la casa del moro
de que antes hemos hablado,
y donde Fernan fué preso
por aquel y sus criados,
Está la altiva mezquita
que los califas labraron,
perla hermosa de Occidente,
rival de Meca y Damasco.
Sus puertas pasan de veinte
que forman preciosos arcos,
cuajados de filigrana,
de airosas cimbrías ornados.
Es la del Norte más bella,
y ostenta en lindos recuadros
dos pequeños ajimeces
con celosías de mármol.
Al través de sus umbrales
se queda suspenso el ánimo,
ante el lindo panorama
que se presenta encantado.
Entre arcos de lindas rosas
do cantan miles de pájaros,
cien fuentes y surtidores
fecundan el verde prado,
Que alfombrado de violetas,
claveles, lirios y nardos,
embalsama con su aroma
aquellos alegres ámbitos.

Estanques, do juguetean
peces de colores varios,
dan al Alfaquí severo
fresco y salud en sus baños.
Limoneros y palmeras
entre infinitos naranjos,
ofrecen perpétua sombra
á aquel delicioso patio.
Gorgean los ruiseñores
entre la copa del álamo;
canta el gilguero en la acacia
y en sus jaulas el canario.
El aura juega incesante
por doquiera suspirando,
meciendo las gayas flores
que besa en su vuelo rápido.
Del gusto más esquisito
hay á un extremo cien arcos
que dan entrada á la iglesia,
asombro de los profanos (1).

IV.

Treinta naves á lo lejos
se cruzan con simetría,
doradas por los reflejos
de lámparas y de espejos
que imitan el sol del dia.

Todos la vista detienen
sin que nada la deslumbre,

(1) Tanto el patio de los Naranjos como la Catedral han variado mucho de como estaban en tiempo de los árabes.

ante el mérito que tienen
las columnas que sostienen
aquella inmensa techumbre.

Obra de diestros cinceles
y artistas extraordinarios,
lucen las naves infieles
variedad de capiteles
y fustes de órdenes varios.

Sus techos artesonados
sobre arcos tan pintorescos,
enseñan por todos lados,
deliciosos arabescos
divinamente bordados.

Sobre la puerta gigante
que al Norte se vé girar,
se alza orgulloso, arrogante,
el magnífico alminar
con su cúpula brillante:

Donde el sol del medio dia
extiende sus tintas rojas,
rico el Mihrab se veía,
y allí el Corán residía
y se adoraban sus hojas.

Esta capilla sagrada
cuya explendidez arredra,
por cien arcos adornada,
está tambien coronada,
por una concha de piedra (1).

(1) Este que llamaban los moros *lugar sagrado*, tiene la forma de un octógono y la bóveda del techo es de una sola piedra en figura de concha.

Hácia este lugar llegando
iba en peregrinacion
la turba agarena, cuando
un murmullo fué turbando
su calma y su devocion.

El murmullo fué creciendo;
y las noticias veloces
cruzaron entre el estruendo;
y unos pasaban corriendo,
y otros con gritos y voces.

Todo es bulla y confusion,
todos corren y se agitan
casi en revuelto monton,
en tanto que todos gritan:
«¡Creyentes, profanacion!»

Todos se agrupan, se estrechan
con espantosa pavura,
escuchan, hablan, acechan,
y fieras miradas echan
sobre una columna oscura.

¿Qué hay allí para que insano
ese pueblo vengativo
lance anatema inhumano?
¡Ah! ¡se revuelve un cristiano
entre cadenas cautivo!

¡Es Fernan! El moro impío
con inclemente perfidia,
lo ha amarrado al mármol frio,

donde llama á Dios con brio
mientras con la muerte lidia.

Allí reza y no le arredra
que lo escarnezcan ni ajen;
unido al mármol, cual yedra,
de Jesucristo la imágen
con hierro esculpe en la piedra (1).

De Zaida el último don,
que guardó en sangre bañado
sobre el triste corazon
y va en su mente grabado,
le presta la inspiracion.

Mas ¡ay! tan ruda insolencia
jamás allí se habia visto
sin arriesgar la existencia:
así, el trasunto de Cristo
fué de Fernan la sentencia.

Crece del vulgo la grita;
y en su venganza crüel,
la turba se precipita
sobre el que al Dios de Israël
representó en la mezquita.

Mas ¡ay! de pronto se oyó

(1) En una columna, casi incrustada hácia el medio del muro del Norte de la Catedral, está este Cristo con un letrero grabado en el mismo mármol, que dice: *Este es el Santo Cristo que hizo el cautivo con la uña.* Nosotros, sin embargo, hemos seguido al autor de los *Casos raros de Córdoba*, que dice lo hizo con un pedazo de hierro que se arrancó de sus grillos. Esta opinion nos parece más verosímil, separando la accion del milagro, y no haciendo caso de la de Tirabeque, aunque llevara razon.

una voz que, como el trueno
en las bóvedas rodó;
y entonces ni un agareno
la vista siquiera alzó!

—¡Infame! (á Fernan, rugiente
clamó Aliatar con fiereza):
ya no mueres lentamente:
de Allah el honor no consiente
en tus hombros la cabeza!

La esclava que te vendió
y la mujer de tu alma
ya el profeta recogió;
pero ahora reclamo yo
tu sangre para mi calma.

—

Cuatro moros se arrojaron
sobre el cristiano al momento,
cercándole como lobos
cercan el rebaño hambrientos.
Con inusitada furia,
cadena y grillos rompieron;
con fria, estridente cuerda
rodean su noble cuello,
y con injurias y golpes
profanan el triste templo,
mientras lo dejan pendiente
atados los piés al techo (1):

(1) El autor de los *Casos raros de Córdoba*, dice que en su tiempo (hará unos 250 años) existia aun la soga de que colgaron al cautivo.

tras este horrible martirio
y en convulsiones muriendo,
su alma rompió el espacio
volando de Dios al seno;
así, el cristiano cautivo,
de sus dolores en premio,
ganó la palma del mártir
que solo brota en el Cielo.

—

Por Fernando redimida
al cabo fué la ciudad,
y á Cristo restituida
y esta historia esclarecida
con el sol de la verdad.

Y desde entonces al vivo
amor de la fe que halaga
al pueblo, con tal motivo,
una luz que no se apaga
puso al *Cristo del Cautivo*.

Madrid, 1863.

LOS HERMANOS BAÑUELOS.

(TRADICION CORDOBESA.)

A mi estimado primo,

D. MANUEL PINEDA DE LA ESCALERA,

CABALLERO DEL HABITO DE SANTIAGO.

PARTE PRIMERA.

EL BAILE.

I.

Luces de infinitas lámparas,
vasos de varios colores,
macetas de bellas flores
llenan lujosa mansion,
Donde entre bulla y estrépito
prestando vida á la fiesta,
danzan, de armoniosa orquesta,
mil personajes al son.

Jamás la morisca Córdoba
en su grandeza pasada,
vió más alegre morada
ni noche de más placer:
Nunca los áureos alcázares
en las antiguas edades,

vieron más lindas beldades
en medio de su poder.

Devuelven los techos cóncavos
aun los acentos más breves:
aun las palabras más leves
se oyen y vuelven á oir;
Pasan y repasan máscaras
en confusa algarabía,
sorprendiéndoles el dia
en su contínuo bullir.

En larga y viva polémica
junto á una mesa pintada,
hay dos hombres, á quien nada
importa aquella reunion;
Sus semblantes melancólicos,
su inquietud y su disgusto
dicen que les falta gusto,
para animar la funcion.

Uno es jóven, de ojos árabes,
linda boca, tez rosada;
la nariz algo afilada;
de estatura regular:
El otro es alto; en su físico
seis lustros ó más se cuentan:
sus ojos casi amedrentan;
es altanero su andar.

Hermosa morena pálida
de ojos negros y rasgados,
lábios finos y encarnados,
fresca cual rosa de Abril;

Como una vision fantástica
que está en el mundo penando,
cruzaba de vez en cuando
graciosa, triste, gentil.

Los dos que en la mesa tétricos
hablando á solas se hallan,
al llegar ella, se callan;
y al irse, vuelven á hablar;
Y si bien de aquella plática
nada se escucha ni entiende,
sobre ella, bien se comprende,
deben los dos conversar.

Paró un instante la música,
la danza y el movimiento;
cesó la bulla un momento,
todo en silencio quedó:
Entonces la voz enfática
de los hombres de la mesa,
siguiendo en su misma empresa,
claramente se escuchó.

—Fernando, dijo el más jóven,
á tu opinion no me ajusto:
no ves que puede dañarte
ese desmedido orgullo?
—Así lo dices!
—Qué quieres!
así lo digo y me fundo:
busca virtud vida y honra
que es la verdad que yo busco,
Los timbres! qué son los timbres?
sueño, vanidad del mundo.

—Si tú tuvieras familia,
si pudieras tu infortunio
vencer y enseñar un árbol
como ese cielo de puro!...
—Te hablára como te hablo.
—Gonzalo, cuanto lo dudo.
—No tengo padres, mi cuna
no sé dónde Dios la puso.
He pasado con vosotros
mi vida, que es cinco lustros,
por lo cual os quiero tanto
y siento que tal disgusto
des á Elvira, asesinándole
sus amores y sus gustos.
—Mi hermano Alfonso rechaza
ese enlace inoportuno
que rebaja á los Bañuelos
que están tan altos.
—Te juro
que tales preocupaciones
os pueden dar malos frutos.
—Piensas que D. Juan de Vargas
un hombre del pueblo, oscuro,
es digno de los amores
de una mujer...
—Dificulto
que encuentres en la nobleza
un corazon como el suyo:
mozo de gentil presencia,
valiente como ninguno,
honrado como el primero,
caballero sin segundo....
¡Qué importan los pergaminos
á almas de ese temple!...

—Dudo
que nunca á Pedro Fajardo
pueda igualar...
—Te aseguro
que si no iguala en nobleza,
le lleva en virtudes mucho.
—La guerra sabes nos llama
y que yo al Borbon ayudo;
y si nos vamos... á Elvira
dejamos sola?
—No es justo
que esteis aquí retirado,—
dijo un jóven blanco, rubio,
bajo, con ojos azules
y semblante taciturno.—
—Vámonos, dijo Gonzalo.
—Alfonso, vamos al punto.
Y los tres se confundieron
entre la bulla y el lujo.

II.

Volvió á crecer el ruido
y con el baile y las danzas,
las máscaras dieron chanzas,
entre su eterno chirrido.
Ahora, lector, no te asombres,
si olvidando los placeres,
ves sentadas dos mujeres
donde antes hubo dos hombres.
Una es la linda morena
de grandes y negros ojos,
la que cura los enojos
al alma que siente pena.

La que con triste sonrisa
graciosa, viva, ligera,
se mece, cual la palmera,
cuando la besa la brisa.

La segunda, con razon
era admirada en su forma:
iba vestida de *Norma*,
mas sin llevar Polion.

Quizá en sus tiempos el Cid
tantas conquistas no haria:
todo el mundo la seguia
y nadie daba en el quid.

Entra, sale, váse, vuelve,
corre, salta, vá, bromea,
chilla, grita, juguetea,
gira, rabia y se revuelve.

—Isabel, nada me queda
de aquella ilusion tan pura:
la rosa de mi ventura
marchita y sin hojas rueda.

Todo el placer, que soñó
mi corazon ¡ay! de niño,
vive solo en mi cariño,
pues la esperanza murió.—

Esto dijo en sus enojos
la encantadora morena,
mientras de amor y de pena
se humedecieron sus ojos.

—Elvira, males extraños
á las dos hoy nos combaten;
nuestros corazones laten,
para alcanzar desengaños.

A tu amor se opone, Elvira,
tu hermano con sus rigores,

mientras mis pobres amores
mueren despreciados.
—Mira:
no espero que sus enojos
calme Fernando por mí;
mas pueda ser que hácia tí
vuélva Gonzalo los ojos.
—Qué locura! pero lloras?
—Isabel, lloro al ver hoy
lo desgraciada que soy.
—Puede que el tiempo....
—Señoras,—
dijo Gonzalo, terciando
en la plática tan viva,
que retiradas del baile,
animaban las dos primas.
Porque, lector, las dos jóvenes,
que encuentras aquí reunidas,
estaban juntas criadas
y juntas siempre vivian....
Elvira á Isabel amaba
como Isabel ama á Elvira,
y en dos cuerpos tan hermosos
un alma solo existia.
—Por qué, señoras, de pronto
enmudeceis á mi vista?
—Gonzalo, son sentimientos
que ni el corazon explica,
dijo Isabel sin mirarlo;
aunque por su amor suspira.
—Teneis razon, mas si al baile
quereis venir, *Norma* linda,
mi alma á tantos favores
os vivirá agradecida.—

Isabel, que ya cubierto
el rostro bello tenia,
aceptó el brazo del jóven
temblando y sobrecogida;
tal vez sintiendo en su pecho
el aguijon de la envidia.
Quedó la hermosa morena
sola, triste y pensativa;
al cabo, la faz llorosa,
levántase decidida,
mas ¡ay! la voz de su hermano
gritóle imperiosa: ¡Elvira!...

III.

La jóven casi temblando,
reprimiendo sus enojos,
dijo sin alzar los ojos:
—¿Qué quieres de mí, Fernando?
—Ha un mes tu respuesta aguardo
sobre tus bodas, hermana,
y no pasa de mañana
que yo conteste á Fajardo.
D. Pedro ya á cada hora
me acusa tanto descuido...
—Si no es más que eso, te pido
que le contestes ahora.
Dile á ese noble doncel
de fortuna y valimiento,
que perdone, mas que siento
no poder pensar en él.
—¡Qué dices!
—Yo no me arredro
hermano, por tu altivez,

te lo repito otra vez,
no puedo amar á D. Pedro.
—Ese reproche importuno
no lo imaginé jamás,
mas te juro que amarás
á D. Pedro ó á ninguno.
—Fernando, tu obcecacion
está fuera de la ley:
¿hubo en la tierra algun rey
que mandára al corazon?
—Ciega estás, y es ya torpeza,
si no afan acaso impuro:
D. Juan es un hombre oscuro
sin títulos ni nobleza.
—Por más que tu boca infame
la modestia de su estado,
D. Juan es un hombre honrado
digno de que yo le ame.
—La guerra empezada está,
Felipe Quinto me invita,
y mi nombre necesita
que no quedes sola....
—Ah!...
¿Y Alfonso?
—Viene....
—Tu afan
cesará si te acomoda,
hecha dejando mi boda....
—¿Con D. Pedro?
—Con D. Juan.
—Persistes en tal manía?
—Desecha ese instinto fiero.
—Resuélvete, solo espero
hermana, hasta el nuevo dia.

Fernando salió furioso
renegando de su suerte
y jurando un escarmiento
si Elvira su afan no tuerce.
Esta cayó en un escaño
desvanecida é inerte
y de sus ojos brotaron
puras lágrimas ardientes.

IV.

Mientras Elvira abismada
con su pena se revuelve,
un hombre tras una máscara
cruzó por allí tres veces;
viva, graciosa la *Norma*,
á aquel hombre loco vuelve,
que empeñado en conocerla
sigue sus pasos más leves.
—Alfonso! le dijo Elvira
á aquel jóven rubio, imberbe.
Quitóse Isabel la máscara,
y los tres, alegremente,
de la torpeza rieron,
que al mismo Alfonso divierte.
Gonzalo, que nunca lejos
de Isabel los ojos tiene,
arrimado á una columna,
de vista nunca la pierde.
Mas Isabel, que discreta
su lucha tenaz comprende,
ligera ante él se desliza
riéndose indiferente;
y en tanto los dos hermanos

se alejan, Gonzalo vuelve
la cabeza, y recostado
en la columna indolente,
exclama: Isabel, qué pronto
olvida el que vive alegre.
—Perdonad, que no mirara...
—Vais muy preocupada siempre.
—Hay tanto azar en la vida...
tanto en ella se padece...
que se vive... y os lo juro,
nada se ve ni se entiende.
—Viviendo en la misma casa,
mentira, Isabel, parece
que nos veamos apenas,
ó que el vernos tanto cueste.
—Este rigor insufrible
solo entre monjas se tiene.
—Hoy años Fernando cumple,
á lo cual solo se debe
este expléndido sarao
que al fin la dicha me ofrece...
—Diez y seis años con ellos
hace que vivo; parece
que mis padres fallecieron
teniendo tres solamente
y ellos siempre generosos
aquí me dieron albergue;
mas de contínuo los miro
sérios.....
—Su orgullo... qué quiere!
Se juzgan estos Bañuelos
sin duda en España reyes.

Sonó la música entonces,

Gonzalo la voz suspende,
sonrió Isabel, el jóven
cortés el brazo la ofrece
y entrambos se precipitan,
alumnos dignos de Euterpe,
en el salon, dó mil dichas
nacen, se eclipsan ó mueren.

V.

Apenas los dos entraron
y en el salon se perdieron,
volvió Elvira á aquella estancia
pintado en su rostro el duelo.
No bien sentado se había,
cuando un antiguo guerrero,
de tiempos del Temerario,
sentóse al lado no lejos.
—Elvira!
—Ah! quién me llama?
—Por qué te sorprendes?
—Cielos!—
Y los dos se levantaron
á impulsos de un sentimiento.
Se quitó el hombre la máscara,
y vióse un jóven esbelto,
alto, con el pelo á rizos,
tez morena y ojos negros.

-Por qué, D. Juan, tanta audacia!
vete al instante, por Dios,
y evitarás á los dos
alguna triste desgracia.
—No me ves tranquilo á mi?

—Oh, me pasma ese descuido.
—Elvira, ya que he venido,
marchar no puedo sin tí.
—Respeta mi posicion
y vete al momento, vete.
que á los dos nos compromete
tu imprudente obcecacion.
—Desde este instante te digo
que vine por tí, de cierto;
de modo, que ó salgo muerto,
ó salgo, Elvira, contigo.
—Mi hermano no quiere...
—Ya...
tomas eso por pretesto...
pues, vengo á todo dispuesto,
la muerte decidirá.
—Vargas, por Dios, vete.
—Mira,
si no me quieren á mí,
vámonos lejos de aquí,
juntos para siempre, Elvira.
—¿No ves que llenas de abrojos
sin querer, el alma mia?
¡qué hará la mujer que un dia
tenga que bajar los ojos,
cuando en su triste jornada,
como un impuro destello,
en su frente brille el sello
de la mujer deshonrada!
No busques que yo una falta
cometa imprudentemente,
que en el mundo es conveniente
llevar la frente muy alta...
—Basta.

—Qué intentas?
—Morir.
Pues que tu amor me desdeña.
Si es tu corazon de peña
para qué quiero vivir?...
Aparta, sí...
—Dónde vas?
—Voy á saciar mi rencor.
—Nó, nó D. Juan: y mi amor?..
Detente, no puedo más.
—Hermosa!
—Divinos lazos
en la presencia de Dios
nos unan, Juan, á los dos...
—Elvira, ven á mis brazos.
Quién ahora nuestra ventura
turbar osará en el suelo?
—Yo, mañana con un duelo.
—Hoy yo con una clausura.

D. Fernando y D. Alonso
entre los dos interpuestos,
hablaron estas palabras
que á los dos sobrecogieron,
volviendo la espalda al punto,
sin decir ni más ni ménos.

—

Elvira dobló la frente
y el llanto nubló su faz;
él se caló el antifaz,
y se marchó indeferente.

PARTE SEGUNDA.

EL CONVENTO DE SANTA INÉS. (1)

I.

Ronco el huracan rugía
que los árboles tronchaba,
mientras la noche avanzaba,
solitaria, oscura, fria.
Las ventanas y balcones
todos cerrados se advierten,
y en mar la ciudad convierten,
las nubes con sus turbiones.
Córdoba en triste desierto
está convertida acaso:
no se oye siquiera un paso;
parece que todo ha muerto.

(1) Este convento, convertido hoy en una posada, está situado en las callejas de su nombre, con vistas á la plazuela de la Magdalena. Fué fundado en 1475 por dos monjas, hermanas, procedentes del de Santa Clara. Estas fueron Soror Beatriz y Soror Leonor Gutierrez de la Membrilla, hermanas del famoso Alcalde mayor de Baena Pedro Fernandez de la Membrilla, que en 1483, ó sea ocho años despues, tanto se distinguió en la rota y prision del Rey Boabdil de Granada, acompañado de los demás caballeros de aquella villa, entre los que recordamos á los valerosos Pedro Gutierrez de Torreblanca, Alcaide del alcázar, Diego de Pineda, Alguacil mayor, Juan Perez de Valenzuela, llamado el Valiente, Luis de Manos-albas, Gonzalo, Ramiro y Gerónimo de Valenzuela, Diego de Clavijo, el Jurado Luis de Valenzuela, Pedro de Cueto y Diego Bernal; todos bajo el mando del Conde de Cabra.

Las once en la Catedral
se oyeron en tal estado,
y un hombre muy embozado
salió del Arco Real.
Siguió bajando despues
cual alma que lleva el diablo,
por la calle de San Pablo
y llano de San Andrés.
De pronto le hirió á lo lejos
un farol que triste vela,
y esparce en una plazuela
sus moribundos reflejos.
Llegó á la luz vacilante,
que el fuerte viento agitaba
el hombre que tanto andaba,
y se detuvo un instante.
Allí, como por asalto,
tomamos su pasaporte:
era fino, de buen porte,
pelo rizo, jóven, alto.
Como el que sabe y conoce
aquel terreno, observó;
sacó un papel y leyó:
«Vargas, venid á las doce.»
—¡Oh! si el diablo no le impide,
¡qué chasco se han de llevar!...
La media va pronto á dar;
gran cautela el lance pide.
Entonces lleno de fé
y con la esperanza cierta,
buscando abrigo, á la puerta
de la Magdalena fué.
Firme y resuelto á esperar,
como quien mil planes fragua,

en tanto que arrecia el agua,
echó su mente á volar.

II.

Apenas en su locura
en la puerta se embebió,
parece que vomitó
dos bultos la sombra oscura.
No importándoles que llueva
ni el silbar del viento helado,
se fueron ámbos al lado
que mira á la Puerta Nueva.
¿Sospechas, lector, que entonce
aquellos entes se hablaron?
Nada: inmóviles quedaron,
cual dos estátuas de bronce.
Ambos á dos se miraban;
y aunque eran humanos séres,
de fijo no eran mujeres,
puesto que tanto callaban.
De pronto el viento turbó
aquel silencio glacial,
trayendo el son funeral
de acompasado reló.
Al punto un pequeño roce
los dos bultos promovieron
en tanto que se dijeron
los dos aun tiempo: ¡Las doce!
—¡Las doce! resueltamente
tambien dijo el escondido;
y se acercó sin ruido
al edificio de enfrente.
Tres golpes dió con ardor

de una reja en la alfargía,
y al punto la celosía
se abrió de alto mirador (1).
No pudo verse quién era
el duende del escondrijo;
pero una voz débil, dijo,
cerrando en seguida:—¡Espera!
Tras esta voz peregrina
que evocó en él lo pasado,
á otra calle el embozado
pasó torciendo una esquina.
La calle angosta, desierta
es de aspecto repugnante,
él paseóla un instante
y se paró en una puerta.
Los dos bultos en cuestion
recatándose las caras
á ménos de veinte varas
quedan en observacion.

III.

Demás está que digamos,
porque la cosa es muy clara,
que el hombre embozado era
el jóven D. Juan de Vargas.
Pero no es tan llano y fácil
el traslucir lo que aguarda
clavado ante aquellas puertas
que un mundo de otro separan.
Sobre ellas se vé una imágen,
aunque de piedra, pintada
con vivísimos colores,

(1) Este mirador existe todavía.

estucados de oro y plata.
Préstale un farol mezquino,
de antigua y morisca traza
con fantásticos cambientes,
su trémula luz escasa.
De Santa Inés es la efigie
y de ella el nombre tomaba
el convento, pues tal era
aquella tranquila casa.
El vulgo, al pasar, devoto
por la puerta, ante la estátua
se postraba de rodillas
y santa oracion rezaba.
Más diz la antigua leyenda
que aquella noche, asombradas
la imágen vieron las gentes
lanzando rogizas llamas;
Y añade, que los vecinos
á quienes aquello espanta,
llenos de terror cerraron
miradores y ventanas.

IV.

Crujió una puerta interior
del ya expresado convento,
callando todo un momento,
tras aquel breve rumor.
Luego un chirrido suave
se oyó, con otro más flojo:
fué descorrer un cerrojo,
y desechar una llave.
—Quién es Vargas ya verán
los Bañuelos en su orgullo.—
Sintió á su lado un murmullo,

y una voz dijo:—¡D. Juan!—
En medio su inmenso asombro
D. Juan requirió la espada,
en tanto que una palmada
sintió tambien en el hombro.
—Dí quién eres, por quien soy:
responde ¡viven los cielos!
—Soy Alfonso de Bañuelos,
y á mataros D. Juan, voy.
Sé cuanto aquí se prepara
por vuestro cinismo audaz.
Y se quitó el antifaz,
y se lo arrojó á la cara.
—A mí tamaño baldon!
En guardia, ó no miro nada,
que voy á enterrar mi espada
dentro de su corazon.
—No espereis que yo reclame
honra que ajó vuestra mano;
yo ambiciono de un villano
tan solo la lengua infame.
—Yo la respeto...
—Y en dónde,
cuando hasta á Dios la robais?
pero, en fin, cogido estais;
vuestra vida me responde.
—Sí, Sí.
—Sabeis quién conoce
la letra de Elvira?
—Yo.
—Mirad esta carta.
—Oh!
«Vargas, venid á las doce.»
Y es ésta su letra propia.

—El criado ha sido infiel.
—Entonces este papel...
—Yo lo escribí, es una copia.
—Decid, por qué privilegio
pedazos no os hice ya?
—No os basta, D. Juan, quizá
tan bárbaro sacrilegio?
—Miserable!
—Calma, calma.
—No más mi enojo consiente:
que á traicion ó frente á frente,
voy á arrancaros el alma.
—Me extraña, como ese es cielo,
cuanto en su conducta pasa.
Cuando os eché de mi casa
por qué esquivasteis el duelo?
—Si entonces no fuí á buscaros
fué porque puse la mira
primero en llevarme á Elvira,
despues, Alfonso, en mataros.
—¡Que eso, cobarde, penseis!
Tened la lengua villana;
para infamar á mi hermana
es fuerza que me mateis.
—Una calle sin salida
hay á este lado.....
—Sí, sí.
—Mas dejar á Elvira aquí
no puede ser por mi vida.
—Si el labio traidor no sella...
Vamos.....
—Nó.
—Mal caballero!

—Oh! sí, os mataré primero,
y despues vendré por ella.

V.

Hondo silencio á estas voces
siguió, callaron las lenguas
y las espadas hablaron
con encono y rabia ciega.
En tanto el farol sombrío
perdió su luz postrimera
y una sombra impenetrable
cubrió los cielos y tierra.
Crugieron al par los goznes
de la misteriosa puerta
donde ántes hemos oido
llaves desechar á tientas.
En el dintel, silenciosa
paróse una sombra negra,
que tras un velo y un manto
mostraba divinas prendas.
Era una vírgen que el mundo
buscaba huyendo la celda:
un bulto entonces cruzando
entre las sombras siniestras,
Apoyándose en el muro
fué á colocarse tras ella.
—D. Juan, la tapada dijo
que lo miró sin sospecha.
—Elvira, replicó el bulto
vibrando un puñal su diestra
y avanzando como un tigre
hácia la monja, que apenas
Pudo esclamar, aterrada:
—Fernando! hermano! y en tierra

cayó en tanto sin sentido
estrellándose en las piedras.

—

En esto, quizás, el duelo
en la calleja acabó:
un ¡ay! y un voto se oyó
al dar un cuerpo en el suelo.
Volvió el viento á rebramar;
se oyeron voces cercanas
y á rebato las campanas
comenzaron á tocar.

PARTE TERCERA.

LA CASA DE LA RIBERA.

Lector, la culpa no es mia:
yo, la tradiccion siguiendo,
de esta verídica historia
cambio la escena, y lo siento.
Imagino, sin embargo,
que si eres hombre moderno,
tendrás mucho de inconstancia,
que hoy eso vá con el tiempo.
Así, no tendrás enojo,
ni te dará sentimiento,
por ver distintas escenas,
distintos muebles y objetos:
Cambiando los personajes
te ofreceré cuadros nuevos:
en la variedad se dice
que está el gusto, y yo lo creo.

La luz hermosa del dia
el horizonte inundó
ahogando la noche fría;

y esparciendo la alegría
todo pesar acabó.

Los pájaros con su pío
que mil cantos armonizan,
gozan del fresco rocío;
y mil peces se deslizan
sobre la espalda del río.

Alegres los pescadores
reman en toscas barquillas,
cantando troyas de amores,
y dejando en las orillas
de su cariño las flores.

Trenzada la cabellera
al tibio rayo del ástro,
que brilla en la azul esfera,
hermosas cruzan el Rastro,
parándose en la Ribera.

Su eterno verdor mostrando
y sus encantos mejores,
la sierra en su lecho blando,
aduerme y vá coronando
á Córdoba con sus flores.

Enorme campana imita,
voz misteriosa y potente,
que al católico concita,
y muchos cruzan el puente,
perdiéndose en la mezquita.

Sufre del tiempo el ultraje

casa de gran poderío
hija de antiguo linaje,
que sepulta su ropaje
entre las aguas del rio.

No hay en la ciudad, que cria
en vez de mujeres cielos,
quien no nombre noche y dia
la casa que los Bañuelos
sostienen en la Aljarquía.

Alza su frente feudal
sobre puertas de una pieza
y balcones de metal,
teniendo sobre el umbral
armas de antigua nobleza.

Sin que á la vista se borre,
se ve un ajimez lucir
en medio de su alta torre,
por cuyo cimiento corre
tranquilo el Guadalquivir.

Este ajimez, de repente
abrió su calada puerta,
y lanzó ligeramente,
una carta, que entre abierta,
se revolvió en la corriente.

Persona alguna se vió
en el morisco ajimez
que aquella carta arrojó,
y lo mismo que se abrió,
volvió á cerrarse otra vez.

Un hombre de buen talante,

la distancia á nado salva,
y coge el papel flotante,
perdiéndose en el instante
como las sombras á el alba.

II.

Hay en la casa citada
un salon extenso, grande,
cuyos muebles representan
tiempos que en la nada yacen.
Las paredes hasta el techo
prestan un asilo al arte,
mostrando lienzos que honran
á Rubens, Murillo y Juanes.
Son estos lienzos retratos
de una familia intachable
dueña de aquel edificio
desde remotas edades.
En un sillon recostado,
pálido como un cadáver,
un hombre está tembloroso,
casi inmutado el semblante.
Vuelve la vista á una puerta,
se levanta, y á sentarse
torna otra vez, como el hombre
que horribles dudas combaten.
Es Fernando de Bañuelos,
cuya ascendencia renace
en aquellos mil retratos,
que mil recuerdos le traen.
Perdida al cabo la calma,
dió una voz, y en el instante,
se presentó un jóven, bajo,
moreno, con ojos árabes.

—Gonzalo,—dijo Fernando
con el rostro descompuesto,
¿Lo arreglaste?
—Nó.
—Pues presto.
—Pienso que estás delirando.
—Insensato, sin torpeza
vé y cumple el mandato mio,
antes que arroje á ese rio
tu miserable cabeza.
—Aun alimentas horrores....
—Todo á mi hermano lo inmolo;
regadas con sangre solo
sobre su tumba habrá flores.
Como huracan que devasta
cuanto toca, quiero ser:
vé y vuelve....
—¿Quieres creer
que no te obedezco?
—Basta.—
Y ciego y mudo de ira,
desencajados los ojos,
corrió todos los cerrojos,
y dijo á Gonzalo:—Mira,
Esta va al mal caballero
que indigno pisa esta sala.—
Y al punto silbó una bala
que solo tocó al sombrero.
—Pues ésta irá más certera,—
y amartilló otra pistola.
—Fernando, obedezco.
—¡Hóla!
Vete por esa escalera.—
Gonzalo al punto cogió

el sombrero acribillado
y salió verde, morado;
Fernando tras él salió.

III.

En una estancia algo lejos
de la que el lector ha visto,
hay un lecho sin gran lujo,
mesas, lámparas y un libro.
Una mujer recostada
en él, llora con delirio,
en tanto que otra á su lado
está llorando lo mismo.

—

—¿Piensas que vendrá?
—Lo creo.
—Mi carta....
—Arrojéla al rio,
y él la recogió.
—¡Dios mio!
colma mi justo deseo.
La vida me importa nada;
si no he de ver lo que quiero,
que me maten, lo prefiero
á vivir aquí encerrada.
—¡Si vieras mi corazon
qué horribles tormentos pasa!
ah! me horroriza esta casa,
centro de eterna afliccion.
—No temas: ya ves, salí,
el convento atropellando,

y se contentó Fernando
con solo encerrarme aquí.
—Y hay posicion, dí, más triste!
—Es verdad, en los seis dias
cuántas, cuántas agonías...
—Dí, Elvira, y cómo saliste
del convento?...
—Si me apoyas
para que me salga afuera,
dije un dia á la portera,
te quedan mi oro y mis joyas.
Al punto aceptó la idea
y me sacó hasta el dintel;
¡ay! el dinero, Isabel,
no hay puerta que no franquea.—

Un tapíz en aquel punto
se abrió, y con voz apagada
á Elvira dijo Gonzalo:
—Fernando, señora, os llama.—
Ella tembló, y á sus ojos
tambien asomaron lágrimas;
pero alzándose del lecho
á Isabel besa y abraza,
y parte... quizás sintiendo
que se la desprende el alma.
—Qué ocurre, Gonzalo mio?—
dijo Isabel asustada,
cuando miró que su prima
léjos de los dos se hallaba.
—Señora, nada ha ocurrido,
que sepa yo, en esta casa.
—Mentira: os conozco y leo
que un sentimiento os embarga:

en vuestro mismo semblante
la pena está retratada!
—Dejad que pase la nube
que horrible nos amenaza!
¡hay momentos en la vida
que hieren, niña, que matan!
—Hablad por Dios.
—Nó, no puedo,
—Encubrid vuestras infamias.
—Señora, quiero probaros
la inocencia...
—Así me agrada.
—Voy á contároslo todo.
—Ya os escucho...
—Esta mañana...—
Sonó un quejido lejano,
luego voces más cercanas;
un hombre pasó de negro,
y despues cuatro con hachas:
los dos jóvenes salieron
á averiguar que pasaba.

IV.

Dispensa, lector, si corto
la relacion de Gonzalo,
y al salon vuelvo á llevarte
donde vimos á Fernando.
Este en él se paseaba,
convulso, trémulo, pálido,
mirando indistintamente,
siempre con los ojos vagos.
En uno de sus paseos
creyó lo hubiesen llamado:

volvióse, pues, y en efecto,
Elvira entraba temblando.

—Ahora estás en su presencia:
repara en tu alrededor:
qué, qué has hecho de su honor?
te pregunta tu ascendencia.
Una voz en torno zumba
que se pierde en lontananza...
es Alfonso, que venganza
me pide desde su tumba.
Pura y blanca cual armiño
allí una mujer te llama,
es tu madre, que reclama
las flores de su cariño.
Dí sin que mientas rubor
con tus fingidos colores,
¿qué has hecho de aquellas flores,
de aquella sangre y honor?
—Ignoro con qué derecho
me reconvienes así,
cuando sabes que cedí
á la santa voz del pecho.
Voz cuya fé no se agota,
raudal que nunca se estanca;
pues nadie el amor arranca
que dentro del alma brota.
—Conque con teson seguro
sigues en tu nécio intento!
—Solo tengo ¡un sentimiento
y es de D. Juan, te lo juro!
—Fajardo sobre su espada
ódio te juró y rencor;
porque nadie guarda amor

á una mujer deshonrada.
Mas perdido de seguro
Fajardo segun te he dicho
no cederé á tu capricho,
eso tambien te lo juro.
—Fernando, siento ¡ay de mí!
que á ley y potestad de hermano
lanzar pretendas, tirano,
al noble Vargas de aquí.
Nunca!...
—Me amenazas!
—Siente
decirlo mi pecho ahora,
mas lo repito...
¡Oh traidora!...
ámbos doblareis la frente.
Quien así mi dicha trunca
las heces ha de apurar...
—Inútil amenazar
pues no he de olvidarle nunca.
—Insensata ¡Que los lazos
últimos rompes repara,
arrojándome á la cara
de nuestro honor los pedazos!...

Tres veces tocó convulso
á la pistola del cinto,
y otras tres veces la mano
la separó arrepentido.
Mas viendo contesta Elvira
solo con insultos frios,
—Fortun,—dijo, y al momento
salieron los cuatro esbirros,
que pasaron con las hachas,
segun hace poco vimos.

—Haced de esa desdichada
lo que os tengo ya prescrito.
Entendeis?—Ella dió un grito,
y se cayó desmayada.
Mientras él bozaba espuma,
bramando de ciega ira,
sacaron ellos á Elvira,
como quien lleva una pluma.
Al hórrido grito aquel
que estremeció el aposento,
volaron allí al momento
Gonzalo y doña Isabel.
No pudieron hacer más
que ver la estancia ya sola;
porque, en mano una pistola,
Fernando les dijo:—¡Atrás!—
Y lo mismo que una bala,
que sale rápida y cierta,
cerró de un golpe la puerta
quedando solo en la sala.

Cayó entonces de rodillas,
alzó los ojos al cielo,
pidió perdon á su madre
y tuvo un remordimiento.
Rezó una salve á la Vírgen
con amargo desconsuelo,
y de sus ojos brotaron
negras lágrimas de fuego.
Ayes de triste agonía,
melancólicos lamentos,
llegan en tanto á la estancia,
como moribundos ecos.
—Fortun, Fortun!...—delirante

dijo en terribles acentos.
—D. Fernando, Dios te ayude
y te dé el merecimiento!...—
Dijo un hombre que cruzaba,
grave y vestido de negro.
—Padre!—gritó D. Fernando;
y el padre se fué, sin verlo.

V.

Pasaron de esto dos horas;
y aun en pertinaz delirio
Fernando llamó al criado,
y Fortun al postre vino.
—La casa de Austria combate
al Rey don Felipe Quinto,
de su Rey los caballeros
seguir deben el destino.
Los caballos enjaeza....
—¿Qué tardaremos en irnos?
—Hora y media.
—Basta y sobra.—
Fortun salió como un tiro.
Don Fernando sin acierto,
desordenado, intranquilo,
quiso escribir, mas no pudo
ni coordinar su juicio,
Ni tampoco sus ideas
ordenar por más que hizo.
De pronto crugió la puerta;
entró Fortun y le dijo:
—Señor, un jóven buen mozo,
alto, con el pelo rizo,
dice que hablaros desea.
—Que pase; yo no concibo...

—¿Me conoceis?
—Me interesa
haberos hallado al paso.
—Estamos en igual caso;
pero yo vengo de priesa.
—Me parece algo insultante
ese tono y ese gesto.
—Pues bien: despachemos presto,
porque me voy al instante.
No me importa se retuerza
entre su orgullo y su ira;
vengo solo por Elvira,
é irá de grado ó por fuerza.
—Pues pensad que el corazon
os abrase sin más duelos...
—¡Ah! sois noble: los Bañuelos
nunca matan á traicion.
—Esa confesion retira
todo rencor de mi pecho,
vais á quedar satisfecho,
esa es la puerta de Elvira.
Penetrad que está entreabierta.
—Teneis un gran corazon.
—Ya lo vereis.
—¡Maldicion!
¡Infame, vil! ¡Está muerta!

—

Detrás de la puerta aquella
que Vargas abrió en su anhelo,
un espectáculo horrible
hizo erizar sus cabellos.
Sobre un negro catafalco,
cubierto de paño negro,

que velaban cuatro hachones,
Elvira estaba durmiendo.
Dormir tan solo podia
la que en sus años primeros
dejaba el mundo y la vida,
como la flor ante el cierzo.
Angel, cuya mala estrella
robóle dicha y contento,
dejó la tierra llorando
para remontarse al cielo.
«D. Fernando, Dios te ayude
y te dé el merecimiento»
en los cóncavos salones
los aires aun repitieron.

VI.

A poco de este villano
sacrificio, tan impío,
dos hombres, cerca del rio,
lidiaban espada en mano.
Ni dos minutos duró
aquel combate maldito:
el eco cundió de un grito,
y un hombre al agua cayó.

Despues, sin que nada escriban
las historias de este caso,
dos ginetes á gran paso
camino del Carpio iban.

PARTE CUARTA.

EL CEMENTERIO DE SAN MIGUEL.

I.

Un año pasado habia
desde el anterior suceso,
sin que nada se supiera
de la familia Bañuelos.
Verdad es que todo pasa
y todo lo cura el tiempo,
solo las viejas en Córdoba
referian en sus cuentos
Con fatídicos colores
aquellos terribles hechos
que asustaban á las gentes
despues de tan largo tiempo.

II.

Si entras, lector, por el *mármol*
que hoy se llama de Bañuelos (1),
verás á corta distancia
ante tus ojos, un templo.

(1) Es un trozo de columna que está en el rincon de la casa que fué de los Bañuelos, y en el cual dicen fueron degollados muchos mártires en tiempo de las persecuciones.

Tres puertas tiene en sus frentes:
entra, pues, por la del medio,
que presenta un arco ogivo
del siglo décimotercio.
Sobre ella una claraboya,
de gran extension y mérito,
figura una rosa blanca
con sus pétalos abiertos.
La iglesia tiene tres naves,
dos capillas, y al testero,
á San Miguel consagrado
que da nombre á todo el templo,
Bello retablado rojizo
de fino mármol cabreño.
A la izquierda hay una puerta
que lleva á un recinto estrecho (1),
Donde entre negros sepulcros
la muerte tiende su vuelo.
Una lámpara sombría
cuelga del cóncavo techo,
cuya luz agonizante
oscila al soplo del viento.
Ante una tumba de piedra
con letras de oro en el centro,
que adornan ramos de flores
y esquisitos pebeteros,
Un monge benedictino
alza plegarias al cielo,
besando de vez en cuando,
aquel pavoroso lecho.
De pronto sordos rumores

(1) Este panteon no existe ya: solo queda incrustada en la pared una lápida de mármol negro que dice: «*Capilla y enterramiento de los Sres. Bañuelos...*

turban el triste silencio,
interrumpiendo á deshora
del monge el místico rezo.
Al escuchar que se acercan,
rápido alzóse del suelo;
«¡Elvira!» exclamó, y perdióse
tras los sepulcros aquellos.

III.

Dos bultos se dibujaron
en la puerta prontamente,
penetrando temblorosos
en aquel sitio solemne.
—¡Pobre Elvira!—entre sollozos
dijo una mujer, al verse
ante la tumba que en flores
guardaba su helada frente.
—Es muy triste,—dijo un hombre
de ojos negros, bajo, imberbe,
esta cristiana costumbre
de visitar al que muere.
—Hoy hace un año, Gonzalo,
que mano bárbara, aleve,
grabó sobre su hermosura
el estigma de la muerte.
Hoy hace un año que lloro,
sobre estas piedras crueles.
—Isabel,—replica el hombre,
(con lo cual ya los dos séres
Quedan, lector, conocidos.)—
me atormentan, me estremecen
estos lugares de espanto
aunque la verdad enseñen.
Há un año que nos casamos,

y hemos venido cien veces...
—Y no es grato, dí, Gonzalo,
al alma que llora y siente,
Elevar sus oraciones
por otra que quiso siempre?
—Nunca podré yo pagarle
por más que, Isabel, la rece.
¡Yo que busqué al sacerdote
y á los verdugos!
—Tu muerte
hubiera sido segura
si entonces tú no obedeces:
no tengas remordimientos...
¿Oyes?
El viento es que mece
la lámpara y los cristales.
—He visto un bulto correrse...
—Con el miedo ves visiones.
—Está tan oscuro... Créese
que Vargas viene aquí mucho.
—En cama ha estado diez meses
con las heridas del duelo...
—Dicen que meterse quiere
fraile...
—¿Fraile? No lo creas:
Su carácter no se aviene
con la rigidez de un claustro...
Escuchas?
—Sí, siento gente.—
Sonó cercana una puerta
y luego pasos muy leves,
y cual rozarse una espada
contra las mismas paredes.
Ambos á dos se volvieron

y vieron sin conocerle,
un hombre de alta estatura
armado perfectamente,
que tras de ellos de rodillas
cayó murmurando preces.

IV.

La oscuridad impedia
á ellos conocer quién era;
el otro á quien nada altera,
no reparó en quién habia.
Grande silencio reinó
que duró más de un momento,
hasta que silbando el viento
la triste luz apagó.
—Vive Dios! voto á Luzbel!
dijo el militar gritando.
—Fernando!
—Quién es?
—Fernando!—
volvió á decir Isabel.
Y recordando los lazos
de su fraternal amor,
entre cariño y horror
tendió á Fernando los brazos.
—Y tu esposo?
—Está contigo.—
Dijo y lo abrazó Gonzalo.
—Sabed que me encuentro malo...
no sé si será castigo...
Sí, sí... siento aquí en el pecho
un peso que me lastima;
parece que tengo encima
toda esa masa del techo.

—Qué locura!
—Hasta me inspira
horror este santuario...
hoy primer aniversario
de la muerte de mi Elvira!
Yo que con leves pretestos,
la guerra pude dejar,
para venir á llorar
hoy sobre sus tristes restos,
Al llegar á esta mansion,
do reina perpétua calma,
siento que me hiere el alma
un éco de maldicion.
—Vámonos de aquí, Fernando,
—Oyes qué grito tan seco?
Es ella! es ella! es su eco!
Elvira me está llamando.
—Es aire que en la ventana
hace crujir los cristales.
—Qué recuerdos tan fatales!
Perdona, perdona, hermana!—
Y rompiendo las hebillas
del cinturon de la espada,
ante aquella tumba helada
cayó otra vez de rodillas.
—Vé que las gentes se fueron
y van á cerrar parece.
—Nó, nó, dejadme que rece.—
Los dos al punto salieron.

V.

—Pobre hermana! el llanto mio
siempre regará tu losa:

si mi mano fué alevosa,
la culpa fué de un impío.
Yo puse todo mi afan
para la dicha traerte;
yo fuí instrumento en tu muerte,
y el asesino don Juan.
—¡Mientes!—un eco retumba
en todo aquel panteon,
al par que una maldicion
casi salió de una tumba.
Fernando se estremeció
y con la espada en la mano,
gritó:—Quién es el villano
que aquí se me atreve?
—Yo!—
Y al dar un bulto este grito
en las sombras revolvióse,
y á don Fernando agarróse
como el demonio al precito.
¡Se han vengado! ¡Dios divino!
¡Hermana, perdon, me han muerto!..
—Don Fernando, ahora de cierto
decid que soy asesino.

—

El estertor del que acaba
solo escuchóse un momento,
y despues el paso lento
de un fraile que se alejaba.
Diz la tradicion formal
que sin justicia ni gente,
se enterró á el alba siguiente
un hombre con un puñal.

Y un eco como un lamento
dijo al par, sin que se dude,
«don Fernando, Dios te ayude
y te dé el merecimiento.»

—

Apenas de estas escenas
pasó la primer semana
recibió Gonzalo en Córdoba
desde Madrid una carta
diciendo que D. Fernando
murió lidiando en Almansa.

Madrid, 1863.

A LA REINA DOÑA ISABEL II,

CUANDO CEDIÓ SU PATRIMONIO Á LA NACION.

España un tiempo esplendente
alzó su noble cabeza,
y el mundo la vió potente
llevar en su altiva frente
el sello de su grandeza.

El manto de su arrogancia
siente romperse en sus hombros,
y entónces dice: «Numancia,
mi afrenta con mi constancia
mueran bajo tus escombros.»

Cruza el árabe los mares
en alas del vandalismo
que aprende en sus aduares,
y arroja nuestros altares
desde la iglesia al abismo.

Mas España denodada
sendas abre de laureles
con la punta de su espada,
y alza la cruz en Granada
sobre cabezas de infieles.

Su orgullo no satisfecho,
dijo en acento profundo

al ensancharse su pecho:
«Ese mundo es muy estrecho,
yo quiero, ¡oh Dios! otro mundo.»

Un hombre entónces se agita
á impulso de altas ideas,
y sobre los sábios grita:
«Ese mundo que deseas,
aquí en mi frente palpita.»

Ante ese aviso divino
que hizo á mil pueblos felices,
dijo una Reina: «Marino,
mis joyas son tu camino,
vé por el mundo que dices.»

Colón aprestó sus velas;
la mar rugiendo surcó,
dejando tristes estelas,
y trajo en sus carabelas
el mundo que prometió.

Entónces, como la historia
los grandes hechos venera,
para perpétua memoria
á siglo de tanta gloria
llamó de Isabel Primera.

Hoy acaso el hecho aquel
grande otra Reina revive,
y la historia siempre fiel
en sus páginas escribe
el nombre de otra Isabel.

Ella en su fervor sublime
por aliviar el quebranto,

siente que su pueblo gime,
y dice: «Basta de llanto;
mi amor tus penas redime.

»Si la torpeza importuna
en sus vaivenes prolijos
ha empobrecido tu cuna,
toma, pueblo, mi fortuna,
toma el caudal de mis hijos.

»Bañe el sol de la alegría
esa tu frente suprema
símbolo de la hidalguía,
ven y parte la diadema
que defendistes un dia.»

Entónces roncos los mares
rompen las débiles brumas
con sus frentes seculares,
lanzando alegres cantares
entre su manto de espumas.

El monte cruje en su asiento,
y al son de los huracanes
despide armonioso acento,
mientras bordan los volcanes
de áureos penachos los vientos.

El trueno rueda sonoro,
rasgando el velo de nubes
que alfombra el celeste coro,
donde hermosos los querubes
pulsan sus arpas de oro.

El mundo todo se agita,
y al sentimiento incesante

que en sus entrañas palpita,
exclama con voz gigante:
«¡Bendita, Isabel, bendita!»

Abre su libro la historia
y dice: «Ese alma fecunda
merece eterna memoria;
á siglo de tanta gloria
llamo de Isabel Segunda.»

Madrid, 1865.

EN LA INAUGURACION

DE LA

LÍNEA FÉRREA DE MADRID Á CÓRDOBA EN 1866.

A mi íntimo amigo el popular poeta

RAFAEL G. SANTISTEBAN.

A ORILLAS DEL MANZANARES.

Déjame; voy á partir;
tornar quiero á los hogares
que antes me vieron venir...
déjame ya, Manzanares,
que abrace al Guadalquivir.

Vente tú; ya en tu carrera
de la ignorancia á despecho
salvastes esa barrera...
ya el Guadalquivir te espera
tendido en su blando lecho.

Mañana entre los cantares
que exhalen pueblos hermanos,
el Bétis y el Manzanares
se contarán sus pesares
al estrecharse las manos.

Ya arranca! su enorme peso

pasa rápido y rugiente
dejando su paso impreso,
pues lleva en su blanca frente
la grandeza del progreso.

Ya resbala silbadora
trepando cerros y llanos
la fugaz *locomotora*,
que las entrañas devora
de los montes Marianos.

Ella en su rápido giro
que al pié de los pueblos calma,
te llevará á tu retiro,
pobre Bétis, un suspiro
como un recuerdo del alma.

Mas nó, que tú no imaginas
lo que he llegado á sufrir
en esta tierra de espinas
do sueño, Guadalquivir,
con tus ondas cristalinas.

Deja, deja, Manzanares,
que rompa el lazo angustioso
que alimenta mis pesares;
no sabes cuánto es hermoso
tornar á ver sus hogares!

¿Qué me importa esta alegría
ni este encantado concierto
que embarga la mente mía,
si me persiguen despierto
los sueños de Andalucía?

¿Qué importa, dí, que este suelo

guarde mujeres-estrellas,
fuentes de eternal consuelo,
si viven bajo aquel suelo
mis ilusiones más bellas?

Si en las horas más serenas
vienen á turbar la calma,
doblando mis largas penas,
recuerdos que tiene el alma
de sus doradas arenas.

Feliz tú que no padeces,
cuando el viento airado zumba
tus ondas rompiendo á veces;
que no tienes una tumba,
donde á tu madre le reces.

Dichoso tú que no sueñas
con una pátria querida;
que en tus auroras risueñas
sin un dolor te despeñas
por esa vega florida.

Feliz tú que en la distancia
que surcas con rapidez,
no has hallado ni una vez
recuerdos ¡ay! de la infancia,
memorias de la niñez.

Dichoso tú, que al abrigo
de venturosa fortuna
no tuviste un falso amigo,
y desde tu pobre cuna
llevas tu historia contigo.

. . . . . .
. . . . . .

Espera: ¿escuchas los mares
que cerca de tu corriente
exhalan roncos cantares?
yo te diré, Manzanares,
lo que ese canto presiente.

Es que entusiasta la idea
mientras su triunfo proclama,
su blanco pendon ondea,
que es el penacho que humea
sobre ese mónstruo que brama.

Es que buscada la esencia
de nuestro mal permanente,
fué vencida su inclemencia
por el rayo de la ciencia
que es esa máquina hirviente.

En tanto tú, Manzanares,
la pobre esperanza auxilia
del que alivio á sus pesares
va á buscar en sus hogares
y en brazos de su familia.

A ORILLAS DEL GUADALQUIVIR.

Infeliz! corriendo ufano
por la vega se derrumba
con ímpetu soberano,
para encontrar una tumba
en medio del Oceano.

Mas ese cuadro fatal,
Guadalquivir, no te asombre;
porque en su desdicha igual,

como tú va por su mal
corriendo á su tumba el hombre.

Yo al pisar esta ribera
donde de nuevo la suerte
torna mi dicha primera,
envidio esa misma muerte
que buscas en tu carrera.

¡No he de envidiar esa aurora
que sus tintas purpurinas
bordadas de perlas llora
en la sierra encantadora
donde tu frente reclinas?

Vuelve tu mansa corriente,
y no entre flores la escondas
como argentina serpiente;
deja que mi sed ardiente
apague en tus claras ondas.

Deja á un alma agradecida
modular tiernos cantares
en tu ribera florida,
donde guardan nuestra vida
los ángeles tutelares.

¿Oyes un mónstruo silbar
sobre tu frente gigante
que nunca llega á tocar,
llevando un pueblo flotante
como sus algas el mar?

Pues palacios y cabañas
ven, con titánicos brios,
á sus ardientes entrañas
correr saltando los rios

y taladrando montañas.

Y ese mónstruo, que al partir
sus férreas alas tender
suele, como el porvenir,
que vemos negro venir
y negro desparecer,

Piensas que en el poderío
con que sus furias desata,
y brama, y cruje bravío,
ha de vivir, pobre rio,
más que tu frente de plata?

Púrpuras, brocados, blondas,
pebeteros, alcatifas,
harenes, palacios, rondas;
no fueron, con sus Califas
á sepultarse en tus ondas?

Allá en edades lejanas
¿no viste tronos feudales
huir como sombras vanas,
con águilas imperiales
y las centurias romanas?

No han cruzado en tu camino,
y son ya polvo y arena,
génios que halagó el destino,
Velazquez, Góngora, Mena,
Los Sénecas y el Divino?

No has visto torres, que alzaron
en épocas ya remotas,
hombres que al mundo asombraron,
que carcomidas y rotas
tus aguas se las llevaron?

No has visto ayer ondeando
árboles de años sin cuento
que de esa sierra rodando
hoy tronchados por el viento
van en tus olas flotando?

Vas corriendo sin cesar
sobre tumbas de los hombres
que vistes antes brotar,
llevando pueblos y nombres
en tus corrientes al mar.

Mas si la existencia humana
tiene siempre que sentir
del tiempo la mano insana,
¡quién sabe, Guadalquivir,
si tú morirás mañana!

En tanto, nunca iracundo
tu planta impávida impresa
dejes con ódio profundo;
admira y respeta al mundo,
si ves que avanza y progresa.

Mas si en tu furia bravía
no respetas estos muros
que doman tu saña impía,
y en mis hogares un dia
hallas tres ángeles puros,

Tuerce tu curso á los mares,
sin que lloren tu memoria
en sus perdidos hogares,
que yo cantaré tu gloria
á orillas del Manzanares.

Madrid y Córdoba, 13 Setiembre 1866.

Á CERVANTES

en la funcion que tuvo lugar en el Senado el aniversario de su muerte

---

No importa quién dió la idea
que la clara luz reparte,
que este recinto hermosea:
basta saber que le crea
rico monumento al arte.

Grabe solo la memoria
entre nuestros pobres cantos
esta magnífica historia,
donde derrama la gloria
sus más divinos encantos.

¡Cervantes! luz inmortal,
que brilla como el emblema
de una gloria universal;
nombre sublime, ideal,
que él solo envuelve un poema.

¡Qué importa que un siglo insano
niegue el favor un instante
al hombre del génio hermano,
si el siglo aquel era enano
para encerrar un gigante?

Puede el viento en su arrogancia

tronchar la flor sin clemencia,
mas no extinguir su fragancia;
que hay una inmensa distancia
desde el poder á la ciencia.

Por eso ante la ovacion
que te tributa la historia
y el mundo en su admiracion,
te brinda un templo la gloria
y un altar el corazon.

Por eso entre las radiantes
luces que alumbran y abrasan
años que se fueron antes,
alza su frente Cervantes
sobre los siglos que pasan.

¡Qué importa que ya olvidado
llegara un tiempo á vivir
si ya España le ha fundado
un trono sobre el pasado
y un cetro en el porvenir.

Entre sus glorias brillantes,
levantó el mundo su ingenio
sobre sus alas gigantes,
y dijo: «Un génio es Cervantes
y no tiene pátria el génio.»

¡Cervantes! la tumba cierra
su seno triste y desierto,
porque tus restos no encierra,
sin ver que te fuiste muerto,
por no caber en la tierra.

Mas ¡ay! el amor fecundo
rasgando á tu vida el velo
en su delirio profundo,
te dió por lápida el mundo,
y por sepultura el cielo.

Madrid 23 de Abril de 1869.

TERCERA PARTE.

POESIAS DE SENTIMIENTO.

TERCERA PARTE.

POESIAS DE SENTIMIENTO.

Á MI MADRE.

Mansa del Betis la fugaz corriente,
donde clavo incesante mi pupila,
el eco triste de mi voz doliente
se lleva presurosa,
dándole eterna fosa
entre las aguas de la mar tranquila.
Madre del corazon, si el pobre canto
que al alma triste inspira
el rayo impuro del dolor violento
y expresa el son de destemplada lira
jamás á tí ha llegado,
no culpes nunca tú mi sentimiento;
culpa tan solo la crueldad del hado.
Lejos de tí, donde el aroma aspiro
de perfumadas flores,
en el suelo feliz, en donde miro
brillar de los amores
la llama abrasadora
que siempre alegra al corazon que llora,
nada encuentro que calme mi tristeza.
En lúgubre agonía
pobre mi frente á marchitarse empieza;
y en medio á los abrojos
que brotan á mi paso,
tan solo, oh madre mia,
vuelvo á tu pecho mis cansados ojos
cual fuente celestial de mi alegría.

¿Por qué se han roto los amantes lazos
que unieron una vez nuestra existencia?
Por qué no duermo entre tus tiernos brazos
el sueño virginal de la inocencia?
¿Por qué la esencia de tu amor profundo
mi fé no restituye
y volvemos á ver sobre este mundo
la hermosa paz, que de nosotros huye?

Al ver nublarse de tu helada frente
el sol brillante de la edad pasada
bajo los restos de tu edad presente;
al ver que en tu mirada
la luz se reverbera,
que el alma arroja en su fatal partida
al perder la ilusion de nuestra vida,
madre del alma, déjame que llore.

Los que en el mundo nacen sin ventura,
gozan en su querella
el plácido consuelo
de ver volarse su cariño al cielo,
en pos dejando dolorosa huella.

Tú, que bebiste mi primer gemido;
tú, que viste una á una
nacer las ilusiones que he perdido
desde el llanto primero de la cuna;
tú, que viste nacer de mi esperanza
la flor encantadora
entre los ecos que la brisa lanza
y las mágicas tintas de la aurora;
tú, que amorosa y de dolor transida
allá en mis tiernos años
me diste, al maldecir los desengaños,
el beso maternal, que es nuestra vida;
tú, que al cándido niño

regalaste de amor hermosa palma,
y entre el blanco azahar de tu cariño
tambien le diste la mitad del alma:

¿Por qué te vas y en páramo sombrío,
en árido desierto
dejas la fé del pensamiento mio
y el corazon tambien marchito y yerto?

Si vives para mí, si llega acaso
el eco de mi lira á tu morada
primero que tu sol en el Ocaso
acabe para siempre su jornada;
torna la vista pesarosa y fria,
y de ese tu retiro
tu pura bendicion, madre, me envia
en alas de un suspiro
última flor de la esperanza mia.

Sé que piensas en mí, yo sé que lloras,
y en medio los pesares,
eternas pasas intranquilas horas,
sufriendo cruzas procelosos mares.

¿Y por qué tú llorar, por qué no brillas
alegre como el alba soberana?
¿por qué á la pena insana
cedes ¡ay madre! y la cabeza humillas,
en la postrer mañana
sin ahogar en los mares del olvido
el martirio del pecho dolorido,
las lágrimas que abrasan tus mejillas!

Vive feliz, y al derramar el llanto
que el alma te devora,
recuerda que hay quien parte tu quebranto
y que hay un hijo que te siente y llora:
Quien vive alimentando sus dolores,

como el tiempo alimenta las ruinas,
ese mata su bien y sus amores:
nunca guardes del mundo las espinas,
coge tan solo sus risueñas flores.

Los consuelos tambien busca en la historia
en medio á tu amargura;
acaricia mi nombre en tu memoria,
recuerda nuestras horas de ventura;
recuerda mi niñez, piensa en la gloria.

Herida y desolada
cuando agite tu alma el sentimiento,
busca el norte glacial de tu morada:
que solo, al asomar, oirás el viento,
murmurando al compás de tus pesares
del muerto corazon ledos cantares.

Entonces abre el pecho, en él sepulta
el celestial perfume,
que entre sus lindos pétalos oculta
la cándida azucena,
que va en su cáliz á enterrar tu pena.

Vive en mis sueños; pero nunca llores
la suerte que hoy avara
nos hiere y nos separa,
alejando mi amor de tus amores.

Para vivir los dos sin desconsuelo,
haciendo al mal la guerra,
nos queda nuestra fé sobre la tierra;
nos queda la esperanza allá en el cielo.

Entre esas nieblas que de mí te esconden
blancas y vagarosas,
mis ayes á tu voz siempre responden
en quejas misteriosas
regaladas de expléndida armonía,

y entre el rumor del agitado viento
te llevan, madre mia,
la flor primaveral del pensamiento,
el alma pura que mi amor te envia.

Córdoba 4 de Octubre de 1859.

¡POBRE MARIA!

Si afligida y desolada
sigues por triste camino,
buscando de tu destino
la flor, ya seca y ajada;
si el ástro de tu alegría
te niega sus resplandores,
no llores, por Dios, no llores,
¡Pobre María!

Si el pecho ya no recrean
recuerdos del bien perdido,
y las dichas que se han ido
el presente no hermosean,
aun puede volver el dia
de la perdida bonanza,
aun puede haber esperanza,
¡Pobre María!

Si el mar se estrella rugiendo
contra potente muralla,
y en leves arenas halla
dique á su empuje tremendo;
así la fortuna impía,
si intenta echarnos á pique
encuentra en el alma un dique
¡Pobre María!

Que pasen las ilusiones
deja, cual soplo del viento,
que brame el mar turbulento,
que rujan los aquilones:
en medio de esta agonía
del bien que toca á su ocaso,
la dicha hallarás acaso,
¡Pobre María!

Cruzarán años tras años,
edades tras las edades;
y en medio á las tempestades
surgirán los desengaños.
Mas tras la pena sombría
y el sentimiento profundo,
todo se apaga en el mundo,
¡Pobre María!

Cuando el rigor de este suelo
niega al alma sus venturas,
vuela á regiones más puras,
fuentes de eternal consuelo.
Jamás la melancolía
en tu corazon impere:
que la gloria es del que muere,
¡Pobre María!

Cabra 1853.

Á BLANCA.

En el album de la señora

DOÑA CARMEN MADOLELL DE LA CASA.

Cuando rompas del mundo las cadenas
y en la lid en que estás quedes vencido,
te dará el mundo en pago de tus penas
la inmensa losa que se llama olvido.
(*I. García Lovera.*)

Niña de hermoso candor,
que alegre empiezas viviendo
entre placer y explendor;
que estás acaso riendo
á una caricia de amor;

Que todo te causa encanto
en medio de los abrojos
de esta vida de quebranto;
que tienes divinos ojos
y nunca vertieron llanto;

Que halagas pura y hermosa
á la madre que te mece
entusiasmada y gozosa;
que sonries cariñosa
al canto que te adormece;

Que dulces y encantadoras
en inocente embeleso
pasas tranquilas las horas;
que á veces sientes y lloras,
cuando te niegan un beso:

No busques dicha jamás
á traves ¡ay! de los años
por donde corriendo vas,
porque solo desengaños
acaso encuentres detrás.

Eso que á veces te admira
y alentando tus ideas
tu sencillo pecho inspira,
eso, Blanca, no lo creas,
porque es ilusion, mentira.

Eso que el mundo y la historia
glorias llaman y renombre,
consérvalo en tu memoria,
ni eso es renombre, ni gloria,
sino vanidad del hombre.

Todo ese delirio insano,
que el hombre en su pecho encierra
por valer más que su hermano...
ese es, el orgullo humano
que se hace él mismo la guerra.

¿No ves alzarse la mente,
prestando á la ciencia galas,
y al arte luz explendente?
¿no la ves tender sus alas
del mundo sobre la frente?

Pues esa inmensa ilusion,
ese poder que imagina
ventura del corazon,
más veces es la ambicion
que santa virtud divina.

Crece por ella el afan
de avasallar la virtud;
y de uno en otro desman
esas glorias falsas van
á hundirse en el ataud.

Mas ¡ay! perdona, hija mia;
locuras del alma son
que no entiendes todavia:
¿qué sabe tu corazon
Blanca, de filosofía?

Prosigue, niña, durmiendo
el sueño de la inocencia,
sigue contenta viviendo
en tanto que van abriendo
las rosas de tu existencia.

Marcha por senda florida
el golpe parando impío
que amaga mortal herida,
recorre el mar de la vida
libre de falaz bajío.

Duerme: que pronto quizás
con el semblante risueño
tu entrada ese el mundo harás,
sin que en cándido sueño
vuelva á tus ojos jamás.

Verás en tu corazon
el recuerdo que le envuelve,
destrozando la razon;
y verás que una ilusion
cuando se va nunca vuelve.

Tú, que la frente reclinas
en lecho inocente y blando,
tú que el dolor no imaginas,
¿qué sabes del que llorando
corre por senda de espinas?

¡Tú, que en cuna primorosa
pasas sin pena ni cuita
alegre siempre y dichosa,
ignoras qué es una rosa,
cuando el dolor la marchita!

Mas ¡ay! cuando el corazon
con sus recuerdos taladre
una perdida ilusion,
pregunta, niña, á tu madre
qué cosa las penas son.

Pues el dolor que la esencia
destruye de nuestra calma
marchitando la existencia,
es siempre fatal herencia
que va de un alma á otra alma.

Si en la terrenal jornada
de pena y dolor profundo
verte quieres libertada,
léjos vive y olvidada
de las pasiones del mundo.

No salgas de la niñez;
de esa edad que llega un dia
á unirse con la vejez;
tu no sabes, hija mia,
lo que es llorar una vez.

Vive feliz, y halagüeño
tu semblante angelical,
contemple el mundo, y risueño;
no olvides nunca ese sueño
bálsamo siempre del mal.

Cuando llegues á sentir
tu frente pálida y fria,
tus esperanzas morir,
confia en lo porvenir
y no llores, hija mia.

Ni un recuerdo por tu mente
pase desconsolador;
no abatan nunca tu frente
ni la tormenta inclemente
ni el rayo desgarrador.

Cuando perdido tu encanto
sientas del alma al latido
que quiere regarla el llanto,
recurre al próvido manto
de lo que llaman olvido.

Mas si al pobre corazon
dejas que traidor taladre
el dardo de una pasion,
no preguntes á tu madre
qué cosa las penas son.

Córdoba 1860.

LOCURAS DE AMOR.

SERENATA.

Azucena de Baena,
abre tus hojas al sol del dia,
desdeñosa nazarena,
abre á mi canto tu celosia
abre, sultana del alma mia.
(*Zorrilla.*)

Abre tu reja, sol de mi vida,
descorre el velo de tu balcon,
brille tu frente, niña querida,
y si de amores lloras la herida,
abre á mi pecho tu corazon.

La aurora pura de mi esperanza
solo en tus lábios mis ojos ven,
de mi tormento sé la bonanza,
de mi martirio la bienandanza,
de mis venturas ¡ay! el Eden.

Fúlgida estrella, rayo indeciso,
blanca paloma, májica hurí,
mundo de gloria que yo diviso,
ave inocente del Paraiso,
perla divina, lindo rubí.

De cien combates la noble historia,
de cien torneos, bandas y flor,

toros y zambras, fiestas y gloria
fueron tributo de tu memoria,
fueron ofrendas para tu amor.

Desde la orilla fresca y serena
que arrulla el claro Guadalquivir,
vuelve tus ojos, blanca azucena,
y con tus gracias mata la pena
que hoy oscurece mi porvenir.

Abre las puertas de tu ventana,
descorre el velo de tu balcon,
abre tu cáliz, rosa temprana,
y entre tus brazos pura cristiana
nos dé consuelos tu Religion.

—

Abre, sultana bella,
tu celosía,
asoma tus hechizos
cristiana mia,
vé mis amores,
que son de mis entrañas
cándidas flores.

Tendrás en mi Granada,
perlas, topacios,
cármenes deleitosos,
ricos palacios,
tendrás, paloma,
dulcísimos cantares,
baños y aroma.

Serás tú la esperanza
de mi alegría,

serás eterno encanto
del alma mia,
vente á Granada:
que llore su blancura
Sierra Nevada.

Si el Arcángel que vela
tu sueño blando,
te vé antiguos recuerdos
acariciando,
de pena herido,
buscaré en el desierto
muerte ú olvido.

—

Nadie á su voz contestó,
la noche tambien callando
su triste curso siguió,
y el moro de íra estallando,
ronco juramento ahogó.

Y la burla al contemplar,
fiero el acicate le hinca
al caballo en el hijar,
el bruto salta, rebrinca,
y lucha por escapar.

Pero en vano se revuelve
y hasta por irse batalla,
un misterio hay que lo envuelve;
que cuando se vá lo vuelve,
y cuando grita lo acalla.

Por eso, aunque triste queja
expresa en son lastimero,

lo ata un misterio á la reja,
y avanza y se para y ceja
caballo con caballero.

Al fin parte, y la cristiana
á olvidar se decidió
en brazos de una africana,
cuando cruje la ventana
que en el instante se abrió.

El moro volvió el bridon,
y en su loco desatino,
bendijo en su corazon
el ángel de salvacion
que entraba ya en su camino.

Radiante, pura y hermosa
asomó aquella mujer,
áurea estrella fulgorosa,
vírgen pura del placer,
cielo de color de rosa.

—

Bellos los dos, de su futura gloria
ven irradiar la refulgente luz;
y ven la fé de su presente historia
sobre el trono inmortal de la virtud.

—

Habló, rogó y su alquicel
rasgaba en su loca empresa,
cuando en el silencio aquel
sonaron entre ella y él
un beso y una promesa.
Y mientras el sentimiento
sus almas puras cegó,

súbito rodó en el viento
un trueno horrible, violento,
que entre turbiones zumbó.
La noche oscura y sombría
de la tormenta imponente,
entre el rebramar seguía,
y ya ni luces ni gente
por parte alguna se vía,

—

Entre huertas y bosques, escondida
á la luz que el relámpago destella,
como sombra dibújase perdida
Córdoba bella.

Allí hay un puente sobre el claro rio
que defienden un ángel y una cruz,
y al cual alumbra de farol sombrío
trémula luz.

Retando el huracan y los turbiones
dos corceles á escape lo midieron,
y á la luz del farol como visiones
dos bultos vieron.

De pronto el viento con furor se estrella
arrebatando manto y alquicel,
y al tibio resplandor miróse á ella,
miróse á él:

Eran Sol y Aliatar, cristiana y moro
que iban acaso de su dicha en pos,
mas que unidas, sus almas y su lloro
aman á un Dios.

Silbó otra vez el vendabal bravío
y luz y cielo se ocultó al instante:
mas dicen que despues llevaba el rio
roto un turbante.

—

Luego cuentan las historias
que siguieron su jornada
hasta llegar á Granada
pátria del jóven cantor.
Y cuentan que en los tres dias
que en el camino gastaron
ni siquiera se miraron
ni hablaron más que de Dios.

Hubo torneos y zambras,
fiestas, máscaras y toros,
y hubo recelo en los moros
y hubo disgustos y más.
Razon que al fin obtuvieron;
pues pátria y fé renegando,
tomó el nombre de Fernando
el bravo moro Aliatar.

Córdoba, 1860.

PARTIDA DE UN ANGEL.

A la muerte de mi hijo Antonio.

Deja, flor encantadora,
que yo tu perfume guarde
dentro del alma que llora.
¡Por qué nacer con la aurora
para morir con la tarde!
(*El autor á la muerte de su madre.*)

Sobre el azul de la esfera,
al albor de la mañana
pasó una nube ligera,
envuelta en cintas de grana
su límpida cabellera.

Su altiva cabeza roja
en caprichoso desmayo
el sol á la nube arroja,
y entre sus pliegues deshoja
una flor por cada rayo.

Ricas y hermosas guirnaldas
sus ondas van dibujando
de topacios y esmeraldas,
y entre sus rubias espaldas
Los ángeles van cantando.

—¿Qué son esas almas bellas
que entre nubes de arreboles

al cielo van sin querellas,
llevando por trono soles
y por coronas estrellas?—

Entonces dijo la nube
con dulce acento profundo
mientras revolando sube:
«Son los ángeles que al mundo
hoy le han robado un querube.»

Alcé la vista, y fuí viendo
el coro que á Dios buscaba
las aureas alas batiendo,
y en medio un niño riendo,
mientras yo triste lloraba.

Madrid 18 de Junio de 1864.

A UNA ROSA BLANCA.

Tú, que abristes al murmullo
de la fuente cristalina;
tú que mostrando tu orgullo
alzas tu frente divina
rompiendo el lindo capullo,

Tú, que vertiendo tu esencia
tan pura cual la mujer
que te cortó en su inclemencia,
vienes hoy á mi poder
prendada de tu inocencia:

¿Pretendes tú, pobre flor,
que el pesar que me consume
acabe con tu candor?
¡Ah! que no envuelva el dolor
los restos de tu perfume.

La mujer que te arrancó
del tallo que la mecia,
quizá la envidia sintió,
pero al cortarte olvidó
que ella cual tú vive un dia.

Vuelve otra vez hácia ella
y acaso encuentres la calma
que lloras en tu querella,
pues es la gloria del alma

el suspirar de una bella.

Si blanca, dulce, inocente,
pintamos á la paloma
de amor imágen riente,
¡qué he de decir de tu frente
que baña un cáliz de aroma!

A su pecho angelical
vuelve otra vez, pura rosa,
y su frente virginal
cubra la sombra glacial
de tu palidez hermosa.

Mas ¡ay! es tarde, entre el cieno
perdiste ya tu pureza;
vuelve de tu hermosa al seno,
y dile que en tu belleza
un alma vertió el veneno.

Ella cual tú, blanca y pura,
busque de amor la diadema
en almas de más ventura;
no llegue á la llama impura
que cuanto toca lo quema.

Pero si loca no advierte
que mata su pensamiento,
si en mi corazon lo vierte,
le dices ¡ay! que mi aliento
lleva en sus alas la muerte.

Que si el llanto no medita
que tras mentido pesar
le alegra el alma y le agita,

puede tu frente mirar
ajada, seca, marchita.

Vuelve, y dile á esa mujer
que con negra ingratitud
te ha mandado á mi poder,
que no desprecie su ayer
si ha de vivir su virtud.

Córdoba, 1837.

RECUERDOS DE UNA FLOR.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA

DOÑA CARMEN PINEDA Y VILLALOBOS.

A tí las quejas de mi mal profundo
hermosa sin ventura, yo te envio,
mis versos son tu corazon y el mio.
(Espronceda.)

Hoy, que nublado tu celeste encanto,
lloras rigores de dolor impío,
del alma tuya á consolar el llanto
rápido vuela el pensamiento mio.

Cuando á la tarde, al espirar el dia,
sientas latir el corazon violento,
turbado por la fúnebre armonía
de un eco triste, que te lleve el viento,

Nunca preguntes si en el mundo siente
quien canta amores y desdenes llora,
quien vé las penas anublar su frente
sin hallar una voz consoladora.

Nunca preguntes si la mente gira
tras un recuerdo que en el pecho late:
escucha solo de inocente lira
el pobre acento que le inspira el vate.

Vuelve á su sombra tus hermosos ojos,
do vió el fulgor de su pasada gloria:
que si él un campo recorrió de abrojos,
en él halló de tu desden la historia.

¿Por qué la luz de tu beldad no hechiza
del alma pura la ilusion que muere?
¿Por qué tu fé se convirtió en ceniza,
por qué tu amor sus esperanzas hiere?

¿Por qué una historia de dolor halagas,
que desdeñas despues, triste y sombria?
¿Por qué un recuerdo de ventura pagas
con una flor desventurada y fria?

—

¡Una flor!... pobre contento
ahogado por el dolor
y herido por el tormento.
¡Una flor! ¿Qué es una flor...?
¡ah! preguntádselo al viento.

Una vida transitoria,
que el sol abrasa en su giro,
sin respetar su memoria:
una flor es un suspiro,
sin fé, sin dicha, sin gloria.

¿No has visto en la primavera,
apenas el aire zumba,
volar la rosa ligera
y ni en las nubes siquiera
hallar miserable tumba?

Será prenda de candor,

rico emblema de alegría,
un recuerdo seductor;
pero una flor... una flor
lo más que vive es un dia.

Y cuando el alma se afana
por conservar su primor,
vendrá una muerte temprana...
tu cariño y esa flor
ya no vivirán mañana.

Cuando el alba se levante,
bordado por el rocío
su rico manto brillante,
serán ya nube flotante
de blanco polvo sombrío.

Y entonces, ¿por qué sus galas
hasta mis manos elevas
del desengaño en las alas?
¿Por qué esa flor me regalas
si en cambio el alma te llevas?

¿No ves que ese afan incierto,
no ves que esa duda trueca
mi paraiso en desierto?
Al darme una flor ya seca
me das un cariño muerto.

—

Vuelva esa flor á tu divino seno
y tus lágrimas tornen su hermosura,
yo á tu dolor ó á tu placer ageno,
tranquilo viviré, más sin ventura.

Tú, indiferente al sentimiento mio

el mundo cruzarás, tal vez sufriendo;
yo indiferente á tu pesar impío
tambien lo cruzaré quizás muriendo.

Mas al perderse la ilusion que un dia
á la sombra creció de tus rigores,
devuelve su quietud al alma mia,
cual yo te vuelvo tus marchitas flores.

Que al fin las almas que el primer latido
dieron al llanto de su amor primero,
deben cambiar con su primer gemido
el eco triste de su adios postrero.

Baena y Mayo de 1852.

LOS ÁNGELES TUTELARES.

En el álbum de mi estimada prima

LA SEÑORA BARONESA DE FUENTE DE QUINTO.

Al que ha soñado refulgente gloria
y solo ha hallado por placer azares;
al que ha perdido su pasada historia
al eco desigual de sus cantares:

Al que ha pisado en su camino abrojos
y le han herido sin cesar dolores,
y con la hiel de sus dolientes ojos
ha marchitado sus fragantes flores:

Al que mira perderse en lontananza
la postrera ilusion que el alma inspira,
y el último fulgor de su esperanza
trémulo y triste oscurecerse mira:

Al que ha probado el desengaño impio
que vierten hados para siempre adversos,
al que ha seguido porvenir sombrío,
¿á ese le pides, Baronesa, versos?

—

Dices bien: el que el pesar
siente en su seno latir,
debe risueño cantar;
ni el alma es para llorar
ni el pecho para sentir.

Si nuestro placer profundo
buscando su realidad
solo halló sueño infecundo,
verás que al fin en el mundo
tambien hay felicidad.

¿Por qué inmolar nuestro encanto
ni hacer á la dicha guerra
con el acíbar del llanto,
cuando uno tiene en la tierra
ángeles que adora tanto?

Sí; yo en tu frente diviso
del astro hermoso del bien
el resplandor indeciso;
tú tienes un paraiso,
yo tengo un cielo tambien.

Olvidemos los pesares,
que en la mente se amontonan
cual las olas en los mares,
ya que nuestra fé coronan
los ángeles tutelares.

Tú, que una senda de flores
has hollado en tu contento,
¿qué entiendes de sinsabores
si solo has guardado amores
dentro de tu pensamiento?

Si el alma jamás te ha herido
una memoria importuna
ni un doloroso gemido,
ni nunca el mal se ha mecido
sobre tu aurífera cuna:

¿Qué te importa que la rosa
lleve el ábrego en sus alas
seca, marchita, azarosa,
si tú, feliz como hermosa,
llevas radiantes tus galas?

¿Qué importa que en sus dolores
el mundo lance anatemas,
si tiene hasta en sus rigores
para las hermosas, flores,
para la virtud, diademas.

Tambien de tu amor querido
te brinda el fruto su aroma
con inocente latido,
mientras, cual pura paloma,
cubres de besos tu nido.

¿Qué más bello que esa calma,
que en perpétuos regocijos
riega á la virtud su palma?
¡que esos pedazos del alma
que llaman las madres hijos!

Tambien un ángel de amor
presta á mi vida alegría
mientras le arranca el dolor,
y tengo del alma mía
hijos de hermoso candor.

¿Qué importa á las ilusiones
que quede en el alma impresa
la huella de las pasiones,
si nos queda ¡oh Baronesa!
la fé en nuestros corazones.

¿Qué más? Tambien para orgullo
nos cercan campos divinos
y arroyos de eterno arrullo;
el Betis con su murmullo,
los pájaros con sus trinos.

Y para que la creencia
que impera en el corazon
se fije en nuestra existencia,
tenemos nuestra conciencia,
tenemos la religion.

Olvidemos los pesares,
que en la mente se amontonan
cual las olas en los mares,
ya que nuestra fé coronan
los ángeles tutelares.

Córdoba, 1858.

FLOR DESHOJADA.

BALADA.

Reina del jardin se alzaba,
del aura al soplo mecida,
una azucena florida
que el ámbito embalsamaba.

Hermosa cual la sonrisa
del ángel puro de amor,
lloraba la pobre flor
si la besaba la brisa.

Puesta en el pudor su gloria,
iba su virtud guardando,
y el perfume conservando
de su vida transitoria.

Nada su rubor refleja
como el ver que entre congojas,
cerraba la flor sus hojas
al acercarse la abeja.

Mas ¡ay! al albor de un dia
fresco y puro como ella,
la flor en triste querella,
lloraba y no se mecia.

Lloraba porque cruel,
una hermosa suspirando,
sus hojas iba arrojando
rotas ¡ay, por el verjel.

—¿Por qué, niña, sin ventura,
me tratas de esa manera
tirando al suelo do quiera
los restos de mi hermosura?

Así la flor se quejaba,
al ver aquella inclemencia,
mientras su límpida esencia
en ricas perlas lloraba.

La niña que la escuchó
la miró entonces llorando,
y aquellos restos besando
dicen que así contestó:

—«Tambien yo sufro ¡ay de mí!
como á tí me han deshojado,
y despues me han arrojado,
preciosa flor, como á tí.»

La niña y la flor mezclaron
entonces su llanto frio,
y dicen nació el rocío
del beso que se cambiaron.

Córdoba 1857.

LA INGRATITUD.

SONETO.

Alegre el alma, celestial hoguera
siente en el pecho que el amor enciende,
se ensancha el corazon, la fé se extiende
y nunca el mal sobre su bien impera.

Nubes de rosa la azulada esfera
ante sus ojos fulgurosa tiende,
y cuanto el mundo en su extension comprende
duerme y halaga su ilusion primera.

Más al cabo esas plácidas auroras
se nublan en el cielo de la vida
al eco de tormentas rugidoras,

Cuando por siempre la quietud perdida
viene del alma á acibarar las horas
la ingratitud de la mujer querida.

Madrid 1868.

HISTORIA DE UNA MUJER.

Las habrá buenas, no esperes
que yo rebaje sus glorias;
pero... ¡qué historias!.. qué historias
tienen algunas mujeres.

(R. Rubí.)

AYER.

Era niña: alegres horas
pasaba el alma inocente
iluminada la frente
por fortunadas auroras.

En su corazon de niño
de Dios el aliento impreso
suspiraba por un beso,
lloraba por un cariño.

La madre aquel llanto frio
con sus lábios enjugaba
mientras risueña exclamaba:
—¡niña inocente, ángel mio!

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCIA

HOY.

Era hermosa: ya la calma
de su corazon perdida
lloraba la pobre, herida
por tempestades el alma.

—¿Qué tienes? por qué tus ojos
riegan con llanto las flores?
—¡Ay madre! he sembrado amores
y estoy recogiendo abrojos.

—¡Ah! teme los desengaños
si infeliz no anhelas verte,
que está cerca de la muerte
quien llora á los quince años.

MAÑANA.

Era mujer: no palpita
su corazon; está yerto;
vuela su espíritu muerto,
alza su frente marchita.

Pálida y triste se esconde
y á mares llanto derrama;
y si su madre la llama
la niña ya no responde.

—Ven, hermosa flor lozana...
—Flor sin hojas, madre, soy.
—¡Ah! perdió su ayer, su hoy,
y no le queda un mañana!

Madrid 1864.

CORONA FÚNEBRE.

A la señora doña María del Cármen del Collado de Prida.

¡Silencio! trémula luz
arde triste y solitaria;
lleva el viento una plegaria,
hay en el suelo una cruz.

Unido el sáuce á la hiedra
tiende el ramage sombrío,
y besa un cadáver frio
sobre su lecho de piedra.

¡Es ella!... El polvo consume
su frente pura y hermosa,
mientras deja cual la rosa
trás de su huella el perfume.

Blanca una sombra divide
su pesar puesta de hinojos,
y vierten llanto sus ojos
y á Dios por su madre pide.

Y baja dorada nube
que del Cielo se desgaja
y un ángel sobre ella baja
y un alma sobre ella sube.

Madrid 1867.

EL OTOÑO.

SONETO.

Larga la noche, pesaroso el dia,
Llora la brisa en dolorido acento;
El sol vá triste, y trás su paso lento
Muere la tarde nebulosa y fria

La luna yace trás la nube impia,
Que, negra, escala su azulado asiento,
Y roto el cielo, al rebramar del viento,
El agua inunda la floresta umbria.

Crugen las ramas que en el árbol quedan,
Y capullos, y pétalos y flores,
Pálidos, secos, por los aires ruedan.

Y lo mismo ¡ay! el alma en sus congojas
Cuando llega al otoño en sus amores,
Mira volar de su ilusion las hojas.

Madrid 1866.

A MI ESTIMADA PRIMA LA CONDESA DE LUQUE

AL ENVIARLE MI RETRATO.

Como yo, Concha, no trato
de contrariar tu deseo,
te mando por el correo
el consabido retrato.

Ya ves que te restituyo
el préstamo que me hiciste,
siendo así, que tú me diste
primero, condesa, el tuyo.

Te advierto, por si esto abona
la intencion de mi conciencia,
que hay una gran diferencia
del retrato á la persona.

Tu buen corazon no crea
que yo miento en el relato,
pero ¿tú has visto en retrato
á alguna persona fea?

Yo he visto, y Dios no permita
que mi lengua sea importuna,
devolver el suyo alguna,
porque no salió bonita.

Y he visto á muchas en busto
retratarse, y cosa rara,
no han consultado su cara,
sino tan solo su gusto.

Pero como de esto en suma
no merece que tratemos,
puesto que nos conocemos,
me callo y dejo la pluma.

Mas no, que yo no concluyo,
sin procurarme un buen rato;
mientras tú ves mi retrato,
voy á examinar el tuyo.

Tez de nieve, pelo suelto,
blancos dientes, negros ojos,
linda boca, lábios rojos,
pié invisible, talle esbelto;

Risa, que apenas se escapa
del coral que la aprisiona,
una mirada... ¡ay qué mona!...
¿sabes, Concha, que eres guapa?

No sé cómo no te pesa
mi retrato haber pedido;
¿contentarte no has podido
con ver tu cara, condesa?

Yo la miro y más me excita
á verla ¡oh Concha! el deseo;
y cada vez que la veo,
me parece más bonita.

Progresa tanto, mujer,
esa incomparable perla,
que yo digo siempre al verla:
«Más bonita es hoy que ayer.»

¿No hay un mundo de primores
en tus radiantes hechizos?
¿No ondulan tus blondos rizos
como entre brisas las flores?

Tu frente, ¿no es de la espuma
que el mar deja en sus orillas?
¿No tienes en tus mejillas
un cielo que las perfuma?

¿No tienes un pensamiento
grande como la ilusion,
que brota en el corazon
y crece en el sentimiento?

¿No llevas entre la calma
en que tu pecho reposa,
aquella virtud hermosa,
que nos purifica el alma?

¿No llevas...? ¡Por Belcebú
que me distraje, insensato,
y sin mirar el retrato
te pinto como eres tú...!

Pero, en fin, yo soy discreto
y guardaré la pintura;
mi libro la sepultura
será, Concha, del secreto.

¿Podrás con igual cariño
conservar tú mi retrato?
¿O acaso muera *ab irato*
entre las manos del niño?

No lo dudo: en el profundo
dolor que el pecho me ha herido,
mi corazon siempre ha sido
triste juguete del mundo.

Madrid y Enero de 1867.

UNA LAGRIMA Y UN BESO.

A MI APRECIABLE PRIMA LA SEÑORA DOÑA CÁRMEN BLANCO Y ALCALDE, MARQUESA V. DE LA GRANJA.

BALADA.

I.

Rasgó el viento las neblinas
que iban flotando sus alas
y del Cielo entre las galas
sonaron arpas divinas.
La puerta, que el crímen cierra,
se abrió al son de una plegaria;
y una Vírgen solitaria
cayó del Cielo á la tierra.
Ante el mundano explendor
que hirió su faz, sonriente,
la Vírgen cubrió su frente
que matizaba el rubor.

II.

—«Que digas tu nombre espero
y el móvil de esta aventura,»
al ver su humilde figura
la dijo el mundo altanero.

—Yo vengo, porque he soñado
que aquí á los buenos oprimen;
que santifican el crímen
y viven en el pecado.
Que se hace al honor la guerra,
por el que no lo comprende,
mientras se humilla y se vende
cuanto hay de grande en la tierra.
Que del placer al influjo
corriendo la humanidad,
muere entre la vanidad
y la lisonja y el lujo.
Soy la ventura, el amor,
el porvenir, el aroma,
la inocencia, la paloma,
el áura, la luz, la flor:
Soy la fé, la juventud,
la religion, la belleza,
el alma, el bien, la pureza,
el Cielo... Soy la virtud!
Oyóla el mundo intranquilo
y con la mirada incierta
dijo, cerrando la puerta;
—¡Aquí no tienes asilo!

III.

Cubrió el mar su inmensidad
con el manto de sus brumas,
y flotaron sus espumas
al son de la tempestad.
Rota una frágil barquilla
que iba en las olas rodando
casi desnuda y llorando
lanzó una niña á la orilla.

IV.

—¿Qué buscas? Con voz salvaje
(la dijo el mundo insolente)
con esa pálida frente
y ese asqueroso ropaje?
—Me han arrojado los mares
sin abrigo, á la fortuna;
no tengo padres ni cuna
bienes, hermanos ni hogares.
Dó quiera la vista giro
llanto encuentro y amargura;
no espero ni sepultura
tras el postrimer suspiro.
Cruzo tristes los espacios
del dolor siempre á merced;
y á veces con hambre y sed
me arrojan de los palacios.
Voy de la desgracia en pos,
como el mal trás de las penas,
pidiendo á á las almas buenas
una limosna por Dios.
Soy el pesar, la tristeza,
la oscuridad, la bonanza,
cadáver, sombra, esperanza,
ceniza... ¡soy la pobreza!

V.

La virtud volvióse ufana;
y cuando juntas se hallaron
las dos á un tiempo exclamaron:
¡Bendita seas, hermana!

Y con el júbilo impreso
en sus dos frentes hermosas,
se cambiaron cariñosas
una lágrima y un beso.
El mundo, que de las dos
vió el lazo de amor profundo,
murmuró: No son del mundo;
estas son almas de Dios.
Y abriendo con prontitud
la puerta, que hubo cerrado,
dijo: «Empiecen su reinado
la pobreza y la virtud.»

Madrid Abril de 1866.

LA FLOR DE MIS MEMORIAS.

EN EL ÁLBUM DE LA BELLA Y DISTINGUIDA ARTISTA

SEÑORITA DOÑA ELENA SANS.

Este libro en que guardas
dulces recuerdos,
una página triste
lleven en mis versos,
Cuídalo, hermosa,
que una flor no se pierde
por una hoja.

Acaso los laureles
que tu camino
alfombran ¡ay! Elena,
serán el libro
Donde algun dia
leerás los sinsabores
de nuestra vida.

La gloria con sus alas
tu frente bate,
el mundo llena el eco
de tus cantares,
Pero esos cantos
¡quién sabe si mañana
serán de llanto!

¡Por qué con sentimiento
nos dan el alma
si en la tierra no saben
secar sus lágrimas,
Si siempre, Elena,
con la risa en los lábios
miran las penas!

Yo tuve una esperanza
sola en el mundo,
y la ví deshacerse
¡ay! como el humo,
Y ese recuerdo,
triste, muy triste lloro,
siempre en mis versos.

Cuando sientas que crecen
tus ilusiones
estas páginas, niña,
ven y recorre,
Verás en ellas
de eternos sinsabores
la amarga huella.

Agravios y desdenes
verás si guardas
amores y cariños
dentro del alma,
Tus sentimientos
no esperen recompensa,
¡pasó ese tiempo!

Siempre que á mares corren
mujer, lás lágrimas,
consuelos y venturas
llevan al alma,

Por eso has visto
que voy vertiendo llanto
de libro en libro.

En las hojas del tuyo
te pongo hermosa,
la flor que no perece
de mis memorias,
Cuídala mucho
que un tesoro en su cáliz
va siempre oculto

Madrid 1867.

ANTE LA TUMBA DE MI MADRE.

¡Oh todo cuánto he amado!
VÍCTOR HUGO.

Vago rumor que indefinible zumba,
melancólica voz del huracan,
eco maldito de terrible tumba,
último acento de placer fugaz;

Nube deshecha en amargoso llanto,
sol que refleja moribunda luz,
rosa marchita, que perdió su encanto,
cielo que llora su perdido azul;

Aura que vaga en pantanoso valle,
de roto cáliz inodora flor,
desierto mundo, solitaria calle,
pájaro triste, que al cantar murió.

—

Esa es mi vida, al despertar la aurora
sin calma el corazon calla y suspira,
y cuando el sol oscurecido llora,
doliente el alma entre el dolor respira.

Pasó mi vida cual fugaz quimera,
cual águila que cruza el firmamento,
como nave, que el mar surca ligera,
cual ráfaga de luz que rasga el viento.

¡Nada me resta! mis cansados ojos
vieron la flor de su querer perdida.
y hallaron un bagel lleno de abrojos
en el revuelto mar de nuestra vida.

—

Qué importa que Dios te dé
un rayo de bienandanza,
si huyó la paz que soñé,
si han matado mi esperanza
y han destrozado mi fé.

Deja, flor encantadora,
que yo tu perfume guarde
dentro del alma que llora,
¿por qué nacer con la aurora
para morir con la tarde?

¿Por qué tu frente besando,
por qué tu amor bendiciendo
y la esperanza guardando,
para anochecer llorando,
para amanecer muriendo?

Flor peregrina, ideal,
que mi porvenir guardó
en su cáliz celestial,
azucena que murió
al soplo del vendabal.

¡Por qué deshojada rueda
ya tu corola de armiño
un tiempo florida y leda
y solo un recuerdo queda
de nuestro ardiente cariño!

Cariño que mi pasion
conserva como la historia
de su primera ilusion,
que vive en mi corazon
lo mismo que en mi memoria.

Si en la noche solitaria
oyes del aura el gemido,
que á tu losa funeraria
lleva la triste plegaria
de un corazon dolorido;

Si cuando en la tarde baña
el sol la copa sombría
del ciprés, que te acompaña,
tu negra lápida empaña
pobre, una lágrima fria,

Son ¡ay! los postreros dones
que del amor al abrigo
van á esas santas mansiones
á refrescar ilusiones
que se apagaron contigo.

¡Y como no! si te amé
cuando tú feliz guardabas
mi corazon y mi fé;
si yo, madre, no lloré
más que cuando tú llorabas!

Y hoy cuando mi rica palma
hirvierte el ábrego trunca,
sólo en tu amor hallo calma
porque el amor es el alma,
y el alma no muere nunca.

—

Ve mi esperanza revolando en trizas
cruzar los aires en revuelto giro,
sus restos enterrando en tus cenizas
al eco triste del postrer suspiro.

Pobre recuerdo que incesante vaga,
ya mi cariño de dolor sombrea,
turba mis sueños insepulta maga
que gira en pos de funeral idea.

Ultimo adios de la esperanza mia,
pálida sombra de paternos lares,
bajo la losa de la tumba fria
espiren entre el polvo mis cantares.

Ante el sepulcro que vacila y cruge
al rudo embate de aquilon bravío
deja que herido el corazon dibuje
la imágen ¡ay! del pensamiento mio.

Rotos por siempre los amantes lazos
que sostuvieron nuestra fé querida,
desciende de los cielos en pedazos
la alegre estrella que alumbró mi vida.

¡Todo acabó! de mi ventura hermosa
están cerradas las brillantes puertas;
mi placer sucumbió bajo tu losa,
quedando allí mis ilusiones muertas.

Muerta la fé de mi divino encanto,
marchita el alma que el amor inspira,
queden por siempre entre mi eterno llanto
roto mi corazon, rota mi lira.

Córdoba 1.° de Diciembre de 1861.

EL ARBOL Y LA FLOR.

BALADA.

Tú eras la flor de perfumado aliento
Que adornaba el jardin con su hermosura,
Yo era el ramaje que poblaba el viento,
El sol robando á tu corola pura.

Mas silba el huracan y altivo tira
Rotas las ramas por el duro suelo,
Y el árbol muere en incendiada pira,
Y su aroma la flor eleva al cielo.

Por eso al estridor del oleaje
Que rompe el pecho en su perdida calma,
El cuerpo acaba aquí como el ramaje,
Y al cielo, cual la flor, se eleva el alma.

Madrid 1868.

FLORES Y ESPINAS.

Ya entre nosotros no puede
haber ni amor ni amistad.

(C. Suarez Bravo.)

¡Por qué el dolor encubierto
llevas, niña, en tus albores
y lloras como las flores
perdidas en el desierto!

¡Por qué ocultando la pena
que tu corazon oprime
vas cual el aura que gime
entre los vientos serena!

¡Por qué la luz que hermosea
hoy tus amores risueños
con el crespon de esos sueños
tu blanca frente sombrea!

¡Y en la noche solitaria
riegas con llanto tu lecho,
mientras palpita en tu pecho
el eco de una plegaria!

¡Pobre niña, acaso envuelven
tu vida los desengaños!
¡no sabes que cual las años
las ilusiones no vuelven!

Radiante tu frente pura
perdió su color de rosa...
¡por qué nacer tan hermosa
para llorar la hermosura!

Porque te quisieron dar
divinos ojos que abrasan,
si sus pupilas arrasan
las lágrimas del pesar.

Porque tus negros cabellos
flotan en trenzas rizadas
mientras sus hebras doradas
el sol va dejando en ellos.

¡Por que tu faz sonriente
triste, apenada se mira
como la aurora que espira
en las sombras de Occidente!

¡Ya tu primera ilusion
muere al placer que la engríe
mientras tu boca sonríe
y llora tu corazon!...

Yo sé que incierta caminas
bajo escondidos dolores,
pero no sé si mis flores
valdrán lo que tus espinas.

Sé que hay penas que devoran
las dichas que el pecho encierra
y que el martirio en la tierra
son de las almas que lloran.

Sé que de tu vida en pos
van ilusiones perdidas,
dejando en el alma heridas
que solo las cura Dios.

¿Más tus nubladas auroras
viven sin dicha ni calma?
¿Si pierde una flor tu alma
quién te pregunta si lloras?

¡Qué importa, mujer, que duerma
tu pensamiento sereno,
si se agitan en tu seno
suspiros de un alma enferma!

¿No eras flor do tuvo puesto
frondoso jardin su orgullo,
y abristes ¡ay! tu capullo
para secarte más presto?

Para revolar cautiva
entre las alas del viento
y sucumbir á su aliento
cual muere la sensitiva?

¿Para ver de tu esperanza
un tiempo alegre y fecunda
la opaca luz moribunda
apagarse en lontananza?...

Yo sé que incierta caminas
bajo escondidos dolores
pero no sé si mis flores
valdrán lo que tus espinas.

¿Piensas que tras esa calma
que hace tu frente sombría,
yo no adivino, hija mia,
la tempestad de tu alma?

¡Infeliz! por mar incierto
corre sin rumbo tu nave...
pero di, mujer, ¿se sabe
quién pueda llevarla al puerto?

¿Acaso el alma que pura
su fé en tu pecho destella
podrá revivir la estrella
de tu perdida ventura?

¿En los azarosos dias
que alientan tu desencanto
podrán enjugar tu llanto
las pobres lágrimas mias?

No sé si mi fé profana
tus virtudes y oraciones
al verter sus ilusiones
sobre tu mente cristiana.

Mas si en mi delirio insano
llego á interrumpir tus preces
rezaré cuando tú reces
con mi corazon cristiano.

Y si el fuego que en él arde
no puede alentar tu fé,
me resta decir... ¡por qué
llegó el remedio tan tarde!

Yo sé que incierta caminas
bajo escondidos dolores
pero no sé si mis flores
valdrán lo que tus espinas.

Madrid 23 de Mayo de 1867.

Á CÁRMEN.

A MI HERMANA.

SONETO.

¿Has visto el sol cuando su luz ardiente
perdida al espirar de la mañana
envuelve su cabeza soberana
entre las negras sombras de Occidente?

¿Y lo has visto despues que lentamente
abriendo el cáliz de la flor temprana
entre celajes de záfir y grana
alza orgullosa su encendida frente?

Pues ese sol que en las alturas arde,
renace como ves al nuevo dia
sobre el cadáver triste de la tarde.

Y sólo, Cármen, en mi suerte impía,
por más que siempre el corazon lo aguarde
nunca renace la esperanza mia.

Baena 1856.

EL ALMA DE SUS AMORES.

A MI AMIGO Y PAISANO EL PROFUNDO ESCRITOR

D. JUAN VALERA Y ALCALA GALIANO.

Su cabellera de plata
bella la luna tendia,
mientras el sol se perdia
entre nubes de escarlata.
Y á su luz blanca y serena,
que oscilaba en dulces giros,
iba un arroyo, en suspiros
evaporando su pena.
Sus ondas apresuradas
bajaban casi escondidas,
y tristes y embebecidas
en sus memorias pasadas.
Herido por el tormento
se agitaba, murmurando,
y en sus pesares temblando
como las hojas al viento.
Ya su carrera no hechizan
las lindas aves canoras;
las áuras consoladoras
ya sus corrientes no rizan.
Ya no busca el arrebol,
que el alba al nacer le presta,
las rosas de la floresta,
ni los reflejos del sol.

Ya no le encanta el aroma
que ántes robaba al capullo,
ni le enamora el arrullo
de la sedienta paloma.
Melancólico atraviesa
los prados llenos de flores;
y ni envidia sus colores,
ni alegre sus hojas besa.
Y sin contento y sin calma,
al resbalar por la arena,
corre exhalando su pena
entre gemidos del alma.

—Arroyito, que arrastras
claras tus ondas,
¿por qué suspiras tanto?
dí; ¿por qué lloras...?—
Así decía
una niña sentada
junto á su orilla.

El arroyo temblando
alzó su frente,
y dijo entre el murmurio
de sus corrientes:
—Porque te quiero,
y yo solo te sirvo
niña, de espejo.

Porque apenas sus tintas
dibuja el alba,
solo á mirarte vienes
niña, á mis aguas.
Y en tu delirio
ni escuchas mis querellas,
ni mis suspiros.

—¡Que no te quiero, dices,
y en tus cristales
me estoy siempre mirando
como tú sabes!
Tanto te quiero,
que juego con tus ondas
y en ellas bebo.

—Esa es la pena, ¡oh, niña!
que me atormenta:
que á jugar con mis aguas
tan solo vengas.
Dime, alma pura,
¿tu pecho no ha llorado
de amores nunca?

Exhalando un suspiro,
le dijo ella,
irradiando sus ojos
cual dos estrellas:
—¿Tú no conoces
que vivo en el aliento
de los amores...?

Trémulo el arroyuelo
paró sus ondas,
y exclamó entre sollozos
¿A quién adoras?
—Está muy lejos
el alma que yo adoro...
por la cual muero.

En amarguras deshecho
por el dolor que sufría,
el arroyo se torcía
convulso en su blando lecho.

Y mientras la niña aleve,
gozaba en otros amores,
él iba bordando flores
con sus espumas de nieve.

De pronto sus ondas calma;
las amontona en remanso,
y dice:—Yo no me canso;
vamos á ver esa alma!...

La niña muerta de amor
corrió loca de alegría,
y el arroyo la seguia
á impulsos de su dolor.

Azucenas y amapolas
ella á su paso tronchaba,
y el arroyo las besaba
con el cristal de sus olas.

Así iban por la campiña
ella contenta y gozando,
y él lloroso, y salpicando
de perlas la hermosa niña.

Más al fin de una enramada
tristes los dos se pararon
porque á las puertas se hallaron
de una casita pintada.

—«Párate y deja que casta ciña
su blanca frente de hermosas flores;
verás el alma de mis amores
cándida y pura,»—dijo la niña.

Vagan de incienso rápidas nubes,
suenan celestes, sacros cantares,
se abre una puerta y entre querubes
vése una Vírgen en los altares.

La enamorada, linda doncella
entre perfumes, preces y flores
dijo al arroyo:—¡Mira cuán bella!
esa es el alma de mis amores.

Triste el arroyo mira llorando
muerta en capullo su flor primera;
tuerce sus ondas, y va dejando
lágrimas puras por la pradera.

Pero en la lucha de su agonía
ya acariciando plantas y flores,
iba diciendo, mientras corria,
—¡Bella es el alma de sus amores!

Madrid 1865.

EN EL ALBUM

DE LA

SRA. DOÑA PURIFICACION CABEZAS DE JOVER.

SONETO.

De verde lauro virginal corona
ciñe la sien de la gentil Sultana,
fúlgida aurora, celestial mañana
prestan encanto á su templada zona.

El cielo azul con perlas eslabona
los rayos de su frente soberana,
mientras su manto de zafír y grana
besa el Guadalquivir que lo aprisiona.

Brota su sierra arroyos cristalinos,
visten sus nubes mágicos colores,
sombras regalan sus gigantes pinos.

Y de ese Eden de aromas y de amores
que el ruiseñor alegra con sus trinos,
son tus virtudes las eternas flores.

Córdoba, 1859.

LEJOS DE TÍ.

HABANERA.

(Música de D. P. M. Perlado.)

A LA SEÑORITA DOÑA AMPARO JIMENEZ.

Cuando del sueño
tú despertares
porque los mares
sientas rugir,
Es que del viento
entre los giros
van mis suspiros
volando á tí.

Negra la noche,
triste la luna,
de mi fortuna
miro al rigor.
Ven y no tardes,
que yo te quiero,
y ya te espero
muerta de amor.

¿Ves esas nubes
encapotadas
que amontonadas
á verte van?
Entre los pliegues
¡ay! de su manto
mi pobre llanto
te llevarán.

Siempre á la aurora
cuando despierto
llora desierto
mi corazon,
Que entre sus ayes
dice afligido:
¿Por qué te has ido
si te amo yo?

Cuando las auras
de Andalucía
la frente mia
besan tal vez,
Yo les pregunto,
por si te hallaron,
si te besaron
á tí tambien.

Si llegan tristes
hasta esos mares
¡ay! los cantares
que exhalo aquí,
Ese es mi pecho
que va cautivo,
porque no vivo
lejos de tí.

Madrid, 1867.

EL ALMA.

BALADA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA AMPARO CANTERO.

—¿Quién eres!
—La sombra mia.
—¿Quién te atormenta?
—El dolor.
—¿Pues quién te ha herido?
—El amor.
—¿Y qué esperas?
—La agonía.
—¿A dónde vas?
—No lo sé.
—¿Qué quieres?
—Tambien lo ignoro.
—¿Estás enferma?
—Sí, lloro.
—¿No tienes dicha?
—Ni fé.
—¿La has perdido?
—Y el encanto.
—¿Pero su luz?...
—Es incierta.
—¿Y la esperanza?
—Está muerta.
—¿Y el llanto?
—¡Quién cree en el llanto!
—¿Entónces buscas?
—Consuelo.

—¿Y lo hallarás?
—¡Que se yo!
—¿En la mujer?
—¡Nunca! no.
—¿En dónde, pues?
—En el cielo.
—¿Con qué tú vives?...
—Sin calma.
—¿Y la gloria?
—Es ilusion.
—¿Y amores?
—Mentiras son.
—¿Entónces eres?
—El alma.

Madrid, 1863.

EN LA PRIMERA HOJA DEL ALBUM

DE LA SEÑORITA

DOÑA ANTONIA CANALES Y BELDA.

Me pides, no sé el motivo,
que escriba el primero aquí;
y por darte gusto asi,
cojo la pluma y escribo.

Mas si en vez ¡ay! de contento
dicen mis versos pesares,
es, niña, que los cantares
viven con el sentimiento.

Es que cuando el pecho vaga
tras la dicha que se fué,
se va extinguiendo la fé,
como una luz que se apaga.

¿A qué quieres mis canciones,
ni que yo el alma te hiera
poniendo en la hoja primera
mis últimas ilusiones?

Ojalá nunca tu calma
roben mis pobres congojas,
ni encuentres en estas hojas
el desencato del alma,

Pues en mi dolor profundo
llorando esperanzas solas,
cruzo intranquilo las olas
en las borrascas del mundo.

Y si dolores y enojos
el mundo á sufrir me obliga,
¿cómo quieres que no diga
que son divinos tus ojos?

Son niña para tí agravios
que diga tan solo al verlas,
que vierte tu boca perlas
sobre el carmin de tus lábios?

¿Qué en esa frente serena
que el alba regó con flores,
su aroma con sus primores
deja la blanca azucena?

¿Qué en esos límpidos tules
que tus pestañas adornan,
los rayos del sol se tornan
como tus ojos azules?

¿Qué en esa cándida tez
que bordan dorados rizos,
dibuja con sus hechizos
la luna su palidez?

¡Pero aunque el alma ferviente
te rinda su admiracion,
creerán que mi corazon
dice la verdad que siente!

¡Creerán que la nube oscura
que sobre mi frente flota
se pierde en el viento, rota
al brillo de tu hermosura!

¡Que el cansancio que consume
mi vida en su incierto paso,
pueda disiparse acaso
ante tu rico perfume!

No, mujer: el alma mia
tiene su espíritu muerto,
porque el mundo es un desierto
para el que llora, María.

¿A qué quieres mis canciones
ni que yo el alma te hiera,
poniendo en la hoja primera
mis últimas ilusiones?

Mas quieres, no sé el motivo
que escriba el primero aquí,
y por darte gusto así,
cojo la pluma y escribo.

Madrid y Junio de 1867.

¡EN SUS CUATRO AÑOS!

Á MI HIJA PAZ.

Niña que vives
pura y hermosa
como una rosa
de Jericó,
Que tus alegres
años risueños
pasar en sueños
contemplo yo.

Besa tu frente
plácida brisa,
dulce sonrisa
baña tu faz,
El aura juega
con tus cabellos,
tus ojos bellos
duermen en paz.

Al cielo alegras
con tus hechizos,
tus aureos rizos
robas al sol,
Prestas encantos
á los querubes,
pintas las nubes
con tu arrebol.

Si allá en la altura
de la tormenta
la voz violenta
llegas á oir,
Y mientras silban
los huracanes
¡ay! los volcanes
sientes rugir,

Jamás tus ojos
de miedo lloren,
jamás imploren
niña, piedad,
Porque tu cuna
libre de pena,
siempre serena
la tempestad.

Nunca tus lágrimas
rieguen tu lecho,
aunque tu pecho
sientas gemir.
Ni amarga pena,
paz inocente,
nuble inclemente
tu porvenir.

Que si la vida
sufre en su aurora,
suspira y llora
la juventud.
Nunca se pierde
niña, la calma,
pues muere el alma
con tu virtud.

Madrid, 1864.

A UNA NUBE.

AL APRECIABLE ESCRITOR D. JUAN PEREZ DE GUZMAN.

¿Por qué tu frente escondiendo
entre tus negros crespones
por las etéreas regiones
pasas, oh nube, corriendo?

¿Por qué tu triste cendal
dó el sol candente se apaga,
incierto y rápido vaga
á impulsos del vendabal?

¿Por qué al estruendo bravío
de la azarosa tormenta,
hermoso el iris se ostenta
sobre tu manto sombrío?

¿Por qué al cruzar por la esfera
á veces sin rumbo y sola,
tus girones tornasola
el sol con su cabellera?

¿Por qué cuando te retrata
el mar en sus claras ondas,
arrastras tus ricas blondas,
sobre sus linfas de plata?

¿Por qué al trepar por la sierra
velando el bosque y el rio,
derramas fresco rocío
sobre el calor de la tierra?

Detente, nube, un instante
si puedes volverte atrás,
y oye al que cual tú, quizás
va por los mundos errante.

Tú, que caminas en calma
sobre volcanes hirvientes,
que acaso callas y sientes
las tempestades del alma.

¡Quién sabe si ese turbion
que tus entrañas congela,
será el luto que revela
la hiel de tu corazon!

¡Quién sabe si ese rocío
que se arranca de tu frente,
será de un alma doliente
el llanto pausado y frio!

¡Quién sabe si cuando oscila
tu ropaje fugitivo
será el dolor convulsivo
que tu existencia aniquila!

¡Quién sabe si cuando en brazos
del huracan pasas rota,
es que tu espíritu flota
por el dolor en pedazos!

Detente, nube, un instante
si puedes volverte atrás,
y oye al que cual tú, quizás
va por los mundos errante.

Tú, que al son de los cantares
que el viento lanza en las rocas,

arrancas tus blancas tocas
al aliento de los mares,

Tú, que recorriendo climas
estrechas los horizontes,
tú que del pié de los montes
á los cielos te sublimas;

Tú, que con paso violento
el cóncavo espacio mides,
que al mar sus brumas le pides
y pides alas al viento;

Tú, que en revuelta espiral
ó ya en forma de guirnaldas,
le ofreces en tus espaldas
al águila pedestal;

Tú, que robando las galas
que ostenta el mundo sereno,
el relámpago y el trueno
llevas flotando en tus alas;

Tú, que en tu sombra reflejas
del sol el trémulo paso,
que vas recogiendo acaso
lágrimas, himnos y quejas,

Dime si del aire hermana
irás y vendrás incierta,
ó sí, para siempre muerta,
ya no volverás mañana.

¡Ah! tu silencio responde
que no sabes tu destino,
y yo... como tú, camino
tambien sin saber á donde.

Madrid, 1869.

LA FÉ PERDIDA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA DOÑA RAFAELA DIAZ DE MORALES DE RAMIREZ DE ARELLANO.

Triste y marchita la abrasada frente,
herida el alma de dolor impío,
mi pasado refleja en el presente
y ni una queja al porvenir envio.

Como la flor del árido desierto
que el rico aroma en soledad consume,
así mi corazon pálido y yerto
evapora en el pecho su perfume.

Para el que en muerta soledad sombría
pobres recuerdos que se fueron llora,
¿qué es de la vida el venturoso dia?
¿qué es ese sol que el horizonte dora?

Son ilusiones que se van perdidas,
reflejos de tristísimos dolores,
vagas memorias, esperanzas idas,
gastada juventud, marchitas flores.

Así pensaba, y de infeliz destino
iba siguiendo la infecunda huella,
cuando en mitad del áspero camino
hirió mi frente divinal estrella.

Su relumbre pura despertó mi sueño
y trajo la verdad á mi memoria;
ví el porvenir aparecer risueño
y entre sus rayos relumbrar la gloria.

Ví el mundo lleno de explendentes galas,
las puertas entreabrir de sus palacios,
tendiendo inmensas sus brillantes alas
sobre el flotante tul de los espacios.

Llevé mi mente tras su dulce halago
tornando al alma su placer ya muerto,
y en las borrascas del mundano lago
encontré en su amistad seguro puerto.

Por eso cuando admire en mi camino
la flor de su virtud llena de vida,
vos, señora, os diré, contra el destino
al alma me volveis la fé perdida.

Córdoba, 1859.

¡ES TAN BONITA!

HABANERA.

(Música del maestro Cruz Abad.)

Niña adorada,
de lábios rojos,
de negros ojos
y blanca tez,
La de la frente
como la rosa,
la de la hermosa
boca de miel.

Si tú te meces
como las flores
¡ay! sin que llores
jamás de amor,
¿De qué te sirve
que nunca penes,
si al fin no tienes
ni corazon?

El aura besa
tus blondos rizos,
con tus hechizos
se adorna el sol,
En tus megillas
la gracia flota
y el iris brota
de tu color.

¡Es tan bonita!
dice la gente
al ver riente
tu juventud;
¿Y es tan ingrata!
mi pecho llora
ante la aurora
de tu virtud.

Blanca azucena
cual las espumas,
¡ay! que perfumas
mi corazon.
¿Por qué en tus verdes
hojas divinas
tan solo espinas
halló mi amor?

Vete, alma mia,
y en tus enojos
nunca tus ojos
claves en mí;
Si tú no sientes
lo que he sentido,
Dios ha querido
que pase así.

Madrid, 1866.

MIS SUSPIROS.

Tú sabes si alguna vez amas, que siempre queda un resto de fuego en el fondo del alma, aun cuando se crea que todo está apagado.

LAMARTINE.

¿A dónde vais, muertas flores,
de un corazon sin encanto...
hijas de heridos amores,
nacidas entre dolores
regadas solo con llanto?

¡Pedazos de lava hirviente
lanzados por la pasion
de un sentimiento inclemente...
recuerdos ¡ay! de la mente,
que rasgan el corazon!

¿A dónde vais de amargura
medroso y pálido emblema,
ecos de incierta ventura,
fuego, que con llama impura
el alma y los lábios quema?

¿Por qué con loca imprudencia
en el dolorido lecho
verteis del pesar la esencia
despues que arrancais del pecho
las flores de la inocencia?

¿Por qué las almas serenas
tornais en lagos sin calma
en arroyos sin arenas?
¿Por qué nuncios de mis penas
os echa al espacio el alma?

¿Por qué roncos y apenados
rompeis las entrañas mias
en donde vais encerrados
para morir desalados
en polvo y cenizas frias?

¿A dónde llevais la huella
perdidos en lontananza,
mientras que dejais tras ella
pobre y moribunda estrella
al cielo de mi esperanza?

¿A dónde vais revolando
del corazon á despecho
por ese mundo cruzando,
escapados de mi pecho
que os mira partir llorando?

¿A dónde volais ligeros
de mi combatida calma
invisibles mensageros,
relámpagos pasageros
de las tormentas del alma?

¿A dónde vais ilusiones
en humo ya convertidas,
del alma postreros dones,
melancólicas canciones
que lleva el aire perdidas?

¿Vais por ventura en tropel
buscando el dorado lecho
que oculta tras su dosel
la mujer que abrió su pecho
para guardaros en él?

Es tarde: como el aliento
tan solo la vida os dió
la mujer cambió al momento;
al ver que erais solo viento,
como el viento se volvió.

Por eso, si en triste hora
á besar en raudos giros
vais su frente seductora,
huid, mis tiernos suspiros,
de aquella mujer traidora.

Que si tan fragil cimiento
quereis á mis dichas dar
ahogando mi sentimiento,
solo alcanzareis fundar
débil castillo en el viento.

Vereis que al dolor ageno
aquel corazon helado,
guarda en su fondo el veneno
que os emponzoñó el pasado
al descansar en su seno.

Mas vereis su fé inserena
del remordimiento esclava
llorar en triste cadena,
que empieza siempre la pena
donde la virtud acaba.

Así, no corrais deprisa
del aura al impulso leve
tras su graciosa sonrisa,
que ya no os roba á la brisa
su linda boca de nieve.

Por eso si en triste hora
á besar en raudos giros
vais su frente seductora,
huid, mis tiernos suspiros,
de aquella mujer traidora.

Madrid 8 de Setiembre de 1868.

EN EL ALBUM

DE LA

SEÑORITA DOÑA TERESA ZIRIZA.

¿No ves que henchida de mortal congoja
el alma acaso que soñó placeres
te va á manchar la perfumada hoja
do pobres versos que te ponga quieres?

¿Por qué en un libro donde solo existe
el plácido fulgor de tu alegría,
pretendes encontrar la nube triste
que empaña el sol de la esperanza mia?

¿Por qué entre la verdad de los cantares
de nobles vates explendente gloria
la sombra quieres ver de mis pesares,
donde se envuelve mi pasada historia?

¡Por qué en el lienzo á quien le presta encanto
la rica inspiracion de tus pinceles,
quieres hallar mi dolorido canto
y enlazarlo al floron de tus laureles?

¡Ah! no perdona: son de mi existencia
vagos recuerdos que hasta el alma hieren,
mas que al férvido sol de tu inocencia
prestos se van y para siempre mueren.

Yo he surcado la vida entre dolores,
y aunque mi fé jamás se restituya,
guardo en el pecho perfumadas flores
para hermosa virtud como la tuya.

Nada te importe que mi voz doliente
infunda al corazon triste querella,
mientras que rosa divinal tu frente
al cielo eleve su corola bella.

Mas si al recuerdo de mi acerbo llanto
alguna vez tu corazon se enoja,
maldice el eco de mi torpe canto
y arranca al libro la importuna hoja.

Córdoba, 1860.

DESDE LA TIERRA AL CIELO.

Á LA SEÑORA

DOÑA DOLORES BENAVIDES DE VARGAS

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

¡Qué elocuente es el silencio de la tumba. Las lágrimas de un padre son un hermoso prisma que le acerca á Dios.

El Conde de Torres-Cabrera.

¿Quién apagó la sonrisa
sobre tu boca inocente?
¡quién arrancó de tu frente
el fresco y puro carmin?...
¿Quién disipó de tus ojos
la blanca luz de su encanto?
¿quién riega tu faz con llanto?
¿quién llora, niño, por tí?

¿Por qué, muerta la esperanza
que en humo el destino trueca,
te vas, cual la flor ya seca,
sin hojas y sin color?...
¿Por qué en tus tiernos albores
el alma ya no palpita
y destrozada y marchita
su rico aroma perdió?...

¿Por qué nubes y pesares
tus mústias sienes coronan,
y en tus ojos se amontonan
ilusiones que se van?
¿Por qué, cual luz moribunda
que triste se va apagando,
las tintas se van borrando
que matizaban tu faz?...

¿Por qué, dejando en tu cuna
eterna fuente de penas
buscas las horas serenas
de un mundo, niño, mejor?...
¿Por qué tu pecho ya helado
de vida y de luz desierto,
conserva en su fondo muerto
tu pálido corazon?

¡Ay! es la muerte implacable,
que bebe en su raudo giro,
el ronco y postrer suspiro
de tu existencia infeliz.
Es la parca, que sedienta
de romper dichas y galas,
ha plegado ya las alas
de tu hermoso porvenir.

Calla, madre, no suspires;
tu corazon dolorido
no llore el bien que se ha ido,
para no volver jamás.
Que en el páramo sombrío,
que el mundo viste de nubes,
no se paran los querubes,
que al cielo volando van.

Tu eres jóven y eres madre;
por eso en tu amor ferviente
sus tintas roba á tu frente
la tormenta del dolor.
Por eso tu faz divina
sin frescura y sin colores
va muriendo, cual las flores
á los reflejos del sol.

No llores: nunca tus ojos
brillen con luz apagada
ante la estela azulada
que sobre el viento se ve.
Que si tus sueños mundanos
traspasan ese ancho velo,
verás la senda del cielo
por donde sube la fé.

No llores, madre, las almas
que cruzan amargas horas,
entre brillantes auroras
aduermen su corazon.
Que en el áspero sendero
de nuestra azarosa vida,
la esperanza mas perdida
revive, como la flor.

Tú, que en tu pecho cristiano
conservas la fé inmarchita,
que una memoria bendita
llevas arraigada en él;
¿Por qué con tu amargo aliento
anublas la frente triste,
llorando el alma, á quien diste
la otra mitad de tu sér?...

Si tu mente dolorida
en su amanecer risueño
de sus amores el sueño
vió destrozado vagar;
Así verás la azucena
que abrió hermosa á la alborada
á la tarde deshojada
en alas del vendabal.

Hácia esa encantada esfera
torna los ojos con llanto
verás el celeste manto,
púrpura de redencion.
En él un ángel sonríe,
que con su aliento divino
va sembrando tu camino
de flores de bendicion.

Llora, si pueden tus lágrimas
refrescar tu pecho hirviente;
si las huellas de tu frente
el llanto puede borrar.
Si á tu corazon cansado
puede serenar la pena,
como el íris, que serena
las tempestades del mar.

La madre que triste llora
sobre la cuna vacía
en donde guardara un dia,
la prenda que mas amó,
Al robar á sus entrañas
aquel dolor que las quema,
escribe tierno un poema
con los besos de su amor.

Tras las nieblas perfumadas
que al mundo tienden un velo
brilla refulgente el cielo,
antorcha de la verdad.
Allí el último cariño
eleva en tu puro aliento,
y arroja un suspiro al viento
que el viento lo llevará.

Himnos y quejas la brisa
lleve en lánguido gemido,
cual desmayado latido
del doliente corazon.
Que en el cielo bendiciendo
tus puros dulces amores,
ceñirá tu sien de flores
tu Arcángel de salvacion.

Córdoba y Mayo de 1860.

GUADALQUIVIR.

HABANERA.

(Música de la señora Doña V. O. de M.)

A LA SEÑORITA DOÑA CONCEPCION MONTILLA.

Allá en la orilla
del claro rio
donde el rocío
llora en la flor,
Del rico Bétis
en las arenas
yo tuve penas
yo tuve amor.

Con mí esperanza
llorando á solas
busco en tus olas
dicha y virtud;
Porque del alma
que no te olvida
eres la vida
tan solo tu.

Cuando en la tarde
triste y serena
con honda pena
lloro por ti.
Le digo al viento
con un gemido:
¿dónde te has ido
Guadalquivir?

Entre tus brisas
consoladoras
alegres horas
ví resbalar,
Mientras mi dicha
se fué inconstante
cual nube errante
sobre la mar.

Junto las brisas
del Manzanares
ya mis pesares
siento crecer,
Y nunca olvido
tus primaveras,
ni tus palmeras
ni tu placer.

Quiero en tu orilla
buscar risueños
los dulces sueños
de mi ilusion,
Que en ella tengo
con mis amores,
preso entre flores
mi corazon.

Madrid, 1867.

EL RELOJ.

BALADA.

Melancólico tañido
triste como nuestra pena;
eco vago y dolorido
que en el corazon resuena
como lúgubre gemido.
En su carrera liviana
cada paso roba un dia
á nuestra existencia vana,
y mata nuestra alegría
la voz tétrica, sombría
de una campana.

Corre el hombre hácia el ocaso
por alcanzar la ilusion
que fuera su sueño acaso,
y va siguiendo su paso
triste y fatídico son.
Y á veces antes que olvide
la incierta suerte inhumana
que su porvenir decide,
con ronca voz y cristiana
su pobre existencia mide
débil campana.

Llora desgraciado sér
de amarga vida fatal
el eterno padecer,
y siempre el génio del mal
le va robando el placer.

Y cuando hermoso y riente
en primaveral mañana
el sol alegra su frente,
de horrible muerte temprana
le aterra el doble imponente
de una campana.

Calma el pecho sus dolores
tras una ilusion querida
sublime prenda de amores,
y allí vierte de su vida
las hermosísimas flores.
Mas cuando piensa lejana
esa sentencia maldita
que hiere al que mas se afana,
su flor sucumbe marchita
mientras que zumba y se agita
triste campana.

Dulces recuerdos que ayer
el alma alegre besó,
se fueron como el placer
heridos por el poder
de un misterioso reló.
¡Todo ilusiones perdidas,
nombres, que la muerte allana,
glorias para siempre idas
como la niebla liviana;
sombras por el eco heridas
de una campana!

Córdoba, 1858.

SERENATA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA DOÑA JUANA UCLÉS DE VARGAS.

Si las penas del alma
gastan la vida
de ilusiones matando
la flor querida,
Queda el consuelo
que al fin las ilusiones
vuelan al cielo.

Como la estrella que en lontananza
triste entre nubes se oscureció
cuando tormenta rugiente avanza,
así la rosa de mi esperanza
dentro del pecho se marchitó.
Como la tarde triste y sombría
que muere al silbo del huracan,
como los ecos de la agonía,
asi los sueños del alma mia
por esos aires perdidos van.

Azucena dichosa
flor ¡ay! del cielo,
sílfide misteriosa
de mi consuelo,
Abre tu reja
y escucha enamorada
mi triste queja.

Como del alba los resplandores
pasan los rayos de la ilusion,
como el recuerdo de los amores

como el perfume que dan las flores
se van las glorias del corazon.

Niña de negros ojos
luz de alegría,
endulza los enojos
del alma mia.
Con ricas flores
el cáliz engalana
de mis amores.

Si encantados placeres
soles risueños
alimentan la vida
con sus ensueños,
Sal sin tardanza
y los tallos reanima
de la esperanza.

A tí, sultana bella,
si me escucharas
los ecos van volando
de mis cantares.
Al mundo entero
diré al son de mi guzla.
cuánto te quiero.

Así cantaba un doncel
á la reja de una hermosa
de alma insensible y cruel,
cuando cayó junto á él
una lindísima rosa.
Al punto se abalanzó
sobre ella como el milano
que blanca paloma vió,
pero al tomarla en la mano,

la rosa se deshojó.
Y mientras triste y ligera
marchita la flor volaba
del huracan mensagera,
á una mujer se escuchaba
cantando de esta manera:

«Puras y alegres nubes
pasan volando
y las dichas del alma
se van llevando,
Queda el consuelo
que al fin las ilusiones
vuelan al cielo.

Como esa fresca rosa,
puros risueños
de la vida y del alma
son ¡ay! los sueños,
Más los amores,
al tocarlos se secan
como las flores.

Si tu dicha y tu gloria
por suerte he sido,
para amores tan puros
tengo... el olvido.
Yo al mundo acato,
y el mundo con los buenos
es siempre ingrato.»

La ventana se cerró,
y el jóven que ardiendo en ira
á impedirlo se lanzó,
cuando burlado se vió,
maldijo y rompió su lira.

Córdoba, 1857.

ÚLTIMAS LÁGRIMAS.

AL CANTOR DEL MAR, Á MI AMIGO Y PAISANO GRILO.

No hay cosa que mas pronto
se enjugue que las lágrimas,
FR. LUIS DE GRANADA.

Mis párpados hoy abrasa
blanca perla de rocío
como gota que en estío
arroja la tempestad.
Es de un recuerdo pasado
la historia triste y sombría,
de un alma gastada y fria
dura memoria quizá.

Recuerdo de venturanza
que un mar ahogó entre sus nieblas,
luz que se tornó en tinieblas,
bien que en mal se convirtió.
Horas que hermosas cruzaron
como el sepulcro serenas,
glorias al pesar ajenas,
que un desengaño mató.

Alma que rompió del alma
el lazo de amor profundo,
alma que acaso en el mundo
fué á mi ventura fatal.
Tras de tí mi pensamiento
sigue veloz y sombrío,
así como corre el rio
á sepultarse en el mar.

¿Por qué buscar en la tierra
la gloria que el alma ansía,
si siempre en su sombra impía
se oscurece el porvenir?
¿Si en sus mares procelosos
tristes los recuerdos vogan,
y las venturas se ahogan
y encuentran las dichas fin?

¡Adios!... Vive muy dichosa,
sin fé, sin goces, sin vida;
las ilusiones olvida
que te halagaron mujer,
Arroja tu sentimiento
como un recuerdo perdido;
en el rio del olvido
hunde las glorias de ayer.

Sigue esa senda espinosa,
tumba de la flor del alma;
respira en plácida calma;
escúdate en la virtud.
Los hijos del sufrimiento,
del mal tras la horrible huella,
si encuentran alguna estrella
siempre han de hallarla sin luz.

Si llegasen á tu mente
memorias de alegres dias
y en ellas lágrimas frias
de un tiempo que ya pasó,
Al ver marchitas las flores
de un recuerdo moribundo,
sabe, que aunque está en el mundo,
aquel recuerdo murió.

Si en tus sueños mas hermosos
oyes acaso un gemido;
y entre las sombras perdido,
sientes un ¡ay! revolar,
Nunca el dolor su corona
á tu blanca frente ciña
porque las lágrimas, niña,
corren sin mirarse ya.

Si en tu encantado horizonte
y en las horas de contento
los ecos te lleva el viento
del arpa del trovador,
Torna el pecho indiferente,
é indiferentes los ojos:
que ya sé que los abrojos
nunca se truecan en flor.

Si el alma enferma que llora
en tu pecho dolorido
con apagado latido
oye los suspiros ya.
Nunca en su trance postrero
busque esperanzas risueñas;
que el llanto que tu desdeñas
ni en tus cenizas caerá.

Mas si te atormenta un dia
del pasado la memoria,
y lloras la pobre historia
que escribiera tu traicion:
Tu ingratitud no refleje
la fé de falsos amores,
ni pidas que broten flores
en el muerto corazon.

Córdoba, 1857.

QUEJAS.

Á ENRIQUETA.

Hoy triste la amargura
pruebo de su rigor despiadado:
y de mi desventura
con el peso agobiado
sin esperanza peno desdichado.
GUILLEN BUZARÁN.

Sientes el pecho de dolor transido
que ya no exhala el perfumado aliento;
¿é intentas arrancar de su latido
plácido acento?

Ya no palpita: como flor sin hojas
que rueda en alas de huracan bravío,
así tu corazon por mis congojas
se arrastra impío!

Tu fé gastada, tu ilusion marchita
llevan el timbre de la muerte impreso:
¡ay! ni en tus lábios para mí palpita
su último beso!

Tus flores se tornaron en abrojos;
¡y ni el amor en tus entrañas arde!
cuando broten sus lágrimas tus ojos
será ya tarde.

Sobre tu frente lánguida resbala
la brisa un beso en su amoroso giro,
y ni tu ingrato corazon exhala
leve un suspiro.

Y yo te amaba: y en mi mente loca
para mi casto amor pintaba un cielo;
¡ay!... ilusiones que vistió tu boca
de amargo duelo.

Diste calor al sentimiento mio
y mentiste á mi amor dulces amores,
reanimando mi sér, como al rocío
las tiernas flores.

¿Aquel pérfido ayer no lo recuerdas
que eterno llanto á mi dolor inspira?
¡que así memoria y sentimiento pierdas!
¡cuánta mentira!

¿Y esa es la dicha que el amor encierra
hiriendo al alma en su pesar profundo?
¿es esa la verdad que hay en la tierra?
¡Ese es el mundo!

EN LA ULTIMA HOJA DEL ALBUM

DE LA SEÑORITA

DOÑA ISABEL CRUZ Y JIMENEZ.

Deja que oscura mi vida
en su camino de hiel,
busque en tu libro, Isabel,
esta página escondida.

Pobre flor que el viento arroja
sobre arenoso desierto,
deja que su cáliz muerto
lo llore en la última hoja.

Dirás que las hojas blancas
nunca alimentan dolores;
en ese caso no llores,
sino las hojas arrancas.

¿Por ver tus ojos serenos
quién alienta su egoismo,
no valdrá el album lo mismo
con una página ménos?

¡Qué importa, dí, que mi canto
se pierda roto y desecho,
si así se libra tu pecho
de amargas horas de llanto!

Corazon que nunca llora
guarda virginal cariño...
¡qué es tu corazon de niño,
mas que una flor en la aurora!

¡Qué es tu frente angelical,
al mundo apénas despierta,
más que una rosa entreabierta
por el aura matinal!

¡Y yo que entre desengaños
devoré tristes pesares;
yo, que lloré en mis cantares
desde mis primeros años!

Yo, que al ver en sus arenas
rasgado mi porvenir,
contaba al Guadalquivir
la intensidad de mis penas,

¿Puedo entre alegres canciones
ahogar mi acerbo dolor
ni prestar vida y candor
á tus tiernas ilusiones?

¿Puedo en tus frescos abriles
que alientan áureas mañanas,
verter las flores lozanas
de mis años juveniles?

No, Isabel; todo pasó:
mis ilusiones volaron;
mis flores se marchitaron;
mi coraron se secó.

Mas si creciendo tus años
llegas á mujer un dia
y acaso la historia mia
te recuerda desengaños;

La página al punto arroja
ántes que tu fé destruya,
y así á mi vida y la tuya
faltará la última hoja.

Madrid, 1866.

¡PARA SIEMPRE!

BALADA.

Á MI AMIGO EL CORRECTO ESCRITOR D. RAFAEL CONDE Y LUQUE.

La noche tétrica
sus nieblas fúnebres
tiende en las cúpulas
de la ciudad.
La luna diáfana
tras el crepúsculo
su frente nítida
mostrando va.

De viejas lámparas
la llama trémula
sombras fantásticas
tiende do quier.
Resuena el órgano
bajo las bóvedas
del templo gótico
de nuestra fé.

Yace en la cóncava
capilla lóbrega
cubierto un féretro
por el crespon.
Y voces lúgubres
vertiendo lágrimas
preces católicas
alzan á Dios.

De pronto el órgano
callóse súbito,
y del relámpago
la luz brilló.
Y al trueno horrísono
cruzaron ráfagas,
que hasta la atmósfera
se iluminó.

Y al triste y sonoro son
de la funeral campana
se escuchó una voz lejana,
al bramar del aquilon.
Pasos vacilantes, secos,
suenan tras violento empuje,
se oyen más cerca los ecos
y seda se arrastra y cruge.

De pronto angélica
bella figura,
rápida y pura
se arrodilló.
Y entre los místicos
roncos cantares
por sus pesares
triste lloró.

Su frente pálida
cual la azucena
nubla la pena
negra y cruel.
Mientras purísima
linda abrillanta
corona santa
su hermosa sien,

La aurora fúlgida
de la mañana
que en nieve y grana
baña su faz,
La tarde plácida
con sus colores,
que entre las flores
muriendo va;

La rosa aurífera
con sus carmines,
que á los jardines
presta placer,
El blando céfiro
que la onda riza
y se desliza
por el vergel;

Ménos expléndidos
son que la bella
triste doncella
ser ideal;
Que cuando lágrimas
vierte en su duelo
sembrando el suelo,
de perlas va.

De nuevo el cántico
vibró en las bóvedas
y tronó horrísona
la tempestad,
Y abriendo el féretro
sus puertas hórridas
con el relámpago
se vió la faz,

De un hombre cárdeno
de lábios lívidos,
de frente escuálida,
manchada tez,
En cuyos párpados
helada y túrbida
blanca una lágrima
seca se ve.

La hermosa que entónces vió
aquella faz demudada
do se refleja la nada
de cuanto en el mundo amó,
Alzó su rostro temblando,
fijó en la Vírgen sus ojos,
vaciló, cayó en hinojos,
y al fin esclamó llorando.

Madre del alma, flor de las flores,
del pecho herido vívida luz,
Vírgen hermosa de los amores,
faro sublime de la virtud.
Tú de los cielos radiante estrella,
plácida antorcha de nuestra fé,
casta paloma, que amor destella,
palma nacida junto al Eden.
Tú, la esperanza consoladora,
iris que calma la tempestad;
oye las quejas de la que llora;
sobre las perlas de tu cendal.
Siento erizarse ya mis cabellos;
mi triste vida toca á su fin,
dame tus brazos que muera en ellos,
quiero en tu seno, madre, morir.

Sonó un canto funeral

y pisadas silenciosas,
pasaron gentes llorosas
dando de dolor señal.
Y entre aquella multitud
entristecida y cuitada
pasó una cruz enlutada
y enlutado un ataud.
La mujer, que oyó quizás
aquel adios postrimero
que daba su amor primero
para no volver jamás;
Vaciló con paso incierto,
corrió sin saber á donde;
llamó y solo le responde
un eco que dice ¡muerto!
¡Ah! muerto! y cayó de boca
rodando sobre las gradas,
gritó, rió á carcajadas
lloró luego... estaba loca.

Las doncellas
que la vieron,
acudieron
en tropel.
Y en sus senos
la estrecharon
y besaron
con placer.

Pero al ver que no despierta
por más que en su amor la llaman,
horrorizadas esclaman:
¡madre! ¡madre! ¡muerta! muerta!

El sol flamígero
su cabellera

tiende en la esfera
clara y azul,
La aurora mágica
que perlas llora,
ya no colora
negro ataud.

Los valles áridos
cubren las flores;
ricos colores
brota el zénit.
Los mares férvidos
templan sus ondas,
y entre sus blondas
se oyen gemir.

Pulsan los ángeles
arpas divinas,
y en las neblinas
cantando van.
Y entre las cántigas
de su contento
bella en el viento
la niña va.

Lleva purísima
corona blanca
de la que arranca
blanco crespon.
Y mientras plácida
va sonriendo
vuela diciendo
¡Adios! ¡adios!

Sevilla, 1859.

LA SENSITIVA.

MELODÍA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA ANGELES CANTERO.

(Música de Don José Inzenga.)

¿Ves cuando el astro
de la mañana
pierde lejana
su última luz,
Que entre las sombras
del Occidente
cubre su frente
negro capúz?

Así del alma
la incierta vida
entristecida
ve el porvenir.
Y entre las sombras
de sus pasiones
sus ilusiones
siente morir.

Yo soy la rosa
de los jardines
que á los carmines
presta color,

Soy la violeta
que se consume
entre el perfume
de su candor.

Soy la paloma
que en la enramada
llora angustiada
su dulce bien.
Yo soy el aura
que entre las flores
por sus amores
llora tambien.

¿Ves cuando hermosa
la sensitiva
luciendo esquiva
sus galas va,
Que si la brisa
con ella juega
sus hojas pliega
llorando ya?

Así yo nunca
del manso viento
al suave aliento
me dormiré.
Y cuando bese
mi frente altiva,
la sensitiva
siempre seré.

Madrid, 1865.

Á D. LEOPOLDO CRÉSTAR.

Epístola.

Oye, Leopoldo!... Si con fé intranquila
sufres los golpes de la suerte airada,
que hiel amarga sobre tí destila,

El alma tuya morirá cansada,
sin que del sol el divinal reflejo
próvido alumbre su postrer jornada.

Yo en esa senda de dolor te dejo;
mas antes que te puncen sus abrojos,
quiérote dar mi postrimer consejo.

Rudas razones, sínceros enojos
acaso broten de mi tosca pluma;
mas clava en ella tus dolientes ojos.

Nada te importe que el dolor consuma
tu rica juventud: el hombre brota:
cual brota sobre el mar la vaga espuma.

Si acaso sientes que tu fé se agota,
y que en el túrbio mar de la agonía
tu porvenir oscurecido flota;

Sigue del mundo la espinosa via,
y en el rigor de tu pesar recuerda
que tu has cantado á la *Esperanza* un dia.

No esa esperanza para tí se pierda,
ni intentes avanzar por un camino
do luego la conciencia te remuerda.

Quien desespera al contemplar su sino
aunque despues la compasion demande,
se muestra siempre en el valor mezquino.

El hombre debe, sin que Dios lo mande,
aunque arrastre su mal desde la cuna,
mostrar al mundo corazon muy grande.

Y si mira caer una por una,
de hermosa edad las juveniles flores,
no maldiga jamás de su fortuna.

El consuelo buscar en sus dolores
debe tan solo en la quietud del pecho
y en el dulce raudal de sus amores,

De la amistad bajo el querido techo,
en el fulgor de la verdad cristiana,
y en el cariño del paterno lecho.

Fresca la rosa nace en la mañana,
y el sol candente del quemado estío
deja marchita su beldad temprana:

Dobla su cáliz cárdeno y sombrío,
y cuando sopla la nocturna brisa
renace al beso de vital rocío;

Así tu frente de la flor á guisa
inclina mústia ante el furor del suelo
mientras que su tormenta se divisa;

Y cuando estrella de feliz consuelo
el iris bañe la azulada esfera,
álzala pura contemplando el cielo.

Del hado el ceño tu valor no hiera:
que, al subir de la vida los peldaños;
sufre muy poco el que su cruz supera.

Yo, Leopoldo, he sufrido desengaños:
he cruzado la vida entre pesares,
y he envejecido en mis primeros años.

He derramado lágrimas á mares;
he maldecido la fortuna impía,
y he bendecido los paternos lares.

Amigos tuve y en infasto dia,
al abrazarlos con la fé más pura,
clavaron un puñal al alma mia.

Entre la niebla del pesar oscura,
y entre las ondas débiles del humo,
ví deshacerse mi mayor ventura.

Perdida la ilusion, ya me consumo
léjos del mundo, en mi retiro muero,
y en él mi dicha y mi placer resumo.

La luz radiante de fugaz lucero
hirióme el alma en su fatal partida,
rasgando el velo de mi amor primero.

Y aquella flor, para mi mal querida,
funesta llama de delirio impío,
guardó su aroma y marchitó mi vida.

Cual rompe el cáuce el agitado rio
de la tormenta al rebramar violento,
loco agitóse el pensamiento mio.

Llamé á la muerte en el primer momento;
lancé á la sociedad fiero anatema
y atroz venganza respiré sediento.

Mas ¡ay! el alma, del Señor emblema,
saliendo al paso de mi afan impuro,
tocó mi mente con virtud suprema.

Si ser cobarde, en infernal conjuro
envuelve nuestra dicha y la derrumba,
¿herir un siglo en él no lo hallas duro?

Jamás el hombre debe á la balumba
doblegarse del mal, aunque lo impela
al mismo borde de la negra tumba.

La fé es un ángel que incesante vuela,
espíritu de Dios, vírgen paloma,
que sigue al hombre y sus destinos vela.

Si alguna vez en tu carrera asoma
fiero el dolor, aunque jamás estalle,
acógete á la fé; bebe su aroma.

Do quier que el hombre en su naufragio encalle,
á donde quiera que sin rumbo vaya,
ha de encontrar de lágrimas un valle.

Más si, náufrago triste, no desmaya,
cuando el dolor su espíritu atormente,
podrá arribar á salvadora playa.

Un pobre *loco*, á quien mofó la gente,
surcó el Atlante como incierta sombra,
en pos de un mundo, que soñó su mente.

De plata y oro la nacion alfombra;
rinde á Isabel un mundo por trofeo,
y el nombre de Colon al orbe asombra.

A Copérnico sigue Galileo:
detiene al sol; pero al mover la tierra,
sufre el rigor de miserable reo.

La suerte vária de homicida guerra
hiere en Lepanto al infeliz *coloso*,
que veinte siglos en su mente encierra.

El Dante busca celestial reposo,
y halla á Beatriz cuyos amores canta
y el ser le inspira de su libro hermoso.

La edad moderna nace y se adelanta,
imperios derrocando y soberanos
á la voz de un Goliat que se levanta.

Más en sus planes al girar insanos,
la lira escucha que cantó á la *imprenta*
que anuncia el triste fin de los tiranos.

Oye, Leopoldo: el que obcecado intenta
hundir su historia en asqueroso cieno,
es hombre indigno de la fé que alienta.

El hombre debe proseguir sereno
la senda por do vá: que el tiempo es vário,
y de uno malo en pos, viene otro bueno.

Comprendo que en la cima del Calvario
perdona solo Dios á su enemigo
la cruz trocando en inmortal sagrario.

Más, por quien soy te juro, dulce amigo,
que el hombre generoso es el valiente
y es el valor de la virtud testigo.

Cuando tu pecho con trabajo aliente,
cuando el sufrir tu corazon taladre
y herida sientas tu abrasada frente,

Busca un consuelo que á tu pena cuadre,
el ángel busca que meció tu llanto,
los ojos vuelve á tu amorosa madre.

Yo en esas horas de mortal quebranto,
en que muere el espíritu sin calma
y llora el pecho su perdido encanto,

Dejo del mártir la dorada palma,
y busco la efusion de la terneza
de aquella madre á quien le debo el alma.

Hoy tu carrera sobre el suelo empieza,
y en él te espera la soñada historia
que puede consolarte en la tristeza.

Desecha del presente la memoria,
y si el amor tu corazon fecunda
busca tu bien en su esplente gloria.

Dios es inmenso, su virtud profunda
y á quien le invoca en su angustiosa pena
jamás lo deja que en el mal se hunda.

Cuando la voz de Jesucristo suena
Lázaro sale del sepulcro helado
y llora arrepentida Magdalena.

Despierta, pues, de tu afligido estado;
que aunque la gloria para tí no exista,
te queda un porvenir inescrutado.

La fé recobra, tu valor conquista,
crucen tranquilos tus dorados sueños,
y alegre tiende por doquier la vista;

Prados te cercan, fértiles, risueños,
claros arroyos, flores purpurinas,
lindos jardines, bosques halagüeños.

Del Bétis las corrientes cristalinas,
la gran mezquita, que en su frente enseña
del reino musulman tristes ruinas.

La tumba admira de marmórea peña
que guarda para siempre entre ceniza
altivos reyes, castellana enseña.

Si por ventura luego se desliza
por nave oscura tu inseguro paso,
verás un génio cuya sombra hechiza,

Y en cuya frente espléndido el acaso
de Urbino los laureles encadena
con las glorias magníficas del Tasso.

Si el alma espacias de recuerdos llena,
el eco oirás que el vendaval te arroja
de los cantos de Góngora y de Mena.

Tambien te aliviarán en tu congoja
de Herrera el atrevido pensamiento,
la inspiracion del inmortal Rioja.

Donde quiera hallarás gloria y contento
en este Eden donde lloró el profeta,
cuando su libro lo dehizo el viento.

En medio á la virtud que se respeta,
hay aquí una mujer en cada rosa,
y en cada corazon hay un poeta.

Alza la vista y la mirada posa
en esa sierra donde el sol se para
como en la gaya flor, la mariposa;

Esa corona virginal repara,
que á la sombra del pino y la palmera
para Córdoba Dios teje y prepara.

Entre riscos verás choza severa,
donde el anciano monge se consume,
cual flor que muere en soledad austera.

Soberbias casas do el placer resume
el encanto que el arte busca y crea,
unido á la beldad y á su perfume.

Allí verás que entre su falda ondea
rápido el humo en cenicienta nube,
de ochenta siglos matadora idea.

Y bajo el ala de gentil querube
las patrias de Lucano y del Divino
verás besarse entre el vapor que sube.

Si errante y desolado peregrino
te alejas hoy de nuestro patrio suelo,
á Córdoba recuerda en tu camino.

No interpongas jamás un negro velo
entre la duda que en el pecho hierve
y los séres que anhelan tu consuelo.

Tu corazon la gratitud conserve;
y si al latir concibe una venganza,
su grito acalle y su pasion reserve.

Una mujer su pensamiento lanza,
tras la nave, en que van sus ilusiones,
y la mira perderse en lontananza.

Cuando el trueno retumbe en sus regiones,
y se estrelle la mar en el bajío
á impulso de encontrados aquilones;

Cuando en lucha fatal caiga el navío
bajo un sepulcro de nevada espuma,
entre las olas del *Orzán* (1) bravío,

---

(1) *Orzán*. Ensenada al O. de la Coruña, cuyas olas siempre bravas y tormentosas, no puede surcar buque alguno.

Oirás acaso, con sorpresa suma,
un alma revolar con blando giro
entre los pliegues de la espesa bruma.

Sigue tu rumbo al paternal retiro;
mas cuando llore la mujer aquella
en pos de su dolor lanza un suspiro,

Tal vez olvides su infeliz querella;
quizás con alma y corazon de niño,
ni rastro dejes de su triste huella.

Mas si olvidas, Leopoldo, su cariño,
mi sentimiento unido con sus quejas
irán hasta las márgenes del Miño.

Si allí perdidos tus recuerdos dejas,
y buscas de otras flores la fragancia,
y otras pasiones á la vez reflejas;

En el puerto y jardines de *Brigancia* (1)
verás que el eco de traicion te insulta,
despues de atravesar tiempo y distancia.

En esas tardes, en que el sol se oculta
entre celajes de zafir y grana,
y el cantábrico mar su luz sepulta;

Cuando pienses aun ver de la romana
escuadra, las banderas triunfadoras
y de César la frente soberana;

En esas frescas y encantadas horas,
do acarician el alma enamorada
las brisas de la mar consoladoras:

---

(1) *Brigantia.* Coruña.

Cuando midas con lánguida mirada
la eterna inmensidad de su llanura,
que se mece en magnífica oleada:

Cuando contemples con filial ternura
la Hercúlea Torre, do se ven las huellas
del gran Trajano y de su edad impura;

Recuerda otros países y otras bellas;
recuerda tú otro sol y otros albores,
recuerda otro esplendor y otras estrellas.

Ten presente otras auras y otras flores,
otros juegos y fiestas y otra pompa,
otra gentil ciudad y otros amores.

Cuando el tropel de tus memorias rompa
el cáliz de paciencia y sufrimiento
y la altivez de tu valor corrompa,

Pon el rumbo hácia acá; rasgando el viento,
vuelve otra vez á nuestra amena orilla,
donde tiene su flor tu pensamiento.

Vuelve, sí, vuelve donde el astro brilla,
que hermoso puerto, en la tormenta insana,
ha de brindar á tu infeliz barquilla.

Aquí la gloria encontrarás mundana,
que trás el paso de enojosas lides,
vierte la paz sobre la vida humana.

Mas si el hado á vencer no te decides,
y te obliga á romper antiguos lazos
y que á Córdoba, en fin, llores y olvides,

Conserva mi amistad, hecha pedazos:
que solo y donde estés tienes, amigo,
mi pobre corazon, mis pobres brazos.

Si tengo yo un hogar, tienes abrigo;
si me toca un pesar, tendrás pesares,
si es un placer, lo partiré contigo.

Correremos la suerte y sus azares:
tú bebiendo mis glorias ó amarguras,
y yo la inspiracion de tus cantares.

Mas ya que á despertar voy tus venturas
á través del rigor de hados adversos,
quiero que, hermanas nuestras almas puras,
se junten para siempre en estos versos.

Córdoba, 1859.

¡ADIOS A LA JUVENTUD!

A MI SIEMPRE AMIGO EL FESTIVO ESCRITOR D. EDUARDO LUSTONÓ.

Los goces que en la niñez
nuestra ventura formaban,
los muchos años acaban
para trocarla en vejez.

T. RAMIREZ ARELLANO.

¡Muerta esperanza!... Desencanto frio!
pálida luz de porvenir incierto...
medrosa soledad, cielo sombrío,
marchitas flores, árido desierto.

Trémulo rayo de argentada luna,
que niebla melancólica sombrea,
lágrima triste que brotó en la cuna
y en el cansancio del dolor se orea.

Pobre quimera que llevó la mente
al vértigo final de su delirio,
que al extinguir la luz sobre la frente
destrozó el corazon bajo el martirio.

¿Dónde se fué la verde primavera
que mi vida alegró con sus mañanas,
el blanco armiño de mi edad primera
reflejo hoy ya de mis primeras canas?

¡Todo pasó!.... la enemorada brisa
no mece ya las juveniles flores;
los lábios apagaron su sonrisa,
y el alma para siempre sus amores.

¡Todo pasó!... la juventud, la vida,
se hundieron en la noche de los años,
y al triste rayo de su luz perdida
nacieron con su horror los desengaños.

Estrella que alumbrára mi camino,
á cuyo fuego revivió mi calma;
fuente que convidára al peregrino
que halló en tu lumbre la virtud del alma.

Límpido lago de cristal luciente
do el aura juega con su blanca espuma;
claras linfas de arroyo trasparente
que el lirio con sus pétalos perfuma.

Cándida rosa de beldad temprana
en los albores del amor nacida,
que tuvo de placer una mañana,
y de pena y dolor toda una vida.

Traidora niebla que nubló el encanto
mientras la dicha de amarguras llena,
que al alma dió para consuelo el llanto,
y al corazon para placer la pena.

¡Qué fué de aquella mágica esperanza
que acariciara mi cariño un dia,
cuando sin ver su muerte en lontananza
sus ricas galas la ilusion tendia?

¿Qué fué de aquellas encantadas horas
que arrancaron el bien de sus cenizas,
que tornaron en plácidas auroras
la luz del porvenir hecha ya trizas?

¿Qué fué de aquella rafaga de viento,
que al regarlo con perlas de rocio,
perfumó con la flor del sentimiento
casi al nacer mi corazon vacío?

¡Todo pasó!... la juventud, la vida,
se hundieron en la noche de los años,
y al triste rayo de su luz perdida
nacieron con su horror los desengaños.

Sí: ya la luz que en mis pupilas arde,
trémulo y débil su fulgor derrama,
mientras cubren las sombras de la tarde
del moribundo sol la enferma llama.

Muerta por siempre la ilusion de niño
á los ayes de lánguida congoja,
como á la mústia flor de mi cariño
la rompe el vendabal hoja tras hoja.

Muda y serena en incansable giro
la brisa por los ámbitos resbala,
donde recoje el postrimer suspiro
que el desmayado corazon exhala.

Cansado el pecho y rotas sus pasiones
no mira el alma en su entusiasmo ciego,
el presente cercado de ilusiones,
ni el pasado de lágrimas de fuego.

Y bórrase tambien de nuestra mente
de hermosos sueños la memoria vaga,
mientras el sol que iluminó la frente
el polvo helado de la tumba apaga.

Cierran los años con su saña aleve
los tristes ojos con tupido velo,
la frente ciñen con cendal de nieve,
y dan al corazon cuna de hielo.

Y ni el recuerdo del amor palpita
al beso impuro que estrechó sus lazos,
ni en las muertas entrañas resucita
ya la mujer que nos durmió en sus brazos.

Sueños, quimeras, glorias, ilusiones,
ahoga el corazon en sus gemidos,
perdiéndose entre roncas vibraciones
los ecos de sus últimos latidos.

Y al tibio rayo de nublada aurora
el alma herida en apenado lecho
el dolor que su espíritu evapora
deja la cárcel del doliente pecho.

Y el instante en que la luz perdida
torna en sombras sus vívidos fulgores,
dice á la muerte de su edad florida,
adios ¡ay! juventud! adios amores!

Madrid, 1865.

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORITA

DOÑA MANUELA DE PINEDA Y VILLALOBOS.

SONETO.

Troncha la rosa el ábrego iracundo,
envidioso tal vez de su hermosura;
y al robarle el color y la frescura,
la arrastra y hunde en lodazal inmundo.

Vuela su cáliz roto y moribundo
entre sus secas hojas, por la altura;
mas aunque muerta, en su corola pura
guarda su aroma que embalsama el mundo.

Así de muerte el huracan bravío
la flor primaveral de tu existencia
en cenizas tornó con soplo impío.

Mas al tronchar tu vida en su inclemencia,
como en la rosa, en tu cadáver frio
el aroma quedó, que es tu inocencia.

Baena, 1849.

MEDITACION.

EN LAS HUERTAS DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.

Á LOS SEÑORES DON GONZALO SEGOVIA Y DOÑA GERTRUDIS ARDIZONE DE SEGOVIA.

Allí dulces armonías
por el ambiente resbalan;
allí frutos y allí flores,
allí amor, y allí esperanzá.

TEODORO MARTEL.

Entre los juncos del fresco valle,
que de la sierra se abre en las faldas;
bajo cipreses que forman calle,
presas sus copas entre guirnaldas:

Junto al arroyo que serpentea
con su corriente murmuradora;
bajo la palma verde, que ondea
cerca del sáuce que mústio llora:

Entre las grutas de blancas rosas
por las que corre dulce cascada;
donde se duermen las mariposas
al tibio ambiente de la alborada:

Cerca del cerro que con sus cruces
van bendiciendo los cenobitas;
donde la aurora forma de luces
lámparas santas en las ermitas:

Viendo de lejos los torreones,
que historias guardan casi secretas,
de sus escombros en los montones,
de sus paredes entre las grietas:

Del negro monte sobre la alfombra,
que el alba tiñe con luz de grana,
le dá acostada bajo la sombra,
viendo de lejos á la sultana;

Viendo su alcázar entre las brumas,
que en ondas parten desde su planta,
que el Bétis borda con sus espumas,
mientras sus glorias pasando canta;

La santa Iglesia, que el alma enciende
con luz divina, viendo de lejos,
mientras que el ángel que la defiende
su altar irisa con sus reflejos:

Allí entre nubes, flores y aromas,
que el viento rompe con su oleaje...,
casi más blanca que sus palomas,
brilla una casa bajo el ramaje.

Y hay una torre, donde las brisas
los ecos roban á una campana,
mientras que cantan en sus cornisas
las golondrinas tarde y mañana.

Y allí hay un templo, do solitarias
suben las preces á los espacios;
donde se juntan en sus plegarias
humildes chozas con los palacios.

—

La mente allí se agiganta;
y á la inspiracion sujeta,
sus alas tiende y levanta
para decir: Ven, poeta,
y si sabes cantar, canta.

«Ven y tu pecho indeciso
se ensanche en ese lugar
á la inspiracion sumiso:
ahí tienes un paraiso;
canta, si sabes cantar.

»Si en ese florido suelo,
quizás trasplantado Eden
de los bosques del Carmelo,
buscas ángeles del cielo,
ángeles tienes tambien.

»Ven á este valle y respira
celeste ventura en calma
si á eso tu virtud aspira,
poeta, pulsa la lira,
si sientes y tienes alma.»

Cantaré en la amargura
de mi quebranto,
mientras flores y arroyos
riego con llanto.
Cantaré en calma
con placer en los ojos,
duelo en el alma.

Ese ciprés que ondula
tan solitario,
como lámpara triste,
del santuario,

Es un tributo,
que rinde á mi esperanza,
como él, de luto.

Esos lirios que engarzan
largas cadenas,
hojas moradas tienen,
como mis penas.
Esa amapola
es la imágen del alma
que gime sola.

Esa pobre violeta,
siempre escondida,
es el que yo he gozado
bien de mi vida.
Y esa palmera
el alma, que se mece
sobre la esfera.

La acacia los espacios
llena y perfuma
con sus flores, tan blancas
como la espuma.
Cual las que un dia
arrancaron las penas
al alma mia.

Los pintados claveles
de mil colores
son la expresion más viva
de mis dolores.
Como ellos hacen:
en tanto que unos mueren:
los otros nacen.

Esos blancos jazmines,
que el viento siega,

y al subir á las nubes
con ellos juega,
Son mis gemidos,
que van con sus recuerdos
ya confundidos.

La sensitiva muere
en sus albores,
cual la alegre mañana
de mis amores.
Las azucenas
son mi cariño muerto,
nacido apenas.

Las dálias, ostentando
sus tintas rojas,
reflejan en el cáliz
de mis congojas.
La pasionaria
es el pecho elevando
dulce plegaria.

Magnolias y camelias
de nieve y grana,
que á veces sólo viven
una mañana,
Cual mi fortuna,
hallaron vida y muerte
junto á la cuna.

En esos pensamientos
mústios, sombríos,
encuentro el desencanto
¡ay! de los mios.
Y el sauce triste,
mi corazon de luto
llorando, viste.

Flores los limoneros
secas arrojan,
y son mis ilusiones
que se deshojan.
Sus azahares
brotan amontonados
cual mis pesares.

Romperse de los vientos
entre las olas
nardos y melocadias
ven sus corolas.
Cual mis afanes
rompen entre sus olas
los huracanes.

En sus hojas espinas
guarda la rosa,
que punzan al que arranca
su flor hermosa.
Así en sus flores
guardaron siempre espinas
¡ay! mis amores.

Cantaré en la amargura
de mi quebranto,
mientras flores y arroyos
riego con llanto.
Cantaré en calma,
con placer en los ojos,
duelo en el alma.

Córdoba y Abril, 1871.

HIJA Y MADRE.

BALADA.

Á MI AMIGO Y COMPAÑERO CÁRLOS FRÍGOLA.

—¿Por qué en tus megillas deja
la muerte su sombra vaga?
—Porque mi vida se apaga
como ese sol que se aleja.

—Madre, ¿y volveras á aquí?
—¡Quien sabe!... tarde será.
—¿Pues ese sol que se va
no vuelve mañana, dí?

—Al partir, hija, del suelo,
encamino á Dios la huella.
—Pero ¿el alma?
—Es una estrella
que une la tierra y el cielo.

—¿Y si esa su lumbre vaga
se oscurece y no refleja?
—Eso es, niña, que se aleja;
pero la luz no se apaga.

—Ven, ven, no te vayas ¡ah!
¿Por qué tu frente desmaya?
—Deja, niña, que me vaya,
triste como el sol se va.

—Esas lágrimas hermosas
¿no enjugaré, madre mia?
—Sí, sí, cuando llegue el dia...
¡Hemos de ser tan dichosas!

—¿Te vas, madre? ¡Tú me engañas!
¡Palideces! ¿Qué te agita?
—¡Se va el sol!
—¡Madre bendita!
—¡Ven, hija de mis entrañas!

¡Madre! ¡madre!... ¡No respira!
¡Infeliz! ¡ay!... duerme ya.
Y la estrella ¿dónde está
madre de mis penas?
—Mira.
Dijo una voz de consuelo
aliviando su amargura:
Esa estrella es su alma pura
que va de la tierra al cielo.

Madrid, 1864.

LA ROMERIA.

AL ARROYO DE LAS PIEDRAS EL DIA DE LA CANDELARIA (1)

Al insigne escritor y consumado periodista D. Miguel Lopez Martinez.

Ya mil recuerdos evoco,
ya recurro á la memoria,
mas aunque me vuelvo loco,
no hallo sobre esto una historia,
ni una tradicion tampoco.

No ha quedado un cronicon
que de la fecha á la cruz,
no registre en mi aficion,
sin encontrar ni un renglon
que me preste alguna luz.

En esta escasez de datos,
y viendo que esto me cuesta
desvelos y malos ratos,
diré... que empezó esta fiesta
allá en tiempos de Pilatos.

No sueltes la carcajada
lector, si acaso sospechas
que es esto una bufonada,
pues te juro que las fechas
maldito si importan nada.

(1) Composicion que obtuvo el primer premio en el asunto de costumbres en los Juegos florales de Córdoba de 1862, consistente en un pensamiento de oro esmaltado y pedrería.

Así de esa Romería,
bonito tema que dan
para hacer esta poesía,
hablaré cual se hace hoy dia
y no en los tiempos de Adam.

¿De qué sirve en conclusion
que yo, al pintar esta escena,
diga que estuvo Bufon,
Sardanápalo, Sanson,
Pompeyo y Ana Bolena?

De nada: al punto á reir
se echarán ellos y ellas
sin que me valga el decir
que el mentir de las estrellas
es un seguro mentir.

I.

«Por ciudad de encantamiento
á Córdoba reputara
quien notase su bullicio,
quien oyese su algazara.»

Eso es del Duque de Rivas,
mas con mi historia se enlaza
y empiezo invocando un génio
de puras, brillantes alas.

Córdoba, ciudad hermosa
que con su cinta de plata
el Guadalquivir corona
despues que su manto baña,

La animan el movimiento
«de tan diversas comparsas,

de tan distintos vivientes,
de ocupaciones tan varias.» (1)

II.

Al rayar la primer lumbre
Que valles y cerros llena,
sale inmensa muchedumbre
del pueblo de Juan de Mena
siguiendo antigua costumbre.

Este dia como esplica
un autor que de ello trata,
á las madres purifica,
y al hijo mayor rescata
como el Levítico indica.

Mas no siendo necesaria
esta esplicacion hoy dia,
que el sabio es cosa ordinaria,
diré que esta Romería
sucede en la Candelaria.

III.

Apenas el sol colora
aquellas preciosas quintas
de la sierra encantadora,
y empieza á estender la aurora
sus hermosísimas tintas,

Apenas su luz refleja
en el cristal de la nave
que da abrigo á la corneja,

(1) Duque de Rivas.

y donde el aura asemeja
el tierno canto del ave,

Apenas el resplandor
del dia temblando asoma
concertando en su redor
el trino del ruiseñor
y el beso de la paloma,

Apenas el alba vierte
esas auríferas blondas
que dan á la noche mnerte,
y en ricas perlas convierte
del Bétis las claras ondas,

Apenas el manto umbrío
de la luna se evapora
del sol ante el poderío,
que al lirio enjuga el rocío
como á una mujer que llora,

Entonces, lector sucede
y no en visiones me apoyo,
que todo á la broma cede,
y apenas andarse puede
desde Córdoba al arroyo.

Aquí un caballo arremete
y salta con el ginete
que le oprime con la espuela,
allí va una carretela
que no la alcanza un cohete.

Allí un birlocho se vé,
aquí un tilburís atraviea,
allí corre un cabriolé,
hácia acá viene un bombé,
hácia allá va una calesa.

Muchachas de lindo empaque
cruzan que no las aborda,
ni la chaqueta ni el fraque,
arrastrando un miriñaque
como la campana gorda.

Pasan pollos calaveras
de esos que cuentan conquistas,
aunque no cuenten carreras,
azotes de las modistas,
terror de las costureras.

Cruza tambien la remesa
de gallos mudos, prudentes,
que se lanzan á una empresa
y chistan cuando la presa
la tienen ya entre los dientes.

Pasan señores muy bellos
que enseñan entre dos luces
las barbas y los cabellos,
y llevan al pecho cruces
por poco, mas grandes que ellos.

IV.

¿Quién puede contar la gente
que en confusa algarabía
llena el camino ese dia
contenta, loca, riente?

Sin que se sienta un desman
jamás sus pasos detienen
caballos que van y vienen,
coches que vienen y van.

Entre bromas y alegrías
animadas y resueltas,

allí caminan revueltas
las clases y gerarquías.

Amores, chistes, protestas,
flores, requiebros, refranes,
para damas y galanes
son el alma de estas fiestas.

No yendo la lengua en ocio
uno pisa, otro codea,
y todos llevan la idea
de hacer allí un buen negocio.

La gente tambien devota
del dios que habita entre parras
lleva panderos, guitarras,
y por supuesto la bota.

Y mientras que van andando
y los cantares no cesan,
cuando la bota no besan
van la vihuela rascando.

Así, sin otras molestias
que marchar un poco andando,
ya corriendo, ya saltando,
personas, coches y bestias
van al arroyo llegando.

V.

¡Quién en cuatrocientos versos
que exige la ley vigente
puede encerrar tanta gente
y tantos casos diversos!

Corre el arroyo entre yedras
juncos, almezos, rosales,

quebrándose sus cristales
en dura márgen de piedras.

Reparte allí sus aromas
sencilla violeta oscura,
y vienen de la espesura
lindas y blancas palomas.

Bellas, preciosas guirnaldas,
besan sus aguas divinas,
y crecen pinos y encinas
en sus pintorescas faldas.

Cercando su frente amena,
en confusos laberintos,
se ven por lados distintos
Córdoba y Sierra-Morena.

Pues bien, en ese lugar
de contento y alegría,
vive la gracia ese dia,
suele la dicha morar.

Detrás de un peñon convexo
que hace sombra por un lado,
comen de carne ó pescado
séres de distinto sexo.

Gente de mas posicion
allá da fuerza al estambre,
en tanto que espanta el hambre
con huevos, carne y jamon.

Allí, entre danza y chacota
un pavo toca á rebato,
todos comen en un plato,
y todos beben... en bota.

Allí por antonomasia
llaman á muchas, *mujeres*;
puesto que hallan sus placeres
haciendo al aire gimnasia.

Y al columpiarse al compás
de las que el juego jalean,
los curiosos curiosean,
y no necesitan mas.

Hay con todo quien se duerme
en medio de aquellas jaras,
teniendo al lado unas caras
que están diciendo *comerme*.

Sin árbol, piedra ni planta
hay un llano en una roca:
y ¡ay qué fandango se toca!
¡Qué malagueña se canta!

Uno, que el aire que sopla
lo echa al suelo sin trabajo,
graznando allí como un grajo
echa á volar esta copla:

«Me diñaste tres sopapos
y luego cinco guantás;
dame otro par de cá uno
y haremos cuenta cabal.»

Aplaudieron en monton
aquella caña de trueno,
diciendo muchos: ¡regüeno!
á impulsos del peleon.

Con un ardor incansable
mil pollos van de conquistas,
persiguiendo las modistas,
que es hoy el ramo esplotable.

Los escribientes incautos
van de sus niñas al quicio,
ó como dice el oficio,
cosidos siempre á los autos.

Soldados de buena traza
van allí con su belen,
porque á la virtud tambien
le gusta ya sentar plaza.

Debajo de algunas tiendas
hay reuniones singulares,
y de fiestas y cantares
pasan á juegos de prendas.

Estrecho el recinto á fé,
y lo alegre sobre todo,
hace que se clave un codo
ó bien que se pise un pié.

Y á veces se pierde pronta
una mano allí entre el juego,
que segun parece luego
no es una mano muy tonta.

¡Ay! recojiendo el vestido
dice una chica al galope,
temblando de que le tope
un sapo que allí ha salido.

Otra que corriendo sale
tras una mariposilla,
enseña una pantorrilla
bocato di cardinale.

Un borracho majadero
aquí dice á una coqueta:
«¿Quiosté salá que en la geta
hoy le repique el pandero?»

Y con los brazos cual aspas
á otra dice mas allá:
«Si juera osté una pescá,
¡jui, me la comia con raspas!»

En otro lado al insulto
siguen las manos en pos,
y se andan buscando dos
con las navajas el bulto.

Un grupo allí se destaca
de gente de fé raquítica,
que andan siempre en la política
volviéndose la casaca.

Allá otro corro vereis
de hombres en estremo finos,
que hablan de sus pergaminos...
¡paso al siglo diez y seis!

Varios en otro rincon
hablan de industria minera,
y hay quien ya en su piconera
ve una mina de carbon.

Allá cien chicas bonitas
tienen formado un consejo,
donde quitan el pellejo
á las ánimas benditas.

Hay pollos allí sentados
que si el frio se destapa
se pegan como una lapa
á las niñas de los lados.

Hay gallos allí á bandadas
de intenciones tan resueltas,
que á fuerza de idas y vueltas
traen las suegras escamadas.

No hay pesares ni querellas,
todos son cantos y danzas,
dar y matar esperanzas,
vivir ó morir con ellas.

Fandangos, bromas, jaleos,
requiebros, zambras y gritos,
promesas, guitarras, pitos,
cencerros, voces, paseos.

Todo sigue en este paso
que ningun disgusto altera,
hasta que el sol su carrera
acaba en el triste ocaso.

Entonces aquel conjunto
de bulla y amenidad,
hácia la antígua ciudad
pone la brújula al punto.

Todos, pues, se reconcentran,
y en revueltos torbellinos,
por diferentes caminos
y puertas distintas entran.

Unos de aciaga memoria
prosiguen por la Malmuerta,
otros entran por la puerta
que dá á Colodro la historia.

Otros la vuelta redonda
tal vez por su gusto dan,
y por otras puertas van
siguiendo toda la ronda.

Unos á pié, otros en coche,
se pierden entre la sombra,
mientras la ciudad alfombra
con sus tinieblas la noche.

Si hubo mas, ya mi memoria
no lo recuerda y lo siento;
porque se acaba mi cuento
y aquí paz y despues gloria.

Niñas hermosas, cándidas flores,
auras que vagan en torno mio,
lindas estrellas de mis amores,
de mi existencia fresco rocío,
Palmas que ondulan en los jardines,
lirios que alientan las alboradas,
gracias que envidian los querubines,
aves que viven enamoradas,
Rosas purpúreas que blanco armiño
envuelve en capas de oro y de nieve,
ledas sultanas dó mi cariño
ricas memorias de amores bebe,
Albas palomas de tierno arrullo,
cielos que nunca cierran su puerta,
garzas dormidas por el murmullo
que exhala el Bétis cuando despierta,
Vírgenes puras, plácido encanto,
fuentes de vida, mares en calma,
soles sin nubes, séres sin llanto,
perlas del pecho, flores del alma,
Si hoy el relato de pobre historia,
os toca, hermosas, el sentimiento,
dad al recuerdo de mi memoria,
grato el perfume del PENSAMIENTO. (1)

---

(1) El jurado que premió esta poesía se componia del duque de Rivas D. Juan Guillen Buzarán, conde de Torres Cabrera D. José Muntada y D. Agustin Gonzalez Ruano.

MIENTRAS DUERME.

A mi siempre amigo el apreciable literato D. Agustin Gonzalez Ruano, en la muerte de su hija Matilde.

CANCION.

La aurora plácida
con sus reflejos
mira á lo lejos
desparecer.
Y entre sus pálidas
tintas sombrías
pasar sus dias
con su placer.

Entre las ráfagas
del vago viento,
su pensamiento
siente volar.
Mientras que rápida
su triste vida
pasando herida
la niña va.

Sus ricos pétalos
con sus colores
visten las flores
de su virtud.
Mientras espléndida
con raudo vuelo,
busca del cielo
la eterna luz.

Blandos los céfiros
su faz no besan,
ni mustios cesan
de revolar.
Y aquellas lágrimas
de ojos tan bellos,
se ven en ellos
heladas ya.

Cantan las vírgenes
sobre su lecho,
mientras su pecho
llora al latir.
Nube purísima
su frente vela,
y alegre vuela
su alma feliz.

Ya entre los ángeles
vive de amores;
entre las flores
descansa ya.
Dice con júbilo:
venid á verme...
¡ay! mientras duerme,
¡callad, callad!

Madrid, 1865.

ÚLTIMOS ECOS DE MI LIRA.

Á MARÍA.

Muerta la fé de mi divino encanto,
marchita el alma que el amor inspira,
queden por siempre entre mi eterno llanto
roto mi corazon, rota mi lira.

(El autor á la muerte de su madre.)

Si vagas y perdidas
van mis canciones,
como el alma que vive
sin ilusiones,
El arpa mia
con sus últimos ecos
su adios te envia.

El llanto que ha vertido,
si lo recuerdas,
sus ecos ha apagado,
roto sus cuerdas:
Por eso advierte,
que es el cisne que anuncia
su triste muerte.

—

Calma tu mente, si llora inquieta
dulces recuerdos de lo pasado:
nunca en tu pecho deje el poeta
gratas memorias que él ha llorado.

Lánguidos ecos, vaga querella,
tiernos suspiros, pálida luna,
muerta esperanza, trémula estrella,
miro mecerse sobre mi cuna.

Nunca tu mente llore cautiva
sueños perdidos de sus amores,
cuando le arranque la sensitiva
rico el perfume con sus colores.

Garzos tus ojos, nunca en el llanto
la luz apaguen con sus destellos;
ni destrenzadas por el quebranto,
floten las ondas de tus cabellos.

Oye las brisas consoladoras,
que revolando sobre las flores,
como apenadas arpas sonoras,
llevan los ecos de mis amores.

Óyelas, niña, sin sentimiento,
y por su queja calla y suspira:
que ese gemido vago del viento
es que al romperse, llora mi lira.

—

¿Quién, ya mujer, el porvenir sombrío
en esperanzas é ilusiones trueca,
si caen las glorias en el pecho mio
como las hojas que el otoño seca?

¿Por qué tu frente, á quien le roba el dia
la nieve con que apaga sus colores,
quiere animar de la esperanza mia
las ya marchitas perfumadas flores?

Tú eres hermosa, cual la linfa bella
que alegre juega en el cristal del rio;
como la perla que en la flor destella
entre lágrimas puras el rocío.

Como el recuerdo que en el alma impreso
deja el primero y virginal cariño
de la bendita madre, que en su beso,
mundos de amores le regala al niño.

Tú eres hermosa, cual la flor querida
que nunca vió pasar la primavera;
como el aura feliz de nuestra vida,
que trae en sus alas la ilusion primera.

Como de incienso la tranquila nube
que cruza los espacios solitaria,
cuando la fé sobre sus ondas sube
á rendir ante Dios nuestra plegaria.

Y si eres bella, y tus radiantes ojos
nunca pagaron al delirio ofrenda,
déjame niña, que pisando abrojos,
siga en el mundo mi espinosa senda.

¡Y cómo quieres que en mi fé no cante
á la luz de tu amor, que me ilumina!...
¿Cruzára siglos con su gloria el Dante,
sin el amor de su Beatriz divina?

¡Ah! ya sin rumbo ni esperanza, acaso,
en el dolor que mi virtud quebranta,
alguna estrella encontraré en mi ocaso
que á Dios me lleve con segura planta.

Mas ¡ay! perdido el juvenil encanto,
marchita el alma que el amor inspira,
queden por siempre entre mi eterno llanto
roto mi corazon, rota mi lira.

—

¿Por qué las esperanzas
del alma mia,
nacidas en las flores
de Andalucía...
Por qué, alma pura,
reanimar has querido
con tu hermosura?

¿Por qué tantas quimeras,
recuerdos tantos,
renacen ante el brillo
de tus encantos?
¿Por qué en risueños,
convierte tu belleza
mis tristes sueños?

¿Por qué cuando ocultaba
mis largas penas,
soñando en las nativas
dulces arenas...
¿Por qué has querido
inspirarme ilusiones
que ya se han ido?

Déjame que bendiga
¡ay! tus hechizos,
como el aura que besa
tus blondos rizos:
Que aunque sin calma,
un trono á tus virtudes
pondré en mi alma.

Déjame que en mi pátria
triste me encante,
aunque sueños y amores
ya jamás cante.
Deja ¡oh María!
que el alma enjugue el llanto
que á tí te envia.

En las piedras y torres,
padron de gloria,
que guardan de otros siglos
brillante historia;
Horas serenas
pasé de dicha y lágrimas,
de amor y penas.

Bajo el ángel divino
que la defiende,
y á mi Córdoba hermosa
sus alas tiende,
Deja que pida
á Dios consuelos santos
para tu vida.

Déjame que á la sombra
de sus palmeras
recuerde de otros tiempos
dulces quimeras;

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCÍA

Que allí las flores
primeras ¡ay! brotaron
de mis amores.

Aquella tibia luna
de blanco armiño,
besó mi pura frente
cuando era niño;
Y el tiempo andando,
tambien mis ilusiones
fué acariciando.

Allí junto á las rosas
de sus praderas,
entre las frescas auras
de sus riberas,
Me acuerdo un dia,
¡cómo el sol de mi gloria
te ví, María!

Allí encontré la dicha
que hoy se derrumba;
allí busqué á mis padres,
y hallé su tumba;
Allí entre flores
los ángeles me quedan
de tus amores.

¿Por qué tantas venturas,
recuerdos tantos,
al reflejo reviven
de tus encantos?...
Porque las penas
hermanan en el mundo
las almas buenas.

Por eso tú, María,
que el llanto ¡ay! amas,
«hermano» cuando lloro
siempre me llamas.
Y en esas horas,
«hermana» yo te llamo
cuando tú lloras.

Mas si vagas, perdidas
van mis canciones,
como el alma que vive
sin ilusiones,
El arpa mia,
con sus últimos ecos
su «adios» te envia.

—

Mas, ¿qué te importa que jamás ya cante
al casto amor que en nuestro ser germina
si yo no soy para cantar el Dante
ni tú tampoco su Beatriz divina?

Si ante el candor que tu virtud esmalta,
donde mi vida su quietud recobra,
cuando á mi lira inspiracion le falta,
al corazon el sentimiento sobra.

¡A qué cantar ante la fe, María,
que dió á mi amor, para su eden, tus brazos,
y nuestras almas al fundir un dia
estrechó con dos ángeles sus lazos!

Me basta con la gloria de tu encanto
y la virtud que nuestra casa inspira;

por eso, deja que al secar el llanto,
rompa y arroje la cansada lira.

Es ¡ay! la lira que exhaló sonora
su primera cancion en tus hogares:
por eso deja que al romperse ahora,
te consagre sus últimos cantares.

Madrid y Octubre, 1871.

Á MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ. (1)

Mujer, hé ahí á tu Hijo.
(San Juan, *cap.* 19, *v.* 25.)

Á MI SIEMPRE ESTIMADO PRIMO

EL CORONEL COMANDANTE DE ARTILLERÍA

D. FÉLIX LLANOS DE LA TORRE.

Madre del Verbo afligida,
estrella siempre brillante,
sublime paloma errante
en los campos de la vida;
flor del Cielo desprendida,
de santo aroma fecundo,
amor inmenso, profundo,
que todas las almas llena;
íris hermoso, que enfrena
las tempestades del mundo.
Emperatriz soberana,
que, libre de humano encono,

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en el certámen literario de Gerona de 1872, y además una pluma de plata que el Obispo de la misma diócesis regaló por su cuenta al autor.

elevas tu régio trono
sobre la gloria mundana;
que, ardiendo en la fe cristiana
que engendra la mansedumbre,
al sol de próvida lumbre
con que los espacios llenas,
del Líbano de las penas
subistes hasta la cumbre.

Madre del amor divino
que la fe creyente halagas,
que siempre la sed apagas
del cansado peregrino;
que en tu angustioso camino
buscas á los que te adoran,
amparas á los que imploran
tu clemencia en este suelo,
y eres ángel de consuelo
para las almas que lloran.

Reina hermosa del Eden,
que, herida el alma de espinas,
con lágrimas las ruinas
riegas de Jerusalen;
que á las arpas de Salén
arrancas mágicos sones,
que en los muertos corazones
despiertas el sentimiento,
y haces vibrar en el viento
las celestiales canciones.

Tú, en cuya frente alborea
la aurora cuando amanece,
pasionaria que florece
en los campos de Judea;
blanca perla que hermosea

del sol la postrera luz,
cuando entre el negro capuz
que va la tarde envolviendo,
vas los ayes recogiendo
del Dios que muere en la Cruz.

¿Por qué con negro crespon
ciñes tu pálida frente?
¿Por qué lloras tristemente
á las puertas de Sion?
¿Por qué en tu inmensa aflicion
vas al monte solitario,
donde al eco funerario
que tu corazon aterra,
sientes retemblar la tierra
y estremecerse el Calvario?

¿Por qué con lenta agonía,
por esa senda de abrojos,
con lágrimas en los ojos
vas caminando, María?
¿Por qué tu mente sombría,
rotas sus dulces cadenas,
busca en las rojas arenas
que pavimentan el monte
un mundo sin horizonte,
un horizonte de penas?

¡Mírale allí!... Gota á gota
vierte su sangre bendita;
su pecho ya no palpita;
el viento su frente azota,
pálida la muerte flota
en su semblante ideal;
desde el madero fatal
su cuerpo inclina hácia el suelo,

cual palmera del Carmelo
que retuerce el vendaval.
La turba grita insolente,
de duelo y muerte sedienta,
mirando alegre la afrenta
de Dios, en la cruz pendiente;
el ódio agitarse siente
en su alma, de sangre avara;
por eso cuando repara
que alienta vida en su seno,
baña su boca en veneno,
para escupirle á la cara.
Mas ¡ay!... su cadáver frio
convulso en la cruz se agita;
su frente helada y marchita
es una flor sin rocío;
sobre su rostro sombrío
lleva su martirio impreso;
¡ay! y al sucumbir al peso
de afrentas tantas y agravios,
parece que aún en sus lábios
palpita el último beso.
Al eco del ronco trueno
que en los ámbitos retumba,
miéntras la quebrada tumba
abre su lúgubre seno,
al éter de nubes lleno,
que entre su manto infecundo
envuelve el sol moribundo
ahogando sus rayos rojos,
¡ay! parece que sus ojos
cierra, bendiciendo al mundo.
Acude, Madre, y halaga

su sonrisa con la tuya;
ántes que su ser concluya,
su último suspiro apaga:
la luz que en sus ojos vaga
reencienda tu fe bendita;
refresca su faz marchita,
á golpes hecha pedazos,
que el hijo siempre en los brazos
de su madre, resucita.
¡Ah! no: en triste soledad
llora de la cruz al pié:
entre tu amor y su fe
se ha alzado la eternidad.
Demente la humanidad,
sin temblar de sus horrores,
ahogó tus tiernos amores
en ese afrentoso lecho,
grabando en tu amante pecho
el dolor de los dolores.
Llora, que al fiero quebranto
que tus entrañas encierra,
de tu cariño en la tierra
no queda ya más que llanto.
Mas ¡ay! aunque el desencanto
torne en sombras tu esplendor,
no te importe que el dolor
tu casto seno taladre,
que el corazon de una madre
es un poema de amor.
Llora, hermosa nazarena,
que, de pesares transida,
en cada paso en la vida
has encontrado una pena;

llora, cándida azucena
del celestial santuario,
que al perfumar solitario
este mundanal desierto,
con lágrimas los has cubierto
desde Belen al Calvario.

Madre infeliz, sin ventura,
entre dolores cautiva;
generosa sensitiva
del cáliz de la amargura;
brisa dulcísima y pura,
que con blando aliento bañas
al hijo de tus entrañas
que muere en la cruz impía,
repitiendo su agonía
el eco de las montañas!

Llora, que turbio el Cedron
parece que va gimiendo,
las lágrimas recogiendo
que brota tu corazon;
llora, que las penas son
dignas de la fe triunfante,
que humillar sabe arrogante,
enmedio á su loco empeño,
á ese mundo tan pequeño
que hirió aquel alma gigante.
¡Infeliz! Tus ilusiones
allí muertas han caido,
miéntras tu sér ha perdido
sus más puras sensaciones:
en rápidas vibraciones
el alma romperse quiere,
sin mirar que quien la hiere

en su profundo despecho
es la fe, que allá en el pecho
lucha, pero nunca muere.
¡Allí está!..... De sus misterios
el eco en torno retumba;
murió el Dios que hizo su tumba
con polvo de los imperios;
quien hizo de cautiverios
la Tierra de Promision;
el que venció á Faraon
y holló las romanas clámides;
el que arrancó á las Pirámides
secretos de la creacion.
Llora al pié de ese madero
con el alma, Madre mia;
sobre aquella boca fria
clava tu beso postrero;
el cadáver del Cordero
recoge en tu seno santo,
y en tu angustioso quebranto
enseñe tu amor profundo
que habeis redimido al mundo,
Él con sangre, Tú con llanto.

ELEGÍA.

A MI HIJO ENRIQUE ALCALDE Y GIMENEZ,

CAPITAN GRADUADO DE CAZADORES DE ARIMAO, DEL EJÉRCITO DE CUBA, AL QUE PASÓ VOLUNTARIO.

> Vos érais su protectora;
> vos preservábais su pecho
> de las balas... ¿Qué habeis hecho
> del hijo mio, Señora?
>
> (J. Fernandez Bremon.)

¡Ay de mi corazon! ¡ay de mi pecho,
que ahogados por la pena y la agonía
no pueden respirar!... ¡ay! ¡qué se han hecho
aquellas horas de placer que un dia
mis sueños alejaron
de amargura y dolor! ¡Las que de flores
solícitas sembraron
la senda de mi vida en sus albores!
¿En dónde están los venturosos dias
sin duelos ni pesares
que llevaron con santas alegrías
el consuelo y la paz á mis hogares?
¡Todo pasó! Con mi fugaz contento
huyó la fe de mis cansados años;
y en medio de la angustia y sufrimiento,

al alma ya desierta
le queda solo en su profunda cuita
una esperanza para siempre muerta
y una ilusion por el dolor marchita.

.....

.....

Oigo su voz: sus varoniles bríos
recuesta entre mis brazos, y sus ojos
se clavan en los mios.
¡Hijo del corazon! ¡Ay! las miradas
que cruzamos de amor á tu partida
las últimas ¡ay! fueron: tal vez ellas
me dieron tu postrera despedida.
Y tú, que eras mi amor y mi embeleso,
¿por qué, infeliz, sin compasion alguna
fuiste tan léjos, olvidando el beso
con que tu madre te durmió en la cuna?
¡Quién te obligó á partir, si eras un niño (1)
de larga vida: si por tí lloraba
tu madre tierna, y tu infantil cariño
su pecho avaro con afan guardaba!
¿Acaso tu valor? ¿No era bastante
ver que no hallastes en tu furia vallas,
que siempre fué tu corazon gigante
sereno á las batallas?
¿No fueron de tus ímpetus despojos
los cañones de Urgel? ¿Con ánsia fiera
no hollaste tu con indomable arrojo
los altos ¡ay! de Peñaplata y Vera?
La agena ingratitud, esa traidora

---

(1) Nació en Madrid el 28 de Febrero de 1858, y murió en Holguin el 8 de Diciembre de 1876.

pasion del alma que al malvado envicia
acaso te impulsó, y hasta en mal hora
el odioso desden de la injusticia.
Los hombres fueron; por demás crueles
no apreciaron tus hechos ni tus años,
y á tu frente robaron sus laureles
y pagaron tu ardor con desengaños (1)
¡Niño infeliz!... en tu ilusion temprana
aún no pudiste maldecir los nombres
de eso que llaman sociedad humana
y esos seres sin fe que llaman hombres.
Entre el horror que en mis entrañas zumba
y en el rencor eterno que me inspira,
yo quisiera decirte en esa tumba
que son la pátria y el honor mentira.
¡Mentira!... sí... pero... silencio... ¡es tarde!
y es mi razon á tu memoria insulto:
¿hay pátria donde premian al cobarde
y al vicio y la ambicion se rinde culto?
Mas si es ya tarde, y á tu jóven vida
no queda una esperanza
para el cariño paternal perdida,
resta la hiel de mi furor profundo,
para tomar al ménos tu venganza
y maldecirlos á la faz del mundo.

.....

Eras valiente y el peligro ansiabas;
por eso hendiendo las soberbias olas
del mar de Atlante, con ardor volabas
en pos de las banderas españolas.

(1) Rechazado tres veces el batallon cazadores de Cataluña en el alto del Centinela sobre Peñaplata por los carlistas logró á la cuarta arrojarlos de allí; yendo al frente de la contraguerrilla, y de los primeros que subieron, Enrique Alcalde, por cuyo hecho nada le dieron.

¡Ardor estéril! Como el fuerte roble
que troncha el huracan, así caiste
en tu mejor edad; en tu entusiasmo
tu destino cruel, hijo, no viste;
ni que aquellas preciosas
flores que acaso en tu ilusion tocabas
eran abrojos en lugar de rosas.
¡Oh! ¡dejadme llorar! me oprime el pecho
un nudo de pesar que fiero ejerce
en él tal impresion, que hasta deshecho
el corazon revibra y se retuerce.

Tú eras la sávia que prestó frescura
al carcomido tronco desgarrado,
que siempre vió sobre tu frente pura
el recuerdo feliz de su pasado:
y hoy, al mirarte yerto,
luchando con histéricas congojas,
mi pobre corazon, transido y muerto,
es árbol seco que se cae sin hojas.
¡Cómo pasar sin tí! si eras mi encanto,
y siempre con tus gracias juveniles
endulzabas mis horas de quebranto.
¿Por qué contigo tan infame ha sido
la suerte despiadada
que en polvo tu altivez ha convertido?

¡Ay! ni tu hermosa juventud preciada,
ni la esbeltez de tu gentil figura,
ni las virtudes de tu heróico pecho
ni tu indomable brío,
bastaron ¡ay! á detener la saña
de ese bárbaro mal, verdugo impío
de la florida juventud de España.

Hijo del alma, si el afan de gloria,

en que siempre encontrabas tus delicias,
llevó la muerte á tu robusto brazo,
¿por qué más gloria, dí, que mis caricias
y dormir de tu madre en el regazo!
Mil veces ella en los penosos males
que hirieron tu niñez, con tierno empeño
te estrechaba en los brazos maternales,
llorando á veces al velar tu sueño.
¡Y no volverte á ver, ni ver riente
la clara luz de tus dormidos ojos,
ni enjugar el sudor de tu alta frente,
ni nunca más besar tus lábios rojos!
¿Por qué te fuiste, cuando yo anhelaba
librarte de ese mal y sus horrores,
cuando tu madre en nuestro hogar alzaba
un altar para tí con sus amores?
¿Por qué aumentando nuestro mal intenso
te fuistes, alma mia,
nublando con tu muerte el sol inmenso
que siempre junto á tí me sonreía?
¡Y no volverte á ver!..... deja que sienta,
ya que ni un beso en tu sepulcro imprima:
¿por qué quisiste gloria en tu delirio
de ese traidor emponzoñado clima,
que paga á la virtud con el martirio?
¿Por qué quisiste hollar con noble planta
esa infestada costa,
do el espíritu fuerte se quebranta,
donde la flor de la salud se agosta?
Donde la tierra ingrata siempre sella
con vil veneno cuanto toca y mira,
cual la serpiente que se arrastra en ella,
como la fiera que en sus bosques gira;

donde en la negra falda
de aquellos montes que la muerte alfombra,
los asesinos hieren por la espalda
y los árboles matan con su sombra.
Ese suelo fatal, donde impulsado
por su ardiente ambicion, con las potentes
armas iberas que alentó su saña
abrió Colon con sangre de valientes
una tumba sin fondo para España.
Quién creyera jamás, aunque se rasgue
su pecho de dolor, y sin sosiego
como débil cristal, su alma se quiebre,
que el corazon aquel, templado al fuego,
cayera al soplo de maldita fiebre.
¡Y ya no verte más, ni en tus cenizas
mis lágrimas verter!..... ni ante el sereno
rayo tranquilo de la blanca luna
estrechar tu cadáver en mi seno,
como otras veces te estreché en la cuna.
¿Por qué fuiste tan léjos, do la impía
fiebre traidora, al apagar tu espíritu,
mi vida consumía?
¡Oh! quizás en la sed calenturienta
ó en el fiero estertor de la agonía
me llamaste, infeliz, y en el tormento
de aquella convulsion, llena de abrojos,
yo no pude beber tu último aliento
ni tu madre cerrar tus muertos ojos.
Vírgen de la Paloma, dí, ¿qué has hecho
de aquella noble juventud gallarda?
¿Tu imágen no guardó sobre su pecho
para que fueras tú su ángel de guarda?
¿No lo viste al pisar tu santuario,

ántes de atravesar mares remotos,
de hinojos ofrecerte sus promesas?
¿Y has respondido á sus cristianos votos
dejándole morir en sus empresas?

Perdona, Vírgen, mi tenaz locura
y mi acerbo dolor... ¡ay! si me aflijo
y te ofendo quizás, perdona, Madre,
que soy su padre yo, y él es mi hijo.

¡Hijo del corazon! doliente el alma
siempre te llora en lastimeros ayes,
y en lánguida tristeza
su helada vista sin consuelo clava
en esa hermosa juventud que acaba
ante una vida de vejez que empieza.

¿Quién te ha visto morir? ¿Quién ¡ay! en calma
miró apagarse tu apenado pecho
y recogió en el suyo cariñoso
el último suspiro de tu alma?
Nadie tal vez: con tu dolor á solas
quizá exhalaste el postrimer aliento
sin oir otro rezo que las olas
ni otro suspiro que el silbar del viento.
Acaso abandonado, sin que nadie
vertiera ni una lágrima, hijo mio,
tendiste la mirada enternecida
del que al sentir de su sepulcro el frio
busca el cariño que aún conserva impreso,
sin hallar el adios de despedida
del amor maternal último beso.

Maldito mar, que en tu feroz batalla
su negra tumba besas,
y entre ella y yo, como invencible valla,
rugiendo te atraviesas:

si dominar no puedo tus escollos,
medir tu inmensidad, salvar tu abismo
y ni abrirme camino en tus espumas,
suspende tus bramidos;
y entre las ondas de tus blancas brumas
entrégale mis ayes y gemidos.

Dios de bondad, que en insondable arcano
envuelves nuestra vida: si mañana
me ves llorar en mi delirio insano
dudando acaso de la fe cristiana,
no dejes que la pena me taladre
el alma dolorida,
que es duro que arrebates á su padre
el hijo que era su esperanza y vida
y el único consuelo de su madre.

¡Hijo del corazon! ¡Ay! nuestras almas
sus lágrimas te envían
que te acompañen en el suelo indiano,
si al partir de las playas españolas
te las quiere llevar el Océano
mezcladas ¡ay! con sus amargas olas.
Adios ¡ay! dulce prenda
con que el cielo premió nuestros amores;
la vida de los dos es hoy la ofrenda
que vale más que nuestras secas flores.
¡Ay! para siempre adios, hijo del alma,
de nuestro amor orgullo, hermosa lumbre
que iluminó nuestro feliz camino:
si tú nos ves desde la santa cumbre
que ganó tu virtud, ante el destino
triste que nos cobija en la desgracia

pídele á Dios que nuestros males cedan,
y que derrame su divina gracia
sobre estas almas que llorando quedan.

.....

No te quiero rezar, ni qué mis preces
en las bóvedas suenen solitarias
donde durmiendo estás sueño profundo,
porque no necesita mis plegarias
quien era un ángel para Dios y el mundo.
Descansa en paz: en soledad y llanto
siento mi fe morir bajo el sombrío
techo infeliz de nuestros tristes lares
que parece te lloran, hijo mio,
y sienten á la vez nuestros pesares.
Si no puedo llorar sobre tu losa
ni tu frente besar pálida y yerta;
si tu ardiente mirada generosa
no me puede halagar, si ya desierta
mi vida sin la tuya se derrumba,
rotos de nuestro amor los tiernos lazos,
á envolver tu cadáver en su tumba
irá mi corazon hecho pedazos.

8 de Diciembre de 1876.

AL GUADALQUIVIR.

Soneto.

Con los recuerdos de mi edad primera
que nunca mueren en el pecho mio,
vuelvo hoy á verte, cristalino rio,
y de nuevo á gozar en tu ribera.
Mas cuando siento con veloz carrera
pasar la vida en mi dolor impío
y desmayar el alma bajo el frio
de su triste y marchita primavera,
Quiero que sepas que mi amor no olvida
que fuiste su embeleso desde niño
y lo serás hasta acabar mi vida;
Y que al morir el sol de mi fortuna
anhelo, como emblema de cariño,
mi sepulcro encontrar junto á mi cuna.

Córdoba 1876.

Á ELLA.

SONETO.

Como se ven por el cristal del rio
los granos de sus límpidas arenas;
como se ven tambien las azucenas
á través de las gotas de rocío;
Como en las noches del quemado estío
tras de las nubes blancas y serenas
se ve la luna, cual las almas buenas
se ven detrás de su dolor impío;
Como por medio á la verdad se mira
la fe del corazon que sin enojos
en el fulgor de la virtud se inspira,
Así quisiera en mi aparente calma,
á traves de las niñas de tus ojos,
mirar los sentimientos de tu alma.

¡SIEMPRE TU ALMA!

A F.

Soneto.

En las memorias que mi mente agitan
y aduermen mi dolor con su beleño;
en las venturas que en mi afan desdeño
y al corazon sus aflicciones quitan;
En los dulces recuerdos que palpitan
dentro del alma; en el bendito sueño
que representa el porvenir risueño,
entre las penas que mi ser marchitan;
En llantos y esperanzas y amarguras,
en sueños, en vigilias y en delirios,
en las horas de duelo, en las de calma,
en la tierra, en el mar, en las alturas,
en mis glorias, mujer, y en mis martirios,
siempre te encuentro á tí, ¡siempre tu alma!

EN LA MUERTE

DEL HONRADO LIBERAL, CONSECUENTE AMIGO Y LEAL COMPAÑERO

D. JOSÉ MARÍA CHACON.

SONETO.

El alma triste por do quier te nombra,
te busca en vano el corazon deshecho,
tras los umbrales del paterno techo
horrible realidad hiere y asombra.

La tibia luna tu sepulcro alfombra
con su argentada luz; tu helado pecho
por siempre se apagó sobre ese lecho
á quien negro ciprés le presta sombra.

Mas ni la muerte, que rompió en pedazos
tu jóven vida y que cerró tus ojos,
podrá romper de mi amistad los lazos,
pues aunque acabe con mi sér impía,
en la tumba en que yacen tus despojos,
á el alma tuya se unirá la mia.

29 de Diciembre de 1876 (1).

---

(1) En Agosto de 1876 se encontraron en una visita José María Chacon y Enrique Alcalde:—No vayas á Cuba, pollo, á sacrificarte, le dijo aquél, que pronto vienen los mios y te haremos Coronel.—Yo aquí no os serviría, porque no me sublevo jamás, contestó éste; pero podeis llamarme luégo si me quereis. Triste coincidencia: con veinte dias de diferencia murieron ambos, aquél á los veintiocho años y éste á los diez y ocho.

DESDE LA ORILLA DEL RIO.

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA FELISA LLANOS.

Vuelvo á mirar, bajo la luz ardiente
que dora tus montañas,
el sonoro cristal de tu corriente
con que al romper su vega floreciente
los viejos muros cordobeses bañas.

Entre el recuerdo que en la mente vaga
y al alma dolorida
con un presente de ventura halaga,
vuelve á brotar de mi cansada vida
la llama ardiente que el dolor apaga.

Por eso ante tu rápida carrera
el corazon ¡ay! mudo
se ensancha contemplando tu ribera,
donde al recuerdo de mi edad primera
claro Guadalquivir, ¡yo te saludo!

Aquí, al rumor de tu fugaz corriente,
que miro con cariño,
en el contento de mi bien presente,

vuelve á besar mi combatida frente
el viento aquel que la besó de niño.

¡Cuánto el alma en tus aguas se recrea
en tanto qne recorres
mansamente los campos de mi aldea,
en donde besas las ruinosas torres
que al par la luna con su luz blanquea!

Por eso, cuando vuelvo en mi quebranto
á ver hoy tus arenas
que fueron ¡ay! de mi niñez encanto,
enjugo para siempre el triste llanto
y olvido, Bétis, mis pasadas penas.

Aquí, al perfume de las ricas flores
que aroman tu ribera,
el alma, despertando en sus albores,
halló al influjo de la edad primera,
la primera ilusion de sus amores.

Por eso al penetrar bajo el ramaje
donde el rumor se pierde,
que despide tu gárrulo oleaje,
deja, Guadalquivir, que yo recuerde
el tiempo aquel que te rendí homenaje.

Entónces, al favor de la fortuna,
aquí, bella Felisa,
en el vergel de la ciudad moruna,
uní al amor de la primer sonrisa
las lágrimas primeras de la cuna.

Por eso, niña, ve que en su querella

jamás el alma olvida
la paz sublime de la edad aquella
que brotando á las puertas de la vida
quizás al cabo morirá con ella.

Y, ¡quieres que al llegar al dulce suelo
que brinda al pecho mio
horas eternas de feliz consuelo,
no bendiga la orilla de este rio
despues tambien de bendecir al cielo!

¡Quieres, Felisa, que al pulsar la lira
contemple hasta sin lloro
el santo templo que la tierra admira,
en cuya torre colosal se mira
hermoso el ángel de las alas de oro!

¡Quieres, hermosa, que sin fe ni encanto
arroje el sentimiento
que yo en el corazon guardaba tanto,
olvidando la luz, la flor y el viento,
ayer testigos de mi tierno llanto!

¡Ah! no, jamás: la ingratitud impía
no quiero me taladre
el alma con su fiera alevosía,
hasta olvidar la tumba de mi madre
ni el sol brillante de la pátria mia.

Córdoba, 1873.

LA BATALLA DE COVADONGA.

ODA (1).

Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO

EL DISTINGUIDO ESCRITOR

DON SATURNINO ESTEBAN COLLANTES,

Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros y Diputado á Córtes.

No canto, no, la dulce primavera
que alienta los amores
que acaso lloran su ilusion primera
entre el perfume de lozanas flores.
No canto la armonía
que alegre presta el ruiseñor canoro
al bosque ameno en que feliz se cría,
ni al ángel canto de las alas de oro
que guarda el sueño de la pátria mía.
No canto al héroe que en sus fuertes hombros
llevó un imperio y lo cubrió de gloria,
ni al pueblo augusto que guardó entre escombros

(1) Esta poesía, que obtuvo el primer premio, ó sea el *pensamiento* de oro en el certámen literario de Gerona de 1872, ha obtenido nuevamente la medalla de oro y un título académico para su autor en Matanzas, concedido por la sociedad de *Covadonga*.

de aquellos siglos la brillante historia;
ni en el cariño ardiente
que nunca se entibió con desengaños
canto al Guadalquivir, cuya corriente
regó la flor de mis primeros años.
Canto la fe sublime
del pueblo generoso
que su corona con valor redime;
que, al tornar sus palacios en cabañas,
herido por su mísera fortuna,
en polvo de sus ásperas montañas
para siempre enterró la media luna.
Canto la gloria y esforzado aliento
del pueblo que constante
luchó con ardimiento,
izando su pendon siempre triunfante;
del que, encerrado en la fragosa sierra
que al cantábrico mar sirve de valla,
atronó con sus cánticos la tierra,
arrollando en su indómita corriente
hasta el fin de las playas españolas
los restos del imperio de Occidente,
que hizo rodar por las revueltas olas;
del que en la rota de Rodrigo un dia
recogió los pedazos
de aquella ensangrentada monarquía,
y en medio de tan débil abandono,
en sus robustos brazos
meció la cuna del naciente trono.
¡Y cómo no cantar!... Si á su memoria
el corazon entero resucita,
canta la lira sin pesar ni duelo,
y, arrebatada por la fe, palpita

el alma que nació bajo este cielo.
Cuando á aquellas recónditas pendientes
desgarrado el pendon, rotas las cruces,
llegaron los valientes
vencidos en los campos andaluces,
y en su rencor y vengativa saña
allí clavaron la cristiana enseña,
convirtiendo en castillo la montaña
y erigiendo un altar en cada peña;
cuando al morir el aura de la tarde
en lánguido desmayo
y tembloroso en los confines arde
del sol poniente el moribundo rayo;
cuando al fulgor del cárdeno celaje
que el horizonte azul tiñe y sombrea,
reflejando en la frente de Pelayo,
velada por la nube del coraje,
tostada al resplandor de la pelea.....
¿No renace la fe con la esperanza
y el espíritu débil no se alienta?
¿No se ve aparecer en lontananza
el iris matador de la tormenta?
.....
¡Es Pelayo!... callad; que en sus entrañas
lleva desde la cuna
el valor de su raza nunca extinto;
por eso á las montañas
sube impulsado por su noble instinto
á reencender la lumbre salvadora
con ardoroso brío,
é iluminar con la cristiana aurora
la negra noche del Corán impío.
.....

Mirad el polvo en raudo remolino
arrojado por fieros vendavales,
arrancando en montones del camino
y subiendo en espesas espirales;
oid la confusion con que por cerros
corre veloz trepando,
hiriendo el sol sus afilados hierros
y en sus áureos vestidos reflejando.
Tostados los semblantes por el fuego
del astro abrasador del medio dia,
y ondeando en mortífero oleaje,
arremeten con furia y gritería
al eco ronco de su voz salvaje,
al ímpetu feroz de saña impía.
Así como culebras silbadoras,
que van desengarzando sus anillos,
subiendo trepadoras
la sierra donde tienen su guarida,
sube el moro en tropel hasta la cumbre
quemando cuanto encuentra á la subida
y haciéndola sentir su pesadumbre.
De sangre ansioso, de matar hambriento,
ruje y rebrama en loco desvarío
como tromba impelida por el viento,
como torrente de revuelto rio:
lucha y relucha y sin cesar pelea;
sin que el horror le imponga
del cuadro funeral que le rodea;
mas ántes que incendiario
la fiera planta ponga
sobre el humilde altar del santuario,
la cima inmemorial de Covadonga
vacila y cruje, y por do quier se abre,

y cuando quiere en sus gigantes hombros
la mole sostener de aquella loma,
en pedazos la sierra se desploma
dejándole enterrado en sus escombros.
Huyen los pocos que aterrados quedan,
y por las faldas del hundido monte
ciegos y mudos despeñados ruedan
creyendo se les cierra el horizonte.
Triste, abatida la soberbia frente,
corren con ánsia loca,
maldiciendo el rigor de la fortuna,
que ha sepultado bajo aquella roca
con su inmenso poder la media luna.
Confusos y aturdidos,
con el terror pintado en los semblantes,
corren despavoridos,
tirando cimitarras y turbantes
por atajos y páramos perdidos.
Nada detiene su cobarde huida;
vencidos por el miedo,
ni siquiera defienden ya la vida,
ni dan señales del brutal denuedo
con que aterraron siempre en sus campañas;
sino que piensan en su ciega mente
que recrujen de nuevo las montañas
y á desplomarse van sobre su frente.
En tal desmayo, sin valor se entregan
á aquellas huestes de indomable brío
que, espada en mano, sus gargantas siegan,
cual mies que troncha el huracan bravío.

.....

¡Nada quedó! Cuando el naciente dia
tendió su manto de zafir cubierto,

solo sonaba el eco de agonía
por toda la extension de aquel desierto.
Callaron las blasfemias, los insultos;
solo en el bosque umbrío
los mutilados cuerpos insepultos
convulsos retemblaban con el frio.
Callóse el valle, enmudeció la tierra;
ni un grito se escuchó, ni una amenaza;
mas sobre el pico de la antígua sierra
se alzó triunfante la vencida raza;
y volviendo á latir sus nobles pechos,
despertando del lánguido desmayo
que convirtióse en entrañable encono,
al grito de Pelayo
que la España corrió de zona á zona,
rescataron con sangre una corona
é hicieron de cadáveres un trono.
Por eso entónces al potente aliento
de aquellos aguerridos campeones,
que á impulso del cristiano sentimiento
llenaban con la fe los corazones,
nada imposible fué: rotas rodaron
las huestes que en Alarcos vencedoras
nuestras enseñas de baldon llenaron,
y en Córdoba y Sevilla,
cuando cruzaban sus tranquilas horas
en grato regocijo,
vieron sus hijas suspirar esclavas,
cubiertas de mancilla
por los bravos soldados de Clavijo
y los invictos héroes de las Navas.
Y tras la estrella lúgubre y sombría,
que, trémula y llorosa,

sobre su pueblo vacilante ardía,
la reina de Occidente,
oscurecida de Almanzor la gloria,
dobló su egregia frente,
y ante el fulgor de la verdad cristiana
rompió el pasado, destrozó el presente
y el manto desgarró de la Sultana.
¡Y en Convadonga fué!..... De allí brotaron
los rayos que encendieron sus hogares
y el imperio semítico asolaron
reduciendo á cenizas sus altares:
¡Y así todo acabó! Sierra Nevada
blanco sepulcro fué de sus despojos;
y allí, en los torreones
que bordaban los muros de Granada,
se abrió el tremendo abismo
por donde al cabo en su dolor intenso,
miró el Rey desdichado
apagarse la luz de su pasado
y hundirse el sol de su poder inmenso.
¡Y en Covadonga fué!..... Bajo sus faldas
perdió el Islam su refulgente historia,
y el pueblo aquel que recogió en sus venas
la sangre de los hijos de Numancia
y hasta con ellos compartió su gloria,
cayendo en las cantábricas arenas
que hirieron su arrogancia,
buscó la paz en los opuestos mares,
cuando al mirar inútil su heroismo
dejó que en su pendon y en sus altares
dominara la cruz del cristianismo.

¡OLVIDO!

Á BLANCA.

Desciendo ya. ¿Si por ventura llego
sabrás, alma infeliz, decirme cierta
dónde mis pasos encamine luégo?

(A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.)

DESCANSA EN PAZ.

Estaba enferma, y con dolor intenso
lloraba en su agonía:
—¿Vas á olvidar nuestro cariño inmenso,
dime, alma mia?

Y cerrando sus ojos, y en su pecho
la vida ¡ay! acabando,
murió diciendo en su bendito lecho
—Ya te estoy olvidando.

5 de Abril de 1878.

DOS ALMAS.

Á MI QUERIDO AMIGO EL EMINENTE POETA

D. RAMON CAMPOAMOR.

Un alma triste, en su lloro
nunca esquivo
á otra dijo: —Yo te adoro,
por tí vivo.

Y la otra con alegría,
—yo te quiero
en su delirio decía,
por tí muero.

Y así la fé descubierta
de dos almas que se amaban,
con lágrimas se besaban,
una viva y otra muerta.

Madrid, 1878.

AL RECIBIR TU ROSARIO.

EN EL ÁLBUM DE MI QUERIDA PRIMA

DOÑA VICENTA OJEDA Y VALDELOMAR.

En este triste calvario
que sigo sin alegría
por el mundo solitario.
he recibido el rosario
que tu cariño me envía.

Él, que á la virtud allana
el camino que yo pierdo
en mi torpeza mundana,
será sagrado recuerdo
para mi vida cristiana.

Símbolo de religion,
hará con su santidad
un cielo de mi razon,
hiriendo mi corazon
con la luz de la verdad.

En cada cuenta va escrita
la fe de las penitencias

de nuestra Iglesia bendita,
miéntras en su cruz palpita
el beso de tus creencias.

Este bendito rosario,
gérmen de ventura y calma,
es el signo legendario
que nace en el santuario
para vivir en el alma.

Él disipa los enojos
del alma al engrandecerla,
y al arrancar sus abrojos,
trae en cada engarce una perla
de las que brotan tus ojos.

Él cura siempre la herida
que con su aliento indeciso
nos abre la fe perdida,
y perfuma nuestra vida
con flores del Paraíso.

Deja que con él yo crea:
que busque la salvacion
en el cielo que hermosea
esa cruz, donde alborea
la aurora de redencion.

Deja, hermosa pasionaria,
que con el santo consuelo
de su fe penitenciaria
contemple entreabrirse el cielo
al eco de tu plegaria.

Él nos recuerda el pasado,
y de nuestro sér en pos
que va por él impulsado,
imprime el nombre de Dios
en la tumba del pecado.

¡Ay! cuando al pié del altar
tu ardiente rezo concluya,
y mires á tu pesar
en cada cuenta rodar
triste una lágrima tuya,

Es que hay en tu pecho herido,
sin que el dolor lo taladre,
un eco, un ay, un gemido,
que va por Dios bendecido
á despertar á tu madre.

Es que al romperse los lazos
del amor que se derrumba
hecho en el alma pedazos,
te abre tu madre los brazos
desde el fondo de su tumba.

Por eso esa cruz, que un dia
será de la gloria emblema,
en tus horas de alegría,
sirva de santa diadema
para tu frente, hija mia.

Y ella, hermosa pasionaria,
al prestar luz y consuelo
á tu mente solitaria,
te abra al son de tu plegaria
las áureas puertas del cielo.

Madrid, 1877.

Á UN CAPULLO.

¡Es tarde! Tus tintas rojas
las miro yo sin color;
para mí, bendita flor,
no hay ya perfume en tus hojas.

La luz que en mis ojos arde
se pierde en noche sombría;
dile al ángel que te envía
que has venido, flor, muy tarde.

Tu lindo cáliz no tiene
recuerdos para mí ya,
porque ilusion que se va
es desengaño que viene.

Y porque flor que marchita
llanto que el dolor despierta,
es ya la esperanza muerta
que nunca más resucita.

La mujer que te ha enviado,
miéntras desdeñosa miente,
quiere amargar mi presente
con recuerdos del pasado.

Dile á esa mujer que guarde
la fe que en ella despierta,
porque para un alma muerta
viene su esperanza tarde.

Madrid.

Á UN PENSAMIENTO.

Preciosa flor arrancada
del tallo que te dió vida,
flor que te meces prendida
sobre su sien nacarada,
Flor de encantados colores,
que herida por sus antojos
bebes la gracia en sus ojos
y en su boca los amores,
Flor que dejando su frente
vas á dormirte en su pecho,
tranquilo y hermoso lecho
del corazon inocente,
Antes de espirar allí
sobre su fuego marchita,
dí si su pecho palpita,
y si palpita por mí.

Madrid.

Á DON MARIANO ÁLVAREZ DE CASTRO,

DEFENSOR DE GERONA EN 1809 (1).

Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse.

(Bando de Alvarez de Castro.)

Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO Y ANTÍGUO COMPAÑERO

EL ILUSTRADO ESCRITOR

D. JOSÉ DE CÁRDENAS,

Director de Instruccion pública y Diputado á Córtes.

Voy á cantar porque la fe derrama
en mí la luz de misterioso arcano
miéntras mi noble corazon inflama,
purificando con su ardiente llama
los sueños de mi espíritu cristiano.

Voy á cantar porque el amor me alienta
con los encantos del tranquilo techo
donde la fe nuestro pesar ahuyenta,
como disipa el iris la tormenta
que ruge alguna vez dentro del pecho.

---

(1) Esta peesía obtuvo el primer premio, consistente en un pensamiento de oro esmaltado, en el certámen literario de Gerona del año de 1875.

Voy á cantar para cubrir de flores
al indómito pueblo que el sol baña
al destellar sus últimos fulgores,
con que alumbró la valerosa hazaña
que hicieron en su honor nuestros mayores.
.....
.....

Dejad que yo sobre su historia escriba
y admire su blason siempre radiante
al resplandor de su grandeza altiva;
dejad que yo con sus memorias viva
y ante las glorias de mi pátria cante.

Dadme aquel plectro y el cantar sonoro
que en los tiempos felices que pasaron
el mundo conservó como un tesoro,
porque en ellos las gentes admiraron
los grandes génios de la edad de oro.

En el ardiente amor en que me abraso,
y dando vida á mi entusiasmo ciego,
con él pudiera arrebatar acaso
al cantor de Ylion su sacro fuego.
ó su divina inspiracion al Tasso.

¡Oh! ya lo veis: apenas la memoria
puede en su espacio conservar los hechos
que justifican nuestra eterna gloria,
las páginas no bastan de la historia,
y los mármoles son tambien estrechos.

Por eso aquí donde si el trueno zumba
jamás el alma en su valor se arredra,
ni el sólio de sus dichas se derrumba,

una hazaña revela cada piedra
y un poema de honor es cada tumba.

Por eso ante su hidalga valentía
la erguida frente sin rubor levanto
para decir al mundo, en mi alegría,
cuál es el héroe de la pátria mia
que lloro muerto y cuyas glorias canto.

¡Ay! es aquel cuya marcial corona
el sol pudo llevar con su renombre
sobre sus rayos desde zona á zona,
el bravo que á la fama de su nombre
cantan himnos las torres de Gerona.

Alvarez inmortal, el mundo admira
la noble historia de tus grandes hechos
en que mi mente con razon se inspira:
los que al grabarse en los valientes pechos,
ecos arrancan á mi ardiente lira.

Yo canto á su valor, le canto al hombre
que supo sostener sobre sus hombros
la santa empresa que le dió renombre,
y revuelto cayó con los escombros
de la ciudad que eternizó su nombre.

Yo canto á su virtud y su fragancia,
los magnánimos rasgos de su historia
al humillar en su altivez á Francia;
canto su pundonor y su constancia,
Alvarez inmortal, canto tu gloria.

.....
.....

¿Por qué al ardor de su ambicioso anhelo
el águila altanera y obcecada
partió del Sena con osado vuelo
para clavar su garra ensangrentada
sobre el límpido honor de nuestro suelo?

¿Por qué en su loca y criminal bravura
quiso llevar sus vencedoras huestes
hasta el pueblo que libre de amargura
gozó bajo las bóvedas celestes
hasta entónces sus sueños de ventura?

Con la diadema que su sien circunda
acerca á la ciudad sus piés impuros
el galo audaz, sin que su vista infunda
terror al pueblo ni á los flacos muros
que el Ter á veces desbordado inunda.

Allí la altiva y poderosa enseña
que triunfante corrió de polo á polo
venciendo Reyes, y de imperios dueña,
se estrelló en el valor de un hombre solo
cual nave que se rompe en una peña.

Los siglos pasarán, y como aliente
un español siquiera que la historia
á otras naciones de su pátria cuente,
les dirá á los reflejos de su gloria:
esa es Gerona, doblegad la frente.
.....
.....

Ya se acercan las bélicas legiones
llamando al *Gerundés* á la pelea;
abren zanjas, emplazan los cañones,

y el bosque umbroso por la noche humea
pareciendo los árboles hachones.

Llegan, se acercan, con valor creciente
queman las quintas y los campos talan,
y avanzando cual rápido torrente
espada en mano y á tambor batiente
el débil muro intrépidos escalan (1).

¡Esfuerzo vano!..... Ni áun el muro abierto
se rinde á los estériles alardes
que vienen á aumentar su desconcierto;
porque Gerona, donde no hay cobardes,
es pueblo que se rinde solo muerto.

Alvarez nunca el porvenir inmola
ni ante aquellos impávidos guerreros
que al brillo de su espléndida aureola
con la sangre lavaron sus aceros
de los torrentes de Friedlan y Arcola.

Por eso al observar que les rodean
las sitiadoras haces por momentos
que en los llanos y cerros merodean,
y como miés al soplo de los vientos
en los campos estériles ondean.

Todos los medios de defensa agota,
carga el fusil, arrastra la cureña,
prepara minas y el castillo azota
con el negro crespon que como enseña
de guerra á muerte en las almenas flota.

(1) Asalto de Monjuich en 18 de Julio de 1809, en que perdieron los franceses 2.000 hombres. *Toreno*, tomo 3.°, pág. 97.

Y frente á frente, sin buscar abrigo,
al horrible crugir de la metralla
que muerte y destruccion lleva consigo,
se estaciona sereno en la muralla
retando y maldiciendo al enemigo.

Mas no le basta: cuando ve que avanza
mortífero el cañon contra Gerona,
abre las puertas, y á buscar venganza
la ciudad con sus bravos abandona,
y cuerpo á cuerpo á combatir se lanza.

No eran hombres aquellos, eran fieras
que rabiosas con ímpetu acometen;
rompen las líneas, saltan las trincheras,
y á sangre y fuego por doquier se meten
destrozando soldados y banderas.

Lucha el galo, se aturde, se revuelve,
y cuando ve que el *Gerundés* le envuelve,
que clava sus cañones y destruye
su fuerte campamento, atrás se vuelve,
deja el botin y entre vergüenzas huye (1).

¡Triste victoria! Esfuerzo generoso
que revela el inútil sacrificio
del corazon entero y valeroso,
que nunca se ha entregado en su reposo
al corrompido cenagal del vicio.

Mas ¡ay! el astro que la tierra inunda
de la brillante lumbre soberana
con que los cielos á la vez circunda,

(1) Toreno, tomo 3.°, pág. 106.

quizá ilumine con horror mañana
la sangre y los escombros de *Gerunda*.

.....

.....

Ya vuelven otra vez: ya en lontananza
el polvo anuncia que con doble gente
airado el galo y orgulloso avanza,
queriéndola arrancar en su venganza
el laurel á Gerona de su frente.

Un hombre solo, tétrico y sombrío
sobre los muros incesante vela
aún respetado del cañon impío;
dirige el fuego, los cuarteles cela,
é infunde al pueblo su indomable brío.

¡Alvarez era! Cual fugaz fantasma
que brota y muere entre la sombra oscura
corre y se agita con audaz bravura,
y á los soldados y á las gentes pasma
encontrar donde quiera su figura.

Es preciso vencer, grita lanzando
una lluvia de plomo desde el muro
que las filas contrarias va diezmando,
y entre las nubes de crespon oscuro
que forma el humo, se le ve mandando.

Vuelve á la lucha, que jamás se abate
ante el rigor de su fortuna amarga
el alma grande que en su pecho late,
por eso sale, y decidido carga
al sitiador en desigual combate.

Como torrente de feroz tormenta
que arrastra piedras, árboles y casas
entre el fiero huracan que lo violenta,
y en tumbos ruedan en revueltas masas
en medio á su corriente turbulenta,

Así penetran por las huestes galas
en raudo y descompuesto torbellino
los gerundenses, vomitando balas,
cual si llevaran en sus brazos alas
que bañaran en sangre en su camino.

¡Todo perdido! Nuevos batallones
el enemigo enfurecido avanza
apoyados por lanzas y cañones,
y creciendo su encono y su pujanza
se lanzan á la lid como leones.

Cual tigre el *gerundés* mata y degüella;
en montones de muertos se revuelve,
en cráneos del francés su espada mella,
y al verse rebasar tuerce la huella
y tinto en sangre á la ciudad se vuelve (1).

Allí, bajo las cúpulas que humean
hundidas y quemadas por los fuegos
que por todos los ámbitos serpean,
en los hogares donde en santos ruegos
las vírgenes sus lágrimas orean,

Ante el negro sepulcro solitario
roto al crugido de la bomba impía
que arranca de su fúnebre sudario
destrozado el cadáver que dormía
bajo el negro ataud del santuario;

(1) Toreno, tomo 3.°, pág. 96.

Alvarez con valor se precipita,
y con rugiente voz atronadora,
miéntras que muertes el obús vomita,
con iracunda saña asoladora,
á los que tratan de rendirse grita:

«Yo no me rindo, ni de tal hablemos,
y al que haga de traicion vanos alardes,
le ahorcaré de una almena, y si nos vemos
sin tener que comer, nos comeremos
á todos los traidores y cobardes» (1).

Oyese en tanto el infernal estruendo
de cien cañones que á la vez la muerte
por la heróica ciudad van esparciendo,
y vénse las columnas que corriendo
van al asalto por su mala suerte.

Alvarez corre cual fugaz centella,
prende fuego al volcan de su muralla,
destruye una columna en Gironella,
tiembla la catedral con la metralla
que cual lluvia de plomo sale de ella.

Las casas, los balcones, los sagrarios
llamas vomitan sobre el galo impuro,
aumentan el fragor los campanarios,
y luchan y reluchan sobre el muro
con la crueldad de lobos sanguinarios.

Vacilan los franceses, dudan, cejan
una vez y otra vez, y al fin se alejan
del campo del honor, cuando cubiertos
los anchos fosos y los muros dejan
de sus mejores combatientes muertos.

(1) Toreno, tomo 3.°, pág. 115.

Mas no desmayan: con empuje ciego
ya reforzados á luchar se lanzan
cegando fosos y doblando el fuego,
y á los que mueren los reemplazan luégo
nuevas columnas que incesante avanzan.

¡Cruel angustia!..... Caen los torreones
como peñon que desarraiga el viento;
les falta que comer, no hay municiones,
el pueblo lucha sin cesar, hambriento,
y mueren los soldados á montones.

Un hombre solo con el alma herida
impávido en el muro se pasea
miéntras su inmenso corazon no olvida
que en aquella fatídica pelea
juegan su honor España y él su vida.

Sereno y con valor, aunque angustiada
el alma se le rompe en mil pedazos,
no revela jamás en su mirada
lo que sufre al mirar los fuertes brazos
que ya no pueden sostener la espada.

Un cuadro funeral solo el recinto
y la rica ciudad y sus colinas
ofrecen ¡ay! á su apenado instinto,
al ver por entre muertos y ruinas
al Galligans correr en sangre tinto.

Siete lunas pasaron, y aquel fiero
hombre inflexible, indómito soldado,
que tantas glorias arrancó á su acero,
en las piedras del muro recostado,
más no rendido su ademan guerrero,

Sosteniendo su aliento soberano
clava la vista en el oscuro monte,
buscando ver al resplandor lejano
que despide la luz del horizonte
el socorro español que espera en vano.

Mas no ve una esperanza ni remota
porque el francés le tiende una celada,
sorprende al español en su jornada,
le coje los bagajes, lo derrota,
y queda la ciudad abandonada.

Truena el cañon, sin que á su ronco estruendo
los héroes de Gerona se acobarden
que pueden sostenerse combatiendo,
que pocos quedan, porque van muriendo
bajo los techos que con ellos arden.

Alvarez coje la inmortal bandera
que lleva impresa su inmarchita historia
con sangre de su cuerpo, y con la fiera
mirada del rencor, tras de la gloria,
generosa ambicion que en él impera.

El triste cuadro que le cerca mira,
al campo sale, de la espada tira
y con ella apuntando al enemigo
dice, estallando su tremenda ira:
«el que quiera morir, venga conmigo» (1).

Nadie retrocedió: ni los lamentos
se oyeron del transido moribundo
a ldevorar sus últimos momentos,
y con los secos ojos macilentos
viva señal de su dolor profundo,

(1) Toreno, tomo 3.°, pág. 108.

Aquellos invencibles catalanes
sin temor á morir, niños y ancianos,
con los pechos rugiendo cual volcanes,
se lanzan á la lucha como alanos
impelidos por fieros huracanes.

Las mujeres tambien, con el deseo
de la venganza que en sus almas late
y evitar la deshonra y el saqueo,
cojen la espada y el marcial arreo
y van con Santa Bárbara al combate (1).

De religioso ardor henchida el alma,
por sagrados impulsos arrastrado,
el sacerdote ungido y consagrado
deja la paz de su mansion de calma
cuando su templo mira profanado.

Y con la luz que la virtud destella
y descender en su oracion ha visto
como del cielo refulgente estrella,
vuela á la lucha á perecer en ella
bajo la enseña de la cruz de Cristo.

En las venturas de su pátria fijos
van todos á la lid, y en los prolijos
combates que se dan, miran las madres
á su lado caer muertos los hijos,
y lo mismo los hijos á los padres.

Y caen allí..... Que el galo les acosa,
les rechaza y empuja á la muralla,
y con su hueste que entra en la batalla
veinte veces quizás más numerosa,
los destruye y los barre la metralla.

(1) Toreno, tomo 3.°, pág. 92.

¡Destino infando!.... La ciudad perece
envuelta entre los pliegues del sudario
de sangre que sus calles enrojece,
y sube con su cruz hasta el Calvario
que solo tumbas á su vista ofrece.

Bajo el quemado monte triste mira
sus palacios y templos destruidos,
arder sus casas en inmensa pira,
sus valientes caer desfallecidos
ante la muerte que incesante gira.

¡Cuánta desolacion!.... ¡Ay! destructora
la parca vil con su segur sangrienta
aterra y con su sed devoradora
se agita y se revuelve asoladora
é infestados miasmas solo alienta.

El hambre aumenta, la miseria crece,
la abrasadora sed seca y consume
al corazon más bravo, que perece
entre la gloria que al morir le ofrece
sus flores de riquísimo perfume.

Aterran ¡ay! los ayes y quejidos
que parten de los cerros y los valles
de hambrientos, apestados y de heridos,
y expelen su hediondez sobre las calles
insepultos cadáveres podridos (1).

Y al maléfico influjo, no á las balas,
de la infestada atmósfera que flota
robando á la ciudad sus ricas galas,
el génio de las tumbas que la azota
la infiltra la ponzoña con sus alas.

(1) Toreno, tomo 3.°, pág. 116.

Pálido el héroe, consumido y yerto,
descarnada la faz, la calentura
dándole vida á su delirio incierto,
encuentra en los escombros sepultura
quizás al lado de su padre muerto.

La cariñosa vírgen inocente
en medio á la miseria y el estrago,
apagada la vista, falleciente,
inclina, al recibir su último halago,
sobre su madre la marchita frente.

El aterido anciano tembloroso
ve nublarse la luz de sus mañanas
al álito del viento contagioso,
y bajo el hielo de sus pobres canas
morir su corazon ántes dichoso.

Cadavérico el rostro, vidriosa
la quebrantada tez, el mal sintiendo,
la madre tierna, con la faz llorosa,
al hijo abraza, y dícele amorosa
que sin agua ni pan se está muriendo.

La esposa desvalida, estenuada,
lívido el lábio, cárdeno el semblante,
por la pena y el hambre traspasada,
contempla, con terror, siempre delante
la sombra del marido ensangrentada.

Y al ver ya rotos los amantes lazos,
con los ojos hundidos en sus huecos,
mira á los de su amor dulces pedazos,
al niño que al beber sus pechos secos
halla la tumba en los maternos brazos.

El cólera, la sed, el hambre, el fuego
siembran la destruccion, espanto infunden;
los vivos y los muertos se confunden
ante el silencio y el mortal sosiego
que interrumpen las casas que se hunden.

Rotos los muros, el recinto abierto
yace sin héroes, de defensa falto,
y los pocos que luchan sin concierto
ven avanzar á pecho descubierto
en tropel las columnas al asalto.

¡Horrible confusion!..... ¡Tristes instantes!
en sus lechos de huesos y de espinas
de los valientes que murieron ántes
verán agonizando á los restantes
cercados de esqueletos y ruinas.

Bañado en sangre con rabioso anhelo
acude el *gerundés*, el paso cierra
y ya en las calles, al favor del cielo,
muere matando, y cuando cae al suelo
abrazado al fusil muerde la tierra.

El héroe de Gerona, ¿dónde se halla?
¿Dónde está el hombre que jamás ha huido
ni al principio ni al fin de la batalla?
El centinela fiel de su muralla,
Alvarez inmortal, ¿dónde te has ido?

Nadie responde; tétricos fulgores
el sol naciente á la ciudad ofrece,
desierta por el luto y los dolores,
la que en silencio sepulcral parece
que tiembla al redoblar de los tambores.

Allí está ya: sus incansables hombros
se rindieron al fin á su despecho;
la fiebre abrasa su indomable pecho
y entre hediondos cadáveres y escombros
respira apenas en doliente lecho (1).

Ya no hay remedio. ¡Situacion horrible!
crece el incendio y la matanza cunde,
el águila penetra irresistible,
y todos ceden, porque no es posible
luchar en una tierra que se hunde.

Trémula el alma, hipócrita, avarienta,
con faz avergonzada, al delirante
moribundo el francés se le presenta
para que firme en tan supremo instante
aquella rendicion del galo afrenta.

Alvarez se levanta, y recayendo
en el lecho, furioso se retuerce,
los dientes de coraje recrugiendo,
y al vértigo febril que en él ejerce
la fatal impresion que está sufriendo,

La huesosa cerviz alza atrevido,
y en él los ojos fijos y en sus bravos,
ronco le dice, en su soberbia herido:
«Los muertos mueren libres: nunca esclavos.»
y cayóse en el lecho sin sentido.

.....
.....

El águila avanzó tempestuosa
sin oponerse nadie á sus legiones,
entre el silencio y soledad medrosa,

(1) Toreno, tomo 3.°, pág. 117.

clavando en las ruinas los pendones
y dominando la ciudad famosa.

Mas al pisar allí se hundió en un lago
de escombros y de muertos y cenizas,
emponzoñado por el viento vago,
hallando en tanta destruccion y estrago
rendido al pueblo aquel, pero hecho trizas.

De tal desolacion horrorizada
la que el cetro rompió de los imperios
y al mundo puso leyes con su espada,
«salgamos, dijo, al fin avergonzada,
pueblos á conquistar, no cementerios.»

Así acabó la ensangrentada guerra
que eterna gloria y perdurable llanto
dejó por siempre en tan dichosa tierra
en siete lunas de dolor y espanto
cuyo relato al universo aterra.

En su grandeza y su virtud Gerona
iluminada por el limpio faro
que sus hechos llevó de zona á zona,
con la ignominia del francés avaro
los laureles tegió de su corona.

Y un hombre fué quien al quebrar la espada
de Egipto y de Alemania que los duros
hielos del Norte ensangrentó afilada,
repitió la fatídica jornada
que halló Belfonds bajo los mismos muros.

Los siglos pasarán, y en la memoria
vivirá de los hombres la epopeya

que arroja el esplendor de tanta gloria;
pues Gerona, lo mismo que Pompeya,
brotó de entre cenizas á la historia.

Y aquel destello de indecible arrojo
que dióla impulso con potente mano,
cubrió á la Europa de mortal sonrojo,
y al despertarla su dormido enojo
en masa la estrelló contra el tirano.

Sacude sus históricas melenas,
humilla su valor, huella su trono,
su fama y su poder torna en arenas
y rompe en Waterlóo, con fiero encono,
el último eslabon de sus cadenas.

Y un hombre fué de gigantesco brío,
de carácter de hierro, de inflexible
y dura voluntad, el que el impío
vuelo contuvo al águila terrible
y la espantó con ímpetu bravío.

Alvarez solo; por la hispana zona
corrió la fama de su gloria entónces
que el universo con ardor pregona
al grabar sobre mármoles y bronces
su nombre con los hechos de Gerona.

Y ese fué el hombre á quien la saña impía
en el vértigo acaso y el delirio
de su innoble y brutal hipocresía,
llevó en un calabozo hasta el martirio
con inícua y feroz alevosía (1).

(1) Toreno, tomo 3.°, pág. 119.

El mundo todo con ferviente anhelo
sus glorias en magnífico poema
escribió de cariño y de consuelo,
tegiéndole á la vez santa diadema
con flores de los ángeles del cielo.

Madrid, 1875.

Á S. M. EL REY ALFONSO XII

EN SU RÉGIO ENLACE.

SONETO.

Cuando refleja en nuestra noble tierra
el esplendor de la virtud divina,
y sacudiendo España su ruina
al ódio y al rencor su pecho cierra;
Cuando brillante porvenir destierra
el pasado infeliz; cuando ilumina
la estrella de tu trono, peregrina,
el santo fin de fratricida guerra;
Cuando todo nos brinda paz y encanto
y el pueblo en su esperanza ve dichoso
convertirse en ventura su quebranto,
Solo faltaba, ALFONSO, en este suelo
un Angel tutelar; y ese, hoy hermoso,
en alas de tu amor bajó del cielo.

Madrid 23 de Enero de 1878.

Á S. M. LA REINA MERCEDES DE ORLEANS

EN SU RÉGIO ENLACE.

SONETO.

Como presagio del naciente dia
brilla en la altura la dorada aurora,
así tú has sido, celestial señora,
sol para el suelo de la pátria mia.
Nunca en ella se apague la alegría
que nace de tu frente seductora,
y encanta la beldad deslumbradora
que solo Dios á la virtud envía.
Mas si al ceñirte la inmortal diadema
que de ilustres Monarcas ha heredado
quien busca en tí felicidad suprema,
Por tu pueblo magnánima intercedes;
como Alfonso, *Mercedes* nos has dado,
tambien el cielo nos dará *mercedes*.

Madrid 23 de Enero de 1878.

ÍNDICE.

Págs.

PRÓLOGO V

POESÍAS RELIGIOSAS.

La muerte de Jesús 19
A María en la pasion 29
A Jesucristo 30
A María al pié de la cruz 31
La resurreccion 32
La venida del Espíritu Santo 44
El dia de Pentecostés 53
La cruz 58
A Pío IX 63
San Alvaro 64
A la Vírgen de la Antígua 83

POESÍAS HISTÓRICAS.

El Dos de Mayo 99
A Quintana 109
La conquista de Córdoba 113
Al ejército de Africa 129
La toma de Tetuan 135
A mi hermano 137
A Cuba y sus voluntarios 138
A Juan de Padilla 139
A Baena 140
A doña Isabel II en su viaje 141
Al Príncipe Alfonso 148
En el álbum del Duque de Rivas 151

Págs.

D. Luis de Góngora..... 155
El Cristo del Cautivo..... 164
Los hermanos Bañuelos..... 180
A doña Isabel II en el rasgo..... 225
En la inauguracion de la línea férrea de Andalucía..... 229
A Cervantes..... 236

POESÍAS DE SENTIMIENTO.

A mi madre..... 241
¡Pobre María!..... 246
A Blanca..... 248
Locuras de amor..... 253
Partida de un ángel..... 259
A una rosa blanca..... 261
Recuerdos de una flor..... 264
Los ángeles tutelares..... 268
Flor deshojada..... 272
La ingratitud..... 274
Historia de una mujer..... 275
A la muerte de la señora de Prida..... 277
El otoño..... 278
A la Condesa de Luque..... 279
Una lágrima y un beso..... 283
La flor de mis memorias..... 287
Ante la tumba de mi madre..... 290
El árbol y la flor..... 294
Flores y espinas..... 295
A mi hermana..... 299
El alma de sus amores..... 300
A doña Purificacion Cabezas..... 305
Léjos de tí..... 306
El alma..... 308
A la señorita Antonia Canales..... 310
A mi hija Paz..... 313
A una nube..... 315
La fe perdida..... 318
¡Es tan bonita!..... 320
¡Mis suspiros!..... 322
A la señorita doña Teresa Ziriza..... 326
Desde la tierra al cielo..... 328
Guadalquivir..... 333

	Págs.
El reloj	335
Serenata	337
Ultimas lágrimas	340
Quejas	343
A la señorita doña Isabel Gimenez	345
¡Para siempre!	347
Sensitiva	353
Epístola	355
Adios á la juventud	366
A la muerte de la señorita doña Manuela Pineda	370
Meditacion	371
Hija y madre	377
La romería	379
Miéntras duerme	391
Ultimos ecos de mi lira	393
A María al pié de la cruz	401
Elegía	408
Al Guadalquivir, soneto	416
A ella, soneto	417
Siempre tu alma, soneto	418
A D. José Chacon, soneto	419
Desde la orilla del rio	421
La batalla de Covadonga	424
Olvido	431
Dos almas	432
Al recibir tu rosario	433
A un capullo	436
A un pensamiento	437
A D. Mariano Alvarez de Castro	438
A S. M. el Rey, soneto	457
A S. M. la Reina, soneto	458